

EL REINO
DE LOS DRAGONES

DRAGONES DE FUEGO

Richard A. Knaak

VOLUMEN 1



Lectulandia

Nos trasladamos en esta novela a un mundo en donde gobiernan los dragones. Un mundo en el que la paz no esta para nada asegurada si se tiene en cuenta la existencia de los hostiles hombres (siempre buscando problemas) y las continuas intrigas draconianas, todo esto aderezado con la magia mas potente...

En este mundo surge un mago excepcional, con un potencial inmenso (aunque el aun no lo sabe),cuyo nombre es Cabe Bedlam.

Lectulandia

Richard A. Knaak

Dragones de Fuego

Reino de los dragones, 1

ePUB v1.0

Kundalpanico 01.01.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Firedrake*

©1989, Richard A. Knaak.

Traducción: Gemma Gallart

Ilustraciones: Ciruelo Cabral

Diseño/retoque portada: El diseñador

Editor original: Kundalpanico (v1.0 a v1.x)

ePub base v2.1

Capítulo 1

Avanzaban allá abajo, en dirección a las gigantescas Montañas Tyber. Algunos iban en parejas, otros solos. Terribles yelmos de dragón ocultaban sus rostros a excepción de los ojos, ojos que, en la mayoría de los casos, ardían rojos como la sangre bajo la luz crepuscular. Cada uno llevaba una armadura de escamas de cuero, pero cualquiera que pusiera a prueba aquella protección descubriría que era más resistente que la mejor de las cotas de mallas. Las capas, que ondeaban al viento como enloquecidos espectros de la noche, producían la impresión de que los jinetes volaban, y, a decir verdad, cualquier espectador hubiera creído que tal cosa era posible para estos hombres. Si es que eran hombres.

Eran once en total, y poco a poco se iban reuniendo en un solo grupo. No se intercambiaron palabras de saludo ni siquiera una simple inclinación de cabeza. Se conocían entre ellos y habían recorrido ese camino innumerables veces durante innumerables años. En algunas ocasiones su número variaba, pero el camino siempre era el mismo. Aunque cada uno de ellos consideraba a los otros hermanos, las disputas internas eran frecuentes. No podía decirse que el camino los uniera y, así pues, cabalgaron en silencio durante todo el trayecto, mientras delante de ellos las Montañas Tyber se alzaban, reclamándolos hacia el cielo.

Por fin, alcanzaron la primera de las elevaciones. Allí parecía finalizar el viaje. No había sendero que serpenteara por las montañas; el camino terminaba de forma más bien brusca al pie de una de las moles de mayor tamaño. Sin embargo, los jinetes no aparentaron hacer el menor intento de reducir el paso. Parecían decididos a embestir contra la misma tierra, y las monturas, por su parte, no cuestionaron a sus amos; simplemente siguieron su camino igual que siempre habían hecho.

La montaña, como sometiéndose a su desafío, pareció fundirse y cambiar de posición. La inexpugnable barrera natural desapareció y surgió un enorme sendero que seguía adelante. Los jinetes, sin prestar atención al fantástico suceso, siguieron avanzando llevados por el diablo. Los caballos exhalaban vapor en los hocicos al cruzar la barrera, pero no mostraron la menor señal de fatiga. Este viaje no era nada para los de su especie.

Iban pisando un sendero sinuoso y abrupto. Pistas heladas y barrancos traicioneros no consiguieron aminorar la velocidad del grupo. A pesar de los fenómenos no pertenecientes al mundo de los hombres que los acechaban ocultos, nadie estorbó a los jinetes. Pocas criaturas serían tan estúpidas como para enfrentarse a ellos, sobre todo si conocían la naturaleza de los viajeros.

El enorme centinela de las Montañas Tyber, Kivan Grath, surgió de súbito. Pocos humanos lo habían visto de cerca, y muchos menos aún habían intentado escalarlo. Ninguno había regresado jamás. Era allí adonde conducía el sendero. Allí fue adonde

se dirigieron los jinetes. Obligaron a sus animales a ir más despacio a medida que se acercaban al gran Buscador de Dioses, que era lo que significaba su nombre y, al llegar a su base, se detuvieron y desmontaron. Habían llegado a su objetivo.

Enterrada en la montaña había una enorme puerta de bronce que parecía pertenecer a tiempos tan inmemoriales como la misma Tierra. Se elevaba imponente sobre los recién llegados cubierta de inscripciones antiguas e indescifrables. Uno de los jinetes avanzó hacia ella. Bajo el yelmo sus ojos parecían escarcha, y lo poco que podía verse del rostro era también blanco. Alzó el brazo izquierdo con solemnidad, el puño apretado, y señaló en dirección a la puerta que, muy despacio, se abrió con un gemido. El pálido guerrero regresó junto a sus compañeros, y los jinetes condujeron sus monturas al interior.

Sólo antorchas iluminaban el interior de la cueva. Gran parte de ésta era cavidad natural, pero el trabajo realizado para ampliarla habría sobrecogido incluso a los enanos de las colinas. A los jinetes no pareció afectarles en absoluto; hacía mucho tiempo ya que habían dejado de prestar atención a lo que los rodeaba. Hasta los centinelas, meras sombras, pero siempre presentes, fueron ignorados.

Algo oscuro, cubierto de escamas y apenas humanoide se arrastró hasta los jinetes, una deforme mano en forma de zarpa extendida hacia adelante. Cada uno de los embozados recién llegados entregó su caballo al criado.

Los viajeros penetraron en la cueva principal.

Como si se tratara de un templo resplandeciente pero antiguo, la ciudadela de su anfitrión transmitía una sensación de tremendo poder. Por doquier se veían efigies de figuras humanas e inhumanas; todos aquellos seres habían muerto hacía mucho tiempo e, incluso la historia, había olvidado su especie. Allí, por fin, los jinetes mostraron cierto respeto. Se arrodillaron, de uno en uno, ante la gran figura sentada frente a ellos. Cuando todos lo hubieron hecho, se colocaron en semicírculo delante de su anfitrión.

El sinuoso cuello se arqueó, unos ojos relucientes examinaron al grupo y una lengua roja como la sangre chasqueó brevemente llena de satisfacción, al tiempo que las tremendas alas membranosas se extendían con exultación. A pesar de la escasez de luz, el brillo dorado del cuerpo escamoso del dragón componía una imagen de verdadera majestuosidad, como correspondía al rey de su especie. Sin embargo, existía en él una nota apenas perceptible de algo bastante parecido a la inseguridad. Pero si los otros lo advirtieron, quedó oculto en sus más profundos pensamientos.

En una voz que era un siseo pero que hizo vibrar toda la habitación ligeramente, el Dragón Dorado dijo:

—¡Bienvenidos, hermanos! ¡Sed bienvenidos y consideraos en vuestra casa!

Muy separados unos de otros, cada uno de los jinetes pareció desvanecerse, como si se hubieran transformado en una ilusión. Pero no desaparecieron. Mas bien

crecieron; sus cuerpos parecieron transformarse en mercurio, sus figuras se deformaron. Surgieron alas y colas, y los brazos y piernas se convirtieron en apéndices correosos terminados en garras. Los yelmos se fundieron con las caras de sus portadores hasta convertirse, en realidad, en sus rostros. Las bocas se ensancharon para transformarse en fauces, con hileras de afilados dientes que brillaban en la penumbra. Todo rastro de humanidad desapareció.

El Consejo de los Reyes Dragón quedó constituido.

El Dragón Dorado, como emperador, como Rey de Reyes, se sentía satisfecho al ver que los otros habían obedecido sus órdenes con tanta presteza. Volvió a hablar y esta vez, al hacerlo, surgió humo de su boca.

—Me alegro de que consiguierais llegar. Temí que algunos de vosotros dejaseis que las emociones os dominaran. —Sus ojos se clavaron por un instante en el Dragón Negro, monarca de las siniestras y letales Brumas Grises.

El Dragón Negro no contestó, pero sus ojos llamearon.

El Emperador de los Reyes Dragón volvió su atención al más cercano de sus congéneres. El Dragón Azul, más serpiente marina que criatura terrestre, inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Se ha convocado al consejo a petición del señor del Reino Marítimo de Irillian. Ha observado sucesos extraños y desea saber si acontecimientos parecidos suceden en los territorios de sus hermanos. Habla.

De formas más elegantes que la mayoría de los de su género, el Dragón Azul recordaba a un animal de carreras de movimientos fluidos, como resultaba apropiado para una criatura que pasaba la mayor parte de su vida en los mares del este. La habitación se llenó de olor a sal marina y a pescado cuando habló, y un polvoriento y tostado dragón, el Dragón Pardo, arrugó el hocico; no compartía la afición de su hermano por el mar.

—Mi señor. Hermanos. —Estudió a todos los que lo rodeaban, en especial al Dragón Negro—. Durante estos años, mis dominios han permanecido muy tranquilos. Los humanos han permanecido en calma y mis clanes han obtenido buenas nidadas.

Esta vez el Dragón Pardo, señor de las Tierras Yermas del sudoeste, lanzó un gruñido. Desde el fin de las guerras contra los Amos de los Dragones, había visto, impotente, menguar sus clanes. La mayoría declaraba que era obra de los así llamados Amos, pero nadie estaba seguro de qué encantamiento habían utilizado los brujos en su intento de derrotar a los Reyes. Eran culpables de la existencia de las Tierras Yermas, pero si eran culpables de la pérdida de fertilidad en los clanes del Dragón Pardo era un asunto sobre el que se especulaba en privado. El Dragón Pardo seguía siendo el más fiero de los luchadores.

El señor del Reino Marítimo de Irillian hizo caso omiso de aquel ligero arrebató y siguió:

—Desde hace poco, no obstante, las cosas han cambiado. Existe un cierto malestar... no es que implique demasiado. Existe... un sentimiento. No puedo llamarlo de otro modo. No sucede sólo entre los humanos. Parece afectar también a otros, incluso a los dragones-serpiente y a los dragones menores.

—¡Ja!

El comentario fue seguido de una ráfaga de aire que helaba los huesos. Una ligera escarcha apareció allí donde el aliento del Dragón de Hielo había llegado. El Dragón Dorado le dirigió una mirada desaprobadora. Demacrado hasta el punto de resultar cadavérico, el rey de los Territorios del Norte volvió a reír. De todos los dragones, era al que menos se veía y el menos apreciado.

—¡Te estás convirtiendo en una vieja chocha, hermano! Los súbditos siempre se rebelan. Lo que uno tiene que hacer es dejar caer la zarpa sobre algunos y aplastar tales ideas.

—Habla el monarca de una tierra más desierta aún que la del Dragón Pardo.

—¡Habla el monarca que sabe gobernar! —Una ventisca imponente amenazó con brotar del interior del Dragón de Hielo.

—¡Silencio!

El rugido atronador del Dragón Dorado lo acalló todo. El Dragón de Hielo retrocedió y desvió los ojos color nieve para protegerlos del fulgor de su emperador. Cuando el Rey de Reyes se enojaba, todo su cuerpo relucía.

—¡Tales luchas internas casi nos llevan al desastre en una ocasión! ¿Tan pronto lo habéis olvidado?

Todos mantuvieron las cabezas gachas, excepto el Dragón Negro. En su enorme boca se pintaba una sombra muy leve de satisfacción. El Dragón Dorado le dirigió una aguda mirada pero no le reprendió. En esta ocasión, el rey de las Brumas Grises tenía razón.

El Emperador de los Dragones se irguió en toda su estatura y se alzó por encima de los otros.

—Durante casi cinco años humanos luchamos en esa guerra... ¡y estuvimos a punto de ser derrotados! ¡Nuestro hermano el Dragón Pardo todavía sufre las consecuencias y contempla como disminuyen sus clanes! ¡Su problema es el más evidente; no obstante todos nosotros tenemos cicatrices por culpa de los Amos de los Dragones!

—¡Los Amos de los Dragones están muertos! ¡Nathan Bedlam era el último, y pereció hace ya mucho! —rugió el Dragón Rojo, que gobernaba las tierras volcánicas denominadas las Llanuras Infernales.

—¡Y se llevó al Rey Púrpura con él! —El Dragón Negro no pudo contenerse más; sus ojos ardieron como faros en la noche.

—Sí —asintió el emperador—; se llevó a nuestro hermano con él. Bedlam fue el

último y el más peligroso de los Amos. Con su última acción, nos causó un gran daño. Penacles es la ciudad del conocimiento, y Púrpura era su señor, el que planeó nuestra estrategia. —Esto último fue dicho casi de mala gana: el Dragón Dorado no tenía el menor deseo de recordar a sus hermanos quién había sido su jefe en aquellos tiempos.

—¡Y ahora sus tierras han sido usurpadas por el Grifo! ¿Cuánto tiempo tendremos que esperar aún antes de atacar? ¡Varias generaciones de hombres se han sucedido desde entonces! —El Dragón Negro sacudió la cabeza colérico.

—No existe sucesor. Ya conocéis el pacto. Trece reinos, trece reyes. Veinticinco ducados, veinticinco duques. Nadie debe romper el pacto...

Por el momento añadió el emperador para sí.

—Mientras esperamos un sucesor, Lord Grifo conspira. Recordad que los Amos lo conocían.

—Su hora llegará. Quizá pronto.

El Dragón Negro contempló a su señor con suspicacia.

—¿Que significa eso?

—Según es costumbre, he tomado a las hembras de Púrpura como mías. Las primeras nidadas produjeron sólo dragones menores, a la mayoría de los cuales se eliminó, desde luego. Estos nuevos huevos, no obstante, parecen más prometedores.

Los otros reyes se inclinaron hacia adelante. Las nidadas eran de la mayor importancia. Unas cuantas nidadas malas podían amenazar a sus clanes con la extinción.

—Sólo unos pocos huevos resultaron ser huevos de dragones menores. La mayoría fueron dragones de fuego. ¡No obstante, cuatro huevos muestran la banda moteada!

—¡Cuatro!

Aquella única palabra sonó como un grito exultante. La banda moteada era el símbolo de los reyes. Estos huevos debían protegerse; la aparición de sucesores de los Reyes Dragón era en extremo rara.

—Pasarán semanas antes de que los huevos se abran. La hembra los protege de dragones menores revoltosos, y desde luego de todo tipo de carroñeros. Si sigue la suerte, todos conseguirán salir.

—¡Entonces aplastaremos a este Lord Grifo! —sonrió el Dragón Negro, y la sonrisa de un dragón es algo siniestro.

—Quizá.

Todos se volvieron hacia aquel que empañaba su alegría. De nuevo el señor del Reino Marítimo de Irillian los contempló con fijeza, sus ojos los desafiaban a hablar. Al ver que ninguno protestaba, sacudió lleno de tristeza las crines de su cabeza.

—¡Ninguno de vosotros quiere escuchar! ¿Tengo que volver a decirlo? No me

malinterpretéis. Esta noticia me produce una gran alegría. Quizá mis temores sean injustificados. Sin embargo, debo hablar o siempre lo lamentaré.

—¡Entonces habla y acaba de una vez! ¡Me cansa toda esta cháchara!

Sin hacer caso de las palabras del Dragón Negro, el rey de los Mares Orientales siguió:

—Sólo he percibido este malestar en una ocasión antes de ahora. Aquella vez presagió la llegada de los Amos de los Dragones.

Se escuchó un murmullo de rabia —y, quizá, de temor— procedente de más de uno de los grandes señores.

—La verdad, hermano Azul, es que debo disculparme. —Negro sonreía ahora—. Has puesto sobre el tapete exactamente lo que yo deseaba discutir.

—Esta tierra es vieja —dijo el emperador sacudiendo la cabeza—. Los Reyes Dragón han gobernado durante siglos, pero nuestro reinado es joven comparado con el de algunas de las razas anteriores. Incluso ahora, aparecen restos de los antiguos poderes. Este descontento en los sentimientos de nuestros súbditos podría muy bien ser de naturaleza mágica. De todos modos —se interrumpió y examinó la caverna—, hemos intentado eliminar a todos aquellos que podrían poseer cierta predisposición hacia esas antiguas costumbres. Sé de pocos humanos vivos que sean una amenaza.

—Existe uno que podría ser una amenaza para nosotros.

Las palabras fueron pronunciadas con calma pero con firmeza. Sin mirar, todos supieron que era el Dragón Negro quien había vuelto a hablar.

—¿Y quién es esa persona?

El habitante de las Brumas Grises extendió las alas muy seguro de sí mismo. La audiencia era suya.

—Conocemos bien a su familia. Muy bien. Es joven, sin experiencia, pero su nombre es Cabe Bedlam.

Todos a la vez, los Reyes Dragón, incluso el Dragón Dorado, se echaron hacia atrás, como si les hubieran mordido.

—¡Bedlam! —susurró más de una voz.

—¿Por qué no hemos sabido de la existencia de ese humano? —casi chilló el emperador—. ¿Dónde está esa cría de hechicero diabólico?

—En las tierras que ahora controla el Grifo. Nathan Bedlam depositó a la criatura, que es su nieto, en Mito Pica. Puesto que la región es famosa por producir hechiceros y cosas parecidas, a veces he enviado espías allí. Fue uno de ellos quien descubrió al humano.

—¡Cruzaste dos fronteras al menos, hermano! —rugió Rojo—. Me pregunto cuántos espías tienes.

—Todos poseemos nuestros oídos y ojos. Además, ¡había que vigilar a ese humano!

—¿Por qué no lo hiciste matar? —inquirió el Dragón Verde—. Esto es muy impropio de ti, Negro. ¿Cuándo has vacilado en el logro de tus objetivos?

El Dragón Negro inclinó la cabeza servil en dirección al emperador y repuso:

—No me atrevería a hacerlo sin el permiso de mi señor.

—Al parecer, siempre hay una primera vez para todo —resopló el Dragón Dorado.

—¿Tengo tu permiso?

—No.

Se produjo un silencio.

—Ya que falta tan poco para que los huevos se rompan, no pienso permitir un conflicto que pueda atraer al Grifo en nuestra contra. Es astuto; conoce la importancia que damos a los huevos con banda moteada. Sus agentes podrían hacernos daño a ese respecto. Mientras la cría de Bedlam permanezca donde está y no sepa el peligro que corre, la dejaremos tranquila.

—¡Si esperamos mucho más, esa cría podría tomar el manto de su maldito antecesor!

—No obstante, debemos esperar. Cuando las crías sean lo bastante fuertes, el último de los Bedlam morirá. —Recuperó la compostura y siguió—: El consejo ha terminado.

El emperador se recostó en su trono y cerró los ojos como si fuera a dormir, ignorando a sus congéneres de forma intencionada a partir de ese momento. Sin decir una palabra, los Reyes Dragón se separaron. Sus cuerpos se estremecieron y encogieron. Sus enormes rostros de reptil se disolvieron hasta convenirse otra vez en yelmos de dragón que cubrían rostros casi inhumanos. Las alas se arrugaron y las colas desaparecieron. Las patas delanteras se transformaron en brazos mientras que las traseras se erguían.

Cuando todo hubo terminado, los jinetes saludaron a su señor y abandonaron el aposento. El Dragón Dorado no abrió los ojos para verlos marchar.

El siniestro ser que había tomado las riendas de cada caballo aguardó a que los viajeros hubieran recuperado sus monturas, y luego se arrastró de regreso a la vasta y eterna noche de las cuevas.

Los Reyes Dragón atravesaron la puerta de bronce. Algunos en parejas, otros solos, todos siguiendo el mismo sendero a través de las montañas. Un dragón-serpiente, recién salido de su sueño, sacó la cabeza por casualidad irrumpiendo en su camino y, al ver a los jinetes, se echó a un lado acobardado y no se movió hasta después de mucho rato de que hubieran pasado.

Al final de las Montañas Tyber, el grupo se separó, y cada uno se fue por su lado, sabedores de que los hombres mortales prestarían poca atención a un jinete solitario. Aquellos que se atrevieran a cortarles el paso, no obstante, no harían más que echarse

en brazos de la muerte.

Un jinete solitario, que se dirigía hacia el sur, aminoró el paso cuando sus compañeros desaparecieron de su vista. Delante tenía un pequeño bosquecillo, y fue allí donde por fin se detuvo. Con los ojos clavados en la oscuridad, se dispuso a esperar.

Su espera fue breve. A los pocos minutos, se reunió con él otro de los Reyes Dragón. Sin mediar palabra, se saludaron con la cabeza. No había amistad en su actitud; simplemente tenían un objetivo común y buscaban alcanzarlo de la manera más fácil posible.

El recién llegado sacó una espada enorme de su funda y la sostuvo, apuntando al otro. Su compañero extendió el brazo y colocó una mano enguantada sobre la punta. Sus ojos resplandecieron con fuerza mientras el poder emanaba de él. Fluyó por su brazo, atravesó su mano, y por fin pasó al arma.

Cuando terminaron, la espada centelleaba y vibraba. La luz se apagó poco a poco, como si el objeto absorbiera el poder y, al cabo de un momento, la espada había recuperado su estado anterior, con la excepción de una ligera vibración. El otro jinete volvió a enfundarla.

Ambos se miraron, su comunicación se realizó en un nivel muy diferente al de los hombres. Movieron la cabeza en señal de asentimiento. Lo que iba a hacerse era necesario. Luego el recién llegado espoleó su montura y se alejó al galope. No se dirigía en dirección a su reino; su destino parecía estar más bien hacia el sur.

El otro jinete permaneció alerta hasta que su camarada desapareció de la vista. Su mirada se volvió por un instante hacia la imponente cordillera y Kivan Grath en particular. Luego, hizo girar su montura y se alejó en silencio.

Las compuertas se habían abierto.

Capítulo 2

—¿Dónde está mi cerveza?

La Taberna de la Cabeza del Dragón-Serpiente era conocida por la diversidad de su clientela, algunos humanos, la mayoría no. Uno de tales no humanos era el ogro que en aquellos momentos golpeaba con su carnoso puño, rompiendo una buena parte de la mesa. Su comportamiento estaba en consonancia con su rostro, cruel y desagradable.

Sus ojos buscaron a un humano de cabellos negros de unos veinte años que en aquellos momentos llenaba precipitadamente una jarra con cerveza y maldecía la lentitud con que brotaba de la espita. Para el ogro, sus facciones eran tan feas e incompletas como las de cualquier humano pero, según el modelo humano, resultaban regulares. Su rostro no era el rostro de un héroe, pero la barbilla enérgica, la nariz ligeramente respingona y su mirada obsequiosa le conferían una belleza tosca.

Los parroquianos que estaban cerca de él formaban una barrera involuntaria que lo ocultaba de la mirada de la sedienta criatura, pero el humano sabía muy bien que era sólo cuestión de tiempo que el ogro fuera en su busca.

Cabe se precipitó hacia adelante, nervioso, pero forzado a enfrentarse al ogro puesto que era uno de los criados de la taberna. Dejó caer la pesada jarra sobre la mesa con rapidez y casi palidece cuando una gota estuvo a punto de dar en el rostro del ogro. Esperó ver pasar su aburrida vida frente a él como un relámpago.

La criatura le dirigió una mirada asesina, pero decidió que la cerveza era más importante. Tras arrojar una moneda a Cabe, el ogro levantó la jarra y bebió con un entusiasmo que habría dejado en mantillas a muchos hombres. Cabe emprendió una veloz retirada a la cocina.

—¡Cabe! Le has traído un regalo a Deidra, ¿no es así?

Una mano diestra y delgada lo liberó de la moneda y una figura bien dotada se enrolló a su cuerpo. Deidra le obsequió con un largo y húmedo beso y luego depositó con mucha maña la moneda en el interior de su blusa, una prenda que hacía muy poco por ocultar sus generosos atributos.

Se echó hacia atrás la sucia melena rubia y sonrió al ver que el muchacho tenía los ojos fijos en su amplio pecho.

—Te gustaría echar un vistazo, ¿eh? Quizá más tarde. —Siempre era más tarde para Cabe, nunca ahora.

Deidra se dio vuelta, contoneó el trasero, y se llevó una bandeja al interior de la taberna. Cabe la observó hasta que la perdió de vista y entonces recordó la moneda que había perdido. Podría haber valido la pena... más tarde, en cualquier caso.

Sabía que a Deidra le gustaban los hombres con dinero, pero de todas formas

parecía sentirse atraída por él... de alguna manera. Ciertamente que no era feo, y aunque no tenía madera de héroe, era capaz de arreglárselas bien en una pelea... siempre y cuando se quedara el tiempo suficiente. Por algún motivo, Cabe casi siempre desaparecía cuando veía acercarse una pelea. Ésa era la razón de que trabajase en una taberna en lugar de abrirse paso en el mundo, como su padre, que era cazador del rey de Mito Pica. Aunque Cabe resultó ser una nulidad para la caza, su padre nunca se había mostrado demasiado decepcionado por ello. Incluso había parecido complacido cuando su hijo le contó que había conseguido trabajo en una taberna-posada de mala muerte. Un comportamiento bastante peculiar en un guerrero, pero Cabe lo adoraba.

Se echó hacia atrás un mechón de cabellos negros, sabedor de que en algún lugar bajo su mano había una guedeja plateada que siempre mantenía oculta o teñida. Se suponía que los mechones color plata eran la marca de los hechiceros y nigromantes, y Cabe no quería ser asesinado por el populacho sólo porque sus cabellos eran semejantes a los de un brujo. El problema era que el mechón parecía extenderse.

—¡Cabe! ¡Sal de ahí, excremento de basilisco!

Cabe habría obedecido la orden de su patrón aunque no trabajara allí. Cyrus era una verdadera mole y, a su lado, incluso el ogro parecía pequeño.

—¿Sí, Cyrus? —dijo, al tiempo que salía a toda prisa.

El propietario, que parecía más un oso que una persona, indicó una mesa situada al otro extremo en un rincón oscuro.

—¡Me pareció ver a un cliente allá al fondo! ¡Ve a ver qué trama y si piensa tomar algo!

Cabe se abrió paso hasta el lugar que Cyrus le había indicado, deslizándose por entre las diferentes mesas y clientes. Estaba curiosamente oscuro, pero podía ver que no había nadie allí. Qué había visto Cyrus...

Parpadeó y volvió a mirar. ¡Sí había alguien allí! No comprendía cómo no lo había visto la primera vez. Se acercó a la mesa apresuradamente.

Una capa. Eso era todo lo que el hombre, si es que se trataba de un hombre, parecía ser. Una mano, la izquierda, se hizo visible y depositó una moneda sobre la mesa, y de debajo de la capucha de la capa, surgió una voz sonora pero irreal.

—Una cerveza. Nada de comer.

Cabe se quedó inmóvil por un momento y luego comprendió que debía ir a buscar la consumición del cliente. Entonces murmuró una disculpa, y se dirigió de vuelta al bar.

Cyrus le entregó la cerveza casi al momento, pero cuando Cabe iniciaba su regreso entre la multitud, una mano enorme lo detuvo.

El ogro tiró de él e introdujo una nueva moneda en la mano del muchacho.

—¡Cuando hayas terminado ahí, tráeme otra cerveza! ¡Esta vez que no se salga de

la jarra!

Al llegar a su destino, Cabe depositó la cerveza con cuidado sobre la mesa y, en el momento de hacerlo, la mano enguantada lo sujetó por la muñeca.

—Siéntate, Cabe.

Cabe intentó soltarse, pero era como si la mano hubiera quedado agarrotada por la muerte y no se pudiera soltar. Se sentó resignado al otro lado de la mesa, y la mano lo soltó.

Intentó ver el rostro que se ocultaba bajo la capucha, pero o bien la luz de la taberna había perdido intensidad o no había ningún rostro bajo la capucha. Cabe se echó hacia atrás asustado. ¿Qué clase de hombre era el que carecía de rostro? Peor aún, ¿qué querría tal criatura de alguien tan insignificante como él? Como si lo encontrara divertido, el extraño volvió la cabeza para inspeccionarlo mejor.

Pero allí había un rostro. Estaba ligeramente desenfocado y siempre en penumbra. Vislumbró un mechón plateado en medio de un fondo castaño.

¡Hechicero!

—¿Quién eres? —Fue todo lo que pudo articular.

—Puedes llamarme Simón. Esta vez.

—¿Esta vez? —Las palabras no tenían el menor sentido para Cabe.

—Estás en un gran peligro, Cabe Bedlam.

—¿Peligro? ¿Qué dices... Bedlam? Yo no...

—Cabe Bedlam. ¿Lo niegas?

Hizo intención de hablar, y entonces recapacitó. A pesar de lo que pensara, Cabe no se sentía capaz de negar las extravagantes acusaciones de aquel hechicero. Nadie le había llamado jamás por aquel nombre, ni tampoco se le había ocurrido nunca... Pero por algún motivo parecía apropiado.

El rostro del desconocido dibujó una leve sonrisa. Quizá. Era tan difícil saberlo.

—No puedes negarlo. Bien.

—Pero mi padre...

—... es tu padre adoptivo. Ha cumplido con su misión. Sabía lo que debía hacerse.

—¿Qué quieres de mí? Quiero decir..., quiero decir... ¡Oh, no!

Cabe recordó los relatos que rodeaban aquel nombre. Era un nombre legendario... desde luego nada adecuado para un criado de taberna. Cabe no era, no deseaba ser, un hechicero. Sacudió la cabeza frenéticamente, intentando deshacerse de la realidad de la misma forma que intentaba negar el mechón plateado de su cabeza.

—Sí, porque tu nombre es Bedlam.

Cabe se apartó bruscamente de la mesa.

—¡Pero yo no soy un hechicero! ¡Apártate de mí!

Al darse cuenta de la violencia de su réplica, Cabe paseó una rápida mirada por la taberna. Los parroquianos seguían bebiendo como si nada hubiera sucedido. ¿Cómo era posible que no hubieran oído los gritos, incluso entre el barullo de las conversaciones? Se volvió de nuevo hacia el hechicero...

... y se encontró con que no había nadie.

Arrugó la frente y buscó debajo de la mesa, como si esperara encontrar allí a la misteriosa figura. No había nada, excepto una moneda, dejada quizá por el hechicero. Cabe no estaba muy seguro de si debía o no tomar dinero de un nigromante, pero al final decidió que la moneda parecía totalmente normal; además, la necesitaba.

Tras dedicar a la mesa una última y vacilante mirada, se alejó. Apenas si se daba cuenta de la presencia de la gente a su alrededor; todo lo que concentraba su atención eran las palabras del hechicero: él era un Bedlam. No podía negarlo, a pesar de no haberlo sabido antes.

En su mente bulleron nuevas ideas. Un hechicero era una persona con poder. ¿Por qué no se había manifestado esa habilidad en él? ¿Quién era aquella persona que decía llamarse Simón... «esta vez»?

Cabe salió bruscamente de su ensueño cuando alguien le agarró con fuerza por la camisa; y se encontró cara a cara con las facciones grotescas del ogro, cuyo tórrido y fétido aliento le caía sobre su rostro en oleadas. Cabe sintió náuseas.

—¿Dónde está mi cerveza?

La cerveza. Cabe había tomado el dinero del ogro y se había olvidado de la bebida.

—Intentabas quedarte con mi moneda, ¿eh? Pensabas que estaría demasiado borracho para darme cuenta, ¿verdad? —La criatura alzó el otro puño carnosos y se dispuso a asestarle un puñetazo—. ¡Necesitas una lección!

Cabe cerró los ojos y rezó para que el golpe no le partiera la mandíbula. Aguardó, a la espera de recibir el puñetazo en cualquier momento.

Y aguardó.

Y siguió aguardando.

Abrió un ojo una milésima —y luego los dos de par en par— y vio el cuerpo caído de su atacante. El compañero del ogro, un matón corpulento, intentaba reanimarlo arrojándole agua a la cara.

Aquellos que habían presenciado el incidente parecían anonadados.

—¿Lo viste?

—¡Nunca vi a nadie que se moviera a tal velocidad!

—¡Un puñetazo! ¡Igrim derribado de un solo puñetazo!

—¡A Igrim no lo habían derribado jamás!

El matón ayudó al todavía tambaleante ogro a salir de la taberna, y Cabe tuvo la siniestra sospecha de que no iba a ser ésa la última vez que veía a aquella criatura. Lo

más probable era que su amigo y él lo esperaran en cualquier callejón oscuro.

Algunos parroquianos lo felicitaron mientras otros se limitaron a observarlo con suspicacia. Cyrus, al fondo, meneaba la cabeza en lo que no podía interpretarse mas que como confusa satisfacción, y Cabe se preguntó qué sería exactamente lo que había hecho. No tenía la impresión de haberse movido en absoluto.

Poco a poco, todo el mundo volvió a sus actividades. Cabe se dedicó a sus obligaciones otra vez, pero su mente vagaba por otros rumbos. De vez en cuando volvía su atención a la mesa de aquel rincón oscuro y, en una o dos ocasiones, le pareció ver algo. Pero cuando volvía a mirar, el lugar ya estaba vacío, y por extraño que pueda parecer ninguna de las personas que entraron después decidió sentarse allí.

Empezó a oscurecer, y con la noche llegaron las primeras señales de una tormenta; para entonces, la mayoría de los parroquianos ya se habían marchado por uno u otro motivo.

No oyó entrar al jinete, pero sintió su presencia, y lo mismo le ocurrió a los que lo rodeaban. El silencio que se produjo de repente decía mucho del poder de este recién llegado. Cabe se arriesgó a echar un vistazo y se arrepintió al momento. Porque de una ojeada descubrió una figura con armadura cuya sola presencia provocó que aquellos que estaban cerca de la puerta se escabulleran por ella de forma precipitada. Cada paso dado por el recién llegado transpiraba arrogancia, una arrogancia amenazadora por su precisión. El guerrero, fuera quien fuese, recorrió con la mirada la taberna mientras se dirigía en dirección a los reservados situados más al fondo, y todo aquel que no se había marchado aún oró fervientemente para no ser él la persona que buscaba el silencioso visitante.

Cuando la acorazada figura se sentó, la mayoría de los parroquianos que quedaban salió de la taberna. Los ojos del recién llegado estudiaron a cada uno de los que se iban y luego se dedicaron a estudiar a los diferentes empleados del mesón. Cabe intentó buscar otras cosas que hacer, pero sabía que no podría evitar al recién llegado por mucho tiempo. Cyrus se le acercó y musitó:

—¡Rápido, chico! ¡Sirvele lo que quiera, y, por el amor de Hirack, no se te ocurra cobrarle! —Le propinó un empujón en dirección al desconocido. Cyrus sólo invocaba a Hirack, el dios local de los comerciantes, cuando estaba en extremo nervioso.

¿Qué, se preguntó Cabe, le había sucedido a la tranquila existencia de la que hasta entonces había disfrutado? Muy despacio, cruzó la ahora vacía taberna y por fin fue a detenerse frente a la mesa del extraño.

La cabeza cubierta por el casco se volvió hacia él. Con un sobresalto, Cabe se dio cuenta de que los ojos del hombre eran rojos. Del resto de su rostro muy poco quedaba visible, y la piel parecía de un tono marrón arcilloso y tan seca como el pergamino.

—¿Pu... puedo traeros algo, señor?

Los ojos lo evaluaron, y Cabe vio entonces el siniestro yelmo de dragón que llevaba el viajero.

—No quiero vuestra mediocre cerveza. —La voz apenas si sobrepasaba el simple murmullo.

—¿Comida?

Los ojos inmóviles siguieron estudiándolo, y Cabe se estremeció al recordar que acababa de preguntar al desconocido si deseaba comida. No tenía la menor intención de ofrecerse a sí mismo como tal.

—Tu nombre es Cabe.

—Sí.

—Tan simple. —Sus palabras no fueron dirigidas a Cabe, no eran más que un comentario.

—Ahora voy a salir. Cuando me vaya, tú vendrás conmigo. Es caso de fuerza mayor.

—¡Pero no puedo irme! Mi patrón...

La figura no prestó la menor atención a su protesta.

—No te lo impedirá. Ve y pregúntale. Esperaré afuera.

Cabe retrocedió mientras el otro se ponía en pie. Aunque se dedujera de su estatura el complicado yelmo de dragón, el desconocido seguía siendo mucho más alto que él. Cabe no tenía la menor duda de que era uno de los Reyes Dragón. Se estremeció. Cuando un Rey Dragón llamaba, incluso los hombres de más alto rango obedecían.

El jinete salió sin pronunciar palabra, mientras Cabe se reunía con los demás, la mayoría de los cuales se habían ocultado en la cocina.

—¿Qué sucedió? ¿Qué quiere? —Cyrus ya no actuaba como el oso que Cabe conocía. El temor lo dominaba.

—Espera afuera. Me quiere a mí.

Más de un par de ojos le miraron de hito en hito. Cyrus lo observó con atención, como si Cabe fuera un leproso.

—¿Tú? ¿Qué has hecho para provocar la cólera de los Reyes Dragón? ¿Tiene que tratarse de algo horrible para que uno de ellos venga a mezclarse con nosotros!

Los demás, Deidra incluida, dieron un paso atrás, en tanto que Cyrus seguía con su diatriba.

—¡Vete! ¡Rápido! ¡Vete antes de que decida destruir mi taberna! ¡No pienso protegerte!

—¡No he hecho nada! —se defendió Cabe—. ¡Alguno de vosotros que avise al agente que Lord Grifo tiene aquí!

Uno de los cocineros, con el brazo alrededor de Deidra, tomó una cuchilla de carnicero y la agitó ante él.

—¡Estamos demasiado lejos de Penacles para que el pájaro-león nos proteja! ¡Sal antes de que te echemos nosotros!

De mala gana, Cabe retrocedió hasta salir de la cocina. El retumbar del trueno le informó de la cercanía de la tormenta, de modo que tomó una capa y a regañadientes se dirigió hacia la puerta de la calle. No tenía la menor posibilidad de escapar. Si intentaba esconderse o huir, lo más probable era que el Rey Dragón lo hiciera capturar. Muy pocos intentarían protegerlo.

Afuera llovía, y Cabe se levantó la capucha de la capa para cubrirse la cabeza.

Un caballo lanzó un bufido. Cabe se volvió y se encontró cara a cara con el jinete. Su montura era un animal fogoso y anormal y, junto a éste, nervioso, había un caballo corriente de menor tamaño. El jinete le arrojó las riendas del segundo animal.

—¡Nos vamos! ¡Deprisa!

Cabe montó. El Rey Dragón aguardó hasta que hubo montado y luego se puso en marcha. El muchacho lo siguió a toda velocidad mientras se preguntaba vagamente por qué lo hacía al tiempo que sabía muy bien lo que podría sucederle de no hacerlo.

En lo alto, la tormenta rugió con un estruendo sobrenatural.

En la ciudad de Penacles, en el corazón de su bazar, estaba el puesto de Bhyram, el vendedor ambulante de fruta. Era una noche tempestuosa, y Bhyram no dejaba de renegar porque tenía que meter él solo toda la mercancía en el interior de la tienda de lona. A cada saco que cargaba maldecía a su ayudante, un joven con mucha sed.

Una voz peculiar dijo desde el exterior:

—¿Cuánto por dos srevos?

Los srevos eran una fruta que solía costar cuatro monedas de cobre, y Bhyram dijo ocho automáticamente.

Se escuchó el tintinear de monedas sobre el suelo. El mercader se dio vuelta y corrió al exterior de la tienda. Llovía con fuerza, pero pudo darse cuenta de que no le habían robado nada de fruta.

Y también pudo darse perfecta cuenta de que no podía haber andado nadie por allí. Murmuró una vieja frase para protegerse de la brujería y recogió con cuidado del suelo las ocho monedas de cobre. Después de todo, era un hombre de negocios.

Cabalgaron sin cesar. La tormenta no parecía inquietar al siniestro jinete, y Cabe ya había renunciado a guarecerse de ella. Ni siquiera cuando la lluvia dejó de caer, ninguno de los dos se dio cuenta.

Se dirigían hacia el oeste, y en lo más recóndito de su mente, Cabe recordó en forma vaga que ésas eran las tierras gobernadas por el Dragón Pardo, las bien llamadas Tierras Yermas. No era desde luego el más hospitalario de los lugares... y se dirigían a su mismo centro.

El sentido común le dijo a Cabe que huyera. El sentido común le dijo que su fin estaba seguramente próximo, pero la razón, no obstante, no pudo superar el temor

que Cabe sentía cada vez que se atrevía a dirigir la vista hacia su infernal compañero. Temor... y algo más.

¿Qué podía hacer?

Todo parecía tan confuso en su cabeza. Arrugó el entrecejo. Su cabeza no había funcionado bien desde el... desde...

No podía recordar aquella vez. Para protegerlo algo bloqueaba tales pensamientos.

Para protegerlo del Rey Dragón.

Se habían adentrado ya mucho en las Tierras Yermas, y, a pesar de la fuerte lluvia, el suelo bajo los cascos de sus monturas estaba seco y quebradizo. Ésa era la maldición que pesaba sobre aquellas tierras; no importaba cuánta agua cayera sobre las Tierras Yermas, ni una sola gota era absorbida. Sencillamente se evaporaba. Cabe sabía que los responsables de que esto ocurriese habían sido los Amos de los Dragones.

Ellos sabían. Se habían dado cuenta. Los dragones de fuego del clan del Dragón Pardo eran los luchadores más feroces, y sólo gracias a aquel erial se había conseguido refrenar su poder... pero sin que sirviera para nada. Los Reyes Dragón todavía gobernaban, y los hechiceros y brujas que una vez lucharon contra ellos ya no existían.

Cabe levantó la cabeza. Las nubes que cubrían las Tierras Yermas empezaban a dispersarse; sin embargo la tormenta descargaba aún en alguna parte. Ni siquiera la señora de la lluvia se atrevía a permanecer allí por mucho tiempo. Si existía una tierra maldita, era ésa.

—Para.

La voz sibilante del Rey Dragón se abrió paso entre sus pensamientos. La cabeza cubierta por el yelmo miraba con atención el suelo como si buscara algo. Al cabo de un momento, desmontó y ordenó a Cabe que hiciera lo propio.

—Espera aquí.

El señor de los dragones de fuego se alejó con paso majestuoso por el erial, y Cabe esperó, sabedor de que emprender la huida sería una estupidez. A lo mejor, pensó, el Rey Dragón simplemente quería que hiciera algo por él. Pero esa esperanza no poseía el menor viso de verosimilitud: los Reyes tenían criados más que suficientes capaces de hacer cualquier cosa que Cabe pudiera hacer.

No pasó mucho tiempo antes de que el otro regresara. Sus manos estaban vacías. Avanzó muy resuelto hasta donde estaba Cabe y, con un violento gesto, lo tiró al suelo; en un instante, la enorme espada que colgaba de su vaina apareció en su mano y apuntó al desventurado humano.

El Rey Dragón resultaba una figura imponente. Sus ojos ardían, sí, ardían con un aterrador fuego rojo. El yelmo del dragón parecía sonreír con la sonrisa del

depredador, y Cabe comprendió que veía el rostro auténtico que se ocultaba tras el aspecto humano; bajo la pálida luz, las escamas de la armadura del Rey Dragón lanzaban destellos amarronados. La espada, que sostenía en su mano izquierda, no brillaba, parecía casi tan negra como un abismo.

A los oídos de Cabe llegó un susurro que no era exactamente una voz.

—Éstas fueron en una ocasión mis tierras. No eran estériles. Hubo un tiempo en que fueron los pastos y bosques más fértiles de todos los que existían. —Contempló al tembloroso humano con odio visceral—. ¡Hasta que llegaron los Amos de los Dragones!

La punta de la espada echó hacia atrás la capucha de Cabe. Los ojos del rey se abrieron de par en par.

—¡Un hechicero! ¡La prueba definitiva!

Era evidente que el mechón plateado resultaba visible, y Cabe deseó poseer en realidad todos aquellos poderes que estaban a disposición de un hechicero. Al menos habría podido tener la posibilidad de escapar. ¿Por qué habría venido con él? Desde el principio, una parte de él sabía que el Rey Dragón pensaba matarlo.

La siniestra figura alzó la espada como para asestar el golpe definitivo.

—¡Con la sangre de los dragones de fuego que había matado con sus propias manos, Nathan Bedlam destruyó la vida de mis clanes! ¡Con la sangre de su propia familia, yo haré que esa vida renazca! —El filo de la espada cayó con un silbido sobre Cabe.

La punta de una reluciente flecha apareció en la parte delantera del pecho del Rey Dragón, y la hoja de su espada se detuvo a pocos milímetros de la cabeza de Cabe.

Paralizado por el espectáculo, el humano no pudo hacer otra cosa que contemplar cómo el escamoso monarca miraba con sorpresa la flecha que había atravesado por completo su cuerpo. Una expresión de total incompreensión apareció en lo poco que resultaba visible del rostro. Tocó con sumo cuidado la punta de la flecha.

Y se desplomó hacia adelante.

Cabe apenas si tuvo tiempo de rodar a un lado para esquivar el cuerpo del Rey Dragón, y éste se estrelló contra el suelo con un golpe sordo. La espada negra se escapó de la inerte mano izquierda y cayó a un lado con ruido metálico.

Cabe se incorporó despacio, sin creer lo que veían sus ojos. Nadie apareció para recuperar la flecha. Nadie. Clavó la mirada en el suelo ante sus pies, y, por primera vez, fue consciente de la enormidad de la situación. Estaba solo en medio de las Tierras Yermas, y a sus pies yacía el señor de aquellas tierras.

Muerto.

Un terceto de hembras de dragón de fuego, bajo forma humana, arañaban y golpeaban con las uñas una pieza de ámbar de color esmeralda en cuyo interior aparecía una figura humana. La habían arañado y zarandeado de una forma u otra

durante varias décadas, pero jamás habían conseguido dejar en ella la menor marca.

Una mano peluda movió una pieza de marfil sobre un tablero de juego, y se retiró hacia atrás, a la espera de un comentario por parte del jugador contrario cuya destreza convertía cada movimiento en una lección.

—Pardo parece estar en una posición comprometida —fue cuanto dijo su compañero.

Cabe levantó con cuidado la espada negra y se la colgó al cinto. Estar armado lo hizo sentirse ligeramente mejor; luego empezó a pensar en qué hacer con el cuerpo. Si lo dejaba donde estaba, los súbditos del difunto Rey Dragón podían considerarlo como una deshonra y salir en su busca. Si lo enterraba, quizá no cumpliera con los ritos adecuados, y, también por eso, los enardecidos súbditos podían salir tras él.

Al final lo dejó donde estaba.

No se veía ni rastro de la montura del Rey Dragón. Al parecer había desaparecido en el mismo instante en que moría su dueño. La montura de Cabe sí seguía donde éste la había dejado, de modo que montó en ella y consideró qué rumbo tomar.

No podía regresar a su pueblo. Sería un suicidio. ¿A dónde, pues? ¿A la ciudad de Zuu? No, Zuu estaba demasiado controlada por el Dragón Verde y excesivamente cerca de las Tierras Yermas. Aunque el señor del Bosque de Dagora pocas veces interfería en nada, era correr riesgos desmesurados.

¿Penacles? El Grifo gobernaba allí. Se había apoderado de la Ciudad del Conocimiento tras la muerte del Dragón Púrpura, y muchos declaraban que había sido para bien. Todo el mundo sabía que el Grifo era enemigo de los Reyes Dragón.

Eso haría. Podía significar varios días más de viaje, pero era el único lugar seguro. Si sobrevivía al viaje.

Dedicó una última mirada a la figura caída en el suelo. La extraña y reluciente flecha sobresalía por la espalda. Al parecer tenía un aliado en alguna parte, pero ¿dónde? Miró a su alrededor con los nervios alterados y luego se alejó al galope.

Pasaron las horas.

Aparecieron unos jinetes. En apariencia carecían de sustancia, simples sombras de seres humanos. No obstante mostraban algún parecido con el Rey Dragón que yacía junto a los cascos de sus monturas. Se detuvieron, indecisos sobre lo que debían hacer, y, por fin, uno desmontó y tocó el cuerpo. Descubrió la herida que lo atravesaba por completo, pero no vio ni rastro del proyectil. Con sumo cuidado, dio vuelta al cuerpo inerte; la vista del rostro cubierto por el yelmo provocó un murmullo en el grupo formado por cinco jinetes.

Otros dos desmontaron y ayudaron al primero a entregar el cuerpo a uno de los otros jinetes. Hecho esto, los tres volvieron a montar sus respectivos animales.

Los jinetes hicieron girar sus monturas y se alejaron al trote; pero no volvieron por donde habían venido. En su lugar se dirigieron hacia el norte. Sus movimientos

eran temerosos y cosa tan rara entre los de su especie que resultaba aun más evidente.

Sobre sus cabezas, las dos lunas siguieron su curso, sin prestar atención a lo que acaecía a humanos y no humanos, pero a sus pies, en el lugar donde había caído el Rey Dragón, habían aparecido unas diminutas y osadas briznas de hierba.

Pronto las seguirían otras.

Capítulo 3

Cabe cabalgó sin descanso por aquella región desierta. La espada golpeaba rítmicamente contra su pierna. Las Tierras Yermas hacía ya tiempo habían dado paso a llanuras cubiertas de hierba, a las cuales a su vez habían sucedido muy pronto los bosques. Sin embargo no se dejó engañar por la belleza de cuanto lo rodeaba ya que los dragones-serpiente escogían a menudo tales parajes como cotos de caza. Aunque los dragones menores sólo poseían una inteligencia insignificante comparada con la de los Reyes, eran lo bastante astutos para engañar a un hombre.

El sol brillaba con fuerza en lo alto, y, según los cálculos de Cabe, estaba casi a medio camino de Penacles. No haber encontrado obstáculos hasta el momento le había permitido viajar más deprisa, pero estaba seguro de que su suerte no iba a durar.

El basilisco apareció ante él de repente. Tales criaturas poseían un finísimo oído ya que, para ocultar su presencia, un basilisco debía permanecer con los ojos cerrados o de lo contrario iría dejando una hilera de imágenes a su paso.

Cabe vio a la criatura justo antes de que ésta intentara mirarlo, pero el caballo no tuvo tanta suerte; en el mismo instante en que Cabe saltaba, el basilisco vio al animal. El caballo petrificado se desplomó y cayó al suelo, aplastando casi a su jinete al caer.

Cabe rodó hasta quedar a cubierto por los árboles que lo rodeaban mientras luchaba por sacar la espada. Oyó moverse al basilisco despacio hacia él, no muy lejos de allí, de modo que abandonó momentáneamente la idea de usar la espada y, tomando una rama del suelo, la arrojó tan lejos como pudo en dirección opuesta. Primero se produjo un silencio y luego el sonido del basilisco que atravesaba la maleza en dirección al lugar donde había caído la rama.

El muchacho sacó por fin la espada y se abrió paso hacia el camino. Si se movía por el bosque podría alertar a la criatura, mientras el camino, a pesar de que lo dejaba al descubierto, prometía ofrecerle más rapidez de movimientos y un avance menos ruidoso.

Oyó que el basilisco registraba la zona en su busca. Con un poco de suerte, el monstruo seguiría alejándose. De lo contrario...

Cabe no se molestó en terminar sus especulaciones.

El sendero era llano, cosa que suponía una ventaja. Avanzó con cuidado, la espada en la mano; aunque dudaba de tener muchas posibilidades si se encontraba cara a cara con el basilisco, de todas formas la espada le hacía sentirse mejor. Pasó por encima del cuerpo petrificado de su caballo. Esa pérdida haría que el viaje le resultara tres veces más largo.

Un fuerte estrépito surgió del bosque a su espalda y Cabe echó a correr a toda velocidad. Su única posibilidad —y sabía que era muy escasa— era dejar atrás a la criatura; pero a juzgar por los ruidos cada vez más cercanos, decir escasa era

sobreestimar sus posibilidades.

Dio un traspiés. La espada estuvo a punto de escapársele de la mano pero consiguió sujetarla. Las pisadas del basilisco sonaban tan fuertes que el animal debía de estar ya a punto de atraparlo, y, automáticamente, Cabe se volvió para enfrentarse al reptil sin darse cuenta de lo insensato que tal acción habría sido para cualquier otro hombre.

El basilisco apareció de un salto frente a él y le clavó la mirada.

La primera reacción de Cabe fue de sorpresa al no verse convertido en piedra, y su sorpresa se vio reflejada en el basilisco; hasta ahora el animal jamás había dejado de paralizar a sus víctimas. La bestia permaneció inmóvil por completo, casi como si, al igual que sus innumerables víctimas, se hubiera quedado petrificada.

Cabe aprovechó su recién descubierta inmunidad, esgrimió su espada y se levantó del suelo. El basilisco miró el arma y retrocedió. Cabe dio un paso adelante, y la criatura volvió a retroceder atemorizada. El joven adoptó entonces una expresión de ferocidad y blandió la espada a menos de un metro del monstruo al mismo tiempo que lanzaba un grito.

El basilisco dio media vuelta y salió huyendo.

Con un profundo suspiro de alivio, Cabe vio que la bestia escapaba. Ahora que todo había pasado, sentía su cuerpo como una fruta machacada, pero el temor, no obstante, le advirtió que no era conveniente quedarse allí maravillándose de su suerte; otras bestias más osadas podrían hacer acto de presencia.

Muy despacio, se puso en marcha con paso cansino por el sendero. Entraba dentro de lo posible que el camino lo llevara hasta un pueblo, pero todas las probabilidades estaban en su contra. Aquella región tenía fama de estar muy poco poblada, al menos por humanos.

Reflexionaba todavía sobre las implicaciones de su inmunidad ante el basilisco cuando vio la figura encapuchada. Estaba sentada al borde del camino y un caballo pastaba junto a ella. El viajero parecía no tener demasiado miedo a las criaturas del bosque y Cabe, que reconoció a la figura, comprendió el porqué.

El rostro desdibujado del hechicero le sonrió... o pareció hacerlo. Cabe se detuvo con la espada apuntando en dirección a la imprecisa forma.

—Saludos, Cabe Bedlam.

—Eres el que estaba en la taberna, ¿verdad? El que decía llamarse Simón.

—Sí —asintió el nigromante—. Veo que has viajado mucho desde la última vez que nos vimos.

—¿Viajado? ¡Casi me mata uno de los Reyes Dragón, sólo que alguien lo mató a él primero!

—Eso he oído.

—¡Pensaba utilizar esto! —Cabe levantó la espada negra.

—Un arma tres veces maldita —repuso Simón arrugando el entrecejo—. Si las cosas no fueran así, te diría que la tirarás y te olvidaras de ella. Por desgracia, puede que sea lo único que te mantenga alejado de la muerte... hasta que tus poderes se manifiesten como corresponde.

—¿Que se manifiesten como corresponde?

—Como en la taberna. ¿Recuerdas tu combate con el ogro?

Los ojos de Cabe se abrieron de par en par.

—¿Fui yo?

El rostro medio oculto pareció dedicarle una leve sonrisa.

—Te dejaste ir. Cuando se libera el poder de esa forma, puede golpear con fuerza.

La capucha resbaló ligeramente hacia atrás, y Cabe pudo ver un poco del enorme mechón de cabellos plateados que el otro lucía en la cabeza. Con un ademán inconsciente se llevó la mano a sus propios cabellos.

—Sí, el mechón plateado ha crecido —dijo Simón—. Mi encuentro contigo actuó de catalizador. Los hechiceros reaccionan ante otros hechiceros. Pardo, el Rey Dragón que intentó matarte, también contribuyó, aunque para entonces tu auténtica naturaleza era ya muy evidente.

Cabe recordó las palabras del monarca-reptil. Ahora ya no parecía que hubiera forma de dar marcha atrás. Si todo el mundo estaba decidido a llamarle hechicero, tendría que aprender a utilizar su poder; y mientras tomaba esa decisión, vio que su compañero asentía de nuevo.

—Es el único camino que tienes. Sin ti, sin tu poder, esta tierra seguirá bajo el dominio de los Reyes Dragón.

—¿Cómo es eso posible? —Tal perspectiva hizo estremecer a Cabe.

—En ti existe... poder, ya que no encuentro una palabra mejor para definirlo. Un gran potencial. Más del que la mayoría de los hombres, incluido Nathan, llegan a conseguir jamás... y eres inexperto, lo cual lo hace aun más curioso. Lo que necesitamos es que ese poder se transforme en técnica. Desde los tiempos de los Amos de los Dragones, los Reyes se han dedicado a buscar a los humanos poseedores de un potencial peligroso. Eres uno de los pocos que han pasado por alto, y por eso eres tan valioso. Sin ti, no tenemos el poder suficiente para resistir un enfrentamiento directo con los Reyes Dragón.

—¿Entonces por qué no nos han aplastado? ¿Por qué dejar que lleguemos a resultar tan peligrosos?

—Quizás haya dos razones —repuso la encapuchada figura encogiéndose de hombros—. Superamos en número a los dragones superiores, los que poseen inteligencia, por un amplio margen. Incluso si nos derrotan tenemos una posibilidad de llevarlos a la extinción. Sus clanes son muy pequeños. La segunda razón está relacionada con la primera. Su cultura se ha entremezclado con la nuestra. Somos

demasiado eficientes como raza sometida; hacemos muchas cosas que ellos ya no se molestan en hacer, y lo hacemos porque debemos hacerlo. ¿Por qué alterar lo que funcionaba tan bien?

Cabe meditó sobre su propia existencia. No podía decir que hubiera sido dura.

—¿Por qué luchar contra ellos, entonces? ¿No lo tenemos todo? ¿No lo podemos hacer todo?

Aunque el rostro de Simón resultaba inescrutable, el tono de su voz no lo era.

—La ilusión de poseer la libertad es siempre así, Cabe. Una ilusión. Mientras los Reyes Dragón gobiernen, no ascenderemos más. Nos estancaremos y pereceremos con ellos.

Una arrolladora sensación de deber se apoderó de Cabe. Su abuelo había dado la vida por esa creencia, y Cabe, al comprender aunque sólo fuera por encima aquella creencia, podría al menos ayudar; especialmente si en ello le iba la vida.

—¿Qué debo hacer? ¿Me enseñarás?

—Más adelante, a lo mejor. De momento debes continuar con tu viaje. El Lord Grifo espera tu llegada.

—¿Espera? ¿Cómo conoce mi existencia?

—No se mata a un Rey Dragón sin alcanzar cierta notoriedad —cloqueó el hechicero.

—¡Pero yo no lo maté! ¡Había una flecha refulgente! ¡Eso fue lo que atravesó su cuerpo!

Los ojos del hechicero adoptaron un profundo color rojo, y sus manos se agitaron en dirección a él. Cabe creyó en un principio que la desdibujada figura iba a destruirlo, de modo que levantó la espada con la esperanza de que lo protegiera. Simón bajó las manos y lo tranquilizó.

—No tienes nada que temer, amigo mío. Sencillamente comprobaba tu historia. Lo que has dicho es cierto. Pardo, el señor de las Tierras Yermas murió por el poder de una flecha de un Lancero Solar. Corren tiempos realmente extraños.

—¿Qué es un Lancero Solar? —inquirió Cabe bajando la espada—. Me parece conocer ese título.

—Debieras. Es probable que forme parte de tu poder. Los Lanceros Solares eran la élite de los Amos de los Dragones. Nathan era su jefe. Podían tomar la luz de Kylus y controlarla con sus arcos.

Cabe levantó la cabeza despacio hacia el sol. ¡Si pudiera controlar una parte de aquello! Era increíble. No obstante, algo no encajaba...

—El Rey Dragón murió bajo las Gemelas. Había escogido esa hora para mi muerte.

—Hummm. Es posible que la sangre de alguien como tú revivificase las tierras muertas. La conjunción de las Gemelas es una ocasión bien conocida por aquellos

que poseen el poder. Aumenta la potencia de cualquier hechizo que implique un sacrificio. De todas formas, los Lanceros Solares precisaban de la luz del día; para crear un arma así durante la noche, se tendría que utilizar a las Gemelas, y no se las conoce precisamente por su generosidad. Exigen un pago. Debo investigar. A lo mejor, para cuando llegues a Penacles, tendré una respuesta que darte.

—¿Me abandonas? ¡Pero jamás conseguiré llegar a pie!

Pareció que el indefinido rostro mostrara una pasajera expresión de sorpresa.

—¿A pie? No. Montarás este caballo. Lo traje en cuanto advertí tu situación. —A pesar de sus guantes, el hechicero chasqueó los dedos. Su montura se dirigió hasta Cabe y frotó su hocico contra el cuerpo del sorprendido muchacho.

Cabe acarició al caballo, algo atemorizado ante las habilidades de su compañero, ya que acababa de perder a su montura hacía sólo unos minutos.

—Gracias por el corcel, pero ¿qué harás tú?

—Yo no lo necesito.

Ceñudo, Cabe observó al animal con atención; era fuerte, más fuerte que su otro caballo. Volvió la atención de nuevo hacia el hechicero...

... y se encontró con que Simón ya no estaba.

No se cuestionó su desaparición. La figura encapuchada le había ayudado, y lo mejor sería utilizar aquella ayuda. Cuanto antes llegase a Penacles, mejor.

Envainó la espada y montó. Un rápido examen de la zona le reveló que no existía otro sendero más que aquel en el que se encontraba. Los bosques eran demasiado peligrosos; aunque el sendero tampoco había demostrado ser muy seguro.

Con una mano sobre la empuñadura de la espada, reanudó su camino.

Empezaba a oscurecer. A Cabe le pareció que el día se había visto reducido a la mitad de su duración. Esperaba salir del bosque antes de la noche, pero el sendero no dejaba de serpentear, lo cual hacía que una pequeña parte de su cerebro le sugiriera la posibilidad de que se estuviera utilizando brujería; ningún humano hubiera diseñado un sendero tan sinuoso.

Algo se le cruzó al paso. Cabe vislumbró una figura muy femenina. Una mujer chilló, y el muchacho tiró con fuerza de las riendas de su montura, deteniéndola justo a tiempo de evitar el cuerpo que tenía enfrente.

Sus recién desarrollados reflejos hicieron que se llevara la mano a la espada.

—¡Deteneos, buen caballero! ¡No queremos haceros ningún daño!

Cabe volvió la cabeza bruscamente en dirección a la voz y vio a otras dos mujeres. No eran mujeres corrientes; de eso estaba seguro, iban ataviadas con ropas ligeras pero suntuosas, todas del color del bosque. De hecho, incluso su piel —y gran parte de ella resultaba visible— poseía un leve matiz verdoso.

La más alta de las tres se acercó a él. Podría haberse tratado de un elfo, con su rostro afilado y ojos color trigo; su sonrisa se atrevió a ahuyentar la creciente

oscuridad.

—¡Saludos, caballero!

¡Caballero! Cabe reprimió una carcajada. Desde luego la joven había sobreestimado su posición social.

—¿Quién eres?

—Yo soy Camilla. Esta es Magda. —Indicó a una mujer de menor estatura pero de formas más voluptuosas que le sonrió con timidez y le hizo una reverencia. Su rostro era casi una copia del de su hermana, que es lo que parecían ser. Cabe tartamudeó un saludo.

Camilla se volvió hacia la muchacha que Cabe había estado a punto de atropellar y prosiguió:

—Ésta es nuestra hermana menor, Tegan, quien, al parecer, debe aprender a fijarse por dónde anda.

Tegan apenas si era mujer aún, pero había tal gracia en ella como si tuviera años de experiencia. Lo mismo que Magda, era casi una réplica de su hermana mayor; cuando se inclinó para hacerle una reverencia, su larga melena dorada le cubrió los hombros.

—Y, si se me permite preguntarlo, ¿qué hacen tres hermosas damas aquí? Esta es una tierra llena de peligros, como los dragones-serpiente, y no es lugar para que viváis vosotras tres. ¿Dónde están vuestros esposos?

La mayor adoptó una expresión seria.

—Por desgracia mi esposo está muerto. En cuanto a mis hermanas, jamás han tenido la oportunidad de casarse. De todas formas, no tememos a las criaturas del bosque, nunca se acercan a nuestra casa. Mi difunto señor creía en la posibilidad de que algún encantamiento protegiera la zona.

Cabe asintió con la cabeza. Había oído hablar de tales lugares; de algunos se decía que habían sido hogares de hechiceros, mientras en otros casos parecía deberse a la influencia de espíritus, benignos o malignos. Estas mujeres eran afortunadas; algunas zonas significaban la muerte instantánea para aquellos que penetraban en ellas. En cada oasis, existía también una trampa.

La más joven se acercó a su caballo e intentó acariciarlo. El animal se echó hacia atrás, como si le hubieran mordido, y Cabe observó que respiraba con ansiedad.

—Vuestro caballo está cansado —dijo Camilla observando al animal—. Quizá nos concedáis el placer de vuestra compañía. Ya es hora de que haya un invitado en nuestra casa, y alguien tan apuesto hace que la idea sea aún más agradable.

Cabe, que no estaba acostumbrado a cumplidos que no terminaran en una nota sarcástica, casi se ruborizó.

—Sería un honor para mí acompañaros.

—Entonces, venid. No está muy lejos del sendero.

Indicó a su montura que abandonara el sendero, pero el animal se negó. Un segundo y tercer intento no consiguió que el caballo hiciera otra cosa que moverse de un lado a otro nervioso, y, al darse cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos, Cabe desmontó.

—Parece que tendré que andar, pero no hay ningún lugar donde pueda dejar a mi caballo entretanto.

Tegan se acercó y le tomó las riendas con suavidad. Vista de cerca, poseía un aire seductor que Cabe no había observado antes. Su voz era como la llamada de las sirenas.

—Id con mis hermanas, Cabe. Yo atenderé a las necesidades de vuestra montura y regresaré enseguida. No temáis, estará a salvo en mis manos.

Pocos hombres, si es que existía alguno, podían resistir una voz y un rostro como el de ella. Asintió y le dio las gracias por su amabilidad. Camilla y Magda lo tomaron cada una por un brazo.

—Nos escoltaréis como lo hacía mi esposo. Hoy volvemos a ser las señoras del castillo. —Camilla sonrió, y Cabe sintió un gran deseo de perderse en aquella sonrisa.

Lo condujeron al interior del bosque, inmerso en sus ensoñaciones. A pesar de ser insólitos, no advirtió a su espalda los relinchos de un caballo a la vez enfurecido e inquieto.

Al cabo de un momento se le sumaron los siseos de un ser mayor y más siniestro, pero Cabe estaba ya demasiado lejos para oírlo.

Mucho podría decirse sobre la diversidad de gustos en los Reinos de los Dragones. Tanto los humanos como los no humanos diferían en gran medida de sus hermanos más próximos y estos gustos se ponían en evidencia por el tipo de alojamiento que los miembros de cada raza escogían para vivir.

Cabe decidió que tal era el caso con respecto a la finca de las tres damas.

Enormes muros de piedra se entremezclaban con barreras excavadas en la misma tierra. Partes de la casa eran de madera cortada, pero la porción derecha parecía estar formada por un árbol gigantesco, con plantas de aspecto caprichoso y estrafalario que rellenaban los huecos a su alrededor. En lo alto, como si se tratara del símbolo de la casa, un ave de aspecto feroz parecía dispuesta a caer sobre todo visitante, y, a pesar de estar hecha de metal, Cabe tuvo que mirarla dos veces con atención antes de permitir que lo condujeran al interior.

El interior de la mansión era aun más irreal que el exterior. Aunque el suelo era de mármol pulimentado, aquí y allí había puntos en los que crecían árboles. Algunos atravesaban el techo y se perdían en lo alto. Plantas trepadoras crecían en las paredes, columnas, escalera y, desde luego, en los árboles. Resultaba extraño pensar que alguien pudiera vivir allí, y estuvo a punto de preguntar a sus anfitrionas la historia de la casa, pero decidió aguardar el momento oportuno.

Camilla soltó su brazo para dejar que Magda lo condujera a un recargado sillón. Cabe se sentó con sumo cuidado; el sillón parecía tan antiguo que con toda probabilidad se desmoronaría bajo su peso, y recibió una gran sorpresa al comprobar que era muy resistente y bastante mullido. No acostumbrado a tales lujos se arrellanó cómodamente, mientras las dos mujeres se miraban, como si les divirtiera su fascinación por un objeto corriente.

Magda se inclinó hacia adelante, ofreciendo a Cabe una espléndida vista de su femineidad. Sonrió, y la sonrisa era idéntica a la de sus hermanas.

—¿Os sentís a gusto?

El joven tardó un momento en darse cuenta de que se refería al sillón. Ruborizado, asintió:

—Hace mucho tiempo que no me sentaba en un sitio tan cómodo.

—¡Perfecto! Queremos que os sintáis feliz. ¿No queréis quitaros la espada? ¡Debe de ser muy incómoda!

Cabe, sin saber por qué, no quería de manera alguna desprenderse de ella, de modo que sacudió la cabeza negativamente y dirigió la conversación hacia otros temas.

—Éste es un lugar muy curioso. ¿Quién lo construyó?

—El esposo de mi hermana Camilla. Era un... un hombre del bosque. No podía vivir sin árboles. Hemos aprendido a querer este lugar.

—No era mi intención ser descortés.

—No me siento ofendida. —Se inclinó aún más sobre él.

—¡Magda!

Al escuchar la voz de Camilla, la mujer se apartó con rapidez para mirar a su hermana con ojos llameantes. Camilla le devolvió la mirada con igual ardor.

—¿Qué sucede, querida hermana?

—Ve en busca de Tegan —respondió ésta indicando la puerta—. Asegúrate de que está bien.

—¿Esa? —rió su hermana—. Ninguna criatura...

—¡Compruébalo ya!

La hermana más joven arrugó el entrecejo y salió. Cabe la siguió con la mirada y se volvió hacia Camilla.

—Si Tegan está en peligro, quizá debiera acudir en su ayuda.

La mujer tomó una copa de una bandeja que había depositado no muy lejos.

—No os preocupéis demasiado. Sir Cabe. Sólo me refería a que podía haber tenido problemas con vuestro corcel. Era un animal fuerte y fogoso. —Le entregó la copa—. ¡Dejemos eso! Entre las dos, mis hermanas podrán ocuparse perfectamente de vuestro caballo, entretanto, haré lo que pueda por vos.

Cabe casi se atraganta con el vino. ¡Jamás había tropezado con mujeres tan

apasionadas! A lo mejor se debía al hecho de estar aisladas del contacto con otra gente. Resultaba difícil resistir sus encantos, y se preguntó por qué lo hacía; lo más probable es que temiera la reacción de las otras dos si mostraba cualquier preferencia por una de ellas. Hermosas sí que eran, pero se comportaban como una jauría de perros salvajes, cada una intentando reclamar su presa.

No había dejado de observar que su anfitriona se había cambiado de ropa. Ahora llevaba un vestido que, en modo alguno, conseguía cumplir el objetivo asignado a la mayoría de las prendas de vestir: cubrir el cuerpo de quien las llevaba. Si Cabe se concentraba...

No tenía que haberse molestado en intentarlo siquiera. Camilla, con sorprendente celeridad, se sentó en su regazo, por poco le hace derramar el vino, y lo rodeó con sus brazos; con los labios casi rozándole los suyos dijo:

—Mis hermanas tardarán un rato. Por ser la mayor saben que tengo derecho a ser la primera. ¿Por qué no os quitáis esa espada y el cinturón? Vamos, ya ¿no soy atractiva?

—Sí, mi señora —consiguió tartamudear.

Ella le sonrió como un depredador a punto de hundir los dientes en su presa. A través de sus finas ropas Cabe percibía con toda claridad el calor del cuerpo de la joven contra el suyo. La verdad era que resultaba difícil saber si sudaba a causa de la promiscuidad de la mujer o del calor que ella parecía emitir. ¡En verdad, una mujer apasionada!

La puerta principal se abrió de golpe. Camilla se apartó de Cabe con una expresión de furia que hizo que su rostro se tornara decididamente feo. Se paró en seco al ver a Magda que ayudaba a entrar a una Tegan herida.

—¿Qué ha sucedido?

La más joven estaba semiinconsciente. Cabe la miró y entrecerró los ojos; veía a la muchacha un poco desenfocada. Volvió la mirada hacia el vino y dejó de inmediato la copa sobre la mesa.

—¡Magda! ¡Aquí no! —Camilla daba rápidas instrucciones en aquellos momentos—. ¡Llévala a... a su habitación!

—¡Caballo Oscuro! ¡Caballo Oscuro... —farfulló Tegan, incoherente, al escuchar sus palabras.

—¡Viene! —dijo Magda.

Se oyó un fuerte ruido procedente de los árboles más próximos al sendero, y Cabe se llevó la mano a la espada.

—¡No! —Camilla lo detuvo antes de que su mano tocara la empuñadura.

—¡Se acerca algo!

—¡No puede entrar aquí! ¡Estamos a salvo!

Los ruidos continuaron. Fuera lo que fuese, se acercaba y lo hacía a gran

velocidad. Cabe se preguntó hasta qué punto estaban a salvo; no confiaba demasiado en su destreza con la espada.

Las dos hermanas se llevaron a Tegan a otra habitación. Cabe se dirigió a la puerta abierta, se detuvo allí temblando y miró al exterior. Había alguien allí afuera, pero parecía haberse detenido a poca distancia, donde no se lo pudiera ver. Posó la mano en la empuñadura de la espada y dio un paso vacilante hacia el exterior.

Algo se agitó entre los árboles. Vio la fugaz imagen de una figura parecida a un caballo pero bastante vaga. Dos curiosos impulsos se apoderaron de él. Uno, penetrar en el bosque y enfrentarse a la criatura; el segundo llamar a la criatura para que fuera hacia él. Ninguno de los dos parecía muy sensato, de modo que Cabe los reprimió como pudo. La criatura lanzó un resoplido de irritación.

—¿Qué hacéis?

Cabe giró en redondo, la mano todavía sobre la empuñadura de su espada. Se trataba de Camilla, pero su aspecto era diferente. Seguía siendo hermosa, mas su belleza había adoptado ahora cierto aspecto de reptil. La mano de Cabe se cerró con más fuerza sobre la espada.

La mujer se tranquilizó y se acercó más. Seguía poseyendo cierto encanto seductor.

—Calmaos, Cabe. La criatura no puede entrar. Podemos ignorarla.

—¿Qué es esa cosa? —Cabe seguía sin relajarse—. Tegan mencionó «Caballo Oscuro». Me resulta familiar, pero no puedo...

Camilla se llevó una mano a los labios.

—Chist. Mi hermana estaba aturdida. No debéis preocuparos por ella; estará perfectamente por la mañana.

La cosa que acechaba en el exterior provocó nuevos ruidos pero no pareció estar más cerca.

La mujer que tenía junto a él se volvía cada vez menos humana aunque, al parecer, no se daba cuenta de ello. Cuando el hocico empezó a materializarse en su rostro, Cabe comprendió de repente lo que sucedía.

Apartó a Camilla de un empujón con su mano libre y con la otra sacó la Espada Negra.

—¡Un dragón de fuego! —rugió.

Todo el comportamiento de su anfitriona había cambiado. Con un rugido inhumano, cambió por completo de aspecto: de su espalda brotaron alas, el hermoso rostro se distendió hasta que casi todo él se convirtió en unas enormes fauces con desmesurados y afilados dientes; los delgados brazos y las piernas se convirtieron en patas escamosas que intentaron desgarrar al joven.

Cabe había caído en una trampa. Había oído historias de labios de aventureros que hablaban de hembras de dragones de fuego que embrujaban y luego devoraban a

viajeros incautos. Las hembras tenían más éxito en sus metamorfosis que los machos. Un dragón de fuego macho, ni siquiera los Reyes Dragón, podían metamorfosearse en una copia perfecta de un hombre; ése era el motivo de que los machos siempre aparecieran bajo la guisa de guerreros cubiertos con armadura.

Las hembras, no obstante, no sólo podían parecer humanas sino que incluso podían mejorar su imagen; de ahí su habilidad para seducir a sus desprevenidas víctimas.

Sin embargo él se había visto liberado de alguna forma del hechizo que hubieran lanzado en su contra. Quizá se debía a la espada que empuñaba, que provenía de un Rey Dragón. A lo mejor, pensó, poseía más ventajas de las que creía.

Todo esto pasó por la mente de Cabe en una fracción de segundo. El miedo puede ser un gran acicate. Sin ningún lugar a donde ir, excepto hacia la criatura del bosque, mantuvo la punta de la espada en dirección al dragón y empezó a orar.

La cosa que había sido Camilla, a punto de saltar, se detuvo en seco. Pareció encogerse sobre sí misma, y Cabe, animado, dio un paso al frente y fingió atacar. Había funcionado con el basilisco. El dragón de fuego retrocedió, con la cola entre las patas.

—¡Ten misericordia de mí, hombre de la Espada Negra! ¡No te atacaré!

—¿Lo juras?

—¡Por el emperador, la Espada Negra y los Reinos de los Dragones! ¡Por favor!

La oscura espada, que ahora poseía un nombre —y un nombre inquietante— vibró en su mano. Allí había poder. ¡Poder para hacer cualquier cosa! ¡Poder que podía fusionarse con el suyo! ¡Concederle el dominio sobre bestias y hombres!

Se escuchó el relincho de un gran caballo de batalla. Cabe parpadeó y se dio cuenta de que había caído bajo la influencia de la espada. ¡No era de extrañar que Simón la hubiera llamado tres veces maldita!

El dragón casi se había enterrado en el suelo de miedo, y a Cabe lo invadió la repugnancia.

—¡Vuelve a cambiar de forma, maldita seas! ¡Preferiría verte en forma humana!

—¡Como desees!

La forma pareció fundirse, y todo el proceso se repitió a la inversa. Al poco rato se encontró frente a la hermosa, pero turbada, Camilla. Era algo que había que tener en cuenta; la espada le había permitido recuperar su disfraz humano.

—Eso está mejor. ¡Llama a tus hermanas!

Así lo hizo, y apareció Magda con Tegan herida apoyada en ella. Ambas se colocaron junto a su hermana, quien las miró y dijo:

—Lo sabe. Además tiene la Espada Negra.

Los ojos de Magda se abrieron de par en par, y Tegan lanzó una ahogada exclamación. Cabe comprendió que, a pesar de su diabólica naturaleza, lo mejor que

podía hacer era seguir empuñando la espada o arriesgarse a que lo atacaran.

—¿Qué quieres de nosotras?

—¡No lo que pensáis, eso es seguro! —resopló— ¡Jugabais conmigo como un gato con su cena!

—Necesitábamos comida. Nuestro duque perdió el favor del Dragón Verde y ahora está muerto. Ni siquiera nosotras podemos soportar la mirada del basilisco. Ese poder está reservado sólo a los Reyes Dragón. ¡Por eso nos hemos visto reducidas a esto!

Cabe no se sintió inclinado a mencionar su propio encuentro con el monstruo. Cualquier cosa que mantuviera oculta a las hembras dragón sería una ventaja para él.

—La espada os ha mantenido a raya. —Expresó su pensamiento como una declaración, no una pregunta. No era conveniente que se dieran cuenta de que actuaba basándose en conjeturas.

—Sí. La Espada Negra la creó un hechicero. Es funesta tanto para los míos como para los tuyos. Ten cuidado, humano, es traicionera. Muy bien podría ocasionar la muerte de todos nosotros.

—La vuestra será la primera si me parece advertir alguna treta.

—No haré nada —repuso ella alzando una mano. Empezaba a recordar pequeños detalles y les preguntó:

—Me llamasteis Cabe, sin embargo yo no os dije mi nombre. ¿Cómo lo sabíais?

Camilla permaneció en silencio.

—Si no me lo dices, utilizaré esto. O... os haré salir ahí afuera y enfrentaros a esa cosa. —Cualquier criatura que se alimentara de dragones de fuego no podía ser tan perversa.

Aquello la decidió a hablar.

—La Dama del Ámbar nos advirtió de tu llegada.

¿Dama del Ámbar? Cabe sintió que algo se agitaba en su memoria. Por alguna razón le sonaba aunque no sabía por qué, pero sí sabía que tenía que verla.

—Llevadme hasta ella.

—¿Nos dejaréis ir cuando lo hagamos? —Incluso derrotada, Camilla intentaba todavía negociar.

—Ya veremos.

La cosa del bosque rugió y se agitó con estruendo. Cabe aún sentía aquel impulso de llamarla o ir hacia ella, pero lo reprimió. Lo más probable era que tal acción lo llevara a la muerte.

La hermana mayor se puso a la cabeza del grupo y Cabe hizo que las otras dos la siguieran. A pesar de la fragilidad de su aspecto, no quería tener a aquellas mujeres a su espalda. Avanzaban despacio; Tegan aún precisaba de la ayuda de su hermana.

En el mismo instante en que penetraron en el jardín situado en la parte posterior

de la casa supo que los dragones de fuego habían arrebatado aquella mansión a algún otro ser. Alguien que no había sido del todo humano, pero que lo era mucho más de lo que nunca podrían ser aquellos enormes reptiles. Lo cierto es que, Cabe casi sintió cierta afinidad con el anterior ocupante mientras seguía a sus cautivas.

El jardín se parecía a la mansión en la cual las plantas se entremezclaban con las estructuras. Las enredaderas envolvían las arcadas, y las flores brotaban en zonas del suelo. Podría haber resultado anárquico; pero existía un orden tan sutil que era poco menos que imposible haberlo diseñado de otra manera.

—¡He aquí, humano, a la Dama del Ámbar!

Surgió tan de repente que Cabe en un principio pensó que era parte del diseño del jardín. El enorme cristal de color miel descansaba sobre una plataforma de mármol; plantas trepadoras crecían aquí y allí, a su alrededor. Era transparente. Además, cuanto más se lo miraba, más evidente era que refulgía ligeramente en su interior. Emitía un fulgor verdoso.

En aquel fulgor, en el centro del cristal, había una mujer.

Capítulo 4

Se había convocado precipitadamente al Consejo de los Reyes Dragón, y, por lo tanto, con la excepción del Dragón Negro, solamente los que residían más cerca del emperador habían podido asistir. No obstante, los rumores que circularon sobre el motivo por el cual se había convocado el Consejo eran más que suficientes para que aquellos que no podían estar allí empezaran a prepararse para una posible batalla.

El Dragón Plateado estaba allí. El Dragón Verde y el Rojo estaban situados uno frente al otro, se observaban con suspicacia. El Dragón de Hierro, enorme e imponente, el más poderoso después del emperador, había hecho una de sus raras apariciones.

El Dragón Dorado los recorrió con la mirada y hasta el Dragón de Hierro retrocedió ante ella. Cuando el emperador se comportaba de aquella forma quería decir que las cosas iban realmente mal.

—Lamento que el resto no haya llegado, en especial Hielo, que está tan cerca, pero tendremos que arreglárnoslas con los que somos.

Se interrumpió, como si esperara algún comentario.

—El destino, señor del juego, ha barajado las cartas una vez más. El Reino de los Dragones amenaza con escapar de nuevo a nuestro control.

La rotundidad de su declaración no hizo más que enfatizar la importancia de la convocatoria. Sólo en una ocasión se había visto desafiado su poder, y aquel enemigo había estado a punto de derrotarlos.

Como dando voz a lo que estaba en la mente de todos, el Dragón de Hierro rugió:

—¡Los Amos de los Dragones están muertos! ¡Nadie puede desafiarnos!

—Puede que los Amos hayan desaparecido, pero su legado sigue vivo.

—Esto suena igual que el último Consejo. —El Dragón Rojo escupió enojado y su saliva abrasó el lugar donde había caído.

—Seguirá sonando como el último Consejo.

El tirano de las Llanuras Infernales le dedicó una mirada de curiosidad casi humana.

—¿Qué quieres decir, mi señor?

En lugar de responder a su hermano, el Dragón Dorado alzó la enorme cabeza, extendió las alas, y rugió en dirección a las sombras:

—¡Podéis entrar!

Entraron despacio. Eran dos. Su aspecto denotaba en muchos detalles el parentesco cercano con todos los presentes en la sala. Cubiertos con yelmos de dragón, habrían podido fingir ser Reyes, pero los otros sabían lo que eran. De acuerdo con la tradición, se arrodillaron inclinando la cabeza hacia adelante.

—¿Qué duques son éstos? —quiso saber el Dragón de Hierro, parpadeando.

—Son los de Pardo.

—¿Así que envía a sus subordinados y no se digna venir en persona? ¡Majestad, deja que lleve yo mis legiones y pueda enseñar a mi arrogante hermano cuál es ssssu lugar!

—Me temo que esa lección no serviría de mucho ahora —El Dragón Dorado se volvió hacia los dos recién llegados—. Llamad a los que transportan el cuerpo.

—¿Cuerpo? —La palabra surgió de más de una boca y en ella se percibía consternación y miedo.

Los recién llegados se incorporaron, hicieron una reverencia, y salieron en silencio. Pasaron unos minutos, como si los que debían entrar temieran hacerlo. Los Reyes Dragón impacientes, se removieron en sus lugares.

Por fin regresaron cinco figuras, incluyendo un tercer guerrero de los clanes del Dragón Pardo y dos de los propios guerreros del Dragón Dorado. Sobre una plataforma transportada por cuatro de ellos yacía una figura amortajada. Uno de los monarcas lanzó un silbido al reconocer a quién pertenecía la figura.

—¡Pardo! ¡Traen a Pardo!

Poco acostumbrados al poder allí reunido, los duques se arrodillaron, sujetando todavía la plataforma. A pesar de su poder temían por sus vidas. A los ojos de sus monarcas, eran invisibles. Los Reyes Dragón estaban demasiado preocupados por la muerte de uno de los suyos.

—¿Quién ha hecho esto?

—¡Luce su forma humana!

—¡Alguien debe de haberlo atacado poco después de que nos dejase!

El Dragón Dorado observó que el Negro parecía extrañamente silencioso. Gritó pidiendo orden y lo obtuvo.

—¡Pardo está muerto! ¡Hay una herida, que le atraviesa el pecho, pero no veo el arma, y los servidores de nuestro hermano afirman que no encontraron ninguna! Incluso en forma humana, somos casi invencibles. ¿Cómo, pues, se perpetró este crimen? ¿Quién es el responsable?

Al tiempo que hablaba, sus ojos se volvieron hacia el guardián de las Brumas Grises. Él Dragón Negro sonrió, pero era una sonrisa que podría haber sido pintada por la muerte, tan siniestra era.

—¿Bien? ¡Pareces curiosamente complacido! ¿Qué tienes que decir, hermano?

—Respetado hermano, es tal y como dije —repuso éste con una inclinación de cabeza—. La sangre de los Amos todavía existe. Sospecho que también existen otros. Nunca podremos estar absolutamente seguros. Después de todo, se trataba de la estrategia de Púrpura, y murió enfrentándose al último y mayor de nuestros enemigos.

—Entonces culpas del crimen al nieto de Nathan Bedlam. ¡Ordené que se lo

vigilase! ¡Dónde están mis espías!

Algo revoloteó fuera de la oscuridad del nivel superior de la cámara. Carecía de equivalente terrestre. Ni siquiera el emperador sabía demasiado sobre la historia de los de su especie. El espía era útil, y a la larga, eso era lo que importaba.

Algo se les había interpuesto en su objetivo. Los siniestros siervos del emperador descubrieron al llegar que el joven había desaparecido. Llevado por uno de los Magníficos, afirmó. Ambos habían cabalgado hasta las Tierras Yermas. Los siervos habían regresado a la casa del Magnífico de Magníficos, pero no se atrevieron a decírselo.

—Bien. —El Dragón Dorado despidió al espía, éste voló de nuevo a su oscuro nido y desapareció—. ¡Pardo decidió desobedecer! ¡Quiso matar a la cría de Bedlam por su cuenta! Ha pagado cara su desobediencia.

La mayoría de los presentes permaneció en silencio. El Dragón Dorado era por lo general un jefe tranquilo y racional. Sus conocimientos eran casi tan grandes como los del difunto señor de la Ciudad del Conocimiento. El Dragón Púrpura, no obstante, había desconocido el poder del emperador. Hecho que siempre obsesionaba al Dragón Dorado. En su opinión, tan flagrante desobediencia indicaba falta de confianza en él como gobernante. Era uno de sus puntos débiles, y nadie se atrevía a mencionarlo.

El emperador se tranquilizó un poco.

—A nuestro hermano lo encontraron en una de las zonas más desoladas, si es que se puede utilizar ese término sin parecer redundante, de las Tierras Yermas. Se supone que murió bajo los ojos de las Gemelas.

La reacción que provocaron tales palabras no lo decepcionó. La avidez de sacrificios de las Gemelas era bien conocida; en compensación, harían cuanto pudieran por aumentar la fuerza del hechizo que se hubiera producido. Era evidente que el Dragón Pardo había pretendido utilizar al humano para recuperar sus tierras fértiles y el hecho de que hubiera muerto él en lugar del otro dejaba mucho campo a la especulación.

—Debemos prepararnos. —La voz del Dragón Dorado sonaba ahogada; se suponía que era una orden que debía cumplirse a rajatabla—. Debemos reunir todas nuestras legiones otra vez. Si es inminente un segundo levantamiento de los hombres debemos localizarlo mientras esté en embrión.

Aunque calló, todos sabían adonde quería ir a parar. El Dragón Negro sonreía, pero el emperador no lo reprendió.

—Debemos tomar Penacles. Debemos volver a poner bajo nuestro control a la Ciudad del Conocimiento.

El Dragón de Hierro rugió su aprobación:

—¡Ssssí! ¡Bajaré con mis hordas de fieras y aplastaré al Grifo! Luego recogeré...

—¡No! ¡Yo me encargaré de la derrota y saqueo de Penacles!

Las palabras del emperador los acallaron a todos. Aunque las legiones del Dragón Dorado eran superiores a las demás, apenas si entraban en acción; así pues, fue evidente para todos el auténtico motivo de este cambio repentino: para los Reyes Dragón, el saber era poder. El Rey de Reyes no tenía la menor intención de permitir que ninguno de sus congéneres tomara el control de ese poder, no quería rivales.

—¡Majestad! ¡Hacer eso podría poner en peligro vuestra augusta persona!

Los demás asintieron dándole la razón. El Dragón Plateado contempló a su señor preocupado, y el emperador arrugó el entrecejo más expresivamente que un dragón. El Dragón Plateado le era leal, pero por desgracia eso significaba que el señor de Mines tomaba partido inconscientemente por el otro bando. El Dragón Dorado exhaló un leve suspiro apenas. Habría que llegar a un acuerdo.

—Muy bien. Negro, reunirás a tus fuerzas. Hierro, te designo para reunir lo que quede del ejército de Pardo y acoplarlo al tuyo. Atacaréis por el oeste. El señor de las Llanuras Infernales y yo mismo nos quedaremos en la retaguardia y luego atacaremos. Toma conducirá mis legiones imperiales.

No hubo discusión en este punto. Toma, una cría del Dragón Dorado, pero sólo un dragón de fuego, era no obstante un jefe guerrero muy diestro.

—Yo me quedaré aquí, dando las órdenes que sean necesarias. —Y haciendo de madre de un montón de huevos, pensó. De todas formas aquello mantendría a los otros en guardia. Toma podía cuidarse de sí mismo; aunque carecía de los genes que pudieran convertirlo en su imperial sucesor, su mente igualaba, si no superaba a la de muchos de los allí presentes.

—¡Malditas fueran las veleidades de los dibujos de los huevos!

—¡Todos los siervos habrán de buscar al cachorro de Bedlam! Si pueden matarlo, deben hacerlo. Si no es así, deberán informaros de inmediato.

—En cuanto a la batalla, señor, ¿tendremos que permanecer ociosos el resto de nosotros?

—Tú y los demás deberéis patrullar vuestras tierras —replicó el Dragón Dorado mirándoles con fijeza—. Puede que se nos haya escapado algo. Quiero recibir noticias de todos vosotros. —Se estiró hasta alcanzar toda su altura—. Este Consejo ha terminado. Ya sabéis vuestros deberes. Cumplidlos.

El cadáver del Dragón Pardo fue sacado de la habitación, y los Reyes Dragón se retiraron. No hablaron entre ellos. Se les habían detallado sus obligaciones, y sería vergonzoso no cumplirlas.

El emperador los contempló marchar con expresión sombría. «Hemos cambiado mucho», decidió. «Nuestra forma de pensar es cada vez más parecida a la de los humanos. Algunos de los que acaban de salir de aquí esta noche es posible que intenten eludir su responsabilidad antes de que la situación quede resuelta... si es que

se resuelve.»

«Estamos aquí para gobernar, pero para gobernar, debemos estar unidos. Aplastaré al Grifo y luego utilizaré el conocimiento para terminar con mis otras... preocupaciones.»

Satisfecho, el Dragón Dorado se enroscó sobre el suelo y se dejó envolver por el sueño.

Era una mujer hermosa, sorprendente. Un millar de palabras no conseguirían describirla a los ojos de Cabe.

—¿Quién era?

—No lo sabemos —respondió Camilla frunciendo el entrecejo—. Se ha aventurado la conclusión de que ella creó esta casa. De lo que sí estamos seguras es de que es una hechicera poderosa.

—Hablas como si aún estuviese viva.

—¡Mírala, hombrecillo! ¿No ves que todavía respira? ¡Simplemente está prisionera!

Cabe observó con mayor atención. ¡Era cierto! Respiraba. Blandió la negra espada ante las tres hembras de dragón de fuego.

—¡Liberadla!

Tegan lanzó un chillido muy humano.

—¡Nosotras no la encerramos! ¡Estaba así cuando llegamos aquí por primera vez!

—¡Es cierto! —se apresuró a corroborar Camilla—. Durante incontables años hemos intentado sacarla de su prisión, ¡pero no podemos!

Cabe dirigió los ojos a la figura aprisionada. Los largos cabellos de violento color rojo contrastaban con el verde esmeralda de su ligero vestido. Un mechón plateado aumentaba el sorprendente contraste. Sus labios poseían casi el color de sus cabellos, mientras los ojos hacían juego con el vestido. El rostro era perfecto; Cabe fue incapaz de hacer otra descripción. Una diosa del Reino de los Dragones, decidió al fin, no sin titubear.

No sabía qué hacer, ya que las criaturas que tenía frente a él, a pesar de sus formidables poderes, no habían conseguido ni siquiera arañar la superficie de la piedra. ¿Qué podría hacer él?

Como si se mofara de Cabe, la cosa que acechaba en el bosque lanzó un grito. Cabe se estremeció y se preguntó por qué sentía todavía el deseo de llamar a aquella cosa para que viniera hasta él. Por fortuna, fuera lo que fuese, aquello no podía vencer el hechizo que protegía la mansión y sus terrenos.

Camilla lo contempló expectante e interrumpió sus pensamientos para preguntarle:

—Te hemos traído hasta ella. ¿Nos dejarás en paz ahora?

Algo en su voz añadió una amenaza muy fuera de lugar. Cabe miró

detenidamente a los tres reptiles hembra de pies a cabeza.

—No sé qué hacer aún. Decíme qué habéis hecho para intentar sacarla de ahí.

Contrariadas, le contaron que habían utilizado garras, fuerza y ramas para romper la envoltura, y, ante la descripción de cada uno de sus fracasos, el desánimo de Cabe aumentaba. ¿Cómo podía tener éxito él allí donde todos los demás habían fracasado? Al fin intentó golpear el cristal con la siniestra espada, aunque no tenía demasiadas esperanzas de que le produjera el menor rasguño.

Fue como frotar metal con metal. Saltaron chispas verdes por todas partes al entrar en contacto los dos cuerpos, y el chirrido producido por la espada al hundirse profundamente en la prisión de cristal hizo estremecerse a Cabe; pero el avance de la hoja se detuvo bruscamente y la espada se le escapó de las manos a la vez que él perdía el equilibrio. Mientras caía al suelo, las hembras de dragón lanzaron un alarido de triunfo y empezaron a metamorfosearse. La espada se quedó clavada en el cristal.

Cabe consiguió sobrevivir a la primera embestida dando una voltereta en el suelo, Camilla, sólo humana a medias ahora, saltó sobre él, y en el instante en que aterrizaba en el lugar donde él estaba momentos antes, sus últimos vestigios de humanidad desaparecieron. El joven se encontró ahora frente a un dragón de fuego adulto y, para acabar de empeorar las cosas, las otras dos hermanas habían terminado ya su transformación y se disponían a reunirse con la mayor para lo que parecía una victoria fácil.

No había manera de que pudiera alcanzar su espada. Efectuó una finta cuando la criatura que había sido Camilla intentó desgarrarle el pecho, errando por milímetros pero arrancándole gran parte de la camisa.

La cosa del bosque rugió en un tono tan extraño que a Cabe casi le pareció como si le suplicase que le permitiera entrar.

Las tres hembras de dragón estaban a punto de caer sobre él, y Cabe tuvo una rápida visión de cómo la estructura de cristal se derretía muy despacio, y no sólo lo matarían a él, también les había dado acceso a la mujer.

Las súplicas procedentes del bosque se multiplicaron. Cabe no tuvo más opción que ceder. Aquella cosa seguramente lo despacharía con rapidez, pero quizá también podría acabar con los dragones de fuego. Las palabras salieron de su boca de forma automática, y no comprendió en absoluto su significado.

—¡Entra libremente, criatura del Vacío!

Un grito triunfal respondió a su orden. Las tres hembras se detuvieron en seco. La que había sido Tegan se volvió y huyó, mientras las otras dos vacilaron, calculando sus posibilidades.

La cosa atravesó la mansión, el sonido de sus cascos sobre el mármol recordaba el del acero de la espada al golpear contra la roca. Salió de la casa en un tiempo récord y se abrió paso por la parte posterior, para aterrizar con otro alarido entre Cabe y los

monstruos.

Era más negro que nada que hubiera visto antes. En general su forma recordaba a la de un caballo, pero era mucho, mucho más que eso. Golpeó el suelo con las patas, horadando pequeñas zanjass donde no debiera haber habido ninguna; sus ojos no eran de un violento color rojo, como habría podido pensarse, sino de un azul acerado, y más fríos de lo que parecía posible.

El grito se transformó en una risa burlona mientras avanzaba majestuoso hacia los dos dragones que empezaban a retroceder. Pero aun más sorprendentes resultaron las palabras que surgieron de su boca. ¡Osadas y resonantes, autoritarias!

—¡Vamos, queridas mías! ¿Tanto miedo tenéis de abrazar a vuestro amor? ¿Tan pronto habéis olvidado que el Caballo Oscuro siempre os encuentra? ¡Vamos! ¿Ninguna quiere ser la primera?

Ambos reptiles se daban cuenta de que la criatura llamada Caballo Oscuro los atraparía si corrían, así que, desesperados, se arrojaron sobre ella a la vez, con la esperanza de que uno de los dos le asestara el golpe mortal. El Caballo Oscuro saltó a un lado ágilmente e incluso consiguió patear a uno de los monstruos cuando éste aterrizaba en el suelo. El dragón de fuego se desplomó aturdido por el golpe.

El otro se alzó otra vez para atacar.

—¡Vaya, eso ya está mejor, querida! —rió de nuevo el Caballo Oscuro—. ¡Me enseñas las uñas y los dientes!

El dragón de fuego atacó con las garras, y en el mismo instante en que lo hacía, su oponente se alzó sobre sus cuartos traseros y le pateó con fuerza la mandíbula. Se escuchó un crujido, y el dragón cayó al suelo, con la boca deformada de manera extraña.

El Caballo Oscuro lanzó una carcajada.

Sin que se dieran cuenta, el otro dragón había recuperado el sentido e intentó desgarrar el vientre del corcel. Enormes y afiladas, las uñas se limitaron a resbalar sobre la piel del caballo, pero éste, todavía sobre sus cuartos traseros, se dejó caer con fuerza sobre la cabeza del dragón. Esta vez, el sonido del hueso al quebrarse fue inconfundible. El dragón lanzó un gruñido y se desplomó sin vida.

El segundo dragón, mientras la sangre le chorreaba de su mandíbula rota, intentó huir, pero el Caballo Oscuro se movió con tanta rapidez que Cabe apenas si podía creerlo. En un santiamén se plantó frente al reptil, el cual no pudo refrenar su impulso y chocó... literalmente, con el caballo.

Ante los ojos atónitos de Cabe, el indefenso monstruo cayó en el vacío que era el Caballo Oscuro, y, con un alarido, siguió cayendo, empequeñeciéndose cada vez más. La criatura desapareció por completo en cuestión de segundos.

El corcel lanzó un grito triunfal. Luego, con impresionante rapidez, salió en persecución del tercer dragón de fuego. Cabe no hizo el menor intento de llamarlo

para que regresara. Si desaparecía, tanto mejor; no sabía con exactitud qué era el Caballo Oscuro, pero sí sabía que el nombre le era familiar. También sabía que, la mayoría de las veces, aquella criatura traía la muerte consigo.

Los acontecimientos finalmente pudieron más que él. Libre de la amenaza de los dragones. Cabe se desplomó y perdió el conocimiento.

A lo lejos, se escuchó el triunfante rugido del Caballo Oscuro.

Una enorme rapaz volaba en círculos por encima de las Tierras Yermas. Carecía de escamas, al contrario de la mayoría de las que habitaban por allí, pero no obstante tenía un cierto parentesco con ellas. Era un ave. Un pájaro, pero sin embargo no se parecía a ningún pájaro conocido; tenía más bien aspecto humano. En silencio aterrizó cerca de una parcela cubierta de hierba de regular tamaño.

El Rastreador plegó las enormes alas y se inclinó. Una de sus emplumadas manos acarició los largos tallos verdes, y sus ojos de halcón observaron con atención cómo la tierra baldía de alrededor se convenía en terreno fértil para verse inmediatamente cubierta de diminutos brotes. El prado se iba extendiendo en todas direcciones, especialmente en aquellas que se internaban en las Tierras Yermas. El Dragón Pardo, con su muerte, había conseguido hacer realidad sus sueños más extravagantes.

Se escuchó el piafar de un caballo, que no era del todo un caballo. El Rastreador señaló con una de sus afiladas zarpas hacia el lugar del que provenía el sonido. Al cabo de un instante, apareció un jinete solitario; su yelmo de dragón lo identificaba como un dragón de fuego, uno de los hombres del difunto rey.

El reptilano guerrero cabalgaba directamente hacia la criatura, pero el ave no se movió. Sus ojos continuaron fijos en el dragón de fuego con lo que parecía apenas un ligero interés. El guerrero, sin prestar atención a la figura que tenía delante, se desvió poco a poco hacia la derecha. El jinete evitó el prado y al Rastreador como si ya no estuvieran allí.

Cuando el dragón hubo desaparecido, el Rastreador colocó de nuevo la mano sobre la hierba. Las puntiagudas zarpas recorrieron suavemente su superficie, averiguando todo lo que podía averiguarse, y, una vez satisfecha, la criatura se levantó otra vez, se volvió hacia un lado y otro, y escudriñó las tierras circundantes. En pocos días, cuanto la vista alcanzaba estaría verde y lleno de vida.

Las enormes alas se extendieron otra vez, y se elevó por los aires. El Rastreador dio una vuelta en círculo y luego se alejó.

A sus pies, el prado siguió extendiéndose.

Otra mano, ésta peluda, aunque a veces estaba cubierta de plumas, según su estado de ánimo, claro está. La mano pertenecía al Grifo, o Lord Grifo como se le llamaba más a menudo, y acariciaba despacio un cristal en forma de huevo.

Si se sabía cómo, se podían ver imágenes en él. La mayoría carecía de sentido. Algunas pertenecían al pasado. Otras al futuro. El resto resultaba inidentificable.

Las que más interesaban al Grifo eran estas últimas.

—Veo un dragón, de mayor tamaño que todos los demás, de piel multicolor. Tiene todos los colores. ¿Lo conoces? —La voz del Grifo era el orgulloso retumbo del león, a pesar de que su rostro de águila jamás habría hecho suponer tal cosa.

Aquel que se llamaba a sí mismo Simón asintió despacio con la cabeza. Su lenta respuesta parecía indicar cierta preocupación.

—El Dragón de los Abismos. Se decía que habitaba en las partes más profunda de los mares, allí donde las aguas y la tierra fundida se encuentran. Se cree que desapareció mucho antes del advenimiento del hombre.

—¿Se cree?

—Nunca se puede estar seguro con las leyendas.

—No. ¿Qué hay de esto? —La mano peluda indicó una nueva imagen, una en la que aparecía un cráneo destrozado.

—No lo reconozco, aunque tengo la sensación de que tendría que reconocerlo.

Un gesto de la mano hizo desaparecer la imagen y otra ocupó su lugar.

El Grifo acarició otra vez el enorme ovoide de cristal, el ojo fijo en el pasado, el presente, y, lo más importante, el futuro.

—El Huevo de Yalak se porta muy bien hoy.

—A medida que el peligro se acerca, el cristal se ajusta más al multiuniverso —asintió Simón.

—Reconozco esto. Es la cámara del Dragón Dorado, el Rey de Reyes, el más importante de los Reyes Dragón.

—Parece estar dormido.

El Grifo agitó la cabeza en señal de asentimiento y sus crines se mecieron suavemente en el aire.

—Sus facciones se han suavizado. Sospecho que sucede lo mismo con la mayoría de los demás.

—Se han atrevido a tomar la traicionera senda que conduce a la humanidad. Se refleja claramente en sus figuras y en sus acciones.

—Por nuestro bien, esperemos que no sea así.

El hechicero señaló con la mano el objeto conocido como el Huevo de Yalak.

—Cambia la imagen otra vez.

—Muy bien.

El Grifo hizo desaparecer la imagen de nuevo, pero esta vez, sin embargo, en lugar de otra imagen sólo apareció una especie de neblina. El Grifo levantó la mirada hacia su compañero.

—¿Estás interfiriendo el Huevo?

—Sí. Intento que se concentre en una persona en particular del presente.

—No tenía la menor idea de que pudieses hacer eso. Ahora resulta que, no sé

cuánto tendría que saber de ti.

—No me conozco a mí mismo demasiado bien. Ya lo sabéis.

—Desde luego. Mis disculpas.

Simón lo ignoró. Algo sucedía en el cristal.

—Lo he conseguido. ¡Mirad, rápido!

—Veo una piedra preciosa con una especie de estatuilla en su interior.

—Eso no es una estatuilla. Es la persona a la que me refiero.

—¿Ella? —El Grifo levantó los ojos.

—Sí. El ámbar. ¿Hay algo de particular en él?

—Parece como si se derritiera.

Un tono extraño había aparecido en la voz del hechicero. Parecía de satisfacción.

—¡Lo ha hecho! ¡La ha liberado!

La imagen se desvaneció.

—Lo siento. —Se echó hacia atrás— No podía mantener la imagen mucho tiempo.

—No digas nada. —Y dicho esto, el señor de Penacles chasqueó los dedos. Un sirviente, no del todo humano, apareció como surgido de la nada—. Sirve algo de beber a mi invitado.

A los pocos instantes, el criado entregó a Simón una copa de vino, que el hechicero vació de un trago, mientras su anfitrión lo observaba divertido. El brujo no era famoso precisamente por sus condiciones de bebedor.

Simón depositó la copa sobre la mesa e hizo un gesto de agradecimiento.

—Cuando descubrí la existencia de este Cabe Bedlam —dijo—, tuve la seguridad de que podría liberar a Lady Gwen. Mi fe en él estaba justificada. —

—¿Y cómo, si se me permite preguntarlo, dio con ella? Ése no era el sendero que seguía en un principio.

—Utilicé los servicios de... un viejo amigo. —El hechicero pareció esbozar una sonrisa—. Este tomó un camino diferente, aunque Bedlam no se dio cuenta.

—Este... amigo. No creo que me gustara conocerlo, si es quien yo creo que es.

—A muy pocos les gustaría. Por eso estamos tan unidos él y yo.

El Grifo se estremeció, algo que le sucedía muy rara vez. Había muy pocas cosas que lo asustaran; pero el Caballo Oscuro, por ser lo que era, le asustaba. Cambió de tema.

—La Dama. ¿Cuánto tiempo ha estado encerrada?

—Justo desde antes de la muerte de Nathan Bedlam.

—Entonces el poder se ha ido acumulando durante todo este tiempo. Creo que era muy poderosa.

—La única mujer capaz de hechizar al más poderoso de los Amos de los Dragones. Eso por sí solo la convierte en un ser formidable, y el amor lo puede todo,

según dicen.

—Te estás desviando de mi pregunta. ¿Qué hay de esa liberación de poder?

Simón se inclinó hacia adelante. Parecía ensimismado. Por fin respondió:

—Será tan formidable como la Dama.

—¿Qué podría hacer?

Se produjo una larga pausa, luego el hechicero respondió:

—Podría muy bien destruir toda la zona, incluido Cabe Bedlam.

Hacía calor, un calor terrible.

No. Hacía un frío glacial.

Un perro con manos tocaba la flauta.

Una calavera no cesaba de reír.

Cabe se despertó; un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Las pesadillas habían sido tan increíblemente reales. Se puso en pie, sacudiéndose el polvo cósmico que cubría su cuerpo. Un ave con tentáculos se posó sobre una rama cercana y aulló; la mente de Cabe se aclaró entonces lo suficiente como para decirle que las pesadillas no eran tales pesadillas. Locura, quizá, pero no pesadillas.

Unas extrañas y nudosas criaturas con aspecto de plantas pasaron corriendo a su lado, quejándose de la sequía. Una rana mugidora pasó volando, y fue capturada de inmediato por el ave cefalópoda posada sobre la rama. Cabe se dio cuenta de que todas aquellas criaturas provenían de la Dama. Para ser más exactos, salían de la grieta abierta en su prisión, y salían ya de tamaño natural.

Se precisaba muy poca imaginación para darse cuenta de que estaba escapando una tremenda cantidad de poder; también era evidente que la hendidura se hacía mayor por momentos, y cuando se hubiera hecho lo bastante grande...

La espada oscura seguía atrapada en el ámbar, de modo que lo más sensato sería huir... ¿pero podría llegar tan lejos como necesitaba?

Un pedacito de la cáscara exterior cayó al suelo. Mientras pedazos de mayor tamaño se resquebrajaban, liberando mayores cantidades de energía, Cabe se sorprendió de no haberse visto afectado de momento. ¿Parte de su herencia, o simple buena suerte? Comprendió que no tenía sentido echar a correr. Un poder como aquél lo arrollaría no importaba la velocidad con que corriera.

Se abrieron una serie de grietas por todo el cristal. Empezaron a salir despedidos algunos fragmentos. Ya estaba. Cabe se arrojó al suelo al tiempo que se preguntaba lo extensa que sería la zona que aquel poder arrasaría. Probablemente kilómetros.

La estructura se desintegró.

Cabe se cubrió la cabeza con los brazos, y el mundo se convirtió en un caos.

Capítulo 5

Cabe abrió los ojos y, con gran sorpresa, descubrió que el mundo aún existía.

—¡Hace una eternidad que no disfrutaba de un día como éste, amigo mío! ¡Esto promete ser realmente interesante!

Levantó la cabeza con cautela y miró en dirección a la voz. El infinito, bajo la forma de un caballo, lo saludó con un guiño de uno de sus acerados ojos. La criatura llamada Caballo Oscuro estaba de pie entre Cabe y la Dama, y la enorme oleada de poder incontenible había pasado sobre él sin más efecto que si se hubiera tratado de una tormenta de verano. La criatura parecía muy animada, cosa que, de hecho, no sirvió para mitigar, lo más mínimo, el grado de ansiedad de Cabe.

—¡Vamos, vamos! ¡Alguien con tu talento no debiera arrastrarse por el polvo! ¡Levántate! ¡No es mi intención hacerte ningún daño! —dijo el Caballo Oscuro con una risita ahogada.

Cabe se incorporó, más por miedo que por cualquier otro motivo; incluso erguido, se veía empequeñecido por la criatura.

—¡Eso está mejor!

Mientras sus ojos miraban a un lado y otro en busca de la espada, Cabe preguntó:

—¿Quién eres?

Los fríos, gélidos ojos lo atravesaron con la intensidad de su mirada.

—¡Soy el Caballo Oscuro, desde luego!

—¿Eres un demonio? —A Cabe le resultaba muy difícil mirar al Caballo Oscuro durante mucho rato; hacerlo le producía una sensación de vértigo que amenazaba con atraerlo hacia el infinito que era el cuerpo del corcel.

—¡Para los demonios sí que debo ser un demonio! —resopló la criatura—. ¡Para la mayoría de los demás seres, soy el que pone fin al tiempo!

Aquello sonaba sospechosamente parecido a la muerte, pensó Cabe. No era de extrañar que los dragones no hubieran tenido la menor posibilidad, a pesar de haber sido tres.

—Os doy las gracias por vuestra ayuda, Lord Caballo Oscuro.

Una carcajada hizo temblar los jardines de la mansión.

—¡Lord! ¿El Caballo Oscuro un «lord»? ¡Me haces un gran honor, Amo Bedlam! ¡El Caballo Oscuro no puede nunca ser un señor, ya que eso no está escrito en el multiuniverso!

Cabe se cubrió los oídos. La voz de la criatura amenazaba con destrozar sus tímpanos. De forma accidental, su mirada se dirigió hacia la destrozada prisión; tendida en el suelo, ilesa en apariencia, estaba la Dama.

La mirada del Caballo Oscuro siguió a la suya, y el animal aconsejó:

—¡Lo mejor será que te ocupes de ella, amigo mío! ¡Me temo que no se tome con

demasiado entusiasmo mi interferencia, a pesar de que sólo lo hice por su bien!

Cabe se acercó a ella, esquivando con cuidado a su irreal compañero, y se inclinó para examinar a la mujer vestida de verde. De nuevo se sintió sobrecogido por su belleza. Casi tenía miedo de tocarla, como si el contacto de su mano pudiera mancillar la perfección de su figura. Por fortuna, la razón se impuso y la levantó para depositarla sobre terreno más blando.

La mujer se movió.

Cabe se encontró frente a unos ojos que tiraban de él emocionalmente de la misma forma en que la infernal figura del Caballo Oscuro tiraba de él físicamente. La mujer le susurró algo en voz tan baja que no pudo oírlo, y se inclinó más sobre ella.

—Nathan. —La Dama sonrió y se desvaneció otra vez. El Caballo Oscuro se acercó trotando para echarle un vistazo más de cerca.

—No ha cambiado —anunció— ... ¡lo cual es motivo suficiente para que te deje por un tiempo! ¡Lady Gwen y tú tendréis que encontrar algún medio de transporte hasta Penacles si no regreso a tiempo!

—Tengo un caballo...

—¡Amo Bedlam! ¡Yo era vuestro noble corcel! Tuve que representar el papel del caballo asustado para que las tres hembras de dragón te permitieran entrar. ¡No soy un demonio, pero soy de naturaleza parecida a la de ellos, y por eso los hechizos-barrera más potentes me afectan de la misma forma que a ellos! ¡Si nadie me llama por voluntad propia, no puedo penetrar en las zonas que están protegidas por dichos hechizos! ¡En especial cuando el hechizo proviene de alguien tan poderoso como la Dama!

La criatura se apartó un poco y estudió los terrenos de la mansión. Pareció algo molesta.

—¡Una vez que salga de esta zona, tendrás que darme permiso para entrar cuando regrese! Si esa mujer se despierta antes de que yo vuelva, hazlo con discreción. ¡Ella jamás me dejaría entrar voluntariamente! ¡Ja!

El Caballo Oscuro dio un salto sin previo aviso y desapareció en el interior del bosque. Cabe sintió un tirón, como si algo volviera a sellarse, y al mirar a su alrededor descubrió que, según las apariencias, la Dama y él estaban solos.

¿Solos? Algo más pareció atraer su atención, y utilizó una mano para remover los restos de la ambarina prisión. La apartó con rapidez al desenterrar la empuñadura de una espada. No quería tocar aquella arma. Al menos en ese momento.

Puesto que poca cosa podía hacer, intentó descansar. La criatura llamada Caballo Oscuro parecía muy segura de que la mujer sobreviviría. Cabe no tenía la menor idea de artes curativas y sabía que le resultaría imposible encontrar a nadie en aquella región. Además, cualquier desconocido podría muy bien ser otro dragón de fuego o cualquier criatura igual de siniestra.

De mala gana, cerró los ojos y permitió que el sueño se apoderara de él.

—No tendríamos que estar tan cerca de las Montañas Tyber, Twann.

Twann, un hombre fornido y muy feo, con más cicatrices que cualquier veterano del ejército, contestó con un gruñido a su igualmente feo compañero.

—No podía evitarse, Rolf. Los centinelas de la ciudad allá en Talak tenían vigilados todos los caminos. ¡Lo sé! ¡Hice un reconocimiento mientras tú te ibas de juerga después de que nos las viéramos con aquel mercader!

—Supongo que tienes razón —asintió Rolf, al tiempo que se rascaba la cabeza medio calva—. Lo que sucede es que no me gusta pasar tan cerca de esta zona. Ya sabes lo que se supone que pasa aquí.

—¡Bah! ¡Leyendas! Además, ¿qué les importamos nosotros a los Reyes Dragón? No somos más que dos tipos que trabajan duro. Somos como insectos para ellos.

—Pero a los insectos se los aplasta.

Twann, molesto, se volvió hacia su compañero y replicó:

—¿Preferirías cabalgar a través del Bosque de Dagora? Al menos aquí, no pueden cogernos por sorpresa. Podemos ver a kilómetros y kilómetros de distancia. Cualquier cosa que venga de las montañas estará tan arriba que tendremos tiempo de ponernos a cubierto.

El otro no dijo nada. Era inútil discutir con Twann, y Rolf carecía de cualquier otra idea mejor.

Siguieron cabalgando, haciendo planes de cuando en cuando para el futuro. Mito Pica parecía el lugar más apropiado a donde dirigirse; era una ciudad lo bastante grande como para ocultarlos con facilidad, y estaba situada en el centro del Reino de los Dragones. Todo lo que debían hacer era marchar en dirección al este durante un corto espacio de tiempo y luego girar hacia el sur. Si Mito Pica no los satisfacía irían desde allí hacia el este en dirección a Wenslis.

En aquellos momentos pasaban junto a la base de una montaña particularmente grande. Algo irreal se desprendía de ella. Rolf hizo aminorar el paso a su caballo y la observó de reojo. Era casi como si la montaña no estuviera del todo allí. Sujetó la mugrienta camisa de Twann y atrajo su atención hacia la monstruosa elevación.

—Fíjate con atención. ¡Hay algo curioso en ella!

Los ojos cansados de Twann no vieron nada bajo la tenue luz de las dos lunas.

—¡Estás derrengado! Cabalgaremos otra hora y luego nos detendremos.

—¡Te digo que la montaña no está aquí! ¡Vuelve a mirar!

Twann suspiró y complació a su compañero. El espectáculo lo dejó helado. Señaló con un dedo, mudo de asombro, y Rolf sonrió, satisfecho al ver que su tonto camarada había visto lo mismo que él. Volvió la cabeza en dirección a la montaña.

Los dragones hicieron su aparición en grandes cantidades.

La mayoría eran dragones menores, animales de escasa inteligencia, útiles a sus

hermanos sólo como fuerzas de choque gracias a lo numerosos que eran. La mayor parte carecía incluso de alas rudimentarias y por lo tanto se veían obligados a correr, arrastrarse o avanzar a saltos. Sobre ellos volaban dragones de fuego, bajo su auténtica forma, para mantener a las masas bajo control. Abominaciones cubiertas de escamas y cosas que no podían ser descritas con palabras los seguían. Debía de tratarse de una avanzadilla que el comandante del Dragón Dorado había ordenado salir en el último momento.

Los dos matones se habían cruzado en su camino.

El caballo de Rolf se asustó, lo arrojó al suelo, y salió huyendo, sin hacer caso de los gritos del hombre. Rolf contempló a los monstruos que se acercaban y se volvió hacia su camarada en busca de ayuda.

Twann sopesó con rapidez la distancia, cada vez menor, que lo separaba de los dragones y gritó:

—¡Vete al infierno!

El otro hombre lo observó alejarse, lleno de horror. Intentó huir, pero el primero de los dragones menores estaba ya sobre él. Era más ofidio que lagarto, se movía medio arrastrándose, y sus mandíbulas abiertas se cerraron sobre él; se escuchó un alarido de sorpresa y dolor, luego reinó el silencio.

Más adelante, Twann oyó el grito. Tuvo un momentáneo sentimiento de pesar por su comportamiento y luego se concentró en aumentar la velocidad de su montura. En ese aspecto no tenía motivo de preocupación; el animal hacía todo lo que podía por salvar su propia vida. No obstante, la distancia seguía disminuyendo. Los dragones menores actuaban como corceles para las clases dominantes. Cuando los Reyes Dragón y sus vasallos viajaban bajo apariencia humana, se hechizaba a los dragones menores para que adoptaran la forma de caballos; el hechizo permitía a los dragones viajar por el territorio sin llamar la atención. Aunque gobernaban sobre casi todo el reino, los Reyes Dragón y sus parientes eran, en su mayoría, criaturas solitarias y reservadas.

Incluso bajo la tenue luz de las lunas, Twann pudo darse cuenta de la oscura sombra que pasaba sobre su cabeza. Levantó los ojos aterrado. Un enorme dragón de fuego, los ojos llameantes, se abalanzó sobre él desde las alturas. El facineroso sacó la espada, aunque sabía perfectamente bien lo inútil que sería.

Las enormes garras se cerraron sobre él.

La horda siguió adelante. Su primer destino era Talak.

Cuando Cabe despertó, todo lo que encontraron sus ojos fue oscuridad. No sabía si había dormido minutos, horas o días. El Caballo Oscuro no había regresado. Se estremeció y casi deseó que aquel ser fantástico estuviera allí.

Se escuchó un ligero batir de alas y Cabe se incorporó de un salto. Los árboles apenas si dejaban pasar la luz procedente de las Gemelas. A Styx apenas se la veía.

Cabe no estaba seguro de si todas las extrañas creaciones producto de la magia liberada se habían desvanecido por completo. Empezó a buscar la espada a tientas. Ahora sí que deseaba empuñarla.

Algo aleteó muy cerca. Cabe recordó la barrera que impedía el acceso del Caballo Oscuro. Quizá su curioso aliado hubiera intentado llegar, pero no había podido, y puede que al final se hubiera cansado y marchado. En ese caso estaría solo para enfrentarse... ¿a qué?

Que la barrera no impedía el acceso a todas las criaturas quedaba bien probado por la presencia de las hembras de dragón. Habían vivido allí innumerables años. ¿Qué otra cosa, además de ellos, había conseguido penetrar en aquel lugar?

La espada. Tendría que estar cerca de él, pero no podía encontrarla en la oscuridad. Empezó a escarbar con desesperación. ¡Tenía que estar ahí! Por un segundo, le pareció sentir bajo sus dedos algo parecido al pomo; pero su búsqueda se vio interrumpida por el repentino sonido de unas alas enormes y batientes a su espalda. Giró en redondo.

Algo había aterrizado frente a él. No podía distinguir gran cosa de sus rasgos, pero no parecía ser un dragón de fuego... No, resultaba más parecido a un pájaro, o a un hombre, pensó, mientras dos brazos terminados en garras se extendían hacia él. Se agachó, consiguiendo esquivarlos por cuestión de centímetros.

El ave se dirigió hacia Cabe con tal precisión que éste sospechó que podía ver en la oscuridad. Esa vez nadie iría en su auxilio. Lo que sucediera dependía de sus acciones.

En la oscuridad, estuvo a punto de caer al tropezar con algo. Era largo y duro, posiblemente una rama. Se inclinó con rapidez y lo tomó; no era gran cosa, pero era mejor que estar desarmado. En cualquier caso, el pseudo pájaro se había vuelto más cauteloso en su ataque.

Lleno de desesperación, Cabe blandió la rama en dirección a su oponente. Las alas se agitaron, levantando al ser en el aire lejos del pedazo de madera. La criatura aterrizó a poca distancia y aguardó a que el joven realizara el siguiente movimiento. Cabe avanzó hacia ella, recordó su preciosa responsabilidad y retrocedió. Defendería a la Dama costase lo que costase.

El ave revoloteó en el aire, elevándose hasta alcanzar cuatro veces la altura de Cabe. Luego voló hacia él, se quedó flotando fuera de su alcance y empezó a dar vueltas a su alrededor. Cabe empezó a girar, listo para el ataque, pero la criatura-pájaro se limitó a seguir dando vueltas. Lo hacía cada vez a mayor velocidad, y el joven advirtió que le resultaba difícil mantener los ojos fijos en la criatura sin marearse.

La cosa giraba y giraba, siempre fuera de su alcance. Cabe le arrojó la rama. Fue una estupidez, pero empezaba a desorientarse y necesitaba hacer algo.

El muchacho se detuvo para despejarse la cabeza, y ése fue el momento que el ave había estado aguardando. Se lanzó en picado y aterrizó a su espalda. Extendió las garras y sujetó la cabeza del muchacho. Cabe dio una sacudida cuando su mente abandonó de pronto el momento que vivía.

Se encontró viajando hacia atrás. El Rastreador —el nombre le vino a la cabeza aunque no supo cómo— había encontrado lo que buscaba.

Estaba oscuro, pero no se trataba de la oscuridad de la noche. Más bien se trataba de la oscuridad de la nada. Un vacío.

Faltaba algo muy importante.

Cabe empezó a existir entre gritos, pero no era él. Nonato, era mayor que su madre y su padre.

Dolor.

El recuerdo del dolor.

Una luz brillante se acercaba rápidamente; tenía que escapar. Tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo.

Aquel que se llamaba a sí mismo Simón estaba solo. El Lord Grifo había tenido otros asuntos que atender, y el hechicero, de todas formas, también deseaba estar a solas, ya que únicamente en la soledad podía encontrar alguna esperanza.

Una voz estentórea quebró sus pensamientos.

—¡Tan morboso como siempre!

El hechicero alzó la cabeza y pareció parpadear.

—Caballo Oscuro. No te esperaba aún.

—¡Tonterías! —rió la criatura de la eternidad—. ¡Lo esperas todo! ¡Te conozco demasiado bien!

—Más que cualquier otro —asintió Simón.

El Caballo Oscuro trotó hasta quedar más cerca. A pesar de su tamaño, no derribó ni un solo objeto. Movía sólo aquello que deseaba mover.

—He venido a decirte que el joven Bedlam ha conseguido liberar a la Dama, con la Espada Negra, tal y como pronosticaste y sin duda ya sabías, claro está.

—¿Hubo problemas?

—¿Las hembras de dragón? Ya no volverán a seducir nunca más a ningún hombre.

—Me refería a la concentración de poder. La Dama ha esperado durante mucho tiempo.

—¡Lo absorbí todo! —resopló la criatura—. ¡La energía desenfrenada es algo que me preocupa poco! Si no hubiera estado bajo control... ¡Ja! ¿Por qué imaginar desastres que no han sucedido? Ahora, con respecto a esos dos, lo único que debe preocuparles es descansar.

El hechicero no dijo nada. Tomó el Huevo y lo levantó en dirección a su

sobrenatural compañero. Caballo Oscuro sacudió la cabeza irritado y clavó uno de sus fríos ojos azules en el hombre. Cualquier otro se hubiera sentido amilanado, pero aquel que se llamaba a sí mismo Simón no se amilanaba con tanta facilidad.

—Mira al interior del Huevo.

—¡Sabes que no puedo! El Huevo resulta inútil conmigo. ¡Todo lo que veo es neblina!

—Inténtalo.

Algo en la voz del hechicero obligó a la criatura a obedecer. Pocos otros eran capaces de hacer tal cosa, pero el Caballo Oscuro sabía quién y qué era lo que tenía delante. Simón estaba fuera de su poder, su destino estaba en manos de otro. Esa podría ser la razón de que la criatura le llamara amigo. La eternidad se había sentido sola.

—Lo intentaré. —Su voz sonó casi como un suspiro.

El Caballo Oscuro clavó los ojos en el Huevo de Yalak. Puede que Simón también observara la neblina con atención. Formaba remolinos como una bestia del Caos que se debatiera para soltarse de sus cadenas, mientras la oscuridad aumentaba por momentos, y por fin la neblina se desvaneció, dejando un vacío tan enorme que amenazaba con arrastrar a su interior al mismísimo Caballo Oscuro.

El gran corcel desvió la mirada con rapidez.

—¡No más! ¡No seguiré mirando!

—¿Qué había? —Aunque el hechicero hacía una pregunta, su tono era el de alguien que buscaba confirmación de un hecho ya conocido.

El ojo se clavó en él, y el caballo repuso:

—Era el lugar al que ninguno de nosotros dos puede ir. El lugar al que hemos enviado a innumerables seres. Era el lugar del que nadie puede regresar.

Es posible que las nebulosas facciones de Simón fruncieran aún más el entrecejo, pero resultaba difícil saberlo. El hombre inquirió:

—¿Entonces qué es lo que significa? No soy como el Grifo. Yo creo que todo lo que el Huevo nos muestra debe de tener un significado.

—Quizá, pero también puedes estar equivocado.

—No. Tengo la sensación de que existe algún significado al menos en lo que se refiere a Cabe. Si pudiera verlo otra vez...

—¡No pasaré por eso otra vez!

—No te lo pediría —respondió el hechicero sacudiendo la cabeza. Caballo Oscuro cambió bruscamente de tema.

—La Dama despertará pronto. No me hace ninguna gracia la idea de regresar allí y enfrentarme a ella. Aunque no puede matarme, posee el poder de exiliarme durante largo tiempo.

—Le importarás aún menos cuando descubra que fui yo quien te llamó.

El espectral equino agitó la cabeza en señal de asentimiento.

—En mi opinión, te encontrarías con algo peor que el exilio.

El rostro oculto bajo la capucha se volvió extraordinariamente nítido. Dio la impresión de pertenecer a un hombre joven con ojos que parecían tan eternos como los de su compañero.

—Ya lo hago ahora. No temo su odio.

Se produjo un silencio. Caballo Oscuro se sentía extrañamente mortal, y se vio obligado a sacudir la cabeza con fuerza para deshacerse de aquella sensación.

—Regresaré junto a Bedlam y la Dama.

—Que tengas buen viaje, amigo.

Caballo Oscuro hizo intención de lanzar una carcajada, lo pensó mejor, y se calmó. Con un rugido, abrió El Sendero Que El Hombre Sólo Puede Recorrer Una Vez y desapareció. Extraños sonidos siguieron a su desaparición. Sonidos irreales que su compañero conocía demasiado bien. Espíritus condenados fue la descripción más apropiada que pudo encontrar.

Pensativo, aquel que se llamaba a sí mismo Simón se quedó sentado acariciando el Huevo.

El Contacto se había roto.

Volvía a estar de regreso en la mansión. El ave se apartó volando de él, entre chillidos de rabia. Aunque estaba oscuro, una extraña luz iluminaba la zona cercana.

—¡Despierta! ¡El Rastreador lo volverá a intentar!

Cabe parpadeó. ¿Qué le había sucedido? ¿Por qué todos los detalles de su vida se habían vuelto tan reales y a la vez tan imprecisos?

Se escuchó un nuevo chillido. Levantó la cabeza e inmediatamente lamentó tal acción; sobre su cabeza, casi flotando, estaba la enorme criatura-pájaro. Tenía brazos y piernas parecidos a los de un hombre, sólo que las rodillas estaban al revés, como las de un auténtico pájaro, y los cuatro miembros terminaban en grandes dedos en forma de garra. Era de un color gris mohoso y los rasgos de halcón de su rostro le daban todo el aspecto de un depredador. Y empezaba a abalanzarse otra vez sobre él.

Una enorme bola de luz estalló frente al ser, y éste se detuvo en pleno vuelo, parpadeando con rapidez y volando de manera ligeramente zigzagueante. Al estallar un segundo fogonazo, la criatura alzó el vuelo y buscó refugio en la oscuridad de la noche.

Ahora que la amenaza había desaparecido, Cabe se volvió en redondo para buscar a su salvador.

Se encontró frente a frente con la Dama. Aunque lo había salvado del Rastreador, no parecía confiar en él, y Cabe la comprendía. Era difícil confiar en cualquiera después de haber estado encerrada durante tanto tiempo. Decidió que lo mejor que podía hacer era dejar que ella hiciera el primer movimiento, siempre y cuando no se

propusiera acabar con él.

—¿Quién eres?

La voz poseía un timbre musical, y a Cabe le hubiera parecido encantador en cualquier otro momento. Ahora, no obstante, percibía el tono de amenaza que sugería.

—Me llamo Cabe. Yo... yo te he liberado.

La expresión del rostro de la mujer le dio a entender que encontraba su historia bastante difícil de creer.

—¿Cómo pudiste liberarme? El hechizo que creó la prisión fue uno de los más poderosos jamás utilizados. ¡Ningún hombre corriente podría romperlo! —Sus ojos se posaron sobre sus cabellos y descubrió el mechón plateado—. ¡Un hechicero! ¡Yo estaba en lo cierto! ¡Ningún hombre corriente podía romper el hechizo!

Algo revoloteó entre las sombras detrás de la Dama. Cabe intentó descubrir qué era, y entonces, con asombrosa rapidez, el ser-pájaro atacó.

—¡Cuidado!

La hechicera se volvió, pero no tuvo tiempo de defenderse. Uno de los pies en forma de zarpa del Rastreador la golpeó y arrojó al suelo. Cabe se enfureció; deseó con todas sus fuerzas que el poder hiciera acto de presencia. La criatura lanzó un chillido y se lanzó contra él. Sin proponérselo, el muchacho extendió los dos brazos con los dedos apuntando directamente al Rastreador.

Un haz de energía surgió de sus manos. El ave, confiada, recibió toda la fuerza del ataque, y se vio repelida por un poder mucho más fuerte que el utilizado por la Dama. Fue a estrellarse contra los árboles más cercanos, golpeando con el brazo uno de ellos. Se escuchó un crujido, y el Rastreador chilló, esta vez de dolor.

El ser huyó batiendo las alas torpemente, y no cabía duda de que la criatura no tenía intención de regresar. Cabe lo observó desaparecer en la oscuridad y luego se sentó en el suelo aliviado. Tardó algunos segundos en recordar la existencia de su compañera y, cuando fue a comprobar su estado, la encontró contemplándolo con atención.

—Tus acciones son inexpertas, pero tu poder es muy fuerte. —Sus manos volvían a estar dispuestas para el ataque—. ¿Quién dijiste que eras?

Cabe gimió para sus adentros y respondió:

—Cabe... Cabe Bedlam, si he de creer lo que se ha dicho.

Los ojos de la Dama se abrieron de par en par. Se sobresaltó y... sintió una emoción que no podía clasificar claramente. La mujer estudió su rostro durante un buen rato y luego, con gran alivio por parte de Cabe, se relajó.

—Tendría que haberlo advertido en tu rostro. Un poder tan grande sólo aparece muy de vez en cuando. La coincidencia es demasiado evidente. ¿Cuál... —hizo una pausa para secarse una lágrima— ...es tu relación con Nathan?

—Se me ha dicho que soy su nieto. Lo descubrí hace muy poco tiempo. Uno de los Reyes Dragón...

—¡Reyes Dragón! —El odio en la voz de la Dama era tan feroz que Cabe se echó hacia atrás—. ¡Me había olvidado de esos malditos lagartos! ¡Todavía gobiernan!

Se dejó caer pesadamente en el suelo, y, por un instante, Cabe pensó que se había desmayado, pero no tardó en levantar la cabeza hacia él muy despacio.

—Nathan... ¿está vivo?

Cabe no fue capaz de pronunciar palabra. Movi6 la cabeza negativamente.

—¡Nathan!

La mujer levant6 los ojos hacia el cielo. De repente, ya no era la Dama, sino simplemente una mujer llamada Gwen. Cabe había olvidado el nombre, tanto lo había atemorizado la mujer en un principio.

—¡Azran! —Esta vez era la Dama quien hablaba. El odio tenía la misma intensidad que el dedicado a los Reyes Dragón—. ¡Traicionado por su hijo!

Cabe había perdido el hilo de lo que ella decía, pero no se atrevía a interrumpir. La Dama Gwen volvió por fin a mirarlo.

—Conocí muy bien a tu abuelo. Lo amé. Iba de camino a ayudarlo cuando Azran me aprisionó. Supongo que Nathan debió morir durante la lucha contra los Reyes Dragón.

—Se llevó con él al Dragón Púrpura. Todo el mundo lo sabe.

—¡Nathan! —sonrió—. ¡Cumplió con su cometido hasta el final! ¿Quién gobierna ahora en Penacles?

—El Grifo.

—Debemos ir a verlo. Debo averiguar todo lo que pueda antes de enfrentarme de nuevo con esos reptiles. Y con Azran. —Su sonrisa se tornó agria—. Lo mejor será que vengas conmigo.

—Iba hacia allí de todos modos. —Las penalidades sufridas durante los últimos días empezaron a brotar de sus labios—. Si encuentran el cuerpo del Rey Dragón, seguro que...

—¿Muerto? ¿Cuál?

—Creo que era el Dragón Pardo. Estábamos en las Tierras Yermas.

—Entonces sería Pardo —asintió ella—. De modo... que también conocen tu existencia. Estás en grave peligro. Todos los dragones de fuego irán en tu busca con la esperanza de cubrirse de gloria ante sus señores.

—Poseo una espada que los atemoriza. La utilicé con un basilisco y las hembras de dragón. Creo que le llaman la Espada Negra.

La Dama se estremeció.

—Una espada maligna. Te salvará de un enemigo, pero atraerá otro hacia ti. Azran la hizo fundir, cuando creía que podía vencer tanto a los Reyes como a los

Amos, pero la perdió. ¡La perdió después de haber cometido varios asesinatos! La querrá, y a ti. No sé a cuál de los dos deseará más.

—¿Quién es Azran?

La mujer apretó los labios antes de contestar:

—Azran es uno de los hechiceros vivos más poderosos. Su poder rivalizaba con el de Nathan. No era ninguna sorpresa en realidad —Gwen hizo una pausa—. Azran era su hijo. —Observó que el rostro de Cabe adoptaba una expresión de total sorpresa.

—Tu padre, Cabe Bedlam.

Capítulo 6

Azran estaba furioso.

El anciano vidente se paseaba a lo largo de su sombría residencia. Criaturas de las tinieblas se agitaban a su alrededor, a la espera de órdenes pero sin recibir otra cosa que un sepulcral silencio. Ninguna poseía el poder de recrear la calavera de Yalak, maestro del arte de la adivinación. Eso era lo que deseaba Azran.

Lanzó un bufido. Adivinación. No había evitado que Yalak muriera ni que Azran hechizara su calavera. El hechicero había utilizado la calavera muchas veces, y ésta jamás había hablado por voluntad propia. Algo no iba bien.

Una sombra oscura aleteó en el exterior. Azran dejó de pasear y se dirigió al balcón con pasos decididos. Las agotadas piernas protestaron vivamente ante tal abuso.

La criatura lo esperaba. Aunque el Rastreador habría podido hacerlo pedazos con facilidad, no le estaba permitido. Pertenecía a Azran. Todos le pertenecían. Seres anteriores incluso a los mismísimos Reyes Dragón, los seres-pájaro no podían rivalizar, no obstante, con el poder del hechicero. Eran sus esclavos, sus ojos y oídos en el mundo exterior.

El Rastreador se arrodilló. Azran posó una mano con suavidad sobre la cabeza de la criatura. No se trataba de una señal de afecto. Al viejo nigromante no le importaba nadie. Ni su difunta esposa, ni su hermano también difunto, ni su hijo, ni —sobre todo— su padre. No, no existía afecto en su gesto; aquel contacto servía sólo para transmitir información desde la mente del ser-pájaro hasta la suya.

Se formó una imagen, las de las Montañas Tyber. Azran comprendió que éste era el espía que había enviado a vigilar a los Reyes Dragón. Por un breve instante, se preguntó qué le habría sucedido al otro, pero luego sacudió la cabeza con energía, su mente debía estar despejada para poder establecer contacto. Olvidó todo lo demás y se concentró en las imágenes.

Escuchó las palabras de los reptiles de la misma forma que las había escuchado el Rastreador. El hechicero asintió con la cabeza. Tal y como sospechaba, los Reyes se habían puesto en movimiento.

Azran recordó brevemente haber dado un puntapié a los pedazos de la destrozada calavera desperdigados sobre el suelo. Todo en aquel asunto resultaba tan desconcertante... ¿Por qué no podía aparecer alguien y decir lo que significaban? ¿Dónde estaba escrito que las artes arcanas hubieran de resultar tan confusas? Complejas, sí. De lo contrario, cualquier estúpido podría devastar el Reino de los Dragones. No obstante, lo misterioso sólo contribuía a irritarlo.

Se dio cuenta de que había roto el contacto, pero al parecer el Rastreador le había comunicado cuanto precisaba saber. Ahora el ave esperaba nuevas órdenes. Azran

reflexionó sobre su siguiente movimiento. Le sería más fácil si la otra hubiera regresado, pero sabía que la criatura no volaría hasta allí hasta haber completado su misión. Así pues, tendría que hacer planes sin saber lo que aquélla pudiera transmitirle.

Penacles parecía ser un factor importante en la crisis que se avecinaba. Azran siempre había tenido la intención de arrebatarse la ciudad al Grifo, pero la idea de que el pájaro-león pudiera poseer los conocimientos suficientes para destruirlo le impidió siempre llevar a cabo tal acción. Era bien sabido que el Dragón Púrpura había sido el auténtico poder entre los Reyes Dragón. Dorado era poderoso, pero había gobernado nada más que porque su hermano no quiso hacerlo.

De todas formas, su padre había destruido al reptil; era un hecho que Azran se veía obligado a reconocer. Sin un arma como la Espada Negra, además. El anciano hechicero no era ningún estúpido; en su juventud jamás se habría alzado desarmado contra un Rey Dragón. Lanzó un juramento al recordar la pérdida de su espada. ¿Quién hubiera podido sospechar que uno de los Reyes estaría por allí cuando mató a Yalak? El Dragón Pardo, cuyas tierras morían rápidamente a causa del hechizo de los Amos, necesitaba un arma. Para él, el joven hechicero no era más que una molestia. Azran estaba finalizando su conjuro para controlar la calavera de Yalak cuando el Rey Dragón pasó al galope por su lado y le arrebató la siniestra espada.

Una espada destinada a matar dragones en manos de uno de ellos. Resultaba casi divertido. Casi.

De todas formas, Azran había advertido algo recientemente: la Espada Negra se dirigía a Penacles. Y también había probado la sangre de un Rey Dragón. Sólo un fenómeno semejante podía haber reanimado la fuerza vital existente en la espada. Algún otro poseía ahora la espada, y ese alguien tenía enorme poder. Era una coincidencia demasiado grande, y Azran tendría que enviar un espía a la Ciudad del Conocimiento.

Hizo una señal al Rastreador para que se incorporara, cosa que éste hizo sin apartar del hechicero sus ojos de rapaz. Azran se preguntó qué haría aquel ser si alguna vez lo dejaba libre. Lo más probable era que lo hiciera trizas, ya que no era ningún secreto para él que los seres-pájaro le odiaban. Pero no importaba; también le tenían demasiado miedo.

Las órdenes que transmitió a la criatura fueron simples y concisas. Debía buscar a un viajero que llevaba la Espada Negra. No importaba si la espada estaba oculta; el Rastreador descubriría su presencia. Entretanto, el ave debía estar atenta a cualquier información relacionada con los movimientos del Grifo. No cabía la menor duda de que el soberano de Penacles se estaría preparando ya para el enfrentamiento. No había que subestimar al Grifo si se quería evitar un desastre; era un ser de mente tan retorcida como el mismo Azran.

El Rastreador lanzó un graznido para dar a entender que había comprendido y desplegó las alas. Azran retrocedió cuando la criatura emprendió vuelo. No le hacía la menor gracia enviarla en aquella misión sin saber más detalles sobre la persona que tenía la espada. Se rascó la barbilla. Había algo más. La trayectoria de la Espada Negra lo llevaría cerca...

Azran giró en redondo y avanzó con pasos rápidos en dirección a sus mapas del Reino de los Dragones. Seleccionó el que le interesaba, y estudió lo que dio por sentado sería la ruta más lógica. Al cabo de un momento, asintió con la cabeza; la mansión estaba un poco apartada del sendero, pero tenía la fuerte sospecha de que, a pesar de ello, se había detenido allí. Allí residían dragones de fuego, pero cualquiera, por poco hábil que fuese, podría mantenerlos a raya con la ayuda de la espada.

«Sí», pensó, «ella está libre».

Sabía que tendría que haberla destruido, pero la envidia se lo impidió. La Dama prefirió a su padre. El insulto definitivo. De todas formas, le había dado una lección, la había encerrado para que nadie pudiera poseerla, en especial él. La cuestión es que era de los que sentían deseos carnales, pero no de los capaces de tomar ninguna iniciativa al respecto. Por si eso fuera poco, la Dama lo intimidaba.

Una mano marchita rascó una cabeza calva y arrugada. Existía un tercer motivo. El nigromante había estado ocupado en cosas mucho más importantes; tan importantes, de hecho, que ni siquiera había realizado los conjuros de juventud. Pronto, no obstante, volvería a ser joven. Pronto estaría lista su obra maestra, y aquel pensamiento lo dominaba como la droga a un adicto.

Lanzó una risa ahogada. Mediante un conjuro de orden menor, abrió el corredor que conducía a la más secreta de sus cámaras de trabajo. Era el único que podía cruzar el umbral; quien lo intentara se vería transportado al azar a cualquiera de un cierto número de lugares infernales. Azran no toleraba la menor interrupción en lo concerniente a su trofeo.

Éste era su auténtico sancta sanctorum. Podían hacer pedazos su castillo; en comparación no encontrarían más que hechizos de poca categoría. Pero si se atrevían a intentar invadir aquel lugar, sufrirían las consecuencias.

Era muy sencillo, un principio que aplicaba también a su obra maestra. Cada vez que entraba, Azran dejaba una pequeña porción de su poder. Así pues, cada vez el hechizo aumentaba en fuerza. Lo debilitaba durante un tiempo, pero valía la pena, y en especial si se conocían los resultados.

Algo que no era de este mundo se arrastró hacia él, y Azran lo envió de vuelta a las innominadas regiones de las que procedía. Un segundo conjuro eliminó el horrendo olor que la cosa había dejado tras ella. El hechicero arrugó la nariz; a veces casi no valía la pena tener que ver con aquellas cosas. Lo menos que podían hacer era aprender a ser limpias.

Despacio, con devoción, dirigió su mirada a un largo cofre negro situado en el centro del laboratorio. Podría haber sido la última morada de una serpiente —si Azran hubiera poseído jamás mascotas— a juzgar por su longitud. Era algo más ancha que su mano, y también algo más alta. El hechicero acarició la tapa amorosamente: lo que contenía era parte de él. Había utilizado más de su poder en el contenido de aquella caja que en un centenar de otros poderosos hechizos. Sacó la tapa con sumo cuidado. Esto sería su gloria y su triunfo. Esto pondría a sus pies el Reino de los Dragones.

Con mucha precaución y gesto majestuoso, introdujo la mano en el interior y asió la empuñadura de la Innominada.

Talak era una ciudad un tanto aislada. Su vecina más cercana era Mito Pica, pero estaba a más de dos semanas de viaje en dirección sudeste. De todas formas el aislamiento no preocupaba realmente a sus habitantes, producían casi todo lo que precisaban y su ejército estaba considerado como uno de los mejores de la región. Además, siempre habían intentado mantener la paz con los Reyes Dragón, y las ruinas de una ciudad gemela, algunos kilómetros al este, les servían de incentivo.

Rennek IV era el actual soberano de Talak. Un hombre que había pasado ya de los cincuenta, regordete y de cabellos canos. Tiempo atrás, había sido un guerrero poderoso, pero en la actualidad, se murmuraba que sería mucho mejor si su hijo, Melicard, ocupara el trono. Desde luego nadie lo decía en voz demasiado alta ya que Rennek todavía tenía arrebatos ocasionales de habilidad, especialmente cuando se lo enfurecía.

Ahora estaba furioso. Algo se empeñaba en sacarlo de su sueño y, aunque intentaba en vano ignorar el ruido, no parecía más que aumentar de volumen cuanto más se cubría la cabeza. El soberano de Talak sacó su gruesa humanidad del lecho mientras maldecía a los tres antepasados que habían llevado su mismo nombre, se puso una de las túnicas reales y se precipitó al corredor chillando.

—¡Hazar! ¿Dónde estás? ¡Ven de inmediato o tendré que nombrar un nuevo primer ministro!

Miró a su alrededor. Ni siquiera se veía ningún centinela por allí. Sin prestar la menor atención a su poco regio aspecto, Rennek atravesó el castillo con la esperanza de encontrar a alguien contra quien poder descargar su ira. Encontró a un criado acurrucado en un rincón y le obligó a ponerse en pie. El criado temblaba de pies a cabeza.

—¡Basil! ¿Qué es lo que sucede? ¿Qué es ese ruido? ¿Dónde está Hazar?

—¡Es... están aquí, milord! ¡A las puertas!

El Rey Rennek zarandeó al infeliz.

—¿Quién, maldito seas? ¿Quién? ¿Dónde está Hazar?

—¡En la puerta!

Sin dejar de maldecir soltó al criado. Antes de ir en busca de Hazar, echaría una mirada a ese ejército. La historia no parecía auténtica; ¿si había un ejército a las puertas, entonces por qué no se oía el entrecuchar de las armas? ¿Y si no había tal ejército, por qué estaban tan asustados sus criados?

Localizó la primera ventana que daba al frente y se asomó. Todavía estaba oscuro, pero pudo distinguir varias figuras, ninguna de las cuales parecía humana. Los sonidos que lo habían despertado eran ruidos de animales, no de hombres luchando. Por desgracia, la noche no le dejó ver mucho más, y no podía esperar al alba; tendría que bajar ya.

Sin criados que le ayudaran, Rennek se vio obligado a vestirse solo, cosa que consiguió a medias puesto que los años de reinado lo habían vuelto perezoso. Cuando por fin se dio por satisfecho, atravesó rápidamente el castillo, reduciendo el paso sólo cuando se encontraba con centinelas o criados asustados. Debía dar la impresión de tenerlo todo bajo control aunque en realidad no fuera así.

Mientras bajaba las escaleras escuchó decir algo a quien parecía su primer ministro, Hazar Aran. El tono agudo de su voz indicaba que Hazar hacía cuanto era posible por congraciarse con alguien. Otra voz lo interrumpió, y el Rey Rennek se estremeció al oírla. Era casi como escuchar a una serpiente.

¿Serpiente?

Penetró majestuosamente en la sala principal. Hazar no aparentaba ser el astuto dignatario de costumbre; la verdad es que incluso pareció alegrarse de ver a su señor. Rennek no tardó en comprender el porqué, y de repente deseó haber seguido los deseos de sus súbditos y permitido que su hijo lo sucediera.

El yelmo de dragón se volvió hacia él. Medio ocultos en la cerrada oscuridad del yelmo relucían un par de ojos rojos. El yelmo apenas si llevaba adornos; no se trataba de uno de los Reyes Dragón sino de uno de sus duques, un dragón de fuego bajo apariencia humana. Mientras Rennek observaba al enorme guerrero avanzar a grandes zancadas hacia él, comprendió que tendría que tratar a aquel duque como si se tratara de uno de los Reyes.

—¿Sois el Rey Rennek? —Susurró las palabras en lugar de pronunciarlas.

—Lo soy. —El monarca intentó adoptar una actitud solemne.

—Soy Kyrg. He traído a mi ejército desde las Montañas Tyber. Las Montañas Tyber. Se trataba pues de parte de las fuerzas infernales del emperador. El Dragón Dorado. Desobedecer significaba el castigo inmediato. Cometer el menor error significaría el fin.

—¿Qué es lo que vuestra Augusta Majestad desea de mi ciudad? Desde luego, os ayudaremos en todo lo que podamos. —Confió en que su voz tuviera la solemnidad suficiente.

Kyrg lanzó una carcajada, y fue la carcajada de un asesino de masas cayendo

sobre su presa.

—¿Vuestra ciudad? ¡Puede que gobernéis a las gentes que viven aquí, pero esta ciudad pertenece al Rey de Reyes! ¡Nos ayudaréis porque así se os ordena!

Rennek sintió que su reserva desaparecía.

—Uh... sí. Claro.

—Bien —asintió el infernal duque—. Ahora, pues, nos espera un largo viaje. Necesitamos comida para ese viaje.

La dulzura de las palabras del reptil no sirvieron más que para hacer que resultara más atemorizador. Rennek tuvo horribles visiones del tipo de comida que el duque pudiera desear para su inhumano ejército. No sería la primera vez; relatos de hechos parecidos se habían transmitido de generación en generación.

Kyrg pareció haber leído su mente y aclaró:

—Esta vez nos llevaremos únicamente ganado. Pero si en alguna ocasión intentáis traicionarnos o nos falláis en alguna forma, entonces vendremos a buscar otro tipo de carne, y empezaremos con los jefes de la ciudad. ¿Me comprendéis?

Tanto el rey como el primer ministro palidecieron. Rennek consiguió asentir con la cabeza.

—Excelente. —El duque hizo una señal a sus ayudantes, y uno de ellos desapareció por la puerta abierta del castillo. Kyrg sacó un pedazo de pergamino.

—¿Sabéis leer? —Su voz denotaba sarcasmo y desprecio.

—¡Desde luego! Una de las primeras co...

—¿Sabéis de números?

—Bastante —repuso el rey, encogiéndose de hombros. El ser le entregó el pergamino, y Rennek lo desenrolló.

—Esto os dirá exactamente todo lo que necesitamos. Lo reuniréis en cuatro horas. —El duque alzó una de las enguantadas manos para dar más énfasis al tiempo concedido. Sólo tenía tres dedos y un pulgar. Los dragones de fuego podían tener apariencia humanoide, pero desde luego no eran humanos.

El rey de Talak echó una ojeada a la lista. Aunque los números en sí eran un poco difíciles de comprender, no se le escapó la enormidad de la tarea.

—Se necesitará al menos un día...

—Cuatrro horasss. —La voz de Kyrg había perdido casi todo rastro de la humanidad que antes tuviera—. Si no habéis completado la tarea en el período de tiempo especificado, tomaremos lo que necesitamos. De forma indiscriminada.

Rennek introdujo el pergamino entre las manos de su primer ministro. El escuálido dignatario se quedó mirándolo como si aquello fuese a devorarlo, y el rey dedicó a su consejero una mirada cargada de nerviosismo.

—¡Empieza ya! ¡Rápido!

Hazar se alejó a toda prisa dando traspiés. Rennek dirigió una mirada fugaz a su

infernally invitado y le pareció vislumbrar la sombra de una sonrisa bajo el siniestro yelmo de dragón.

—¿Alguna cosa más?

Kyrg paseó la mirada por la habitación.

—Sssí. No he comido desde hace algún tiempo. Ni mis oficiales tampoco. Mientras vuestra gente reúne la comida necesaria, nosotros cenaremos en vuestra sala. Haréis que vuestros carniceros nos preparen dos de vuestros mejores animales. Nos acompañaréis. Deseo averiguar cuanto sea posible sobre los territorios situados al sur.

—Desde luego. Permitid nada más que dé instrucciones a los cocineros sobre vuestras pref...

—Con los carniceros será suficiente. Nos gusta la comida muy poco cocida. Cruda, de hecho.

El rey sintió que se le revolvía el estómago. Esta vez sí que vio con toda claridad la sonrisa que se dibujó en el rostro semioculto del dragón de fuego. El duque le dedicó una reverencia con fingido respeto.

—Vos delante, Majestad.

Amaneció sobre la mansión, y con el nuevo día llegó un torrente de recuerdos. Cabe intentó mantener los ojos cerrados, pero la existencia evidente de otra persona lo obligó al final a incorporarse.

El lecho le pareció entonces sorprendentemente incómodo. Cabe estaba demasiado agotado y se limitó a escoger el primer lugar blando que encontró para tumbarse a descansar. La Dama Gwen fue más perspicaz; se había creado un lecho de aire. Ni siquiera el espectáculo de una mujer flotando a un metro del suelo pudo evitar que el joven se desplomara exhausto. Lo insólito había dejado de ser insólito.

Peligroso, sí; insólito, no.

La Dama se paseaba por la mansión, reviviendo, al parecer, viejos recuerdos. Para Cabe, era aun más hermosa que la última vez que la había visto. No obstante cierta tristeza se adivinaba en sus movimientos; con una mano rozaba con suavidad un objeto y luego la retiraba rápidamente. Sus ojos se perdían de pronto en el pasado, para descender de inmediato y regresar al presente.

Cabe permaneció inmóvil por temor a molestarla, pero ella finalmente volvió su atención hacia él.

—Tendríamos que ponernos en marcha. Deseo hablar con el Grifo lo antes posible. Tal y como están las cosas, tardaremos días en llegar hasta él.

—¿No puedes transportarte? He sabido de hechiceros que lo hacen.

—Para transportarse hay que conocer el punto de destino, y yo jamás he estado en Penacles. Además, la verdad es que no me siento del todo bien. Lo mejor será que vayamos a caballo. Tienes un caballo, ¿no es así?

Era una pregunta difícil de contestar, en especial porque Cabe recordaba el comentario del Caballo Oscuro con respecto a la enemistad que la Dama sentía por aquella criatura.

—Algo parecido.

La Dama arrugó el entrecejo sin que disminuyera la belleza de su rostro.

—¿Algo parecido? ¿Qué respuesta es ésa?

Un gran estrépito en el bosque impidió que Cabe respondiera. Gwen se volvió en dirección al estruendo y miró fijamente, como si intentara ver a través de la mansión y del bosque.

—¿Qué es eso?

—Mi... caballo.

—¿Tú caballo? Debe tratarse de un animal muy peculiar. Creo que le echaré una mirada más de cerca. —Agitó la mano izquierda y describió dos círculos con ella, el último en sentido inverso al primero. Se produjo un ligero estremecimiento en el aire, y luego la fantasmal figura del Caballo Oscuro apareció de repente ante sus ojos.

—¡Por fin! ¡Creía que jamás conseguiría llamar la atención!

—¡Caballo Oscuro! ¡Demonio! —La Dama dirigió ambas manos en dirección al corcel, y una oleada de energía surgió de ellas, directa al centro de la oscura criatura.

Su objetivo se limitó a quedarse allí, absorbiendo la energía como quien se toma un trago de agua.

—¡La energía pura no es la respuesta, mi señora Gwen! —rió Caballo Oscuro— ¡Jamás lo fue! ¡Además, vengo en son de paz!

El rostro de la Dama era una máscara de furia contenida.

—¡Conociéndote a ti y a aquellos con los que tienes tratos, me cuesta bastante creer en tus declaraciones!

—¡Llámame Príncipe de la Oscuridad, Lucifer, Tánato, Parca... si lo deseas! ¡Conoces mi naturaleza pero no mi mente! ¡Si soy diferente, es porque uno debe serlo cuando es eterno! ¡De lo contrario, me hubiera vuelto loco hace mucho tiempo!

Cabe se sintió obligado a intervenir:

—Él ayudó, Lady Gwen. Las hembras de dragón de fuego habrían acabado conmigo.

La mujer lo miró con ojos llameantes. El joven sabía que podía inclinarse por cualquiera de los dos bandos, la Dama podía muy bien dejar de lado al Caballo Oscuro, pero Cabe era un blanco que carecía de semejante inmunidad. El joven intentó con desesperación ocultar su nerviosismo.

No obstante, la mujer acabó por bajar las manos. Cabe respiró ligeramente aliviado; las manos seguían en tensión. Una palabra o un movimiento en falso podían cambiar la situación en un instante.

La hechicera de llameantes trenzas dijo muy despacio:

—Muy bien. Confiaré en ti por el momento, Cabalgadura del Viaje Infinito. Sin embargo, el menor movimiento en falso y te ganarás un largo exilio. Sabes bien que tengo poder para hacerlo. Da gracias a que mi cabeza esté aún un poco confusa o jamás hubiera intentado algo tan inútil como utilizar la energía pura.

Los aterradores ojos se clavaron en ella.

—No te traicionaré, Lady Gwen. Estos acontecimientos me conciernen a mí tanto como a ti.

Cabe decidió cambiar de tema de conversación.

—Vamos a intentar llegar a Penacles. La Dama desea consultar con el Lord Grifo.

—Y él con ella. Los Reyes Dragón empiezan a moverse. Algo lo ha provocado, y ahora sólo se pueden parar los acontecimientos, no evitarlos. —Caballo Oscuro agitó la cabeza en dirección a la hechicera, que no se molestó en responder—. Se te necesitará. Al mismo tiempo debemos asegurarnos de que Cabe llegue también a la ciudad. Puede ser nuestra carta de triunfo. Nuestra única esperanza.

Cabe sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Si las palabras de la siniestra montura eran ciertas, lo más probable es que se convirtiera en el centro de las peores situaciones. No era una idea muy reconfortante, por no decir otra cosa peor; pero de todas formas no dijo nada a sus compañeros. Podía rebajarlo ante sus ojos, en especial ante los de Lady Gwen.

Caballo Oscuro alzó la cabeza en dirección al cielo, echando hacia atrás sus largas y negras crines.

—No puedo viajar tan deprisa a la luz del día —dijo—, pero incluso si no fuera así no sería seguro para vosotros dos. Resultaríamos blancos demasiado fáciles para los Reyes Dragón y para otros. No me hace la menor gracia la idea del exilio, por cualquier período de tiempo, y vuestras opciones serían aún más sombrías. Debemos viajar como lo hacen la mayoría de los mortales. Atraeremos menos la curiosidad ajena.

—Ya hemos atraído más que suficiente. —Era Lady Gwen la que hablaba—. Un Rastreador nos atacó durante la noche. Por suerte, buscaba información más que otra cosa.

—Entonces Azran lo sabrá, ya que gobierna a esos seres ancestrales. Además percibirá la presencia de la Espada Negra.

—Debemos darnos prisa —repuso la mujer asintiendo.

—No lo pongo en duda. Azran es la clase de persona que podría incluso atreverse a matarme, si es que tal cosa es posible.

Cabe, recordando que se encontraban en el corazón de la mansión, pensó en comida. Hacía muchas horas que no había comido, y se lo mencionó a Gwen.

—Estoy de acuerdo por completo, Cabe. No he disfrutado de una comida decente durante... yo diría que varias generaciones.

—¿Quedará algo? No estoy muy seguro de querer tocar comida que perteneciera a las hembras de dragón.

—Lo averiguaremos. Guardé casi toda mi comida en un sótano oculto. El lugar quedó sellado con un conjuro de conservación. Si aún se mantiene, no nos faltará alimento.

Una rápida comprobación por parte de la Dama reveló que no sólo seguía el sótano intacto sino que también el conjuro de conservación seguía en funciones. Ayudada por Cabe, la hechicera no tardó en reunir gran cantidad de alimentos exóticos, que el futuro hechicero contempló con delicia. La mayoría de las cosas le eran desconocidas, pero todo tenía un aspecto succulento.

Luego, la hechicera esmeralda tomó un segundo montón de alimentos más comunes. Éstas, señaló, serán las provisiones para el viaje. Cabe asintió con la cabeza, mientras mentalmente se decía que debía comer tanto como le fuera posible antes de partir de allí.

Los dos humanos comieron con gran entusiasmo. Caballo Oscuro hizo una observación sobre el pecado de la gula, pero Cabe lo interrumpió lanzándole una enorme y jugosa fruta. El ser eterno interrumpió de inmediato sus comentarios y absorbió la fruta poco a poco. A pesar de no precisar sustento, era obvio que apreciaba los sabores.

Terminada la comida y realizadas otras varias actividades, el gigantesco corcel volvió a adoptar su anterior forma de caballo normal y permitió que ambos viajeros montaran sobre su grupa. Cabe ofreció ayuda a la Dama, que no parecía estar muy convencida de montar sobre el lomo de una criatura a la cual odiaba. Tras asegurarse de que la Espada Negra estaba bien sujeta en su vaina, Cabe montó delante de su compañera.

Tenían riendas, pero no silla de montar, de modo que Gwen se asió con fuerza al joven. El Caballo Oscuro volvió la cabeza lo mejor que pudo.

—¿Preparados?

Cabe miró a la Dama e inquirió:

—¿Qué pasará con la mansión?

La mujer lo contempló pensativa.

—He reforzado los hechizos. Esta vez, nada conseguirá entrar a menos que yo lo permita.

El joven asintió y se volvió de nuevo hacia el caballo.

—Estamos listos.

—¡Sujetaos con fuerza! ¡Voy a correr todo lo que un caballo puede correr!

Caballo Oscuro se alzó sobre sus cuartos traseros con una carcajada, y ambos jinetes se sujetaron con cuanta fuerza disponían mientras el animal salía a toda velocidad de la casa y penetraba en el bosque. Con semejante medio de transporte, no

tendrían ningún problema en llegar a Penacles.
Salvo incidentes inesperados, claro está.

Capítulo 7

El Grifo contempló con admiración sus piezas de ajedrez.

—Las cosas ya no son lo que eran, ¿no estás de acuerdo?

Aquel que se llamaba a sí mismo Simón se encogió de hombros.

—Mi memoria es bastante mala, ya lo sabéis.

El señor de Penacles tomó una pieza que tenía la forma de un dragón en pleno vuelo. La minuciosidad de su diseño era sorprendente. Si se la estudiaba con atención, se apreciaba que incluso las más diminutas escamas del monstruo estaban perfectamente cinceladas. Aunque su factura fuera de por sí fascinante, en opinión del Grifo aquel juego de ajedrez estaba pensado para algo más que simples partidas. Podía haber sido diseñado específicamente para ciertos juegos, juegos de proporciones divinas.

El hechicero interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—Ya vienen.

—¿Cuándo llegarán?

—En dos días. Quizá tres. El Caballo Oscuro debe ser precavido. No puede morir, creo, pero se lo puede exiliar por algún tiempo, y a todo esto hay que añadir que sus pasajeros son todavía mortales.

La mano emplumada volvió a colocar el dragón sobre el tablero.

—¿Y sabe ella que tú estarás aquí?

—Consideré más prudente que no se dijera nada sobre mi presencia en este sitio.

—Mientras entre los dos no destruyáis la ciudad... Recuerdo las historias sobre Sika, y puede que ella también.

Una expresión que podría ser de enojo pareció cruzar el rostro del otro.

—He intentado compensar lo de Sika. Igual que he hecho con respecto a Detraq, Coona Falls, y una docena de otras ciudades a través del tiempo. Hasta que pueda poner fin a mi existencia, continuaré intentando reparar mis pecados.

—Al tiempo que añades otros nuevos.

—Es posible. Pero al menos puedo intentarlo.

El Grifo avanzó hacia él y posó una de sus zarpas sobre el hombro de Simón. El hechicero se quedó rígido por un momento y luego se relajó; era obvio que el contacto del otro lo alteraba.

—Perdóname, amigo mío. Hablé sin pensar.

—Habéis dicho la verdad —repuso Simón sacudiendo la cabeza—. He vivido lo suficiente para saberlo. Soy totalmente responsable de mis acciones.

—Cambiemos de tema. ¿Qué noticias tenemos de los Reyes Dragón?

—Un ejército conducido por el dragón de fuego llamado Kyrg se ha detenido en Talak, allí ha exigido que se le entregara una enorme cantidad de comida.

—Y la habrán recibido, sin duda.

—Desde luego. Ahora se dirigen hacia Mito Pica, y desde allí, su destino es evidente.

El Grifo asintió con la cabeza y se dirigió de nuevo, pensativo, hacia su juego de ajedrez. Tomó otra pieza, esta vez un caballero con armadura, y jugueteó con ella mientras hablaba:

—Ya. Después de todo este tiempo, los Reyes Dragón se ponen en marcha para recuperar la Ciudad del Conocimiento. Claro que esta vez no tenemos a los Amos para que nos ayuden.

—Tenemos a la Dama. También tenemos a Cabe. Los poderes del muchacho por sí solo podrían cambiar mucho las cosas.

—Podrían; pero yo preferiría algo más concreto. Si tuviéramos a Nathan.

Durante un brevísimo instante, ambos se vieron bañados de repente por unas punzantes ráfagas de viento helado. El viento cesó sin dejar rastro y la habitación recuperó la normalidad. Se miraron el uno al otro.

—¿Has sentido eso, hechicero?

Simón se puso en pie y se dirigió a una ventana. No dijo nada hasta haber escudriñado los alrededores.

—Una brisa insólita para esta época del año.

El pájaro-león lanzó un bufido.

—Insólita para esta época del año. Esto helaba algo más que los huesos. Lo he sentido en mi mente. ¿Qué era?

—Es difícil saberlo. Quizá la ciudad tenga la respuesta.

—Una idea interesante. Creo que lo mejor será que lo investiguemos de inmediato.

El Grifo volvió a colocar el caballero con armadura en la casilla correspondiente y avanzó luego hacia un enorme tapiz que cubría una de las paredes. En el tapiz estaba representada la Ciudad del Conocimiento y, aunque las figuras del ajedrez estaban concebidas hasta sus mínimos detalles, no eran nada comparadas con el cuadro que aparecía ante él. Cada edificio, cada calle, cada pared; nada faltaba ni estaba incompleto. Ni siquiera el ojo humano habría podido contemplar una ciudad con tanto detalle.

El tapiz era el único medio seguro de localizar las legendarias bibliotecas de Penacles. Éstas se movían, aunque nadie sabía cómo ni por qué a excepción de sus creadores, desaparecidos hacía ya muchísimo tiempo. Sin la guía del tapiz, era posible pasarse toda la vida buscando las bibliotecas sin encontrarlas.

El hechicero se acercó al Grifo.

—¿Dónde están esta vez?

—Ahí. ¿Ves esa voluta pequeña dibujada en la ventana de esa casa? Las

bibliotecas estarán ahí debajo. —El Grifo señaló una casita situada en las afueras. La voluta de la ventana era apenas visible, y sólo un ojo muy experto podría haberla localizado tan deprisa.

—¿Listo?

Simón asintió. El Grifo colocó un dedo en el lugar marcado por la voluta y empezó a frotarlo suavemente. A medida que lo hacía, la habitación en la que estaba empezó a difuminarse, pero ninguno de los dos prestó la menor atención al cambio. Era un fenómeno que habían presenciado muchas veces con anterioridad.

Poco a poco, la habitación del Grifo se desvaneció. Los dos se encontraban ahora en medio de una extraña especie de limbo, y el único objeto real allí, además de ellos, era el tapiz. Mientras el soberano de Penacles seguía frotando empezó a tomar forma una nueva habitación. En un principio apareció tan desenfocada como la original, pero poco a poco empezó a adoptar contornos más nítidos. A su alrededor aparecieron paredes repletas de libros, y un largo pasillo.

Las bibliotecas estaban iluminadas por una luz que no parecía proceder de ninguna parte en concreto. El suelo era de mármol brillante y las estanterías de una sustancia similar a la madera pero que evidentemente no lo era. Las bibliotecas eran muy antiguas; la madera se habría podrido, desintegrado o petrificado ya. Sin embargo las estanterías tenían el mismo aspecto que si las hubiesen montado apenas unos días antes.

El indefinible rostro se volvió hacia el Grifo.

—¿Dónde? —inquirió.

—No tengo la menor idea. Necesitaremos la ayuda de un bibliotecario.

No bien acababa de pronunciar aquellas palabras cuando una figura menuda, increíblemente vieja, apareció ante ellos; no parecía del todo humana: sus piernas eran demasiado cortas, los brazos casi rozaban el suelo y su cabeza ovalada estaba por completo desprovista de pelo.

Se trataba de un gnomo, uno de los considerados sabios. Había muy pocos; eran seres solitarios, a los que importaban más sus libros que la compañía de otras criaturas. Comían con frugalidad, vivían mucho más tiempo que la mayoría de otros seres, y, además, eran perfectos bibliotecarios. Durante todos los años de gobierno del Grifo, los gnomos siempre habían estado allí.

—¿En qué puedo ayudar al actual señor de Penacles y a su compañero esta vez?

—La voz sonaba cascada y parecía hacer hincapié en la edad del gnomo.

El Grifo no se dio por ofendido por la utilización de la palabra actual.

—Deseamos información sobre vientos. Vientos fríos, extraordinariamente helados que aparecen como surgidos de la nada y se desvanecen casi de inmediato.

—Un hechizo ventoso. ¿Es eso todo? —La desilusión del pequeño bibliotecario era evidente.

—Puede tratarse de un hechizo ventoso o puede que se trate de otra cosa. Sea lo que sea, deseo averiguar cuanto se sepa de él.

El gnomo, cuyo nombre nadie conocía, suspiró al tiempo que asentía:

—Muy bien. Seguidme. No está muy lejos.

Nunca lo estaba. Se había especulado con que las bibliotecas poseían inteligencia propia y hacían todo lo que podían por acelerar cualquier búsqueda; y para echar más leña al fuego de la especulación estaba también el hecho de que las hileras de libros no eran siempre del mismo color. La última vez, por ejemplo, los innumerables volúmenes eran, sin excepción, azules; en esta visita en concreto, eran de un brillante color naranja. El Grifo empezó a preguntarse si estaría hablando ahora con el mismo gnomo o si no habría muchos otros diminutos bibliotecarios ocultos en cada zona. Era un tema sobre el cual valdría la pena reflexionar en momentos de mayor tranquilidad.

El gnomo se movía con mucha rapidez para un ser de su especie, y el que decía llamarse Simón apenas si tuvo tiempo de echar un vistazo a alguno de los libros mientras los tres recorrían los pasillos. Curiosamente libres de polvo, podrían haber contenido toda la sabiduría del multiuniverso, pero, por desgracia, no era ése el caso. A pesar de la información que poseía, Penacles carecía, hasta donde él sabía, de aquello que podría liberar al hechicero de su condena.

Por algún motivo, el paseo duraba más de lo previsto.

El gnomo masculló algo y parecía preocupado. El Grifo no dijo nada, pero no recordaba que jamás hubiera tenido que andar tanto para encontrar la información que deseaba.

—¡Ah! —El gnomo indicó con un dedo huesudo un nuevo pasillo—. Este es. ¡Ya era hora!

Con el hombrecillo a la cabeza, torcieron por allí. El bibliotecario fue el primero en darse cuenta, y lanzó un grito como si alguien le hubiera arrancado los brazos de cuajo. El Grifo soltó un juramento, y en sus manos peludas aparecieron de repente afiladas garras. El hechicero se limitó a menear la cabeza, como si ya lo hubiera adivinado mucho antes.

Ante ellos, allí donde tendrían que haber estado los volúmenes que buscaban, había un enorme espacio carbonizado.

En la región envuelta en nieblas conocida como las Brumas Grises, figuras fantasmales ataviadas con negras armaduras avanzaban despacio hacia el oeste. En sus ojos brillaba una expresión tal que habría hecho desviar la mirada a la mayoría de los hombres.

Provenían de la siniestra ciudad de Lochivar, del país del Dragón Negro.

Azran yacía en su lecho, tan inmóvil como si estuviera muerto. El conjuro siempre exigía un tremendo esfuerzo a su organismo, y pasarían horas antes de que

estuviera en condiciones de ponerse en pie. De todas formas se sentía satisfecho. Muy satisfecho. Su victoria suprema estaba a punto de concretarse. Pronto dispondría del arma que acabaría con todas las que se le opusieran. Pronto...

Un potente batir de alas le anunció la presencia de uno de los Rastreadores. Azran percibió algo extraño en el sonido de su aterrizaje, y sospechó que la criatura había tenido problemas. Problemas serios, a juzgar por sus dificultades. Aguardó, sabedor de que el ave iría a verlo en cuanto pudiera.

Cuando apareció, tenía aun peor aspecto de lo que esperaba. Era evidente que una descarga lo había quemado, y eso significaba magia. Un brazo estaba torcido en un ángulo extraño, y el viejo mago sospechó que había quedado inútil. ¿Qué le habría sucedido a su criado?

El Rastreador lo contempló con sus ojos de depredador, pero ni siquiera en el estado de debilidad en que se encontraba en ese momento el hechicero, podía la criatura atacarlo.

Los hechizos de Azran se habían asegurado de ello. Tambaleante, el Rastreador se arrodilló a los pies de la cama y se acercó lo suficiente para que su señor pudiera tocar su cabeza emplumada.

Las imágenes aparecieron de nuevo. Primero, las Tierras Yermas. Que, cosa curiosa, ya no eran tan yermas. Los ojos de Azran se abrieron de par en par al ver la mancha de hierba que se propagaba con rapidez en dirección al corazón de los dominios del Dragón Pardo. Se había necesitado un enorme poder para acabar con la maldición lanzada por los Amos de los Dragones. Fue uno de sus hechizos más poderosos, concebido para aplastar el poderío de uno de los Reyes más mortíferos, y había tenido éxito; los clanes del Dragón Pardo no llegaban ahora ni a las dos docenas. Sólo una pequeña parte de lo que fueron con anterioridad.

Era evidente que era obra de Styx y de su pálida hermana, pero en cambio era chocante que la sangre utilizada fuera sangre de Rey Dragón. La mano de Azran empezó a temblar y casi pierde el contacto. Así que aquél había sido el destino del Dragón Pardo. Lo más probable era que el Rey Dragón hubiera tenido la intención de sacrificar a algún otro y, a su vez, hubiera sido víctima de un ataque. Sin embargo había dos cosas que preocupaban al hechicero.

El Dragón Pardo estaba en posesión de la Espada Negra.

Para tener éxito con un hechizo así, la víctima tenía que ser alguien poderoso. ¿Quién habría sido la proyectada víctima del Dragón Pardo? El actual propietario de la espada, sin duda, pero eso no le daba nombres a Azran. Había muy pocas personas en el Reino de los Dragones que poseyeran la categoría de Amos; los Reyes Dragón se habían ocupado de que así fuera. Conocía a la Dama, al Grifo, y a aquel maldito hechicero de facciones borrosas más mentado por el nombre de Sombra aunque había tenido muchos nombres. Existían otros, pero a ninguno se lo podía considerar una

amenaza.

Este nuevo hechicero era un enigma.

Había muchas otras cosas que ver, muchas más. A través de los brillantes ojos del Rastreador, Azran contempló el avance de los dragones de fuego, pero éstos no representaban un peligro para él; con la excepción de los Reyes, pocos de aquellos reptiles conseguían provocar otra cosa que hechizos menores. Ordenó mentalmente al ser-pájaro que avanzara hasta el siguiente recuerdo.

La mansión.

Había soñado con dominar a la mujer que viviera allí. Soñado nada más, desde luego. Eso lo hería más que cualquier otra cosa. Ahora era demasiado tarde. Si comprendía algo de lo ocurrido, Lady Gwen estaba sin duda impaciente por hacerle pagar sus pasadas afrentas.

Se produjo una ligera discordancia. El Rastreador había pasado por un hechizo para evitar el acceso a los intrusos. Azran supuso que el hechizo se habría debilitado un poco desde que fuera colocado en la morada de la Dama. De no ser así el ser era más fuerte de lo que parecía.

La criatura había sobrevolado rápidamente la mansión y, al llegar a la parte trasera, aparecieron con claridad los restos destrozados de la prisión de ámbar. Eso no atrajo tanto la atención del viejo mago como las dos figuras que había junto a ella. Una era sin duda alguna Lady Gwen, al parecer dormida o inconsciente. Pero la otra...

El Rastreador caía en picado sobre la desprevenida figura masculina. Azran vislumbró por un segundo un rostro joven, sorprendido, y turbadoramente familiar antes de que la imagen diera paso a algo por completo distinto.

Tardó un segundo tan sólo en darse cuenta de que el ser-pájaro se había introducido en la memoria del extraño. Azran, bien versado en los métodos del Rastreador, se abrió paso con facilidad entre los incoherentes pensamientos, tomando de vez en cuando indicios que pudieran serle de utilidad. Al llegar a los últimos recuerdos fue cuando exigió una relación mucho más detallada.

Un enorme punto en blanco le salió al encuentro en un momento dado. Alguien, que evidentemente poseía gran poder, había impedido todo intento de la criatura de registrar una escena concreta de la vida del joven Cabe —al menos había averiguado el nombre de su nuevo enemigo-acaecida en el lugar donde trabajaba. Consideró la posibilidad de secuestrar e interrogar al propietario, pero lo dejó correr. Quienquiera que hubiera lanzado el hechizo no era ningún principiante; lo más probable era que el propietario de la posada también tuviera un bloqueo mental, lo mismo que cualquier otro que hubiera estado allí. De todos modos, aquello no procuraba más que un retraso, algo que sin duda el responsable del hechizo sabía también.

La escena que reemplazó al vacío demostró ser más interesante. No cabía la

menor duda en cuanto a la identidad del diabólico guerrero sentado a la mesa. Se trataba ni más ni menos que del Dragón Pardo. Envainada a su lado había una presencia muy familiar de Azran. El señor de las Tierras Yermas había llevado con él la Espada Negra; ella iba a ser el instrumento con el cual el Rey Dragón sacrificaría a las Gemelas a aquel nuevo y desprevenido hechicero.

Azran lanzó una suave risa. Hasta los lagartos se portaban a veces como unos estúpidos.

El hechicero omitió lo siguiente y pasó sin más al momento decisivo. El Dragón Pardo había desenvainado la Espada Negra, y el hechicero se alegró al ver que su primera espada no había perdido ni un ápice de su poder durante el tiempo transcurrido desde que le fuera robada. El Rey Dragón decía algo. La espada se alzó en el aire...

El recuerdo se vio interrumpido de repente. Azran empezó a maldecir utilizando los nombres de algunas de sus deidades más indeseables. Había regresado a la escena de la mansión, y era evidente que la Dama acababa de atacar. La visión del Rastreador quedó distorsionada mientras volvía la cabeza a un lado y a otro. Sintió una gran frustración. El hechicero seguía sin tener la menor idea del aspecto que tenía el rostro de su adversario ni quién era en realidad. Existían indicios sueltos que podían transformarse en suposiciones, pero...

Entonces, mientras contemplaba la lucha, hasta llegar al punto en que el extraño daba rienda suelta a su poder, creyó que sus ojos lo engañaban. Clavó la vista en aquel rostro una y otra vez, sabiendo por lo que veía y sentía que era cierto. Jamás había visto al niño, jamás había conocido realmente a la madre, excepto en su calidad de sirviente suya. Su padre se había ocupado de ello.

«Mi hijo», pensó con amargura. «Mi hijo vive.»

El habría educado con esmero al muchacho, y lo habría hecho fuerte, pero obediente. Su padre demostró ser un estúpido en lo relativo a la educación de Azran, preocupándose sólo por Dayn, el mayor de los dos. Haber dejado su educación en manos de aficionados fue un error que le había costado caro. Azran se volvió en secreto hacia poderes mágicos más deseables, los llamados poderes de las tinieblas. Y una vez bajo su influjo, jamás deseó librarse de ellos.

Azran apartó la mano del Rastreador y le ordenó que se fuera. La mácula de Nathan resultaba evidente en Cabe; quizá hubiera que destruir al muchacho. Permitir que aprendiera con la Dama o el Grifo sería un suicidio porque él, Azran, sería el primer objetivo. Contra Gwen o el Grifo, él saldría vencedor.

Cabe, por otro lado, era de la familia. Eso lo hacía más peligroso que los Reyes Dragón.

Sí, había que capturar a su hijo, y sólo había dos que pudieran hacerlo. Sería difícil convocarlos. Azran tendría que descansar un día más ya que, aunque se veían

forzados a obedecer, todavía poseían la fuerza de voluntad suficiente para ofrecer alguna resistencia, y lo harían, sabedores de que así lo debilitarían y podrían posiblemente hacer que cometiera cualquier error fatal.

Los muertos nunca facilitaban las cosas.

En lo más profundo de las Montañas Tyber, en medio de una corriente de magma, yacían los huevos. La mayoría eran corrientes —dragones-serpiente, bestias sin carácter apenas dignas de ser llamadas dragones. Un grupo más reducido, que brillaba bajo la llameante luz, lo componían aquellos huevos de los que saldrían dragones de fuego.

Quedaban otros dos grupos. Uno lo formaban sólo dos huevos. Los inadaptados. Mutantes. A los Reyes Dragón les preocupaba muy poco lo que pudiera salir de ellos. Se les permitía crecer mientras no dañaran a los otros, y si no resultaban aptos para seguir viviendo se los mataba como sucedía con muchos de los dragones de menor categoría.

El cuarto y último grupo estaba formado por un puñado de huevos con rayas y manchas de colores. Eran mucho mayores que los otros y los vigilaban con esmero las hembras de dragón más poderosas e inteligentes. Estos serían la esperanza del futuro. Nuevos Reyes para reemplazar a los que habían muerto o podrían morir pronto.

La cáscara del primero de los huevos empezaba a resquebrajarse.

Nunca había resultado tan doloroso cabalgar. No quería eso decir que se sintieran zarandeados; la verdad es que el Caballo Oscuro parecía volar sobre el suelo. El problema era la velocidad y el tiempo empleado. La Dama estaba decidida a llegar a Penacles lo antes posible y había rogado al animal que corriera tanto como permitiera su propia seguridad, pero Cabe tenía la impresión de que la idea que el caballo tenía de lo que era una velocidad que no pusiera en peligro su integridad física era muy diferente de la de sus dos compañeros.

No obstante, fue Gwen quien finalmente se vio obligada a pedir que se detuvieran. Todavía no estaba habituada a las limitaciones de su organismo, y estuvo a punto de desmayarse, provocando casi que ambos jinetes cayeran de la montura. Sólo las maniobras del eternal lograron que ambos humanos siguieran sobre su lomo. El animal redujo la marcha hasta ponerse al trote, lo cual facilitó a Cabe la posibilidad de ayudar a la Dama; ésta tomó su decisión en cuanto abrió los ojos.

Se encontraban en una carretera, una de las pocas que existían en el Reino de los Dragones. Caballo Oscuro la abandonó y trotó en dirección a un bosquecillo de robles. Una vez en el suelo, la Dama abrió su bolsa y sacó un poco de comida, mientras Cabe tomaba un odre de agua. Los dos se sentaron bajo uno de los árboles mientras su montura fingía pastar no muy lejos de ellos.

—¡Qué tonta soy! —exclamó Gwen apoyándose en el tronco—. ¡Hasta una

principiante sabe hasta dónde puede aguantar su cuerpo!

—A mí me duele de pies a cabeza —asintió Cabe.

Se repartieron la comida. Cabe mordió una galleta y descubrió que, aun cuando no era nada sabrosa, lo saciaba y daba nuevas energías a sus agotados músculos. Le preguntó qué era.

—Es el pan de los duendes. Si comes suficiente cantidad puede que quieras enfrentarte tú solo a los ejércitos del Emperador Dragón.

Cabe se sintió tentado de escupir el pedazo que tenía en la boca, y la mujer lanzó una carcajada. Una sonrisa iluminó su rostro durante un instante; la Dama paseó la mirada por el bosquecillo.

—Nathan y yo hacíamos excursiones de vez en cuando. Servían para que nos sintiéramos como gente corriente, en lugar de hechiceros de alto nivel. De todas formas, me pregunto cuántas personas normales pueden proteger sus meriendas de los dragones. O de las hormigas, dado el caso.

—¿Cómo era mi abuelo? —Vaciló al ver el rostro de ella—. Si no te importa decírmelo, claro está.

La Dama le sonrió, y Cabe se quedó asombrado una vez más ante su belleza. Entonces cayó en la cuenta de que aquella mujer era lo bastante vieja como para poder ser su abuela, y casi lo había sido.

—Conocí a Nathan cuando no era más que una aprendiz. Mi maestra era una vieja bruja de bosque. La esposa de Nathan, Lady Asrilla de Mito Pica, y ella habían sido buenas amigas. Tica, la bruja, había actuado incluso como comadróna en el nacimiento de Azran. —Su rostro se ensombreció—. Mató a su madre al nacer. Nathan tendría que haber comprendido entonces que su segundo hijo era un ser maligno.

Cabe no dijo nada, pero pensaba en esta nueva familia suya. No era una familia en la que la lealtad jugara un papel importante. Padre contra hijo. ¿Se repetiría la historia?

Gwen no se dio cuenta de su expresión ausente.

—Me atemorizaba el poder inherente en Nathan. Los colores brillaban con más fuerza de lo que jamás había visto. Los colores, que es algo que te enseñaré a ver, son el auténtico aspecto del carácter de cualquiera que utilice la magia. Hasta que se está cualificado, generalmente son tonos suaves; el arco iris definitivo queda determinado por la elección que se haga: magia de las tinieblas o de la luz. El de Azran se convirtió en una fría combinación de negros y grises.

Caballo Oscuro lanzó un relincho, pero no dijo nada.

—Tica ya no podía enseñarme nada más, pero sabía que yo poseía un potencial enorme. Así pues, pidió ayuda a ese gran hechicero. Impresionaba, con su túnica y su capucha azul, el rostro severo clavado en aquella jovencita larguirucha. Creo que fue

entonces cuando empecé a enamorarme de él. Su hijo mayor, Dayn, acababa entonces su aprendizaje; y al más joven se lo educaba en otra parte. Me aceptó a mí por hacer un favor a una amiga, y yo hice todo lo que pude para mantener el nivel que creía que él esperaba de mí. Aquello estuvo a punto de costarme la vida. Progresé con rapidez, pero a un alto precio.

Hacía rato que ninguno de los dos pensaba en la comida. Cabe permanecía allí sentado, absorbiendo cuanto se le decía.

—Un día, mientras me regañaba a mí misma por fracasar en un conjuro bastante simple, Nathan vino a mi habitación. Su rostro mostraba una expresión de tristeza, y pensé que estaba a punto de echarme de su casa, pero se sentó en una silla y empezó a hablarme. Me habló de su esposa, sus sueños, los Reyes Dragón, y... de mi futuro. Conjuró ante mis propios ojos la imagen de una mujer. —Sonrió—. En aquel momento pensé que era la mujer más hermosa que había visto nunca. Se lo dije, convencida de que era la imagen de su difunta esposa; pero no lo era. Nathan dijo que me estaba enseñando una representación de mí misma, una vez que todos mis poderes estuvieran por completo desarrollados. Me quedé perpleja. Tica jamás había poseído tanto poder. Mi admiración creció. Fue en ese momento cuando él se inclinó y me besó. Eso fue todo. Se limitó a besarme. No dijo nada más, y yo me quedé mirándolo salir de allí muda de asombro.

La Dama clavó los ojos en los de Cabe.

—Hasta más tarde no descubrí que acababa de recibir la noticia de que Azran había asesinado a su propio hermano.

Cabe se quedó perplejo.

—¿Qué... qué hizo Nathan?

—¿Que qué hizo? Intentó perdonarlo. Intentó traerlo de vuelta a la luz. Lo intentó y fracasó. Azran había llegado demasiado lejos. Incluso había convertido en esclavos a sus tutores, y lo que es peor, había buscado y encontrado a los Rastreadores. Los había encontrado y convertido también en esclavos suyos.

—Los Rastreadores. Ese ser-pájaro. Dijiste que era un Rastreador.

—Nadie conoce la historia de los Rastreadores. Se dice que son anteriores a los Reyes Dragón. Muy anteriores. Viven en sombrías colonias en algún lugar no muy lejos de las Llanuras Infernales. Muy pocos hombres encuentran a los Rastreadores, y muchos menos aún sobreviven a ese encuentro.

—¿Qué son?

—En una ocasión gobernaron esta tierra. Ahora buscan. Constantemente. Siempre buscan información. Nadie sabe por qué, sospecho que ni siquiera Azran. Puede que los haya esclavizado, pero no puede haberlos dominado por completo. Son una herramienta que hay que vigilar.

Cabe no pudo por menos que asentir al recordar el sigilo y la fuerza de la criatura.

La Dama prosiguió con su relato:

—Después de aquel encuentro comprendí que me había estado esforzando demasiado. Nathan me permitió tomarme las cosas con más calma, pero, curiosamente, mis lecciones parecieron volverse más sencillas. Seguía sus palabras al pie de la letra, sin prestar atención a los errores, y los errores eran cada vez menos numerosos. Pronto me di cuenta de que ahora mis poderes y yo éramos una misma cosa. En lugar de brotar a chorros inconexos, fluían con suavidad. Tres años más tarde, yo ya era la imagen que había visto. Fue entonces cuando Nathan me dijo lo mucho que me amaba.

Sus ojos miraron al vacío sin ver mientras recordaba cosas que parecían haber ocurrido el día anterior. Incluso había olvidado la presencia del Caballo Oscuro. El diabólico corcel seguía fingiendo pastar, aunque Cabe se dio cuenta de que la criatura estaba muy silenciosa. Al cabo de un minuto, la mujer parpadeó, se secó una única lágrima, e hizo como si no hubiera dejado de hablar.

—Los Amos fueron idea de Nathan. De él y de Yalak. Estaban decididos a destruir a los Reyes Dragón, que habían gobernado desde tiempo inmemorial. Este grupo de ahora es el peor que ha existido. Aplastaron cualquier tipo de resistencia y cualquier avance conseguido por los hombres, dejándolo todo peor de lo que ahora está. A sus servidores se les ordenó que buscaran específicamente a los hechiceros y personas con poderes parecidos y que los mataran. Por fortuna, sus lacayos carecían a menudo del poder para hacerlo, y los Amos crecieron en número y en poder hasta que estuvieron preparados para lanzar el desafío. Así se inició la Guerra del Cambio.

La Guerra del Cambio. Cabe sabía que muy poca gente se refería a ella por ese nombre. Territorios enteros cayeron en la anarquía; los levantamientos surgían por todas partes. La lucha quedó en tablas. Magos de menor categoría perecieron, pero también gran número de dragones de fuego. La guerra se extendió por fin a la Ciudad del Conocimiento.

Era un hecho bien conocido que casi toda la estrategia de los Reyes Dragón provenía no del emperador sino del Dragón Púrpura, quien gobernaba Penacles. Sabedores de ello, los Amos planearon la ofensiva final. Yalak condujo a un grupo a las Tierras Yermas, el lugar donde se obtuvo la única auténtica victoria de los Amos. Su intención era evitar el paso del Dragón Pardo y los clanes que le quedaban. Lochivar, la ciudad de las Brumas Grises, contendría la avalancha de los ejércitos del Dragón Negro. Nathan Bedlam conduciría al resto en el ataque definitivo a la ciudad.

—Se vieron traicionados desde un principio. Lochivar, allá en la región de las Brumas Grises, los traicionó. En lugar de contener a los dragones, encabezó la marcha hacia Penacles. Si no hubiera sido por el Grifo lo habrían conseguido. Nunca habíamos visto nada parecido, sin embargo se enfrentó a los traidores con un pequeño ejército de mercenarios y los hizo retroceder. Por eso se convirtió en el nuevo señor

de Penacles.

Cabe ansiaba cada vez más llegar a la ciudad antes de que tuvieran otro tropiezo. Tal y como estaban las cosas, era su única esperanza de seguridad.

—A Yalak también lo traicionaron; fue Azran. Esa cosa que Nathan llamaba hijo lo atacó por la espalda con la Espada Negra. Yalak ni siquiera lo vio. Por una vez su capacidad para predecir el futuro le falló.

—¿Cómo se hicieron los Reyes Dragón con la espada?

—Ni siquiera Azran es omnisciente —repuso Gwen con una sonrisa afectada—. El Dragón Pardo, al ver la confusión que reinaba entre sus enemigos, decidió aplastarlos. El señor de las Tierras Yermas había resuelto luchar bajo forma humana, pero su espada estaba rota. Vio la Espada Negra y, dándose cuenta de lo que era en realidad, derribó a Azran y le robó el arma. ¡Ojalá lo hubiera matado! Fue en ese momento cuando yo huí, con la intención de reunirme con Nathan y asegurar la ciudad antes de que se perdiera todo. Aunque el Dragón Pardo acabó por derrotar a los Amos, no podía salir en mi persecución. Sus clanes estaban peligrosamente cerca de la extinción y él se daba cuenta.

Cabe rememoró en su mente las palabras del Rey Dragón. El odio que se reflejaba en ellas era abrumador, pero Cabe no podía compadecer demasiado al tirano reptil ya que el Dragón Pardo había sido el artífice de su propia destrucción.

La Dama lo observaba con regocijo.

—Oí decir que existía una criatura. Tu madre había muerto, y Nathan debió de arrebatarte a tu padre antes que permitir que sucumbieras a la oscuridad. Yo...

—¡Aguarda! —Una lucecita se encendió por fin en la mente de Cabe—. ¿Me viste?

—Sí, pero...

Parecía algo imposible.

—¡Pero si has dormido durante años, decenios!

La mujer comprendió muy bien sus insinuaciones.

—Sí. Comprendo a lo que te refieres, pero no puedo explicarlo.

—¡Pero si no he llegado más que a la mitad de mi tercer decenio! ¡En cambio lo que tú dices me convierte en un anciano!

Caballo Oscuro había dejado de pastar. Aunque aún aparecía bajo la forma de un caballo real, la inteligencia que brillaba en sus fríos ojos azules era inconfundible. Las orejas estaban erguidas, escuchando con atención. También él se daba cuenta de las implicaciones.

La hechicera empezó a formular un conjuro sencillo. Sus dedos se movieron deprisa mientras hablaba.

—¿No recuerdas más que una vida corriente?

—Nada más. Nadie hizo jamás ningún comentario sobre mi infancia.

—Extraño. Puedo ver que se te ha hecho un hechizo, pero ahora forma ya tan parte de ti que no puedo descifrarlo. No obstante, lo que sí puedo decir es que al menos ha sido benéfico.

—¿Qué hago?

La mujer retiró su hechizo, y Cabe notó algo así como si diminutos zarcillos se separaran de su cuerpo.

—No lo sé —respondió ella, y se volvió hacia Caballo Oscuro—. Estoy abierta a cualquier sugestión tuya.

—¡Qué magnánima! —resopló el negro corcel—. ¡No obstante, en cuanto al muchacho sólo puedo hacer dos sugerencias! La primera: lo más probable es que el hechizo fuera obra de Nathan Bedlam y quizá sea ésa la razón de la extraña infancia de Cabe. Has dicho que parecía haber sido benéfico. La segunda sugerencia es que dejemos de lado este problema hasta que lleguemos a Penacles. Allí puede que encontremos más información.

—¿Crees que las bibliotecas sabrán algo sobre el asunto?

Caballo Oscuro pateó el suelo con un casco, cosa muy impropia en él.

—Pensaba en otra fuente de información.

—¿Quién? —inquirió la Dama al tiempo que su rostro se ensombrecía.

Cabe recordó de pronto, sin darse cuenta del cambio de humor de Gwen.

—¡Claro, Simón!

Gwen se volvió hacia él.

—¿Simón?

—El fue quien me envió a Caballo Oscuro —asintió el joven—. Dijo que estaría en Penacles.

—Descríbelo. —Su voz era muy fría.

—Alto. Lleva capa y capucha. Lo que no puedo describir es su rostro, siempre ha parecido indefinido y borroso...

—¡Sombra! —El alarido fue parecido al que Gwen lanzara al enterarse de la presencia de Caballo Oscuro— ¡Aceptas la ayuda de alguien más execrable aún que Azran! ¡Idiota!

—¡Lady Gwen, conoces tan bien como yo la maldición que pesa sobre Sombra! —gritó el Caballo Oscuro en voz más alta aún que la Dama, y Cabe se alegró de que la carretera estuviera desierta.

—¡Lo mataré!

—¡Ja! ¡Aún le harías más daño a esta tierra! ¡Se ha vuelto a alterar el equilibrio otra vez, Lady Gwen!

Las palabras de Caballo Oscuro la calmaron.

—¿Trabaja con el Grifo? —inquirió.

—¡Hasta su destrucción! ¡Ya lo sabes!

—Si las cosas continúan tal y como están, puede ser pronto.

Desconcertado por completo, Cabe paseaba la mirada de uno al otro. Lo que decían carecía de sentido para él.

—Ya hemos perdido bastante tiempo —anunció la Dama poniéndose en pie—. Ahora que sé qué otra cosa nos espera en la Ciudad del Conocimiento, estoy aun más ansiosa por llegar allí.

Sin esperar a Cabe, se dirigió hacia el Caballo Oscuro y montó. Cabe la siguió con pasos rápidos, ansioso todavía por saber el motivo de su comportamiento. Era evidente que se trataba de una mujer muy emotiva.

Mientras se acomodaba sobre el negro corcel, preguntó a su compañera:

—¿Quién es Sombra? ¿Qué tiene que ver en todo esto?

La mujer lo miró, y sus palabras fueron francas y enigmáticas:

—Es, quizá, el único hechicero comparable a Nathan, y también es el más odiado. Antes de que esto haya terminado, puede que sea el salvador y el destructor de todos nosotros. Es parte de su doble naturaleza.

El Caballo Oscuro se alzó de nuevo sobre sus cuartos traseros antes de volver a iniciar la carrera. Esta vez, no lanzó ninguna carcajada.

Capítulo 8

Estaban cerca de Penacles. Lo supieron por las oleadas de gente que los adelantaban o se cruzaban con ellos. Muchos parecían nerviosos. Algunos grupos, que iban en direcciones opuestas, discutían entre sí. Cabe no podía distinguir lo que decían, pero sospechó que conocía el motivo.

Gwen también observaba con atención las hileras de personas.

—Algunos creen que Penacles es el lugar más seguro puesto que está tan bien fortificado. Otros creen que nada puede resistir el ataque de los Reyes Dragón.

—¿Ha estallado la guerra ya?

La mujer sacudió la cabeza.

—He aumentado el alcance de mi oído. Lo que oigo se ha mencionado varias veces. Dragones de fuego, dragones-serpiente, y criaturas tan espantosas que ni siquiera tienen nombre. Todos avanzan hacia el sur procedentes de las Montañas Tyber, y cada uno lleva el signo del mismísimo Emperador Dragón. También he averiguado que las Brumas Grises se han extendido desde el este en dirección a Penacles.

El muchacho intentó comprobar si la ciudad era visible desde aquella distancia, pero no consiguió divisar más que gente.

—¿Puede resistir la ciudad?

—El Grifo posee los conocimientos de las bibliotecas junto con sus propias y extraordinarias habilidades. Puede ser una contienda larga.

Una columna de jinetes los adelantó, avanzando por el lateral del camino para evitar el gentío. Sus trajes eran de cuero, y la expresión de cada uno de ellos era aquella que dan los años de experiencia en el arte de la guerra. Sus pequeños yelmos de metal no conseguían cubrir por completo sus despeinados rizos rubios, y, a juzgar por sus rostros, Cabe hubiera dicho que eran hermanos.

—Soldados de Zuu. El Grifo debe de haberse estado preparando para esto y habrá pedido refuerzos.

—¿No dejará así indefensa a su ciudad?

La mujer se encogió de hombros.

—Probablemente no. Las Tierras Yermas las tienen al sur, y al norte está el Bosque de Dagora, donde gobierna en paz el Dragón Verde, que casi nunca interfiere con las otras razas. Ni siquiera durante la Guerra del Cambio. Ese fue uno de los motivos por el que nunca lo atacamos. —Su voz tenía un tono curioso, como si se callara algo.

De pronto, Caballo Oscuro se puso nervioso y les indicó por señas que deseaba abandonar el camino y hablar con los dos. Cabe hizo como si tirase de las riendas, pero en realidad fue la montura la que tomó la decisión.

Una vez que se hubieron alejado lo suficiente de la carretera, Caballo Oscuro se detuvo, pero no habló hasta pasado un momento.

—Siento algo. Formas de gran tamaño, dragones de fuego quizá. Parece como si se dirigieran hacia aquí.

—¿Crees que vienen por nosotros? —Cabe, nervioso, escudriñó el cielo.

—¿Importaría eso? —repuso Caballo Oscuro con una carcajada—. ¡Si algo sucede, nos vamos a encontrar de todas formas en medio!

La Dama contempló al animal con aversión.

—Me resulta bastante difícil comprender tu peculiar sentido del humor. ¿Cuántos dirías que son?

—Dos; muy veloces.

—Exploradores. ¿Cuándo llegarán?

—Yo diría que los avistaremos al poco de regresar a la carretera. Siempre y cuando regresemos ahora, claro.

Cabe, que miraba fijamente en dirección a la Ciudad del Conocimiento, dijo:

—Algo interrumpe el movimiento allí delante.

Los tres volvieron su atención al punto indicado y Caballo Oscuro enfocó un reluciente ojo sobre la zona que Cabe había señalado.

—¡Pido disculpas! ¡Está claro que he calculado mal! ¡Hay dos dragones sobrevolando a toda velocidad la carretera! ¡Parece como si hostigaran a los viajeros al azar en diferentes puntos del camino!

La hechicera adoptó una expresión torva.

—¡Démonos prisa! ¡Hay que destruirlos!

Sus palabras hicieron que Caballo Oscuro lanzara una nueva carcajada.

—¡Y tú me acusas a mí de sanguinario!

Antes de que ella pudiera replicarle, iban ya de regreso a la carretera. Los dragones se abalanzaban sobre la gente aquí y allí, divirtiéndose enormemente con lo que hacían. De momento, se habían limitado a asustar a los humanos, pero no tardarían en iniciar juegos más peligrosos.

—Os sugiero que desmontéis —dijo Caballo Oscuro, que había llegado ya casi a la carretera—. ¡De lo contrario, seremos un blanco evidente en cuanto empiece la lucha!

Los dragones se mostraban cada vez más osados. Muy pocas veces se les permitía vagabundear lejos de sus amos y ahora aprovechaban al máximo su libertad. Uno de ellos descubrió a los dos viajeros y a su caballo, y lanzó un rugido antes de echarse sobre ellos.

Cabe estaba ya en el suelo con la Espada Negra en la mano. Gwen desmontó justo antes de que el dragón se pusiera a tiro, al tiempo que Caballo Oscuro retrocedía.

Mientras el monstruo se acercaba, Cabe se volvió con rapidez hacia el caballo.

—¿Puedes acabar con él como hiciste con las hembras de dragón?

—¡No! ¡El aire no es mi elemento! Si puedes conseguir que baje a tierra...

Los dedos de la Dama se movían con rapidez dibujando figuras en el aire.

—¡Dudo mucho que quiera complacernos! —dijo.

Lanzó su hechizo, y el dragón se vio bombardeado de repente por pequeñas ráfagas de energía, que estallaban sin interrupción. La criatura intentó rodearlas, pero se limitaron a moverse con ella.

—¿Fuegos artificiales, Lady Gwen? ¡Esto no es ninguna fiesta!

El otro dragón se reunió con su compañero. Preparado para enfrentarse con la hechicera, volaba de forma irregular de modo que la Dama no podía lanzar su hechizo sobre él. Mientras se acercaba, sus enormes mandíbulas se abrieron de par en par. Sin embargo, en lugar de fuego, fue una extraña neblina lo que surgió de ella; neblina que Gwen consiguió disipar justo antes de que los alcanzara.

—¿Qué fue eso? —Cabe jamás había visto que un dragón utilizara tal defensa.

—¡Los dragones aéreos no lanzan fuego! ¡Lanzan vapores venenosos!

El primero de los dragones, totalmente desorientado por las continuas explosiones, cayó al suelo con fuerte estrépito. Su compañero, no obstante, atacó de nuevo, esta vez dispuesto a aplastar por completo a sus oponentes. Se dirigió hacia Cabe, recurriendo al mismo tipo de vuelo irregular que había usado antes. Cabe se dio perfecta cuenta de que no se pondría a su alcance, pero, curiosamente, descubrió que no le importaba.

Caballo Oscuro avanzó para cubrir al joven.

—¡Intentaré absorber la neblina si la Dama no consigue detenerla!

—¡No! —Cabe se sintió extraño, como si algo creciera en su interior—. ¡Apartaos los dos!

Había tal autoridad en su voz que ninguno de ellos dijo nada. La curiosa pero reconfortante sensación lo llenaba ahora por completo. El dragón rugió, percibiendo la victoria. Cabe se mantuvo impertérrito.

Cuando estaba a menos de quinientos metros de distancia, el dragón pareció encogerse. Cuanto más se acercaba, más pequeño se volvía. El reptil había perdido el control; lo vieron esforzarse por alterar su ruta. A doscientos metros de distancia, ya no era mayor que un perro. A los cien, un pequeño pájaro.

A tres metros de distancia de Cabe, el dragón dejó de existir.

Los dos compañeros del joven, asombrados, permanecieron en silencio. Entonces, lleno aún de poder, Cabe dirigió su atención al otro dragón; la criatura seguía luchando, aunque con mucha menos fuerza, contra las ráfagas de energía. Los ojos del hechicero brillaron con fuerza y el dragón desapareció.

Lady Gwen fue la primera en hablar.

—¿Qué hiciste?

—He enviado al dragón a Penacles. A una de sus celdas de detención para animales salvajes. —Cabe no reconoció su propia voz.

—Me refiero al otro.

Una sonrisa apareció en su rostro, aunque él no tenía nada que ver con ella. La Dama —e incluso Caballo Oscuro— parecían estupefactos.

—Su ego era excesivamente grande; me limité a reducirlos a ambos a un tamaño más apropiado.

La mujer empezó a temblar, y la única palabra que salió de sus labios apenas si fue un susurro:

—Nathan.

Cabe tenía una sensación extraña en la cabeza. Se llevó una mano a la frente y, de inmediato, se desplomó en el suelo. Gwen se precipitó a su lado en un instante. Cuando él abrió los ojos la encontró contemplándolo con renovado asombro. Fue un momento de extraordinaria placidez, pero se vio interrumpido de pronto por la llegada de varios jinetes a caballo. Los soldados de Zuu, para ser más precisos.

El jefe, veterano de muchas luchas con profundas cicatrices en todo el rostro, arrugó la frente al tiempo que miraba a su alrededor.

—¿Qué ha sucedido con los dragones aéreos?

—Se han ido —respondió Gwen.

—Los vimos atacaros. No nos prestaron atención. Demasiados soldados para esos lagartos, especialmente porque llevamos también arcos. —Cada uno de los hombres llevaba un largo arco, y habría sido una estupidez por parte de los dragones atacarlos.

—¿Venís de Zuu?

—Sí, mi señora. Hemos venido a petición de Lord Grifo.

—Entonces quizá no os incomode escoltarnos hasta la ciudad. Lord Grifo también nos espera a nosotros.

El comandante le dirigió una socarrona sonrisa que reveló una dentadura muy estropeada.

—¿Oh? ¿Y quién sois pues?

—Soy Lady Gwen de la Mansión Verde. Éste es mi compañero, Cabe.

—¡ La Dama de Ámbar! —El hombre estaba visiblemente impresionado. Sus ojos se volvieron hacia Cabe— ¡Un hechicero, además! ¡Así que eso es lo que les sucedió a los dragones! ¡El Grifo está utilizando todos sus recursos!

La actitud del grupo entero cambió por completo. El comandante, Blane, prometió darles la mejor guardia de honor posible, y él en persona los escoltaría hasta la guarida del Grifo. Era evidente que la adición de hechiceros a la defensa de la ciudad elevaba la moral. En especial por ser Lady Gwen uno de ellos.

Montaron sobre Caballo Oscuro, y Blane, al ver de cerca al animal, lo estudió con ojos expertos.

—He visto mucho animales de raza, ¡pero puedo asegurar que no haría correr a ninguno de ellos contra eso! ¿Qué es?

Sonriente, la Dama fingió acariciar la cabeza del animal.

—Es una raza excepcional. Muy resistente y veloz, pero no demasiado inteligente.

Caballo Oscuro lanzó un bufido y amenazó con arrojarlos a ambos al suelo. Blane meneó la cabeza.

—A mí me parece bastante espabilado. No insultaría a un animal como éste. Podría darme una buena lección.

El oscuro corcel mostró su asentimiento con un relincho. El comandante hizo girar su caballo en dirección a la ciudad, y Caballo Oscuro se adelantó hasta colocar a sus compañeros a la altura del soldado. Se pusieron en marcha al instante mientras el resto de la tropa los seguía de cerca.

El gentío siguió fluyendo en una y otra dirección.

En la región de los enanos de las colinas, de donde se extrae el hierro y se le da forma para comercializarlo por el Reino de los Dragones, la tierra se agitó. Los enanos, muy ocupados en sus tareas, interrumpieron su trabajo. Muchos de ellos murmuraron entre dientes, ya que no conocían más que un motivo para tal temblor.

Apareció una cabeza cubierta de escamas procedente de minas agotadas mucho tiempo atrás. Dicha cabeza tenía el mismo color que el metal que les era tan precioso. El ser lanzó un rugido, y los hombrecillos se escabulleron hacia sus cuevas a toda prisa. Un cuello largo y vigoroso, seguido de un cuerpo fuerte y lleno de músculos, completó la figura de uno de los dragones de los clanes del Dragón de Hierro.

Tan pronto como hubo salido la criatura, una nueva apareció por el mismo sitio, mientras la primera vigilaba la zona hasta que su compañera hubiera salido por completo. Cuando ese dragón salió, apareció un tercero. Los dos primeros montaron guardia, uno paseando la mirada arriba y abajo, en tanto el primero la mantenía fija en una sola dirección. No miraba hacia el sudeste, donde se encontraba la ciudad de Penacles, sino más bien hacia el este.

Hacia las Montañas Tyber.

A la Ciudad del Conocimiento también se la podría haber apodado Ciudad de la Belleza. A excepción de Mito Pica, no existía otra como ella. Enormes torres se alzaban por encima de los demás edificios, la mayoría de ellas coronadas por puntiagudas agujas. Abajo, más al nivel de los hombres, las calles de la ciudad estaban salpicadas de jardines. Los primeros creadores de Penacles no lucharon contra la naturaleza para edificar su metrópolis; trabajaron junto a ella.

Miles de personas vagaban por las calles, en especial por aquellas situadas alrededor o en el interior del bazar de la ciudad. Los viajeros, escoltados por las tropas de Blane, avanzaban con facilidad entre la muchedumbre, pero su avance era

lo bastante lento como para que pudieran observarlo todo. Cabe, que jamás había estado en una ciudad tan grande, se pasaba la mayor parte del tiempo contemplando boquiabierto a toda aquella gente. Gwen lo miró y lanzó una suave carcajada.

—¡Lo mejor será que cierres esa enorme boca antes de que alguien te tome por un dragón! Además, un hechicero no debe mostrar el aspecto de un joven pueblerino.

Cabe se abstuvo de comentar que así era exactamente como se sentía, devolviendo su atención a la ciudad, pero se encontró con que nuevos pensamientos cambiaban la opinión que se había formado de sus habitantes. La Dama había mencionado dragones y, a medida que la idea penetraba en su mente, empezó a ver el temor y el asombro en los rostros de la gente. Muchos cuchicheaban o miraban nerviosos a un lado y a otro, en especial a la columna y sus dos hechiceros. Vio que más de una persona lo señalaba con el dedo, indicando la forma en que el mechón blanco se había extendido por sus cabellos. Esperarían que hiciera milagros, lo sabía, pero no tenía ninguno que ofrecerles. Apenas ráfagas de poder de vez en cuando.

Rogó para que Lord Grifo estuviera mejor preparado que él.

Por fin, llegaron al palacio, aunque palacio era quizás una palabra un tanto peculiar para describir el edificio. Para Cabe, se trataba realmente de una fortaleza. Los muros eran de piedra gris, y la única entrada una enorme puerta de hierro. No había columnas decorativas, estatuas (excepto una de un auténtico grifo en pleno vuelo) ni adornos de ningún tipo.

También faltaba otra cosa. No existía absolutamente el menor recordatorio del reinado del Dragón Púrpura. El Grifo había limpiado la ciudad, y en especial el palacio, de cualquier rastro de la criatura; y para mostrar sus sentimientos hacia la gente corriente, había erigido muy pocas señales de su propio reinado.

La enorme puerta se abrió al acercarse ellos. Se los esperaba. Blane ordenó a sus hombres que se dirigieran a los barracones. Él acompañaría a los dos viajeros; las órdenes del comandante eran presentarse directamente ante el señor de Penacles.

Para Cabe, la parte más dura de su viaje hasta aquel momento fue la escalinata que empezaban a ascender. Calculó que debía de haber al menos un centenar de peldaños. Lo más probable es que fuera alguna especie de medida defensiva; no había duda de que un ejército lanzado a la carga no tardaría en quedar agotado a mitad de la ascensión, convirtiéndose en presa fácil para los defensores.

Cuando por fin llegaron al final de la escalinata, el joven miró abajo. Caballo Oscuro ya no estaba, y el guarda, situado al pie de las escaleras, con las riendas del caballo del comandante bien sujetas en una mano, no parecía haberse dado cuenta de que el otro animal dejado a su cuidado había desaparecido. Cabe sabía que su espectral compañero se encontraría con ellos más tarde.

Un criado los condujo al interior del palacio, tan espartano como el exterior. Su anfitrión no tenía demasiado tiempo para lujos, según las apariencias. Aquí y allá, se

veían extraños aparatos colgados de la pared o colocados cerca de ella, pero todos ellos parecían palpar con vida propia. Cabe dirigió una rápida mirada a Gwen y ésta asintió. Blane no parecía advertir nada fuera de lo corriente y se limitaba a mirar al frente.

Por fin, llegaron ante una puerta profusamente decorada, custodiada por dos seres con una ligera apariencia humana. Ambos miraban con ojos ciegos y su cuerpo tenía el color del hierro. No se movieron al principio, lo cual hizo creer a los tres que no eran más que estatuas; pero esa convicción se hizo añicos cuando el criado, un hombre menudo y enjuto, se dirigió al que estaba a la izquierda y le habló:

—Estoy aquí con tres visitantes de importancia para Lord Grifo.

Ante su asombro, la cabeza se ladeó para mirar al criado. Cada movimiento fue acompañado de un sonido de goznes metálicos que necesitaban aceite con urgencia. La cosa contempló al hombre algunos segundos, sin parpadear, y luego se volvió para mirar a los tres.

—El comandante procedente de Zuu entrará primero y solo. —La boca no se había abierto, lo cual casi les hizo creer que era otra persona quien había hablado.

Era una voz melodiosa y completamente distinta de lo que hubieran imaginado. Blane se dirigió hacia la entrada despacio, la mano sobre la empuñadura de su espada. No era un cobarde, pero como la mayoría de las personas normales, toleraba la magia cuando estaba de su lado y desconfiaba de ella cuando existía la menor posibilidad de que no fuera así. El comandante no dejó de vigilar alternativamente de un centinela y otro hasta haber atravesado el umbral. La puerta se cerró a su espalda.

El criado se disculpó ante ellos y dejó solos a Cabe y su acompañante. El centinela de la izquierda continuó mirándolos con ojos ciegos, y Cabe sintió la necesidad de ocultarse en alguna parte, preferiblemente fuera de la ciudad.

—¡Golems de hierro! —musitó Gwen al oído del joven—. ¡Creía que la fórmula para crear tales criaturas se había perdido en el tiempo!

—Ojalá hubiera sido así. ¿Tiene esa cosa que seguir mirándonos como nos mira?

—No nos mira. No tiene ojos tal y como nosotros los conocemos. El único motivo por el que actúa de esa forma es porque se le ha dado apariencia humana.

El joven miró a ambos centinelas.

—Yo no diría precisamente «humana»!. Si no puede ver, ¿cómo sabe si sucede algo?

—No he dicho que no pueda ver; he dicho que carece de ojos, al menos tal y como nosotros los conocemos. Ve por otros medios aunque, por desgracia, no sé cuáles son.

Su voz se apagó. A pesar de sus conocimientos, los golems de hierro también la ponían nerviosa. Sabía muy poco sobre sus limitaciones, sistemas de ataque, y de defensa. Que el Grifo les confiara su vida los hacía, si cabe, más peligrosos ya que el

monarca de Penacles raras veces depositaba su confianza en nada a menos que supiera que no le fallaría.

Al cabo de algunos minutos, la puerta se abrió y salió el comandante de Zuu. Estaba pálido y sudoroso, pero en su rostro había una expresión de respeto. Les hizo un gesto con la cabeza.

—Lord Grifo os espera.

Mientras se alejaba, Cabe susurró rápidamente a su compañera:

—¿Conoces al Grifo?

—No —contestó ella sacudiendo la cabeza—. Pero estoy segura de que será una experiencia inolvidable.

Atravesaron el umbral sin que Cabe perdiera de vista a los golems mientras lo hacían. Ninguno se movió. Cualquier persona ingenua los habría tomado por estatuas.

—¡Bienvenidos, amigos míos!

Cabe se volvió, y se detuvo, no menos perplejo, no obstante, que la Dama.

Alto y regio, Lord Grifo era un monarca por los cuatro costados. La aureola de poder y sapiencia era inconfundible. Sin embargo no fue esto lo que asombró a los recién llegados. El Grifo era más que un hombre: aunque su figura era casi humana, sus facciones no lo eran.

Su rostro era el de un ave de presa, un águila orgullosa cuyos ojos lo veían todo. El Grifo avanzó hacia ellos, y las enormes crines doradas que le caían por debajo de los hombros se agitaron al hacerlo. Les tendió la mano, y comprobaron que estaba cubierta de pelo pero poseía garras más propias de un ave, y, aunque todo aquello tendría que haberles hecho sentir repugnancia, no fue así. Más bien sintieron el impulso de arrodillarse ante la espléndida majestad de aquel hombre-bestia. Los Reyes Dragón reinaban a fuerza de terror. El Grifo, por su parte, reinaba a fuerza de inteligencia y comprensión.

Cabe estrechó la mano que se le tendía, sintiéndose terriblemente torpe en cada uno de sus movimientos. El soberano de Penacles parecía más bien fluir que moverse. Cada acción era precisa.

—Se te saluda, Cabe Bedlam, nieto de Nathan. Me siento honrado.

Se volvió hacia la Dama y tomó su mano. Al hacerlo, su rostro cambió; el pájaro-león desapareció y en su lugar apareció un hombre de rostro aguileño que habría podido robar fácilmente el corazón de más de una mujer. Gwen sonrió cuando él le besó la mano.

El Grifo se irguió y los contempló con atención.

—La Dama me es conocida por su reputación. En cuanto a ti, amigo Cabe, te conozco sólo a través de un conocido mutuo.

El Grifo indicó una figura, que hasta ahora les había pasado desapercibida, sentada en un diván detrás de él. La capucha y la capa eran suficientes para

identificarlo, pero el rostro borroso acabó de confirmar su identidad.

—¡Simón!

—¡Sombra! —El rostro de Gwen era un mar de odio. El hechicero pareció esbozar una sarcástica sonrisa.

—Yo también me alegro de veros. En especial a ti, Dama del Ámbar.

La mujer se volvió en redondo para mirar de nuevo al Grifo.

—¿Cómo podéis tener tratos con alguien como él? Aunque afirme estar de nuestro lado. ¡Su contradictorio pasado lo condena más allá de toda justificación!

El señor de la ciudad la miró con el entrecejo fruncido, y la severidad de su mirada era tal que se vio obligada a retroceder.

—Simón paga sus pecados con cada segundo de su vida, Lady Gwen. Hará todo lo que pueda por nosotros.

—¡Hasta la próxima ocasión!

El encapuchado hechicero se mantuvo en silencio mientras los otros dos hablaban. Cabe no podía ver su rostro, pero en sus movimientos parecía haber una gran tristeza. Tristeza... y culpabilidad. Un tremendo sentimiento de culpabilidad.

El Grifo consiguió por fin calmar a la Dama ofreciéndole acompañarla a visitar las bibliotecas. La idea de poder ver todo aquel conocimiento la llenó de emoción. A Cabe también se lo invitó a acompañarlos, pero rehusó amablemente ya que algo en su interior lo impelía a querer hablar con el enigmático hechicero.

Cuando se quedaron solos, Cabe se acercó al hombre que decía llamarse Simón. El otro lo contempló expectante, pero antes de que Cabe pudiera hablar, se vieron interrumpidos por el tronar de unos cascos.

—¿Podría alguien decirme al menos cuándo es prudente subir aquí arriba? ¡Me he mantenido oculto para no espantar a ese excelente comandante llegado de Zuu!

Sombra lanzó una risita que alejó momentáneamente su depresión.

—¿Excelente comandante? Debe de haberte alabado, amigo mío.

—No hizo más que brindarme el respeto que algunos se sienten reacios a demostrar.

—Yo siento el mayor respeto por tu persona.

—¡Me refería a la mujer! —resopló Caballo Oscuro—. ¡Me da la impresión de que a ti te ha tratado de forma parecida!

La depresión de Simón reapareció casi tan deprisa como se había ido.

—La Dama no perdona con facilidad... Ni tiene por qué hacerlo. Me hago totalmente responsable de la maldición que pesa sobre mí.

El hechicero se incorporó con un gesto brusco.

—Si me perdonáis, tengo algunos preparativos pendientes. Hazle compañía al muchacho, viejo amigo. —Y dicho esto, Sombra se desvaneció.

Cabe volvió la mirada hacia el corcel.

—¿Qué es lo que hizo? ¿Por qué lo odia tanto la Dama?

El caballo lanzó un profundo suspiro.

—Siéntate, amigo Cabe. Esto necesitará bastante tiempo.

El joven hizo lo que sugería Caballo Oscuro. La fantasmal montura se colocó frente a él, y Cabe intentó imaginar qué sucedería si entraba alguien y lo encontraba hablando con un lustroso caballo negro. Por si fuera poco, no se necesitaría ni un minuto para darse cuenta de que aquella criatura no era un animal auténtico. La aureola de eternidad era evidente para cualquiera que se fijara.

Un ojo de mirada gélida se clavó en él.

—En una ocasión existió un hechicero de tremendo poder. Sombra. Un hombre poseído por un solo objetivo. El objetivo más importante que el hombre haya buscado jamás. —Hizo una pausa—. Ese objetivo era la inmortalidad.

Inmortalidad. La misma palabra parecía respirar magia.

Cabe recordó historias sobre incontables individuos que habían buscado aquel tesoro, más valioso que todo el oro del mundo; la simple posibilidad de conseguirlo sería suficiente para lanzar a la guerra a naciones enteras, tanto para luchar entre ellas como para provocar revoluciones internas. Eso nunca había importado.

—¿La... la encontró?

El Caballo Oscuro ignoró por completo su pregunta.

—Sombra era un hombre con dos mentes contrapuestas, que luchaban violentamente la una con la otra por obtener la supremacía. Se movía por la delgada línea gris que separa lo blanco de lo negro y aunque había momentos en que titubeaba entre uno y otro, nunca quedó completamente atrapado. A medida que pasaban los años fue adquiriendo tremendos conocimientos sobre ambos poderes, y fue esta combinación de conocimientos la que lo condujo a lo que creyó que sería la solución. —Lanzó un resoplido—. Así es como el ego y la codicia de los hombres los conduce a desastres sin precedentes.

Cabe no replicó; era una vieja historia.

—Sombra invocó poderes de ambos lados, poderes muy potentes que el hombre actual desconoce. Sin embargo, hubo una cosa que no tomó en cuenta: allí donde la luz se encuentra con las tinieblas se produce siempre un conflicto, y su misma naturaleza lo demostró. Sombra se encontró atrapado en medio de la furia de los dos bandos. Hombres de menor categoría hubiesen muerto, pero Sombra, por ser lo que era, se encontró con un destino mucho más trágico.

La voz de la criatura estaba preñada de tristeza. Caballo Oscuro tenía pocos amigos, y ninguno significaba tanto para él como el espectral hechicero.

—En su furia colectiva, los poderes destruyeron sus hechizos protectores. ¡Él, que habría sido inmortal, se encontró por el contrario convertido en una marioneta a merced de varios amos! Se vio contorsionado, cambiado, disuelto, desgarrado. Cada

poder se esforzó por hacerlo suyo, pero no lo consiguieron más que de forma parcial y, cuando todo hubo terminado, las fuerzas invocadas regresaron a sus planos de existencia, del hechicero llamado Sombra sólo quedaba un cadáver apaleado.

Cabe lanzó una exclamación ahogada, y el infernal caballo asintió:

—Un cadáver, sí. Durante una semana, permaneció allí donde había caído. Nadie, eso está claro, penetra en la guarida de un hechicero si puede evitarlo. Además, no era nada extraordinario que Sombra permaneciera encerrado allí durante semanas. Al octavo día, el cuerpo se disolvió sin dejar el menor rastro del mago. Al mismo tiempo, en el corazón de las Llanuras Infernales, surgió una figura de los pozos de magma. Los elementos no le habían producido el menor daño y destilaba maldad; al parecer, el lado siniestro de Sombra había triunfado, puesto que de él se trataba.

—¿Entonces la Dama estaba en lo cierto en cuanto a lo que decía del hechicero? —Los ojos de Cabe se movieron de un lado para otro frenéticos, buscando un lugar donde esconderse.

—¡No temas! ¡Aún no hemos llegado ni a la mitad del relato!

Caballo Oscuro observó con regocijo que el joven se tranquilizaba un tanto.

—¡Eso está mejor! ¿Por dónde iba? Este Sombra que tomó el nombre de Belrac, pronto dio origen a un terror que rivalizaba con el provocado por los Reyes Dragón. Ahora se sentía muy seguro de su inmortalidad, llevó a cabo ataques imprudentes, y gracias a su audacia sin freno ganó muchas de sus batallas. No obstante, a pesar de su aparente invulnerabilidad, Belrac descubrió que no era perfecto ni mucho menos. En primer lugar, había perdido gran parte de los recuerdos de su vida anterior; era como si fuera el hijo en lugar del auténtico hechicero. Y en segundo lugar, descubrió algo mucho más importante: que lo podían matar. Lo descubrió de la forma más contundente, cuando Illian de los Pájaros atravesó su cuerpo con un bastón encantado. Belrac se desplomó sobre el suelo y contempló cómo se derramaban todos sus fluidos vitales. Illian hizo quemar su cuerpo para evitar que se volviera a repetir la pesadilla, pero no fue suficiente. Tres días después, surgió entre los árboles en el Bosque de Dagora. Esta vez tomó el nombre de Jelrath.

—¿Por qué los cambios de nombre?

—A eso iba. Jelrath sólo recordaba fragmentos de sus vidas anteriores, pero lo suficiente como para saber quién era. Lleno de remordimientos por sus maldades, dedicó su existencia a enmendar sus errores y a ayudar a la gente. No había nada de maldad en su seno, era un siervo de la luz. Supo entonces que había obtenido la inmortalidad, pero una inmortalidad pervertida. Las dos facetas de su personalidad habían quedado divididas. Tanto las tinieblas como la luz lo reclamaban; tanto un bando como el otro controlaban su vida. Estaba condenado a vivir una infinidad de existencias que se alternaban entre el bien y el mal. Con una mano curaba; con la otra aplastaba todo lo que se cruzaba en su camino. Cada muerte daba origen a la

personalidad opuesta. ¿Los nombres? Quizá sean para ocultar su pasado, si conservara el mismo nombre, alguien podría finalmente capturarlo. Sombra no muere con facilidad, pero puede sufrir tanto como cualquier mortal. Existe otra posibilidad que es en la que yo creo, y es que, aunque todas esas vidas siguen siendo las de Sombra, no son más que porciones. Son incompletas y en su deseo por ser individualidades completas escoger un nombre sería la mejor forma de empezar. —Caballo Oscuro bajó la voz—. A veces creo que cada una de ellas cree que la maldición termina en sí misma.

—¿Cuánto... cuánto tiempo hace que dura esto?

—¡Ja! ¡Hace siglos que dejé de intentar recordar los diferentes nombres! ¡Si quieres una lista, comprueba cualquier leyenda! Lo más probable es que la mayoría se refieran a él. Si sabes qué buscar, claro.

Cabe se dedicó a examinar las paredes; llegado a ese punto no se le ocurría nada que decir. ¿Cómo se puede comprender el dolor y la tristeza producidos por un millar de vidas? La Dama tenía razón; no había forma de saber cuándo podría Sombra convertirse de repente en su más peligroso enemigo. Sin embargo, en aquellos momentos era una de sus únicas esperanzas reales.

¿Podían dejar pasar tal ocasión? ¿Debían arriesgarse?

El Grifo condujo a Lady Gwen a una habitación muy parecida a la que habían abandonado. Lo mismo que la primera, también ésta estaba custodiada por dos golems de hierro. La mujer le preguntó sobre su creación y el Grifo sonrió:

—Sin duda te preguntas de dónde salió la información.

—Yo diría que de las bibliotecas.

—Cierto, pero los conjuros y los artículos enumerados pertenecen a la época de los Harkonens.

—¿Los Harkonens? Pero eso quiere decir...

—Sí —asintió—: las bibliotecas contienen muchas sorpresas. —Arrugó la frente—. Demasiadas. Tardé veinte años en comprender este hechizo.

Penetraron en la habitación, y el señor de Penacles la llevó hasta un tapiz que colgaba en la pared opuesta. Gwen lo estudió con atención.

—¿Un transportador?

—Sí. Las bibliotecas se mueven al azar. Cómo lo hacen, no lo sé, pero esto nos permite llegar hasta ellas, y, hasta donde yo sé, no existen otras entradas.

—¿Cómo construyó esto el Dragón Púrpura?

Mientras empezaba a frotar el dibujo, esta vez una pequeña tienda, volvió la cabeza para mirarla con una expresión extraña.

—Esto no lo construyó el Dragón Púrpura. Existía mucho antes de que los Reyes Dragón se hicieran con el poder.

La mujer habría hecho más preguntas, pero la habitación empezaba ya a

desvanecerse. Gwen lo contempló fascinada; era un medio de teletransporte del que había oído hablar pero que jamás había experimentado. En cuestión de minutos, los dos se encontraron en uno de los pasillos de las bibliotecas. Las paredes estaban cubiertas de libros, y la hechicera observó que todos eran iguales.

Los esperaba un diminuto gnomo, que pudiera o no haber sido uno de los bibliotecarios mencionados por el Grifo. No obstante, Gwen se sobresaltó al verlo. El hombrecillo no dijo nada; no se movería hasta recibir la orden del actual señor de la Ciudad del Conocimiento.

Durante el trayecto hasta allí, las facciones del Grifo habían retornado a su semblante de pájaro-león, y Gwen también se dio cuenta de que las manos estaban ahora adornadas con garras parecidas a las de un gran felino. La Dama se preguntó hasta dónde llegaría la capacidad de su anfitrión para cambiar de apariencia. En muchos aspectos, resultaba aun más versátil que la de los Reyes Dragón.

—Condúcenos al mismo lugar de antes —ordenó el monarca de Penacles.

El gnomo parpadeó, al cabo de un momento asintió, se dio vuelta y empezó a andar arrastrando los pies seguido por ellos. Mientras atravesaban los pasillos, el Grifo empezó a darle explicaciones.

—Tal y como he dicho, no conozco ninguna otra forma de entrar. El bibliotecario te confirmará lo que digo. No obstante, ha sucedido algo que me hace dudar de si las bibliotecas, y por lo tanto Penacles también, están realmente a salvo.

—¿Qué queréis decir?

Torcieron una esquina.

—¿Qué sabemos sobre los conocimientos contenidos en estos pasillos? —Indicó con la mano las interminables hileras de libros—. La gran mayoría contienen ideas y conjuros que jamás se nos ocurrirían y que, por conocerlos, estaríamos dispuestos a hacer cualquier cosa. Con el saber contenido en estas bibliotecas, una persona podría potencialmente gobernar todo el Reino de los Dragones y más aún.

—¿Por qué no hacer que algunos estudiosos empiecen a leerlos?

El Grifo lanzó una carcajada, y su aspecto hizo que Gwen sonriera.

—Aunque fuera posible reunir suficientes estudiosos, estudiosos de confianza claro está, y los pusiésemos a trabajar, no llegarían muy lejos. Mirad.

El Grifo se detuvo para sacar uno de los impresionantes y enormes tomos encuadernados en piel. La cubierta no tenía ni una mota de polvo. Le entregó el libro a Gwen, y ésta lo abrió por una de las primeras páginas. Sus ojos se abrieron de par en par.

Las páginas estaban en blanco.

Hojeó el libro. Cada una de las páginas estaba en blanco. Buscó la presencia de algún hechizo, pero no percibió nada y, al levantar los ojos, vio que el Grifo sonreía lo mejor que su rostro animal le permitía.

—Cada uno de estos libros está igual. Lo sé; miré más de un centenar en varios lugares diferentes y pedí a otros que hicieran lo mismo. Nada.

—¿Qué hay de él? —Indicó al gnomo.

El pequeño y encorvado hombrecillo se había detenido y aguardaba pacientemente a sus pupilos.

—Por lo que parece, sólo puede leer lo que alguien le pide. Sin embargo, sabe dónde encontrar algo cuando lo pido. Siente su presencia.

—¿Cuánto tiempo hace que está aquí?

El Grifo se volvió hacia el bibliotecario e inquirió:

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

El gnomo cerró los ojos por un instante y cuando los abrió de nuevo su respuesta fue rápida y concisa.

—Siempre he estado aquí.

—¿Lo ves? —El Grifo se encogió de hombros, volvió a colocar el libro en su lugar y dijo al gnomo—. Sigamos.

Doblaron por fin un último pasillo. El menudo bibliotecario se hizo a un lado, mientras el Grifo contemplaba a su invitada. La Dama lanzó una exclamación.

—¡Esa estantería! ¡Han destruido los libros!

El Grifo asintió con una expresión sombría.

—Sí. Así estaba cuando Sombra y yo vinimos a investigar la causa del viento helado.

—¿Qué viento?

—Sólo una ligera brisa, pero una brisa que helaba el espíritu a la vez que el cuerpo. Vinimos en busca de una respuesta y en lugar de ello nos encontramos con esto.

—¿Quién...?

El señor de Penacles dio un puñetazo a una de las estanterías.

—¿Importa eso? ¡Han invadido las bibliotecas! ¡Las han estropeado! ¡Tanto si fue Azran, los Reyes Dragón, o cualquier otro ser diabólico, nuestro lugar más seguro está en peligro!

La Dama contempló la zona quemada sin decir nada, y el Grifo continuó:

—¡Temo que nos hayan derrotado antes incluso de haberse iniciado la lucha!

Capítulo 9

Hierro y Bronce.

Los colores de la guerra. La fuerza.

Los dragones invadieron las Montañas Tyber.

Una ráfaga férrea, una inundación broncea. Venían con un propósito; por un motivo. Venían a cometer una traición. El gran Dragón de Hierro asintió satisfecho mientras contemplaba sus legiones. Se encontraba en la cima de una de las montañas más altas dirigiendo sus clanes, rodeado de pequeños dragones, sus mensajeros, que revoloteaban a su alrededor. Eran el medio de mantenerse en contacto con los capitanes, y también eran el contacto con su aliado, el Dragón de Bronce. Entre los dos, podrían aplastar al emperador mientras las legiones de éste avanzaban hacia Penacles. El Dragón de Hierro gobernaría, con el Dragón de Bronce como un poderoso respaldo a su poder; de esta forma los Reyes Dragón recuperarían su impulso. El Dragón Dorado era débil, y jamás tendría que haber sido nombrado emperador.

Existían algunos focos de resistencia. Unos cuantos dragones-serpiente y basiliscos habían muerto al ser atacados por desconocidas criaturas de las tinieblas, pero aquellas muertes no le preocupaban. Siempre sobraban seres inferiores, y además ya se había vencido y eliminado a los defensores. La sangre de dragón fluía con facilidad aquella tarde.

A lo lejos, los gritos de guerra de los clanes del Dragón de Bronce se elevaron celebrando el triunfo. Su aliado había conseguido abrirse paso. Ahora había llegado el momento del ataque final, y muy pronto el Dragón de Hierro hundiría los dientes en el cuello de su hermano y acabaría con su mandato.

El Dragón de Hierro descendió de la montaña mientras sus legiones penetraban en tropel en la caverna que servía de morada al Dragón Dorado; quería estar allí cuando cayeran las últimas defensas. Así probaría lo acertado de su causa.

Se reunieron en la cámara donde los Reyes Dragón celebraban sus consejos. El Dragón de Bronce ya estaba allí; había hecho marchar a sus capitanes y esperaba a su hermano a solas.

El Dragón de Hierro examinó la enorme habitación.

—¿Dónde está? ¿Dónde está mi debilucho hermano?

—He buscado por todas partes. Al parecer ha huido a los subterráneos. Quizá esté en la cámara de incubar.

El Dragón de Hierro avanzó hacia un túnel que se abría en la parte trasera de la cámara; mientras se acercaba a él, cambió de aspecto. La bestia desapareció en forma aunque no en espíritu, y la figura cubierta de armadura del Rey Dragón se detuvo a la entrada del túnel.

—Se ha ido por aquí, y para hacerlo tiene que haber adoptado esta forma. ¡Cambia y sígueme!

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —inquirió el Dragón de Bronce escéptico.

—Está solo a excepción de la hembra que custodia los huevos. Ella no los sacrificará. Si decidimos matar al emperador no se interpondrá. ¡Vamos!

Convertidos en dos guerreros de armadura penetraron en la oscura caverna. La falta de luz no les afectaba; sus ojos seguían siendo los de un dragón. El Dragón de Hierro iba delante; el Dragón de Bronce protegía la retaguardia. No eran idiotas; aunque derrotado, su hermano aún podía contar con algún tipo de defensas.

El calor generado en la cámara de incubación se difundió hacia ellos en oleadas, pero no le hicieron caso. Una criatura de las tinieblas se soltó del techo y voló a su encuentro. El Dragón de Hierro la mató con un golpe de espada, al tiempo que lanzaba una carcajada. Disfrutaba destruyendo a sus enemigos.

Llegaron a la cámara de incubar, y el Dragón de Hierro penetró en su interior. La vieja hembra, una criatura de un tamaño increíble incluso para un dragón, lo observó con cautela. Mientras no tocara los huevos que custodiaba, lo dejaría tranquilo. No importaba si era un rey o no; la decisión de la hembra se basaría en las acciones del otro.

—¿Está ahí? —preguntó el Dragón de Bronce, reuniéndose con él.

—¿Eres idiota? ¿Te parece que va a estar aquí? ¡No tenemos nada que hacer en el criadero! ¡Debe de estar más adelante!

Abandonaron el criadero, no sin cierta sensación de alivio, y descendieron aún más a las profundidades de la montaña. Transcurrió mucho tiempo. Éstas eran zonas desconocidas para los dos conquistadores; se encontraban ahora en los dominios particulares del Dragón Dorado. Se colocaron más cerca el uno del otro, y el Dragón de Bronce se maldijo interiormente por no haber traído con él a alguna de sus legiones.

—¡No me gusta lo reducido de este túnel, Hierro! ¡No podemos desprendernos de esta forma humana!

—¡Ni tampoco el emperador! Puede que conozca esta caverna, pero eso no lo salvará.

—¡Al menos deja que llame a alguno de mis clanes! —El Dragón de Bronce era uno de los pocos Reyes Dragón que había conseguido dominar cierto tipo de telepatía. Los únicos otros dos capaces también de hacerlo eran el Dragón de Hierro y el mismo emperador al que intentaban derrocar.

El Dragón de Hierro lanzó un gruñido impaciente.

—¡Muy bien! ¡Pero será mejor que lleguen pronto! ¡Estoy ansioso por matar!

Su compañero puso los ojos en blanco y llamó a sus guerreros. Entonces

parpadeó, y el Dragón de Hierro lo observó con curiosidad. Era evidente que algo no iba bien.

—¿Y?

—No recibo ninguna respuesta a mi llamada.

—Las paredes...

—¡No! —El Dragón de Hierro se sorprendió de su propia ansiedad—. ¡Lo sabría si se tratara de eso! ¡No... no me contestan! ¡Es como si estuviéramos solos!

El Dragón de Hierro arrugó la frente e intentó llamar a sus clanes. No percibió más que un gran vacío, como si todos hubieran dejado de existir. Su cuerpo se quedó rígido.

—¡Esto hay que investigarlo! ¡Debemos regresar a la Cámara del Consejo!

—¿Y que hacemos con...?

—Si esto tiene que ver con alguna superchería, nuestro hermano estará cerca. En la cámara podemos recuperar nuestra forma.

El Dragón de Hierro se alejó furibundo, espada en mano. Su compañero vaciló sólo un instante, y luego lo siguió con celeridad.

Nada les impidió el paso. Dejaron atrás el criadero —sabían que la guardiana de los huevos jamás permitiría brujería cerca de ellos— y siguieron sin detenerse. La marcha parecía a la vez más rápida y más lenta, y con cada paso que daba, la furia del Dragón de Hierro se multiplicaba.

Volvieron a penetrar en la Cámara del Consejo.

Una vez en ella, sus figuras humanas se disolvieron y, mientras extendían las alas nerviosos, examinaron la cámara. Nada había cambiado.

—Sigo sin recibir ningún mensaje de mis clanes —murmuró el Dragón de Hierro.

Se escuchó un grito en la noche.

A los dragones los atemorizan pocas cosas. Los Reyes Dragón no le temen casi a nada. Hasta aquel momento. El grito les heló la sangre pero, a pesar del sobresalto, seguían siendo guerreros. El Dragón de Hierro rugió su respuesta furioso, y el Dragón de Hierro se unió a él. ¿Qué podía derrotar a dos de los Reyes Dragón más poderosos?

—Os esperaba. —Había un tono de burla en la voz, y los dos supieron quién hablaba.

—¡Hermano Dorado! ¡Muéstrate! —El Dragón de Hierro paseó la mirada de un lado a otro, esperando una oportunidad para atacar.

—¡Estoy aquí!

El emperador surgió de un pequeño agujero, y el Dragón de Hierro se echó a reír. Su hermano tenía forma humana y no demostraba la menor intención de querer alterarla. Sería una muerte rápida.

La cosa chilló detrás de ellos.

El Dragón de Bronce volvió la enorme cabeza consternado. El Dragón de Hierro, dándose cuenta de que los habían engañado, intentó atrapar entre sus mandíbulas a la pequeña figura que tenía delante. Ambos dragones empezaron a arder, sin que ninguna otra cosa de la habitación se viera afectada.

El Dragón Dorado contempló impasible cómo se consumían sus destrozados restos. La criatura se dirigió tambaleante hasta él y colocó la coriácea cabeza cerca de sus pies. El Dragón Emperador se la acarició con suavidad, y la criatura canturreó feliz. El Dragón Dorado siguió contemplando aquellos montones de carne maloliente que ardían; le satisfacía saber que aquella misma escena se había repetido innumerables veces en el exterior.

La sonrisa que apareció en su rostro medio oculto no era ni humana ni draconiana sino lo peor de ambas cosas.

—Adiós —dijo.

Azran tenía frente a él el pozo que comunicaba con el Plano de los Muertos. Le fastidiaba el olor a descomposición y a carne putrefacta que se percibía a pesar de que había utilizado sus más potentes conjuros para alejarlo. Al parecer la muerte era algo que no podía ignorarse.

El pozo borboteaba y rezumaba mientras Azran aguardaba a que algo surgiera entre el lodo. Había tardado en recuperarse más tiempo del que esperaba y ahora ya no albergaba la menor duda de que su hijo y aquella bruja habían llegado ya a Penacles. El Rastreador aún no había regresado y se veía obligado a actuar de nuevo a ciegas.

Una mano se proyectó fuera del cieno, y el viejo vidente meneó la cabeza satisfecho cuando un guardián de los muertos se alzó para ir a su encuentro; su carne putrefacta rezumaba cieno. Era como una mezcla de toda criatura muerta y sobrepasaba a Azran en casi medio metro. El hedor que traía con él superaba a todos los percibidos antes, hasta tal punto, que el hechicero estuvo a punto de vomitar, aunque consiguió mantener la compostura y el contenido de su estómago.

—¿A quién buscas? —La voz era áspera y, de vez en cuando, cambiaba por completo.

El hechicero se irguió enojado.

—¡Ellos saben a quién busco! ¡Me pertenecen hasta que los libere!

—O mueras.

Azran intentó ocultar su malestar.

—¡Envíamelos de inmediato!

—Ya vienen. —El guardián se hundió en el fango en cuanto hubo pronunciado estas palabras. Azran se sintió enormemente aliviado cuando vio desaparecer su cabeza.

Esperó con paciencia; cuando se les daba una orden, los muertos tenían que obedecer.

Una figura se abrió paso entre la fangosa superficie, y otra se reunió con ella a los pocos momentos. Al contrario que el guardián, ninguna de ellas chorreaba el fango del que habían surgido. Ambas lo contemplaron con la mirada vacante de los de su especie.

—Aquí estamos, Azran. —A pesar de que estaba muerta, había una sombra de odio en la voz de la figura.

El anciano hechicero también lo percibió, y se permitió una sonrisa.

—Eso veo. También veo que tienes una tremenda vitalidad para ser alguien que no debiera tenerla. ¿Y tú que tal, Tyr? ¿También tienes tanta vitalidad?

La otra figura, ataviada con lo que en una ocasión fue una túnica azul oscuro, no dijo nada, pero apretó las manos con fuerza.

—Ya veo. ¡Bien! ¡Eso os ayudará a esforzaros más en vuestra tarea! Veamos, Basil y Tyr, ¿estáis listos para recibir órdenes?

Basil, que llevaba armadura y una capa de cuero, respondió en el mismo tono de voz de antes:

—Escuchamos.

—¿Todavía sabéis dónde está Penacles?

—Sí.

—¡Estupendo! Temía que se os hubiese podrido el cerebro durante todo este tiempo. Bien pues, quiero que secuestréis a alguien que está allí.

Basil le dedicó una sonrisa espectral.

—¿Para eso nos necesitas? Es tu cerebro el que se debe de haber podrido.

—No lo creo —repuso Azran con una mirada furiosa—. Hummm. ¡Los dos os mostráis muy activos para ser dos difuntos en suspenso! ¡Quizá debiera dejar esto a otros.

—¡Fabuloso! Entonces podemos volver a nuestro reposo y...

—¡No iréis a ningún sitio! Necesitaría demasiado tiempo para llamar a otros. Además, a pesar de esta insólita animación que demostráis, los poderes os obligan a obedecerme hasta que os libere.

—O mueras —añadió el espectral Basil con ansiedad.

—No se me mata tan fácilmente. Bien, pues en cuanto a lo del secuestro, su nombre es Cabe; es un hechicero. No lo subestiméis. Es mi hijo.

Observó satisfecho la expresión de los dos muertos vivientes.

—¿Este Cabe es un Bedlam?

—¿Se os han caído los tímpanos en el lugar donde acostumbrabais a tener el cerebro? ¡Es mi hijo, que me fue arrebatado por mi maldito padre! ¡Lo quiero aquí! Si resulta imposible traerlo, ¡entonces matadlo! ¡Matad a cualquiera que se

interponga en vuestro camino! También estará esa bruja, Lady Gwen. Y también el Grifo y es posible que otros.

Fue Tyr quien le respondió ahora, y su voz fue como una sepultura que se hubiera abierto tras generaciones de descomposición.

—¿Por qué no hacer que nos enfrentemos a los Tres Señores de los Muertos? Tenemos las mismas posibilidades si hay tanto poder reunido allí.

—En primer lugar, mi decrépito amigo, el muchacho es inexperto. Segundo, los poderes de la Dama son menos efectivos contra los muertos. Como mucho puede desterrarlos, y entre los dos, debierais poder haceros cargo del tropiezo.

Tyr giró la cabeza y su voz reflejó un gran disgusto.

—No nos hagas hacer eso.

—¿Por qué no? ¿Quiénes mejor para acabar con un nuevo alzamiento de Amos de los Dragones que los anteriores? ¡Escuchad y os explicaré con detalle lo que haréis!

Los obligó a arrodillarse, sólo por despecho.

Era ya noche cerrada, pero algo les preocupaba demasiado para que el sueño pudiera acudir. De todos modos Caballo Oscuro no dormía jamás y nadie había visto nunca que Sombra dormitase siquiera. El Grifo estaba en un balcón y contemplaba el cielo y las tierras situadas más allá.

—¿Percibís algo?

El señor de Penacles se volvió hacia Sombra.

—No sólo percibo algo sino que me siento a punto de verme aplastado por lo que percibo. Los acontecimientos se precipitan esta noche. Debemos estar preparados para cualquier cosa.

—¿Cómo por ejemplo estrellas que se desvanecen?

El Grifo asintió inquieto.

—Así que te has dado cuenta. Las Brumas Grises intentan envolvernos. Me temo que el Dragón Negro ha puesto en movimiento a sus traicioneros fanáticos. A juzgar por la cercanía de la niebla, no pueden estar a más de dos días de aquí.

—¿Dos días? ¿Cómo es posible?

—Cuando me enfrenté con ellos en combate —suspiró—, sólo sabía algunas cosas sobre ellos. Una de las que descubrí de inmediato es que casi nunca descansan. Pueden marchar de día y de noche durante semanas, combatir días enteros y luego ponerse en marcha de regreso a sus tierras sin haber descansado. Sin haber dormido. Comen mientras se mueven. Algunos dicen que es debido a que viven dentro de las Brumas Grises.

La mano izquierda descansaba sobre la barandilla de mármol, y el que decía llamarse Simón observó que la piedra mostraba ahora profundas hendiduras. No se lo mencionó a su amigo.

—Hay otra cosa. He oído que los Reyes Dragón están luchando entre ellos esta

noche.

—Es bueno y malo a la vez —repuso Sombra asintiendo—. Reduce a nuestros enemigos, pero vuelve a esos pocos más atrevidos.

De repente tomó al Grifo del brazo y lo condujo hacia el interior.

—Tengo algo que mostraros —dijo.

Penetraron en la habitación y en el momento que el Grifo hizo intención de ir a decir algo su compañero, lo hizo callar. Sombra no habló hasta estar ambos bien lejos del balcón, y cuando lo hizo fue cuchicheando.

—¡Algo nos vigila y escucha desde lo alto!

—¿Qué? No he percibido a nadie.

—Se oculta bien. Por fortuna no contaba con una de mis habilidades.

—¿Qué es?

—Sospecho que uno de los espías de Azran. Un Rastreador.

El Grifo se dirigió hacia la puerta con la intención de llamar a sus golems, pero Sombra lo detuvo, susurrándole:

—¡Esperad!

—¿Por qué? ¡Si ha estado aquí más de un día, conoce el peligro que corren las bibliotecas y la presencia en el palacio de Cabe y la Dama! ¡Y sólo los dioses saben qué otras cosas!

—Los golems no podrán cogerlo. Los Rastreadores pertenecen a la magia más arcana. Sólo alguien muy versado en ella tiene una mínima posibilidad de acercarse a hurtadillas. Iré yo.

No había mucho que discutir. El Grifo sabía que el hechicero tenía razón. Simón le indicó que se comportará con normalidad y, al cabo de algunos momentos de espera, le deseó buenas noches al monarca y abandonó la habitación como si pensara regresar a sus aposentos. El señor de Penacles clavó la mirada en la puerta por la que el otro había salido.

El Rastreador notaría un conjuro de teletransporte; Sombra se vería obligado a subir por las escaleras y a encaramarse luego en el tejado. El hechicero esperaba que el ser-pájaro estuviera vuelto hacia el otro lado. Era probable que el viejo conjuro de barrera que estaba utilizando funcionase, pero la verdad era que nunca antes se había enfrentado a una de aquellas criaturas.

Tampoco sabía gran cosa sobre las limitaciones de un Rastreador. Creía que el ser no podía matarlo, pero sí podría ser lo bastante fuerte como para herirlo y él buscaba la muerte, por un buen motivo, pero no el dolor. El dolor tenía una tendencia a persistir de la que carecía la muerte.

Sombra había llegado ya al final de las escaleras. No podía hacer otra cosa más que salir por una ventana y rezar para que el viejo alero del techo lo sostuviera. Empezó a repasar mentalmente todos los conjuros para volar que podían utilizarse sin

demasiados preparativos; también deseó estar consciente cuando necesitara tal conjuro.

Reunió la energía acumulada durante varios siglos de existencia y se alzó hasta el tejado. Nada intentó arrojarlo al vacío. El hechicero se acurrucó y estudió los alrededores.

El Rastreador estaba allí, de espaldas a él, las poderosas alas plegadas a la espalda. En aquellos momentos parecía interesado en los movimientos del Grifo, pero el hechicero sabía, sin embargo, que los deberes de la criatura podían cambiar en cualquier momento, así pues se dirigió hacia el Rastreador intentando ocultar su presencia lo mejor posible.

La magia borraría cualquier sonido que hiciese, pero tal condición no sería aplicable al tejado; y fue un pedazo suelto lo que alertó al ser del peligro. El hechicero estaba aún demasiado lejos para que el hechizo que preparaba tuviera efecto cuando, en un silencio todavía más atemorizante que cualquier grito, el Rastreador se abalanzó sobre él.

Lo que había decidido utilizar en un principio no servía de nada ahora, de modo que Sombra se vio obligado a arrojar una brillante explosión de luz con la esperanza de cegar a la criatura. El Rastreador la evitó con facilidad, pero el hechizo le proporcionó al nigromante un tiempo precioso. Rodó sobre el suelo e inició una nueva ofensiva. Su plumífero rival se volvió con sorprendente rapidez y se lanzó al segundo ataque.

Esta vez estaba preparado. Brillantes cintas rojas de cincuenta centímetros de diámetro aparecieron alrededor del ser; la criatura se retorció para escapar de ellas, pero las cintas se estrecharon más a su alrededor. Por desgracia, las alas no estaban incluidas en la trampa y el Rastreador cambió de dirección y se elevó vertiginosamente hacia el cielo nocturno.

Sombra escudriñó minuciosamente los alrededores en busca de su adversario, aumentada su visión nocturna gracias a sus poderes mágicos; pero no se veía al Rastreador por ninguna parte. Empezó a preocuparle que el ser-pájaro hubiera huido volando hacia su amo. Si eso sucedía...

De pronto se vio golpeado con fuerza por la espalda e, incapaz de controlar su cuerpo ni sus pensamientos, estuvo a punto de caer rodando del tejado. Se salvó en el último minuto aferrándose a un saliente, y consiguió despejar la mente justo a tiempo de ver a la criatura que se abalanzaba sobre él con los brazos libres y mostrando las garras. Aquello iba a matarlo.

El hechicero se envolvió en su capa con un rápido movimiento y desapareció. El Rastreador se quedó desconcertado por un instante, y eso fue todo lo que necesitó Sombra. Se materializó detrás de su enemigo, saltó sobre la espalda de la criatura e intentó hacerla caer al suelo. El ser se estrelló sobre el tejado...

... Y reemprendió el vuelo al momento. Sombra se encontró aferrado al ser-pájaro mientras éste se elevaba por el cielo. El ser no podía librarse de él, pero se aseguraba de mantener la ventaja. El hechicero se sujetaba con dificultad; si se soltaba, la criatura no le concedería la oportunidad de lanzar un conjuro para volar.

Cosa increíble, fue el mismo Rastreador quien le proporcionó una inesperada ayuda. Al intentar sacárselo de encima, el ser sólo consiguió izarlo más. Al poco rato se encontraron abrazados en una lucha en la que Sombra descubrió que poseía la ventaja de ser más hábil e inició el conjuro que podría destruir a su oponente. Al igual que sucedía con el hechicero, a los Rastreadores se los podía herir, pero eran muy difíciles de matar. Sombra necesitaba que aquél muriera. Ni una sola palabra podía llegar a oídos de Azran.

El conjuro estaba casi completo cuando descubrió que su adversario también estaba lanzando uno.

A todos los efectos, ambos conjuros eran el mismo. Ambos habían reconocido el peligro que representaba el otro. El Grifo, que observaba el firmamento en busca de alguna señal, fue el único en presenciar la explosión; los demás se limitaron a escucharla.

Las dos figuras quedaron iluminadas durante un segundo. Al momento siguiente, la ráfaga de luz que atravesó el firmamento hizo que muchos creyeran que se había hecho de día. Nada se veía de los combatientes. Era como si hubiesen dejado de existir.

Furioso, el Grifo se alejó del balcón a toda velocidad y llamó a sus capitanes. Existía la esperanza, alguna esperanza, de que pudieran encontrar vivo al nigromante. El pájaro-león intentó con todas sus fuerzas no pensar en las pocas posibilidades que en realidad existían.

Fue el resplandor, no la explosión, lo que despertó a Cabe. Aunque eso no quiere decir que estuviera durmiendo profundamente; tenía demasiados interrogantes en la cabeza. Pero todo quedó olvidado en el instante en que la luz inundó su habitación. La explosión casi lo arroja fuera de la cama.

Corrió hasta la ventana y miró al exterior. En el cielo no había más que oscuridad. Cabe no tuvo tiempo de observar la acumulación de neblinas ya que su contemplación de la noche se vio interrumpida por las voces que se hacían eco de su confusión. Buscó algo que ponerse, y descubrió que estaba vestido. Sin embargo, antes de meterse en la cama se había quitado la ropa.

Cabe dejó de lado el incidente en vista de los acontecimientos y abandonó la habitación. Su primer impulso fue ir en busca de la Dama o de uno de sus otros amigos, pero era más difícil de lo que imaginaba. Mientras la gente corría de un lado a otro, era difícil reconocer a nadie. Por fortuna, fue Gwen quien lo encontró a él.

—¡Cabe! —Iba vestida con un ajustado traje verde de caza, falda corta y un

sombrero adornado con plumas para completar el conjunto.

—¿Qué sucede?

—No lo sé, pero presiento que tiene que ver algo con tu amigo. Sombra.

Su tono de voz indicaba que seguía sin confiar en el hechicero. Cabe sintió la necesidad de defenderlo, pero no le dieron oportunidad. Se vio arrastrado por su compañera a la sala principal del palacio del Grifo.

El Grifo estaba allí cuando llegaron; daba órdenes a sus capitanes y exploradores. No pudieron entender lo que se decía, pero mucho de ello parecía girar en torno al misterioso hechicero. Gwen le dirigió una significativa mirada a Cabe, y éste desvió la suya, negándose a creer lo que ella insinuaba.

Por fin su anfitrión se volvió hacia ellos.

—¡Siento no haber podido hablar con vosotros antes! ¡Las cosas han ido muy mal, muy mal!

La Dama meneó la cabeza.

—Estoy segura de que todos hemos visto y oído lo mismo. ¿Era Sombra?

—En parte. Luchaba cuerpo a cuerpo con uno de los Rastreadores de Azran. Nos espiaba y quiso destruirlo.

Cabe se sintió alborozado al ver justificada su fe en el hechicero. La Dama pareció ignorarlo e hizo algunas preguntas al Grifo; cuando éste describió la explosión sacudió la cabeza.

—Un exceso de energía. Raro, pero mortal.

Ambos la miraron sin comprender.

—Los dos intentaron utilizar el mismo conjuro al mismo tiempo —continuó—. Oh, es posible que hubiera ligeras variaciones en cada uno, pero para los poderes, eran idénticos. En lugar de dos ataques diferentes, era un hechizo con cuatro veces el poder normal. Lo más probable es que los destruyera de forma instantánea.

El Grifo estuvo de acuerdo pero añadió:

—De todos modos, pienso hacer que registren los alrededores. A conciencia.

No dijo lo que estaba en las mentes de todos; que la personalidad de Sombra llamada Simón había desaparecido. Si aquello era cierto, se había desatado una nueva amenaza.

—¿Dónde está Caballo Oscuro? —se le ocurrió entonces a Cabe—. ¡Él debe de saber qué ha sido de Sombra!

—¡Si ese demonio ha estado por aquí, desde luego no ha aparecido! ¡Yo no tengo tiempo para ir en su busca!

Surgió entonces un explorador, quien, tras pedir disculpas a su señor, empezó a informar sobre los nuevos movimientos de las hordas de Lochivar. El Grifo volvió su atención por completo a aquel asunto, y Lady Gwen y Cabe se excusaron abandonando la sala. Una vez fuera de la habitación, empezaron a hablar.

—¿Qué sucederá conmigo ahora?

Cabe no se sentía precisamente entusiasmado con la idea de enfrentarse a los Reyes Dragón. En especial con dos de sus principales aliados desaparecidos, uno presumiblemente muerto que, con toda probabilidad, se convertiría muy pronto en una nueva amenaza.

—No lo sé. Primero la biblioteca, ahora esto. Estamos a la defensiva, ¡pero tenemos que tomar la ofensiva antes de que sea demasiado tarde!

—Simón, Sombra, tomó la ofensiva y mira lo que le ha sucedido.

—Eso me preocupa muy poco comparado con lo que puede esperarnos si es que ha muerto ahí afuera. ¡Las leyendas sobre su lado perverso helarían el ánimo de los hombres más aguerridos!

Ambos se quedaron en silencio, meditando sobre las desagradables posibilidades. Entonces apareció Blane. El comandante estaba preocupado por algo, pero se detuvo para hablar con ellos antes de ir a ver al Grifo.

—¡Ya veo que esta noche infernal mantiene despierto a todo el mundo! ¡Mi padre siempre me decía que tuviera cuidado cuando las Gemelas están en luna llena!

Cabe examinó el uniforme del soldado que estaba enlodado y húmedo. Blane captó su mirada.

—He estado explorando cerca de las Brumas Grises desde que cayó la noche. Siempre me gusta saber a qué voy a enfrentarme.

—¿No es eso peligroso? ¿Qué sucedería si os capturan u os matan?

—¡Yo mismo me mataría mediante mi propia fuerza de voluntad si me capturaran! —contestó él con una carcajada—. Se nos ha preparado para hacerlo. Estudié con un sacerdote Shizzaran. Si me matan, mis hombres saben cuál de ellos ha de tomar el mando; la verdad es que cualquiera de ellos puede hacerlo, pero no dejéis que se enteren. ¡Me encontraría con un ejército de jefes!

Gwen se interesaba más por lo relativo a las Brumas Grises.

—¿Qué has descubierto?

El rostro de Blane se endureció.

—Se extienden. Estarán aquí dentro de nada. ¿Habéis visto alguna vez a uno de esos zombis? ¿No? ¡Yo sí! ¡Vivir entre las neblinas los ha afectado tanto que apenas si son humanos! ¡Hombres demacrados y esqueléticos que siguen luchando incluso después de perder brazos y piernas!

—¿Qué es lo que pueden hacer entonces? —inquirió Caber perplejo.

—¡Morderte, amigo! Tienen unos dientes terriblemente afilados. Saben cómo fingirse muertos para morder a un soldado en el tobillo cuando pasa confiado por su lado. No sé qué tipo de sangre tienen, pero la mayoría de la gente a la que muerden muere con rapidez. Cualquier soldado con un poco de inteligencia sabe que lo mejor es mantenerse lejos de ellos o cortarles la cabeza.

Y aquellos horrores se dirigían hacia Penacles, pensó Cabe con desesperación. «Yo soy el culpable de gran parte de todo esto. Morirán hombres...»

—¡No sigas dándole vueltas a eso! —Gwen lo miraba fijamente a los ojos—. ¡Sé lo que estás pensando! ¡Esto hubiera sucedido tanto si tú existieras como si no! El Dragón Negro siempre ha codiciado la Ciudad del Conocimiento. ¡No ha hecho más que esperar una oportunidad!

La lógica tiene muy poco que ver con el amor, y en aquel momento Cabe estaba dispuesto a creer en cualquier cosa que dijera la Dama. Estaba dispuesto incluso a ofrecer su vida por ella, si se presentaba la ocasión. Era suyo en cuerpo y alma aunque ella no se hubiera dado cuenta. No importaba que en una ocasión hubiera amado a su abuelo.

Aunque la hechicera no reconoció la mirada, ocupada como estaba siempre en todo lo que sucedía a su alrededor, Blane sí lo hizo. El soldado, que era una persona leal y honrada, había roto muchos corazones en su época y había visto también cómo sus hombres se derretían a la vista de una mujer. Así pues decidió retirarse.

—Excusadme. Lord Grifo querrá saber todo lo que he descubierto. —Y dicho esto desapareció.

—Tenemos que estudiar la situación —dijo Gwen—. ¡Tenemos que devolver el ataque! ¡Esperar a que se produzca el desastre no servirá más que para conseguir que nos maten a todos!

—Lo que tú digas —repuso Cabe distraído. La Dama lo miró con asombro.

—Me parece que estás cansado. Ve a dormir. En este momento no hay nada que podamos hacer. Te veré por la mañana.

—Muy bien.

La hechicera enarcó una ceja con cierta curiosidad y luego se fue. Cabe la observó mientras se alejaba, asombrado de las maravillas que podía producir la naturaleza; tan sorprendido estaba que no se dio cuenta de que los poderes entraban en juego.

Una potente luz se formó a su espalda, y en aquella luz flotaba deliberadamente un arco dorado que brillaba como el sol. Una flecha, apuntando en dirección al techo, esperaba lista para ser disparada. Cabe no se daba cuenta de nada, la verdad es que parecía casi adormecido.

La flecha se disparó. Silenciosa pero veloz, la dorada saeta voló hacia el techo, en dirección a un oscuro rincón. Su blanco no tuvo ni tiempo de lanzar un grito, si es que tenía capacidad para ello; con la flecha clavada en la garganta, la criatura de las tinieblas se desplomó.

Ni la víctima ni la flecha llegaron a tocar el suelo. Ambas se desvanecieron a medio camino, al tiempo que el arco y la luz que los envolvían se disipaban.

El joven hechicero pareció salir entonces de su sopor, y se alejó tambaleante hacia

su habitación, los pensamientos puestos en la hechicera de cabellos rojos.

Capítulo 10

Tres jinetes.

Una patrulla de dragones. Los dragones de fuego desmontaron de sus parientes de menor categoría. Lo que se abría ante sus ojos les producía a la vez asombro y recelo. Las Tierras Yermas habían originado muchas cosas curiosas, pero esto... esto no era obra de aquella moribunda región.

Más bien podría decirse que las Tierras Yermas estaban dando paso a una fuerza nueva y más poderosa. La pequeña parcela de hierba se había convertido en un exuberante campo verde que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. La zona estaba salpicada de árboles de todas clases, y las aves, primeros inmigrantes a esta espléndida maravilla, habían empezado ya a construir sus nidos.

Uno de los dragones de fuego lanzó un juramento. Era joven y jamás había visto aquellas tierras de otra forma que no fuese la que daba a entender su nombre. Aquello era cosa de brujería, obra de los débiles humanos, de los seres de sangre caliente. Desenvainó una larga espada, se acercó a grandes zancadas a la zona de pastos más cercana, y empezó a golpear los tallos con el filo.

Los primeros mandobles cortaron la hierba con facilidad, pero luego empezó a resultarle más difícil; las hierbas parecían invadirlo todo y arrollarse alrededor de la espada. La liberó de un tirón, haciendo caso omiso de las mofas de sus camaradas que le advertían que tuviera cuidado con aquel enemigo tan peligroso. La espada volvió a quedar atascada y ya no pudo sacarla.

Nuevos tallos habían surgido bajo sus pies y, en pocos segundos, ya eran tan altos como sus semejantes. El dragón de fuego intentó retroceder, pero sus botas estaban enredadas en la maleza; parecían casi sujetarlo. Ya que no podía liberar la espada, sacó un pequeño cuchillo e intentó cortar las hierbas que lo tenían atrapado pero, no sólo no le sirvió de nada aquel arma, sino que ahora también quedaron atrapados mano y puñal. Ya no estaba furioso; el miedo había arraigado en él con tanta fuerza como las hierbas que lo rodeaban.

Los dragones que hacían de montura empezaron a mostrarse nerviosos, alguno de ellos llegó incluso a lanzar un silbido muy poco caballuno. Uno de los otros dragones de fuego se adelantó para liberar a su compañero, pero se detuvo bruscamente; la hierba avanzaba con rapidez hacia él. Saltó hacia atrás asustado. El dragón atrapado en el mar de hierba estaba ya medio cubierto de sofocantes zarcillos que amenazaban con derribarlo.

Desesperado, el dragón se metamorfoseó. El guerrero se desvaneció, y en su lugar apareció un dragón alto e imponente que era todo músculo. Una criatura poderosa. Una criatura que de todas formas seguía sin poder escapar.

Los otros dos habían retrocedido, alejándose de la marea que parecía dispuesta a

añadirlos también a ellos a la colección. Desde que atrapara al primero, el crecimiento se había multiplicado y los dos guerreros se vieron obligados a huir precipitadamente hacia sus monturas, mientras la maleza les pisaba los talones.

Asustado y enfurecido, el dragón atrapado lanzó un torrente de llamas. La oleada de fuego y calor barrió la maleza más próxima y, por unos instantes, ésta pareció arder de forma incontrolada; luego, casi abruptamente, las llamas se extinguieron, revelando que el daño causado se limitaba a unas pocas hierbas chamuscadas.

Sus compañeros habían llegado ya hasta sus monturas. Contaban con la mayor velocidad de sus primos para huir de allí. Uno montó de un salto y espoleó a la nerviosa montura. Animal y jinete salieron a toda velocidad.

El otro no tuvo tanta suerte. Su montura, al ver marchar a su hermano, aterrada ya por aquella siniestra maleza, se desbocó. El dragón-guerrero cayó al suelo y se golpeó la cabeza. Tardó apenas un instante en despejarse y su primera idea fue tomar la montura perteneciente a su infortunado compañero. Intentó incorporarse, pero descubrió que no podía moverse. La montura que había pensado tomar chilló no muy lejos de allí. El dragón intentó sacar la espada pero la omnipresente hierba siguió envolviéndolo. Los zarcillos se arrollaron a su garganta, y sucumbió al exuberante mar de hierba mientras su compañero se debatía aún.

El joven dragón de fuego estaba agotado; su fracasado intento de quemar la hierba había acabado con sus esperanzas. Al mismo tiempo que su montura — atrapada junto con el otro guerrero— exhalaba el último suspiro, el dragón se resbaló, cayó al suelo y la maleza se apresuró a cubrir su enorme mole moribunda.

A los pocos minutos no había indicio alguno de que nadie hubiese pasado por allí.

El único jinete que quedaba espoleó su montura para escapar a la mayor velocidad posible, sin que su transporte le pusiera la menor objeción. Su destino no eran las cuevas de su clan. Su intención era dirigirse al Bosque de Dagora y de allí encaminarse hacia las Montañas Tyber.

Entretanto, pequeños animales empezaban a aventurarse por el terreno cubierto de hierba por primera vez desde que ésta hiciera su aparición. Un diminuto roedor se dedicó a mordisquear unas briznas mientras las aves cantaban en lo alto. El mar de hierba no hizo nada. Al contrario que los dragones, aquellas criaturas eran bienvenidas.

En Penacles no brillaba el sol.

La niebla cubría la tierra con la misma efectividad casi que la noche. No se había perdido tiempo en recoger grandes cantidades de leña, suficiente para dos meses, y los soldados vigilaban con atención desde las murallas de la ciudad en busca de alguna señal del enemigo. Pero poco podían ver en medio de la envolvente oscuridad.

Ya nadie circulaba por los caminos. Lord Grifo había ordenado que se interrumpiera todo tráfico, y eso mantenía a las gentes en las casas. Que no llegara

ninguna carreta a la ciudad no sorprendía a nadie; se suponía que la simple visión de las brumas sería suficiente para hacer dar media vuelta a cualquier viajero imprudente. Y si no...

La comida no representaría ningún problema. El Grifo, que conocía muy bien a sus innumerables enemigos, había ordenado mucho tiempo atrás el almacenamiento de grano, agua y otros alimentos; además sus obreros estaban bien preparados para evitar la presencia de roedores y otras plagas menores, y, en general, solían conseguirlo.

Cabe estudió la imagen que le devolvía el espejo. No albergaba la menor duda de que lo que veía era real; el mechón plateado de sus cabellos le cubría ya casi la mitad de la cabeza. No tenía la menor idea de lo que significaba, pero lo asustaba. Tenía algo que ver con su nacimiento desde luego y, viniendo de la familia de la que provenía, sólo podía traerle problemas.

Llamaron a la puerta. Cabe fue hacia ella y la abrió. En el umbral estaba Lord Grifo, aguardando pacientemente y sin ninguna ceremonia. Saludó al joven con un gesto de cabeza y entonces observó el cambio experimentado en sus cabellos. Una extraña expresión cruzó con tanta rapidez el semblante inhumano del señor de Penacles que Cabe no fue capaz de descifrarla.

—Perdona que te interrumpa, pero me preguntaba si no querías subir a la torre de vigilancia más cercana conmigo.

Cabe asintió curioso, y abandonó la habitación guiado por el Grifo. El soberano se mantuvo en silencio todo el trayecto, silencio que Cabe aprovechó para pensar en las diferentes razones que pudiera haber para aquel paseo aunque tuvo que desecharlas todas. Tendría que seguir con la duda hasta que su anfitrión decidiera hablar.

Llegaron a la parte superior de la torre después de una impresionante ascensión. Cabe se detuvo para recuperarse, en cambio el pájaro-león no parecía en absoluto cansado. Mientras recuperaba el aliento, el joven miró hacia donde le indicaba el Grifo. Al principio, no vio más que brumas; estaban a una altura de vértigo y Cabe deseó regresar cuanto antes al palacio propiamente dicho. Fue entonces cuando detectó algo oscuro que se movía a lo lejos; no parecía normal. ¿Qué podría resultar visible bajo aquella niebla y a tanta distancia?

Sintió un nudo en el estómago al darse cuenta de cuál era la respuesta.

—Sí, amigo mío, es el ejército de Lochivar. ¿Sabes por qué sus oscuras formas son visibles en medio de la niebla? Yo no lo sé. Lo normal es que fueran invisibles. Las Brumas Grises son su hogar; saben cómo hacer que se adapten a su voluntad a pesar de que han corrompido sus mentes. ¿Cómo es posible que los traicionen ahora?

—¿Alguien interfiere?

El Grifo le dirigió una aguda mirada.

—Tienes razón. He pensado que a lo mejor Sombra no murió o logró que este fenómeno se produjera antes de su muerte. ¡El Caballo Oscuro! ¡Podría tratarse de esa criatura! O de algún enemigo que no quiere permitir que nadie más se entrometa.

—¿Azran?

—Sí, podría ser. Podría ambicionar la Ciudad del Conocimiento. Es una idea acertada.

Preocupado, Cabe observó la enorme masa.

—¿Cuándo atacarán?

—¿Cuándo? ¡Tan pronto como puedan! Por suerte, hemos podido prepararles una pequeña sorpresa.

Mientras el Grifo hablaba, se escuchó el ruido de hombres que se movían apresuradamente de un lado a otro transportando objetos de gran tamaño. Cabe quiso hacer más preguntas, pero estaba claro que su anfitrión deseaba que lo que preparaba fuese una sorpresa tanto para él como para los lochivaritas.

La Dama se reunió con ellos. Cabe sintió que lo embargaba la emoción, pero consiguió controlarse; después de todo aquella mujer probablemente no lo consideraría más que un chiquillo. La mujer le sonrió y luego se volvió para mirar la escalera que la había conducido hasta allí y clavó los ojos en el Grifo.

—Teníais que estar en la torre más alta. ¿Qué tal van las cosas? ¡Dormida he podido percibir el hedor de esos bastardos de dragón-serpiente!

Lord Grifo lanzó una risa ahogada, un gusto fuera de lugar en alguien con un rostro como el suyo.

—Ya me lo imagino. Has llegado justo a tiempo para ver el primer disparo. Ven.

Se acercaron al borde y observaron, Cabe y Gwen llenos de curiosidad, el pájaro-león con expresión severa. A sus pies, gran parte del ruido de movimientos había cesado. Los defensores de la ciudad ya estaban listos y esperando la orden. El Grifo clavó la mirada en la enorme masa oscura durante otro minuto y luego dejó caer algo por el borde, tras lo cual se volvió hacia sus compañeros.

—Se desperdigarán tan pronto como puedan. De momento, no obstante, todavía se consideran a salvo, pero su señor no sabe el alcance de mi nueva arma.

En ese mismo instante, como obedeciendo una señal, se escucharon una serie de ruidos que recordaron a Cabe el sonido de un pedazo de madera al partirse en dos. Enormes proyectiles aparecieron de pronto ante ellos por un momento entre la espesa niebla, para desaparecer en cuestión de segundos en dirección al enemigo que se acercaba.

—Catapultas. No hay nada nuevo en ellas, excepto su alcance.

—Espera, mi señora. Observa.

Los proyectiles tardaron un poco en alcanzar sus objetivos, pero cuando lo hizo el primero, los dos humanos dieron un paso atrás llenos de asombro.

—¡Por Havak! —exclamó la hechicera—. ¿Qué fue eso?

Un frío destello apareció en los ojos del pájaro-león.

—Justicia!

Allí donde caían los proyectiles surgían enormes explosiones de llamas verdes. Unos pocos erraron el blanco, pero la mayoría fueron a caer sobre alguna sección del enemigo y, la luz de las llamas, hizo que las Brumas Grises adquirieran un color ligeramente distinto. Era evidente que por todas partes había hombres cubiertos de llamas, pero la negra mole del ejército siguió avanzando con sorprendente velocidad.

Cabe contempló el espectáculo con horrorizada fascinación.

—¿Qué era eso?

—Algo que descubrí en las bibliotecas. Dos pociones, separadas, colocadas en compartimientos del proyectil. Cuando éste se estrella contra el suelo, el violento golpe provoca que los recipientes se rompan y se mezclen los dos líquidos. Ése es el resultado. Bastante efectivo. Una de las pocas cosas sacadas de las bibliotecas que he podido utilizar.

La Dama contemplaba el avance de las legiones enemigas.

—No es suficiente. Siguen acercándose. Parece una columna interminable.

—No esperaba que esto los detuviera, pero de todas formas los debilitará un poco y reducirá su ventaja. Nos ocuparemos de los supervivientes cuando llegue el momento.

Se dispararon más proyectiles. Era evidente por su precisión en el tiro que los hombres se habían entrenado durante algún tiempo. Cabe se lo comentó al Grifo y éste asintió con la cabeza.

—Sólo un estúpido confiaría en los demonios de Lochivar. Sabíamos que este día llegaría, y calculamos la ruta más probable.

—El Dragón Negro debe de haber pensado también. No debe importarle cuántos soldados pierde.

—Por desgracia, puede permitirse el lujo de perder más guerreros que nosotros. Espera derrotarnos por mayoría. Puede que lo consiga, en especial si se le unen las fuerzas del Dragón Emperador. —El Grifo observó la trayectoria de otra andanada—. Entre nosotros, creo que Negro quiere la ciudad para él solo, y eso va en nuestro favor.

Después de recibir los primeros golpes, los invasores comprendieron perfectamente que su cobertura había desaparecido, de modo que, con rapidez y eficiencia, los ejércitos de Lochivar se desperdigaron por las colinas y campos. Los disparos que daban en el blanco empezaron a escasear; sólo se acertaba a unos pocos si es que se acertaba a alguno, y el Grifo dio orden de que cesara el fuego.

—¿Qué sucederá ahora? —inquirió Cabe inquieto.

—Eso dependerá de nuestros visitantes. Me atrevería a decir que nos pagarán con

la misma moneda.

En efecto, no había transcurrido mucho tiempo cuando figuras oscuras empezaron a separarse del grueso de las tropas. De mayor tamaño que una persona, se elevaron por los aires. No tardó en quedar patente que se trataba de alguna especie de dragones; lo que no se sabía con certeza era si eran dragones de fuego o aéreos. El señor de Penacles empezó a pasear arriba y abajo, a la espera de los acontecimientos.

Se acercaron a la ciudad en dos formaciones. A unos cien metros de las murallas se separaron; un grupo fue hacia la izquierda, el otro hacia la derecha. El Grifo hizo una señal a los arqueros. El primero de los dragones se lanzó al ataque.

El grupo más avanzado de arqueros disparó. El cielo se llenó de flechas, pero al mismo tiempo que las saetas se dirigían a su blanco, nuevos dragones presentaron batalla. La segunda línea disparó. Los dragones que iban delante sufrieron grandes bajas, y un buen número cayó al suelo en rápida sucesión. No obstante, el tercer grupo se acercó aún más. La tercera y última línea de arqueros del Grifo lanzó su andanada, y murieron más dragones, pero el primer grupo apenas si había acabado de recargar las armas cuando se vio obligado a disparar de nuevo. La estrategia estaba muy clara; el Dragón Negro sacrificaba gran número de efectivos de forma que sus asesinos volantes pudieran acercarse lo suficiente para efectuar un ataque mortífero. Entretanto, los lochivaritas se acercaban cada vez más.

Un dragón sobrevoló a toda velocidad las almenas y lanzó una poderosa humareda que tiñó de amarillo las Brumas Grises. Los más cercanos al humo cayeron al suelo o por encima de las murallas. Gritaban e intentaban limpiarse el fétido gas de los ojos; uno se quitó la vida para no seguir sufriendo. Algunos se apartaron enloquecidos de las murallas y fueron a precipitarse a la muerte, cayendo sobre la ciudad. Los tres espectadores de la torre contemplaron horrorizados el espectáculo.

La Dama fue la primera en reaccionar. Cabe percibió más que sintió las primeras ráfagas del viento que se formó alrededor de la mujer. No era lo bastante fuerte para rechazar al dragón aéreo, pero convirtió en inútiles sus mortíferas armas. En realidad, el viento la transportaba en dirección a las fuerzas que avanzaban.

—¡No sé si podré mantenerlo durante el tiempo suficiente, pero ésa no es la cuestión! ¡Alguien tiene que detener a esos dragones!

Más dragones habían conseguido pasar a través de los arqueros. Uno de ellos incendió una catapulta, haciendo explotar uno de los proyectiles químicos. La dotación encargada de la catapulta murió al instante, mientras las llamas invadían toda la zona de la explosión. Otras dos máquinas de guerra se incendiaron antes de que los hombres pudieran contener el fuego.

Los arqueros no podían detener la oleada de dragones. Por cada uno que mataban, dos conseguían penetrar en la ciudad. Si ésta era sólo una pequeña porción de las fuerzas enemigas, Penacles tendría muy pocas posibilidades de sobrevivir.

El Grifo, que había permanecido callado durante algún tiempo, sacó algo de un bolsillo interior. Cabe vio que era un aro del que colgaban tres pequeños silbatos. El soberano de la Ciudad del Conocimiento seleccionó uno de los silbatos, y su rostro se contorsionó y adoptó un aspecto más humano necesario para utilizar de forma adecuada aquel instrumento. Se llevó el diminuto flautín a los labios y sopló.

No surgió ningún sonido, pero algo respondió casi de inmediato. Se oyó un chillido retador, como si los dragones atacantes hubieran osado penetrar en territorio privado. Se escuchó un gran batir de alas procedente de edificios, árboles y lugares invisibles bajo la niebla. Los gritos de un millar de especies diferentes se fundieron en uno solo, y la devastadora oleada de lagartos se detuvo desconcertada.

El cielo oscuro se cubrió de aves.

Los dragones, a pesar de su velocidad, parecían casi inmóviles comparados con las aves. Incontables criaturas emplumadas, desde la más diminuta libadora de flores al mayor de los depredadores, se dedicaron a picotear y hundir sus garras sobre los reptiles invasores. Cientos murieron víctimas del fuego y los gases, pero cada una ayudó a reducir rápidamente el contingente de dragones. Los dragones intentaban morder o atrapar a sus adversarios, chocando a veces entre ellos en el intento. Un dragón de fuego quemó por completo a su vecino más cercano —que resultó ser un dragón aéreo— y estalló, llevándose con él todo lo que lo rodeaba.

La parte más sorprendente de esta estrafalaria batalla aérea fue la forma en que los pájaros condujeron a los dragones fuera de la ciudad antes de acabar con ellos. Muy pocos dragones murieron en Penacles, y aquellos que lo hicieron aterrizaron en las afueras de la ciudad. De esa forma las pérdidas humanas fueron pequeñas comparadas con lo que podrían haber sido.

En un momento dado, se ordenó la retirada, pero ya quedaba sólo un puñado de supervivientes de lo que había sido el contingente original, y la mayoría de ellos tenían alguna herida. Mientras se alejaban, más de uno se tambaleó de repente con violencia y fue a estrellarse contra el suelo. Las aves, por su parte, continuaron hostigándolos hasta que estuvieron bien lejos y, cuando el último de los dragones hubo regresado tras las líneas enemigas, los emplumados vencedores volvieron a la ciudad. Muchos no llegaron nunca. Liberadas del conjuro que las había convocado allí, las diferentes aves regresaron a su vida normal, volando en una u otra dirección, y las pocas que llegaron a las murallas de Penacles se limitaron a seguir adelante hasta llegar a sus nidos.

Como si jamás hubieran tomado parte en la batalla.

Todo había sucedido tan deprisa que ninguno de los defensores podía creer que hubiera terminado. La batalla había durado apenas unos minutos. Ahora reinaba la calma. La Dama suspendió su hechizo y, luego, Cabe y ella aguardaron a que su huésped les diera alguna explicación.

El rostro del Grifo volvió a su aspecto original. El monarca levantó el silbato para que lo vieran, y se dieron cuenta de que enmohecía rápidamente ante sus ojos. En cuestión de segundos, se convirtió en polvo.

Gwen le dirigió una sonrisa afectada.

—¿Otra de las sorpresas de vuestra bolsa de trucos? ¿Qué fue eso?

—Un regalo que me hizo alguien que murió hace mucho. Llámalo parte de mi herencia y dejémoslo así.

—¿Y qué hay de los otros dos silbatos? ¿A quién llaman?

El pájaro-león volvió a guardar el aro en el bolsillo.

—Si llega el momento de utilizarlos, ya lo verás. —Y se negó a decir nada más sobre el tema.

Los invasores habían reducido la marcha. Ahora que tenían idea de la resistencia que iban a encontrar, los capitanes se replantearían su estrategia. Por el momento, iba a haber una tregua, muy útil para los defensores que tendrían muchos hombres ocupados en retirar heridos y moribundos, sin mencionar la extinción de los numerosos incendios iniciados por los dragones.

El Grifo sugirió que regresaran a la planta baja del palacio; excursión en la que emplearon varios minutos. Cuando llegaron al final de las escaleras se encontraron con Blane y el general del ejército de Penacles, un hombre de aspecto astuto llamado Toos. Los llameantes cabellos rojos de su cabeza y rostro podían casi competir con los de la Dama, y poseía también un inquietante mechón plateado que le cubría una cuarta parte del lado derecho de la cabellera.

Cuando les presentaron al general, la Dama comentó de inmediato su aspecto.

—He visto muchos hechiceros en el campo de batalla, pero he conocido muy pocos que mandaran ejércitos personalmente.

La sonrisa que apareció en el rostro de Toos aumentó aun más su parecido con un zorro.

—Mis dotes para la hechicería son demasiado limitados. Me sirven sólo para acentuar mis dotes de mando y de planificación.

—¿Qué daños hemos sufrido? —inquirió el Grifo, preocupado por sus súbditos.

—El muro nordeste fue el que recibió el peor ataque —respondió Blane con rostro ensombrecido—. Han muerto treinta hombres allí, la mayoría durante el enfrentamiento inicial con el dragón aéreo. ¡Por los dioses! ¿Quién es el hombre que puede luchar contra el mismo aire que lo rodea?

El señor de Penacles asintió con la cabeza.

—Sí, eso es un problema. Tendré que consultar las bibliotecas muy pronto. Estoy seguro de que debe de haber algo... si puedo descifrarlo.

Cabe paseó la mirada del uno al otro.

—No comprendo. ¿No tendríais que poder encontrar lo que necesitáis para ganar

esta guerra? Yo creía que una intensa investigación en esas bibliotecas os facilitaría cuanto precisáis saber.

Su anfitrión tiró de la pelambrera que crecía bajo su pico de la misma forma que un hombre podía mesarse las barbas.

—No comprendes las bibliotecas, Cabe. Nos dan lo que necesitamos saber, con una excepción. Ninguna página de ningún libro está escrita de forma clara. Todo está en forma de acertijos o versos, y es el lector quien debe traducirlos en información real. En mi opinión, los escribieron mentes que poseían un sentido muy retorcido del humor.

Toos lanzó una tosecilla.

—Hay otra cosa que debierais saber, señor. Calculamos que el grupo de avanzadilla del Dragón Emperador está a menos de tres días de distancia. El cuerpo principal, comandado por Toma, los sigue a una semana, o diez días, de distancia. Nos costará el rechazar a ambos ejércitos.

—¿Quién viaja con el grupo de avanzadilla que sea digno de mención?

—Un duque llamado Kyrg es quien los manda. He oído decir cosas muy poco agradables de él...

El Grifo alzó una mano.

—No tienes que decirme nada sobre el Duque Kyrg. Conozco a ese dragón. Un sádico genial. Alguien que esperaba estuviese muerto.

Su mirada se paseó de uno a otro de los presentes. Las expresiones de sus rostros no indicaban mucha confianza. Incluso la Dama, famosa por su fortaleza, no parecía muy segura de lo que podían esperar de los días venideros. Sólo Cabe parecía tener algo parecido a la esperanza; los otros habían visto demasiada destrucción en el pasado. Así pues, el Grifo se concentró en el joven hechicero.

—Tú, mi joven amigo, eres la clave de todo esto. Por ti corre la sangre de la más importante estirpe de hechiceros. Nathan fue el mejor...

—...¡y Azran el peor! —interpuso Gwen. El señor de Penacles siguió hablando sin prestarle atención.

—La marca del poder es el mechón plateado en los cabellos. En general, cuanto más grande es el mechón, mayor es el poder. Existen excepciones. Toos posee muy poco en lo referente a poder práctico. Sombra... Sombra era un enigma. La plata de sus cabellos variaba cada vez que uno lo miraba.

El Grifo se volvió hacia la Dama.

—Enséñale. Enséñale rápidamente. ¡Sospecho que todo aquello que queremos depende de su habilidad para controlar los poderes con habilidad y pronto!

Casi había terminado.

Con movimientos que apenas unas horas antes lo habrían dejado sin aliento, Azran retiró de su habitación las diferentes piezas de material. La Innominada

requería sólo una nueva ráfaga de poder, una ráfaga muy pequeña de poder. En aquellos momentos resplandecía con fuerza. La caja donde descansaba parecía transparente; la energía procedente de la espada la atravesaba como si estuviera hecha de aire.

Chasqueó los dedos. Un espíritu, uno de aquellos nonatos que Azran había hecho salir de las profundidades del Otro, revoloteó hacia él. Le ordenó una comida completa. En general la carne no le sentaba bien, pero ahora no tenía que preocuparse de ello. Ahora podía comer y hacer lo que deseara. El espíritu marchó a cumplir sus órdenes; Azran llamó a otro y le ordenó que trajera un espejo. Uno de tamaño natural.

El espejo llegó primero, y Azran ordenó a su siniestro sirviente que lo colocara apoyado contra una pared. Cuando la orden estuvo cumplida se alisó las ropas, recién creadas para esa ocasión, y se puso frente al espejo empeñado en contemplarse.

Resultaba agradable volver a ser joven.

Por fin iba a verse compensado por todos aquellos años de trabajo duro. Se estudió en el espejo con atención. El negro de sus ropas, más parecidas a un uniforme que a otra cosa, se completaba con una banda azul marino alrededor del cuello y las muñecas. Azran vaciló un instante y luego se añadió un emblema en el pecho, un dragón atravesado por una espada. Un buen toque, decidió. Que supieran que él era su amo. ¡El nuevo Amo de los Dragones!

Su cabeza estaba cubierta la mitad por cabellos negros y la otra mitad por cabellos plateados; otra señal de su poder. El rostro se parecía demasiado al de su padre, pero eso era también una ventaja en cierta forma. Los Reyes Dragón y sus servidores recordarían el pasado y temblarían.

Una barba. No había lucido barba desde hacía decenios. Sería el último toque; una barba recortada. Le sentaría bien. Hizo un gesto, haciendo que los segundos se convirtieran en semanas.

Azran parpadeó. Igual que los cabellos de su cabeza, la barba era mitad plateada. Una facha sorprendente. Siniestra casi.

Decidió mantenerla.

Botas altas que por delante le llegaban hasta la cadera y guantes completaban el cuadro. Para un adversario, aquellas ropas parecerían una ostentación, pero que intentase cortarlas por cualquier arma y descubriría que eran más fuertes que una malla. Aunque mucho más ligeras.

Azran sonrió a su imagen en el espejo y luego salió al balcón. Nadie habría sospechado nunca que vivía en el corazón de las Llanuras Infernales. Estaban demasiado cerca de las Montañas Tyber y además las gobernaba el Dragón Rojo, uno de los reyes más sanguinarios. Lanzó una carcajada. Su castillo se alzaba en el centro mismo de la, por naturaleza, más violenta de las tierras; a no más de tres kilómetros de un volcán. Sin embargo, nada podía dañar aquel lugar. Era más antiguo que los

Reyes Dragón e invisible al mundo exterior. Azran lo había descubierto por pura casualidad; jamás averiguó quién lo había construido, y ahora ya no le preocupaba. Ahora era suyo, y le era útil.

Escuchó un chillido que provenía de las alturas. Los Rastreadores estaban enojados, asustados quizás. El que había enviado a Penacles a espiar todavía no había regresado, y el hechicero sospechaba que había dejado de existir. Eso quería decir que había habido dos ataques en pocos días. Los acontecimientos se precipitaban, y tenía que asegurarse de que los controlaría.

Le trajeron la comida. Era todo un festín. Azran pensaba resarcirse de los años pasados comiendo gachas de maíz y pan. Ahora, con la nueva dentadura, podría hincar el diente a aquellas delicias cuya existencia apenas si recordaba.

La Innominada vibraba en el interior del cofre, y a cada mordisco que Azran daba, la vibración se incrementaba.

Cabe y la Dama se dirigían a la habitación del primero.

—Empezaremos tu adiestramiento con las cosas básicas. Primero te enseñaré algunos sencillos conjuros de defensa. Por si acaso. No quiero... no queremos que te eliminen sin que tengas oportunidad de luchar.

—Yo tampoco.

—Eres tan parecido a Nathan —le dijo con una sonrisa—. Con todo, ni siquiera Nathan tuvo toda la cabeza plateada. Puede que el Grifo tenga razón; puede que seas más poderoso que nadie.

Llegaron a la habitación del joven, y éste abrió la puerta a su compañera que penetró en el interior. La siguió inmediatamente, cerrando la puerta a su espalda. Estaban solos. Quizá, pensó, podría decirle ahora lo que sentía. Ahora que no había ni un alma al alcance de la vista.

Desde luego no había ni un ser vivo a su alrededor...

... Pero no estaban solos.

La Dama quedó envuelta por un resplandor. El resplandor se solidificó, y, sobresaltado. Cabe reconoció en él la misma prisión que la había tenido cautiva durante tantos años. Desenvainó la Espada Negra, sintiendo como lo envolvía su poder, pero no tuvo la menor oportunidad de utilizarla.

Una mano le rozó la sien. Cabe sintió que su cuerpo se estremecía y, aunque seguía con la espada en la mano, ésta parecía totalmente inútil. Sus miembros se habían convertido en una masa tan compacta como las columnas del palacio. Congelado en el tiempo, no pudo hacer otra cosa más que contemplar cómo le arrebataban la siniestra espada de la mano. Sus ojos se abrieron de par en par ante lo que pudieron ver durante una fracción de segundo.

—Tan sencillo. —La voz sonó seca y con un curioso dejo de tristeza.

La espada fue arrojada al suelo. Escuchó pisadas a su espalda y de pronto se

encontró flotando. Gwen permaneció donde estaba, atrapada una vez más en una prisión de ámbar. Lo buscaban a él, a nadie más. Fue a la deriva como una hoja, girando al azar a un lado y otro, y, durante uno de esos giros, pudo ver a quienes lo habían capturado.

Los ojos que se encontraron con los suyos ya no eran ojos. Ojos en blanco. Ojos en blanco hundidos en putrefacta piel apergaminada.

Era prisionero de los no-muertos. Uno hizo intención de hablar, pero se contuvo. Su compañero hizo un gesto, y un enorme agujero se abrió en medio de la realidad de la habitación. Cabe se encontró flotando hacia su interior y, apenas lo tocó, sintió que perdía el conocimiento.

Tyr se volvió para mirar a la Dama, atrapada en el ámbar, y luego a la Espada Negra. Su compañero posó una mano sobre su hombro.

—Debemos irnos.

Penetraron en el portal. Agujero y no-muertos desaparecieron.

Capítulo 11

La explosión sacudió todo el palacio.

En un principio, el Grifo temió algún ataque por parte de los lochivaritas, pero Blane lo tranquilizó a este respecto al informarle de que las tropas de las Brumas Grises no habían efectuado el menor movimiento. El pájaro-león pensó entonces en Azran y recordó de repente dónde se alojaban sus huéspedes. Llamó a sus golems para que lo acompañaran y corrió a la habitación de Cabe.

La puerta, o lo que quedaba de ella, yacía en medio del pasillo. Toda la zona estaba salpicada de pequeños fragmentos de una sustancia cristalina que le resultaba vagamente familiar. El Grifo ordenó a los golems que fueran delante. Así le servirían de protección. Esperaba que las dos criaturas fueran escudo suficiente. No estaba muy seguro de sus límites.

Nada se movió en la habitación cuando los golems y él entraron. El polvo le dificultaba la visión, pero pudo ver la Espada Negra caída en el suelo. La dejó donde estaba; en aquellos momentos de nada serviría poseer la maldita espada.

Escuchó un gemido. Empezaba a asentarse el polvo, y el Grifo distinguió una figura caída junto a la cama. Ordenó a los dos golems que no se movieran y fue a investigar con cautela; podría tratarse de una trampa, pero lo dudaba.

La figura caída en el suelo era Lady Gwen. Estaba medio inconsciente y curiosamente, el polvo que llenaba la habitación no la rozaba siquiera. De hecho, cada vez que se movía, el polvo caído a su alrededor se echaba hacia atrás para no acercársele. No se veía la menor señal de violencia en su cuerpo y no parecía sufrir más que un terrible agotamiento. Seguro de que la Dama se recuperaría, el Grifo hizo que sus dos inorgánicos guardaespaldas la trasladaran a su dormitorio. Los golems la levantaron con una suavidad que sorprendía en criaturas tan fuertes y, mientras se la llevaban, el Grifo echó una última mirada a la habitación.

A Cabe Bedlam no se lo veía por ninguna parte. La única indicación de que hubiera estado allí era la Espada Negra abandonada en el suelo.

El señor de Penacles dejó la habitación lleno de siniestros pensamientos. Esperaba que la Dama se habría recuperado lo suficiente como para responder algunas preguntas, aunque él ya sabía muchas de las respuestas, pero siempre existía la esperanza de que pudiera estar equivocado.

Los dos golems guardaban la puerta de la habitación de Lady Gwen. Se estaban convirtiendo en unos sirvientes de verdad competentes. La Dama descansaba sobre el lecho, despierta por completo y levantó la mirada cuando su anfitrión penetró en el dormitorio. Su expresión decía cuanto temía que dijera, pero de todas formas estaba decidido a preguntar.

—¿Qué ha sucedido?

—Nos atacaron por la espalda. ¡Seres de la oscuridad! ¿Comprendéis lo que digo? ¡Seres de la oscuridad!

El Grifo asintió ceñudo. Seres de la oscuridad. Los no-muertos. Aquellos seres que se veían obligados a obedecer a un amo hasta que se les concediera la libertad, y que no podrían descansar en paz hasta lograrla. No sabía si odiar o compadecerse de los secuestradores.

—¡Estuvieron a punto de cogerme por sorpresa! ¡Es una suerte que me haya vuelto algo paranoica!! Juré que jamás me volverían a atrapar de aquella forma, y fue eso precisamente lo que me salvó de otra prisión de ámbar!

—¿Utilizaron el mismo hechizo?

—Sí —asintió—. Pero más flojo. Y no es que no tuvieran poder suficiente; eran poderosos. La verdad es que no creo que realmente quisieran hacerlo.

—¿Cuántos eran?

—Sólo dos. Esta vez pude mantener la conciencia. Uno me atacó a mí mientras el otro dejaba paralizado a Cabe. ¡Se lo han llevado, Grifo! ¡Se lo llevaron delante de mis narices y no pude hacer nada por evitarlo! —Estaba a punto de echarse a llorar.

El Grifo observó su terrible ansiedad pero no hizo ningún comentario. Ese no era el momento ni el lugar.

—¿Cómo entraron? ¿A dónde fueron? Mis centinelas no han informado nada.

—Un agujero dimensional. Lo necesitaban para transportar su cuerpo. —Sus ojos recuperaron un poco de su fuego—. ¡A lo mejor puedo localizarlo! A veces dejan imágenes accidentales. ¡Podríamos seguirlos hasta el castillo de Azran!

—Donde nos estará esperando sin duda. Creo que lo mejor será no hacerlo. Además, ¿no sería una locura? Descansa ahora. Has consumido demasiada energía para cargar contra la fortaleza oculta de Azran.

—Pero Cabe...

—Crees que le fallaste a Nathan y que ahora le fallarás a su nieto, y yo te aseguro que es una idea infundada. Nathan hizo lo que Nathan tenía que hacer. No habría hecho lo contrario de haber estado tú allí. En cuanto a Cabe, lo han secuestrado, no matado. Eso significa que Azran lo quiere vivo. Que siente curiosidad por su hijo. Nada le sucederá a Cabe.

Ella lo escuchaba a medias, pero el Grifo no podía esperar otra cosa, y cuando recostó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos, el pájaro-león se retiró en silencio. La preocupación de la hechicera por el joven era muy grande, mayor de la que hubiera sentido por cualquier otra persona.

El Grifo también estaba preocupado, pero sus prioridades eran otras. Penacles y sus gentes, primero. No habría la menor posibilidad de rescatar a Cabe si la ciudad caía. Si querían actuar contra Azran, debían ocuparse antes de Penacles.

Seguían sin producirse ataques, lo cual en sí mismo resultaba insólito. Sólo podía

significar que el control del ejército estaba en las manos —o garras— de los dragones de fuego del Dragón Negro. Los lochivaritas jamás habrían esperado tanto. A ellos les interesaba muy poco salvar el pellejo; morir en el campo de batalla era una de las pocas cosas importantes para aquellos fanáticos atiborrados de drogas.

Recordó la primera vez que se había enfrentado a las hordas procedentes de las Brumas Grises. Entonces nadie sabía donde estaba su auténtica lealtad, y se dio por supuesto que lucharían a favor de los hombres como lo haría la mayoría de las otras ciudades. Siempre existían traidores, desde luego, pero jamás en semejante escala.

Miles de hombres murieron aquel día, y muchos otros jamás volverían a ser lo que eran. Los restos del ejército lochivarita se habían retirado a los sombríos territorios de donde habían surgido. Sólo una pequeña parte del contingente original había sobrevivido.

El Grifo, al tomar el control de la Ciudad del Conocimiento, se había visto obligado a reclutar más mercenarios y gentes de afuera. Su grupo original fue aniquilado casi por completo, y tuvo que dedicar varios años y grandes cantidades de dinero para recuperar el poderío perdido. Sin embargo los lochivaritas, con pocos alicientes que los impulsaran, reconstruyeron de la nada su fuerza invasora. Desde luego habían transcurrido varias generaciones, pero incluso un aumento en el índice de natalidad no justificaba tan gran número de efectivos.

Lochivaritas, Reyes Dragón y Azrans.

Siempre demasiados enemigos.

Hizo venir a Toos, Blane y al resto de sus capitanes. Cabe era importante, no podía ignorar aquel hecho; pero tampoco podía abandonar a Penacles. La gente confiaba en él.

Una escalofriante idea le pasó por la mente: ¿Conseguiría Azran corromper a Cabe? La idea de que un hechicero con su potencial pudiera estar controlado por un desalmado como aquél lo conmocionó tanto como la posibilidad de tener que luchar contra Sombra. Incluso los Reyes Dragón lo pensarían dos veces.

Su consejo de guerra estaba completo. Sombrío, el soberano de la Ciudad del Conocimiento se cubrió con una máscara de seguridad y decisión mientras, en su interior, no dejaba de maldecirse.

En la guarida de la Bestia.

Ya no estaba paralizado. Aunque eso no importaba. Las ligaduras alrededor de sus muñecas, piernas y cintura lo sujetaban con la misma solidez que el hechizo. No es necesario decir que no eran sujeciones normales. Cada una brillaba; cada una brillaba con más fuerza si intentaba liberarse y, cuando aumentaba su brillo, lo quemaban. No externamente sino en su mente. Ése era el motivo de que Cabe permaneciese inmóvil. El primer intento había bastado para convencerlo.

Sus secuestradores lo habían dejado solo, cosa que no molestaba en absoluto a

Cabe; los no-muertos resultaban una pobre compañía, y en especial esos dos. Se habían pasado casi todo el tiempo mirándolo con aquellos globos blancos que eran sus ojos, y para acabar de empeorar las cosas, parecían entristecidos y avergonzados por algo. Lo abrumaba la molesta sensación de que tenía que ver con él y con su identidad.

Una sombra revoloteó no muy lejos. Parpadeó, intentando ver mejor. No se trataba de una de aquellas cosas innombrables que acechaban entre la penumbra de la habitación; esto era algo con una entidad física y, sin embargo, mucho más poderoso. En la semi oscuridad de la habitación sólo podía distinguir su contorno, pero fue suficiente para decirle que lo estudiaba uno de los Rastreadores. ¿Era éste quien lo había capturado? Probablemente no. Con toda seguridad no era más que otro de los criados. En lo más hondo de su ser, sabía ya quién estaba al mando del operativo; no podía ser otro que Azran, su padre.

Poco podía hacer él en aquellos momentos; era el desvalido prisionero de un demente. El Rastreador, que seguía observándolo con atención, lanzó un sordo graznido que casi sonó compasivo pero, no obstante, no hizo el menor movimiento para quitarle las ligaduras.

Azran contempló a sus semi descompuestos esclavos. Los ojos ciegos lo miraron airados, mucho más ahora que volvía a ser joven. Esta vez no los había obligado a arrodillarse: quería mirarlos cara a cara, a pesar de su olor a podredumbre y a su despellejada piel. Quería que vieran su rostro, sus cabellos negros y plateados, que sintieran su vitalidad y energía. Que sintieran su poder.

—Debo alabaros a los dos —dijo con ironía—. Veo que habéis sido capaces de llevar a cabo mi plan en un tiempo récord. Como habréis podido comprobar, vuestros temores eran infundados. La Dama no tuvo la menor posibilidad, y mi hijo, por poderoso que sea, no tiene experiencia. Sí, en conjunto, me siento satisfecho.

—¿Podemos pues regresar a nuestro reposo? —El rostro de Basil no demostraba la menor emoción, pero su voz denotaba resentimiento. Estaba disgustado con lo que había hecho.

—No, aún no. Puedo necesitaros todavía. ¡Además, no habéis sido presentados formalmente al muchacho! —Lanzó una carcajada ante la idea y volvió a reír con más fuerza cuando vio cómo Tyr apretaba los puños con una rabia que su rostro ya no podía mostrar.

Basil deseó poder escupir al rostro de su torturador, pero sólo atinó a decir:

—Eres perverso, Azran. Perverso como el más diabólico de los poderes.

—Gracias. Eso intento. ¿Vamos?

Muy en contra de su voluntad, los dos cadáveres avanzaron arrastrando los pies delante de su amo. Azran obligó a Basil a hacer de mayordomo, saludándolo incluso con la cabeza al pasar junto a él. El no-muerto lo maldijo con lo que le quedaba de

mente, pero no podía liberarse de la posición servil que se había visto forzado a adoptar.

Cabe abrió los ojos de par en par al ver entrar a los tres, A los zombis ya los había visto antes, y, aunque todavía lo asustaban, los alejó de su mente en cuanto vio la siniestra figura que los acompañaba. A pesar de la cabellera bicolor que le cubría el rostro pudo apreciar el parecido de familia. Padre e hijo se encontraban por fin.

El siniestro mago volvió la cabeza por un instante en dirección a una de las ventanas. Había habido... ¿qué? No había nada en la ventana. Nada. Volvió la atención a su hijo, que ahora parecía sólo unos años más joven que él. La brillante cabellera plateada que le cubría más de tres cuartas partes de la cabeza, le hizo parpadear de asombro. Desde luego este Cabe sería un hechicero muy poderoso. Más incluso que el mismo Azran.

Había que corromper al muchacho o matarlo. No existían más que esas dos posibilidades.

Saludó a Cabe afectuoso.

—¡Así que tú eres mi hijo!

—¿Azran?

—¡Claro! ¿Quién otro podría ser?

—¿Qué quieres de mí? —Había temor en la voz de Cabe, pero también había algo más: desafío.

—¡Eres mi hijo! Todo hombre desea ver a su hijo alguna vez. Pensaba que habías muerto al nacer. ¡No tienes ni idea de lo mucho que significa para mí que estés vivo, hijo!

Cabe se estremeció.

Azran entrecerró los ojos y el humor desapareció de su voz.

—Vi tu cuerpecito inerte. ¡Nathan me engañó! Estabas vivo ¡Te hizo desaparecer en un inútil intento, sin duda, de utilizarte contra mí!

El diabólico hechicero sonrió:

—No obstante, ahora te tengo de nuevo conmigo, y espero con ansia poderte enseñar todo lo que sé sobre los poderes de las tinieblas, hijo mío. Posees un gran potencial. Nathan lo vio, y yo lo utilizaré. Juntos, haremos nuestro el Reino de los Dragones!

Se interrumpió de repente y, sus ojos clavados en el costado de Cabe. Se volvió en redondo para mirar a Basil. No dijo nada pero el zombi sabía lo que pensaba.

—No llevaba la Espada Negra cuando lo capturamos. No estaba en su habitación, y no teníamos mucho tiempo para buscarla. Lord Grifo es famoso por su rapidez cuando surge el peligro.

—¡Al infierno contigo, Basil...!

—Ya estamos condenados.

—¡Teníais que traerme también la espada! ¡Habéis fracasado!

Cabe paseó la mirada del uno al otro. El llevaba la espada; uno de los secuestradores se la había quitado y arrojado al suelo. ¿Por qué mentía aquella criatura?

El otro, Tyr, aprovechó la explosión de rabia para mirar al cautivo. Cabe observó cómo el animado cadáver agitaba un dedo en su dirección y comprendió. Azran no tenía el poder que creía sobre sus sirvientes. Aún había esperanza.

Azran recuperó la calma y se volvió hacia su hijo.

—No confíes jamás en los no-muertos, hijo. Son terriblemente ineptos. En especial estos dos. Muy poco de fiar, además.

Agitó una mano, y sus infernales criados dieron un paso hacia adelante.

—Una lección práctica, Cabe. Ante ti tienes dos ruinas decrepitas que en una ocasión estuvieron llenas de vida y eran dueñas de sus propias acciones. Este hombretón se llamaba Basil. Basil el Ojo. Podía congelar a una persona en el interior de una prisión de ámbar o paralizarla sin hacer más que tocarla. Sus amigos le llamaban Basil el Basilisco. Yo tomé prestados sus poderes para encargarme de Lady Gwen; es una lástima que no durara. Su enojado amigo se llamaba Tyr. Sólo eso; pero no dejes que sus sacerdotales atavíos te llamen a engaño. Era famoso por sus violentos ataques de furia que doblaban sus poderes. Ambos fueron Amos de los Dragones bajo el mando de mi nada llorado padre, tu abuelo, Nathan Bedlam. Ambos, a pesar de sus llamadas habilidades, cayeron fácilmente en mi poder.

Cabe se atragantó.

—No se protegieron lo suficiente. ¿Exceso de confianza, Basil?

La voz sonó a polvo y a muerte. También sonó llena de odio.

—¡Ssssí!

El diabólico hechicero sonrió con gesto majestuoso.

—¡Pobres Amos de los Dragones! Ahora se ven obligados a obedecerme hasta que decida liberarlos.

—¡O mueras! —La voz de Tyr sonó lo bastante fuerte como para que se le pudiera oír.

—¡Ya es suficiente! Podéis regresar a vuestro reposo hasta que se os vuelva a llamar. ¡Y cuando lo haga, venid en el acto!

Las dos figuras semi descompuestas abandonaron la habitación renqueantes. Cabe pudo ver por un instante el rostro de Tyr cuando el espectral brujo volvió la cabeza para mirarlo. Era el rostro de un condenado, y Cabe se juró allí mismo que encontraría la forma de liberarlos.

Azran hizo un gesto con la mano y un ornado sillón, más parecido a un trono, se materializó exactamente detrás de él. Se sentó con expresión satisfecha, y con la ayuda de otro conjuro retiró las ligaduras que sujetaban al prisionero.

—¡Ya está! Así te encontrarás más cómodo. De todos modos, no te recomiendo que intentes ninguna estupidez. La zona que te rodea, incluido tu asiento, tiene instalado una especie de sistema de alarma. Haz algún movimiento sospechoso, o intenta siquiera ponerte en pie, y recibirás una sacudida. Literalmente.

—¿Qué sucederá ahora?

—¿Ahora? Ahora te daré tu primera lección de cómo funciona en realidad el mundo de la magia. En especial allí donde entran en juego los poderes.

Cabe no pudo disimular su interés, cosa que provocó una sonrisa aprobadora en su padre.

—Para empezar, los títulos de hechicero, brujo, nigromante, encantador, mago, sus correspondientes denominaciones femeninas y cualquier otro término que no haya mencionado se utilizan de forma totalmente intercambiable en la actualidad. Hubo un tiempo en que significaban algo específico. Ya no. Una vez que se hizo evidente cuál era la clave para utilizar los colores, cualquiera que poseyese la habilidad de controlar los poderes podía llegar a la categoría de maestro. ¡Esa tontería sobre poderes buenos y malos es sólo eso: una tontería! Algunos simplemente escogen colores diferentes del espectro. Yo descubrí que los tonos más oscuros eran más eficaces, pero Nathan nunca quiso comprenderlo.

¿Comprender? Cabe tuvo la impresión de que su abuelo lo había comprendido muy bien. En su mente no había la menor duda de que escoger la parte oscura del espectro equivalía a caer bajo la seducción del mal. Azran, por haber sucumbido a él, se había convertido en un fanático y ya no podía ver la realidad.

Azran malinterpretó la expresión pensativa de Cabe por una señal de que empezaba a convencerlo y siguió adelante:

—Los Reyes Dragón también poseen magia. Por eso la mayoría de sus nombres se refieren a colores. Incluso su piel adopta el color que han decidido utilizar. —Se interrumpió—. Puede que pienses que Hierro, Hielo, Cristal y Tormenta son diferentes de sus hermanos, pero no es así. ¿Has observado alguna vez el aspecto del hierro, del metal de hierro? Tiene un color propio. Ni azul ni gris, nada concreto. Cristal diluye las esencias del espectro y, por lo tanto, utiliza fracciones muy delicadas de cada una. Tormenta obtiene su poder del rayo, ¿y qué es eso sino luz? Hielo era un enigma; no parecía utilizar en absoluto el espectro; pero no era verdad. Hielo es parecido a Cristal; ambos difuminan los colores. Cristal toma los puros. Hielo los impuros. Según esa premisa, se convierte en un ser más perverso que los otros reyes.

Le dirigió una sonrisa astuta a Cabe, quien se agitó incómodo en su traicionera silla.

—¿Dónde has estado todos estos años?

El cambio de tema desarmó por completo a Cabe.

—¿Qué?

—Quizá soy el único que habría notado de inmediato la discrepancia... es decir, si no hubiera dado por sentado que estabas muerto. Ya sé que se tarda bastante en crecer, pero la verdad...

—No lo sé —repuso Cabe, sacudiendo la cabeza—. No recuerdo nada extraño ni insólito en mi infancia.

—Bien, tendremos que volver al tema en otro momento. ¿Tienes hambre?

De nuevo cambió de conversación de pronto. No cabía la menor duda de que Azran era loco además de perverso. Cabe no respondió, y Azran pareció sentirse incómodo.

—¿No? Yo sí. ¡Debo reconocer que desde que me he rejuvenecido me ha entrado un apetito parecido al de los Reyes Dragón! ¿Estás seguro de no querer acompañarme? ¡Hay carnero asado!

Cabe negó con la cabeza aturdido. ¡Antes preferiría comer con el mismísimo Dragón Dorado!

—Entonces te dejaré durante un rato. Si cambias de idea, dilo. Uno de mis criados —indicó a una cosa que revoloteaba en la penumbra— me avisará. Adiós, Cabe.

Hizo un molinete con la mano y sillón y hechicero se desvanecieron en el aire. Un ligero olor a azufre flotó hasta el desventurado joven, haciéndole estornudar.

No podía hacer otra cosa que permanecer sentado. Permanecer sentado y pensar, aunque lo más probable es que no le sirviera de mucho. Cabe se daba cuenta de que dependía demasiado de los demás. Se suponía que poseía poderes, pero sin nadie que le enseñara a utilizarlos estaba indefenso.

Algo revoloteó cerca de una de las ventanas. No se sorprendió que se tratara de un Rastreador, pero no estaba seguro de que fuera el mismo; tampoco le importaba demasiado. La criatura penetró por la ventana y aterrizó silenciosamente sobre las losas del suelo.

Varias formas surgieron de los oscuros rincones de la habitación para volar en dirección al Rastreador. El ser agitó una de sus garras en dirección a ellos y los sirvientes se detuvieron en el aire, por unos instantes, y luego regresaron a sus nidos... retrocediendo. Fue como si el tiempo hubiera dado marcha atrás para las mascotas de Azran.

El Rastreador avanzó hacia Cabe con una gracia increíble, y el joven se sintió tentado de poner a prueba el poder del cepo de su padre. Pero algo lo mantuvo inmóvil. No era miedo, descubrió, era la necesidad de saber. Saber qué era lo que quería aquel criado que no era un criado. Desde luego no era la muerte de Cabe; eso podría haberlo logrado ya muy fácilmente.

El Rastreador extendió una mano para posarla sobre la cabeza del muchacho. Cabe se quedó rígido, pero fue un contacto lleno de suavidad; no era el tirón de la vez

anterior. El ser parecía más bien quererse comunicar. Comunicarse de tal forma que Azran no lo descubriera.

No se formaron palabras como esperaba que sucediera sino que aparecieron imágenes. Las Llanuras Infernales, un camino que conducía en dirección sudoeste hacia Penacles, una espada, y luego Azran. La intención era obvia: el Rastreador deseaba liberar a Cabe y, a cambio, éste recuperaría la Espada Negra y la utilizaría para matar a su padre. No le preocupaba enfrentarse con Azran (era su padre sólo por azar; no existía amor), pero todo estaba en contra del joven hechicero. Azran poseía años de experiencia y él no poseía ninguna. Tenía que haber otra forma.

El ser-pájaro se sacudió, un gesto que indicaba su irritación. Cortó el contacto y clavó los ojos en el prisionero. Eran unos ojos viejos y arrogantes. Los humanos eran una especie menor, y que Azran hubiera obligado a los Rastreadores a obedecer su voluntad era el mayor de los insultos, en opinión de la criatura. Todo aquello resultaba tan evidente como si se lo hubiera mostrado a Cabe en imágenes.

El ser regresó a la ventana y se volvió para mirar al prisionero una vez más. La cabeza ligeramente ladeada acentuaba la naturaleza del Rastreador. Al ver que Cabe no hacía la menor señal de estar de acuerdo, el alado enigma salió volando por la ventana y el futuro hechicero volvió a quedarse solo, esta vez con peores perspectivas aún. Si había existido alguna esperanza de ayuda por parte de los Rastreadores, la falta de seguridad de Cabe en sí mismo la había destruido.

El Dragón Plateado, el Rojo y el de la Tormenta eran los únicos que habían sido convocados. Eran los únicos en los que se confiaba.

El Dragón de Hielo sólo se preocupaba de sí mismo. En cuanto a él concernía, el Reino de los Dragones podía hundirse en el mar sin que moviera un dedo. El Dragón Verde daba demasiada libertad a los humanos que vivían en su territorio; soldados procedentes de Zuu se habían unido al ejército del Grifo. El Dragón de Cristal era un desconocido y por lo tanto no se lo debía incluir. Con respecto al Dragón Negro, el Emperador Dragón tenía sus sospechas sobre el señor de las Brumas Grises.

No se reunieron bajo su apariencia normal. Eran cuatro guerreros de armadura los que conferenciaban en la gran cámara y, aunque iban vestidos de forma semejante, resultaba muy fácil saber cuál mandaba sobre el resto.

—¡Traición! Hierro y Bronce han pagado por su desatino! ¡Que eso sea una lección para todos los que deseen usurpar mi poder! ¡Hay que obedecerme!

El Dragón Dorado se puso en pie. Los otros, sentados frente a él, asintieron con la cabeza. Todos sabían que era inminente una nueva distribución de reinos; habían muerto demasiados reyes, y la nidada real tardaría aún bastante en alcanzar la edad madura. A todo aquello había que añadir que se sabía que el Dragón Dorado consideraba la posibilidad de quedarse con las tierras del Dragón Azul y del Verde y que, cada uno de sus criados que le fuera leal, sería recompensado con largueza.

De todos, era el Dragón Rojo quien con más ansia aguardaba el cambio. Sin duda el Dragón Dorado dividiría los reinos del Dragón de Hierro y del de Bronce entre el Dragón de Plata y él mismo. Eso dejaría el Reino Marítimo de Irillian para el Dragón de la Tormenta, y, lo que era más importante, el espeso y exuberante Bosque de Dago-ra pasaría a pertenecer al Dragón Rojo. Sería un cambio agradable después de las Llanuras Infernales. Desde luego le preocupaba muy poco que tales alteraciones en la estructura de gobierno significaran la caída de sus hermanos.

En la cámara había una quinta figura, oculta entre las sombras y entre su voluminosa capa y capucha. Lo único que los compañeros del Dragón Dorado sabían con seguridad era que no se trataba de un dragón de fuego. Era algo que percibían. El espectral visitante había hablado sólo con el emperador y, en parte, esa conversación fue la causa de que hubieran sido convocados, los tres.

La curiosidad no era privilegio de la raza humana exclusivamente.

El Dragón Dorado estudió a través del yelmo a los que lo rodeaban. Conocía al dedillo lo que pensaban. Eran suyos; le servirían bien. La codicia era un perfecto instrumento para motivarlos.

—Nos encontramos ante una nueva guerra. El Grifo intenta volver a crear a los Amos. Nuestros propios hermanos nos han traicionado. ¡El hijo de Nathan Bedlam ha salido de su escondite y se atreve a hablar de conquista! —Estrelló el puño contra la mesa—. ¡Estas tierras han sido nuestras durante años y años! ¡Y seguirán siendo nuestras!

Se escucharon gritos de asentimiento.

—He recibido información referente al hechicero Azran. ¡Vive entre nosotros! Vive, sí, ¡vive en los dominios de nuestro hermano Rojo!

El señor de las Llanuras Infernales se sobresaltó. Sus dos compañeros lo miraron con suspicacia y él les devolvió la mirada.

—¡Tranquilo, Rojo! —sonrió el Dragón Dorado—. No te acuso de traición. El hechicero habita en un castillo invisible a la vista de cualquier hombre, dragón de fuego o animal. Hasta ahora.

El emperador chasqueó los dedos, y la oscura figura salió de entre las sombras, el rostro oculto aún por los pliegues de su capucha. Del interior de su túnica sacó un voluminoso pergamino arrollado que colocó sobre la mesa alrededor de la cual estaban reunidos los Reyes Dragón. Una vez desenrollado, resultó ser un mapa muy detallado del Reino de los Dragones.

—¡Ahí! —El Dragón Dorado colocó un dedo sobre un punto situado en la parte inferior de las Llanuras Infernales. Los otros lo estudiaron con atención, en especial el Dragón Rojo.

—¡No hay nada ahí! ¡Innumerables miembros de mis clanes y yo hemos estado allí muchísimas veces! —El monarca carmesí estaba casi congestionado—. ¡No es

más que terreno volcánico!

—Se trata de un castillo de las razas de la antigüedad.

La voz produjo escalofríos a todos los Reyes Dragón, incluido el Dragón Dorado. Era un sonido de ultratumba, el roce de una ráfaga de aire procedente del otro mundo. Ninguno de ellos mantuvo la vista fija en el desconocido durante más de un instante.

El emperador fue el primero en reponerse.

—Éste es Madrac. No necesitáis saber más excepto que siente muy poco cariño por nuestros enemigos, ya que no lo tratarían mucho mejor de lo que nos tratarían a nosotros. Sus estudios han descubierto el secreto del castillo, y nos insta a que nos demos prisa. Veréis, ¡con un solo golpe podemos deshacernos de los Bedlam que aún quedan!

—¿Se encuentran el hijo y el nieto entre las paredes del castillo? —El Dragón Rojo descubrió los dientes en una muy inhumana sonrisa de satisfacción.

No sólo recuperaría el honor, sino que su hazaña se transmitiría durante generaciones. Todo lo cual le valdría el favor de su emperador, y, sin duda, el Bosque de Dagora no tardaría en ser suyo.

El enigmático Madrac volvió a hablar.

—Precisaréis de un gran ejército, mi señor Rojo. Azran cuenta con los Rastreadores entre sus sirvientes y, a pesar de que son esclavos reacios, son luchadores temibles.

—Espero con ansia el momento de la batalla. ¡Llamaré al mayor de mis clanes y lo aplastaré!

—No era mi intención faltaros al respeto. Simplemente os advertía.

El Dragón Dorado clavó los ojos en su hermano.

—Tráeme los cuerpos. Hay que quemarlos delante de todos nosotros. Sólo entonces podremos descansar con la seguridad que los Bedlam ya no existen! — Enrolló el mapa y se lo devolvió al hechicero, quien volvió a desaparecer entre las sombras.

—Negro ha iniciado el ataque a la Ciudad del Conocimiento, con la esperanza, evidentemente, de conquistarla para sí. ¡Es un estúpido! El Grifo, a pesar de ser un mestizo, le da ciento y raya! Mientras se debilitan el uno al otro, Kyrg se mantendrá en la retaguardia, simulando esperar a Toma. Si Negro tiene éxito, Kyrg se asegurará de que sean mis legiones las que ocupen la ciudad y las bibliotecas, y de que para entonces las huestes de fanáticos del hermano Negro hayan casi dejado de existir y sus clanes estén muy mermados.

—¿Y Toma? —inquirió curioso el Dragón de las Tormentas, que en aquel momento era medio gris y medio amarillo.

—Mito Pica es la ciudad que protegió a la cría de Nathan Bedlam durante su crecimiento, y por ese solo motivo ha perdido su derecho a existir. ¡Toma arrasará la

ciudad!

Algo que jamás hubiera debido nacer gritó desde las profundidades de Kivan Grath. El Dragón Dorado se mantuvo impávido, pero maldijo en silencio. Los otros tres dragones miraron a su alrededor, claramente sorprendidos por los fantasmales sonidos. Madrac, medio oculto en las sombras, no mostró la menor emoción.

El emperador improvisó con rapidez. Se inclinó hacia sus hermanos y dijo:

—Recordad esto: ¡soy el señor de los Reyes Dragón! ¡Quien me desobedece sufre las consecuencias! ¡Traicionarme significa la muerte! ¡Las legiones de Hierro y Bronce no tardaron en averiguarlo!

Se estremecieron visiblemente, y el Dragón Dorado meneó la cabeza, satisfecho. Que especularan sobre los desconocidos sirvientes de su señor. Eso ayudaría a mantenerlos bajo control.

—¡Podéis iros! Hermano Rojo, procura no fracasar. ¡Te espera una gran recompensa si tienes éxito, pero grandes sufrimientos serán tu único premio si fracasas!

—¡Comprendo, mi señor! —El señor de las Llanuras Infernales fue el último de los tres en salir, contemplando mentalmente la abundante vida del Bosque de Dagora y lo que haría cuando fuese suyo.

El Dragón Dorado se quedó solo. Solo a excepción del hechicero Madrac.

El emperador se volvió hacia su espectral acompañante. En su opinión, el hechicero era el único en quien podía confiar ya que Madrac hablaba como si la destrucción y la muerte fueran su sustento. En algunos aspectos eran almas gemelas.

—No me he olvidado de ti, Madrac.

—Me limito a esperar vuestras órdenes, Rey de Reyes.

—Se te recompensará bien por tus servicios.

El Dragón Dorado no dijo que al hechicero se lo recompensaría con la muerte cuando todo hubiera pasado. Quizá fueran almas gemelas, pero el hecho convertía a Madrac en peligroso una vez que todo hubiera terminado.

—La destrucción del Grifo y de estos nuevos Amos será suficiente.

El dragón asintió. Su mente se desvió hacia otras cuestiones.

—Tengo muchas cosas en que pensar. Puedes retirarte por ahora.

Madrac hizo una inclinación y se desvaneció en la oscuridad. El grito espectral del más leal de los sirvientes del Dragón Dorado sonó de nuevo, y, ensimismado en su pensamientos, el emperador se alejó para dar de comer a su mascota. Las pocas antorchas que ardían en la habitación empezaban a consumirse. Muy pronto todo quedaría en la más absoluta oscuridad.

Una sombra apareció en la poca luz que quedaba. La sombra adoptó la forma de una figura envuelta en una capa y encapuchada: Madrac. Aunque los criados del Emperador Dragón acechaban en las partes más recónditas de la habitación, ninguno

detectó la presencia del intruso. El hechicero lanzó una carcajada, una carcajada cargada de muerte y horror, y, por primera vez, se echó hacia atrás la capucha para descubrir el rostro. Es decir, lo que tenía por rostro.

Quizá sonriera, pero era difícil decirlo con facciones tan borrosas como las que tenía Sombra.

Capítulo 12

—Kyrg permanece allí inmóvil. Ninguno de los miembros de su ejército ha recibido el más leve rasguño. No lo comprendo, Lord Grifo.

El pájaro-león se volvió hacia su compañero, Blane. Se había producido una tregua en la lucha, y ahora se encontraban asediados. Los lochivaritas y los dragones de fuego que actuaban como sus capitanes ponían a prueba la resistencia de la ciudad. Era evidente que los dragones temían más ataques del tipo que el Grifo había utilizado para hacer fracasar el primer ataque aéreo, pero la situación cambiaría muy pronto si el señor de Penacles no conseguía traducir los textos que había leído en los libros. ¿Por qué tenía que tratarse precisamente de versos y poesías?

Le quedaba un consuelo: cuanto más tiempo aguardasen los dragones, más difíciles de controlar se volverían sus fanáticos humanos.

—Kyrg —dijo—, espera al duque Toma. Toma, en estos instantes, se ocupa de la destrucción de Mito Pica.

—¿Qué? —Blane dejó caer el yelmo que sujetaba bajo el brazo—. ¿Mito Pica? ¿No podemos hacer nada?

—Nada. Hay tantos conjuros que yo consideraba útiles que están resultando insuficientes... No me extraña que el Dragón Púrpura no pudiera matar a Nathan Bedlam en el acto. La mayoría de los que estudian los libros piensan en términos generales, no en cosas concretas. Cada vez me doy más cuenta de que para enterarse de lo que realmente deseas, hay que ser muy específico. De lo contrario, las bibliotecas te hacen jugarretas.

—¿Por qué no ha escrito nunca nadie los conjuros en forma más sencilla? No hay duda de que alguno de los gobernantes de esta ciudad...

—Al cabo de tres días, cada copia de la página habría desaparecido. Cualquiera que lo leyera olvidaría enseguida lo que decía. Una especie de sistema de autoprotección, diría yo.

El rostro lleno de cicatrices del capitán se volvió más feo aún.

—¡Bah! ¡Magia! ¡A mí dadme una guerra convencional!

El Grifo sacudió la cabeza al tiempo que contemplaba el enorme ejército enemigo.

—No existen guerras convencionales.

Un edecán penetró en la habitación detrás de ellos. Al ver que no se daban la vuelta, carraspeó nervioso. Blane se volvió.

—¿Qué sucede?

El edecán palideció. El rostro del capitán había paralizado a más de uno.

—Perdonad, pero he venido a hablar con Lord Grifo con respecto a Lady Gwen.

El pájaro-león pareció interesado.

—¿Y?

—Fui a buscarla, como ordenasteis. Busqué primero en su habitación, y luego en la de su compañero desaparecido. No estaba en ninguna.

—Ya. —El Grifo se mesó los cabellos que le crecían bajo el pico—. ¿Qué hicisteis luego?

—Pe... pedí a otros que me ayudaran. Buscamos en varios pisos sin éxito. Fue entonces cuando averigüé la verdad.

—¿Y es? —Blane empezaba a impacientarse.

El soldado estaba blanco como el papel.

—Habló con vuestro espía antes que vos, Lord Grifo. Se enteró de que Mito Pica está a punto de caer bajo los ejércitos de Toma. Un criado lo escuchó todo, pero no quiso decir nada por temor a los poderes de la Dama.

—Es comprensible. Sigue.

—Se puso furiosa. El espía se encogió de hombros y se marchó, y sólo el criado pudo oír las últimas palabras de la Dama. ¡Planeaba ir a Mito Pica!

El gruñido de rabia que se escapó de la garganta del Grifo hizo retroceder a ambos humanos. En aquel momento el pájaro-león no era capaz de razonar, y pasaron varios segundos antes de que consiguiera serenarse.

—¿Somos acaso un barco que se hunde? ¿Nuestros aliados desaparecen uno a uno? —En realidad hablaba consigo mismo más que a los otros—. ¡Mito Pica está acabada! ¡Lo que busca probablemente ya no existe! ¡Esa locura puede ocasionarle la muerte!

Blane inquirió cauteloso:

—¿Qué es lo que busca?

—Cabe Bedlam creció cerca de Mito Pica. Durante un tiempo que comprende varias generaciones. El porqué y el cómo siguen siendo una incógnita ya que nadie lo sabía hasta que uno de los Reyes Dragón lo descubrió por accidente. No hay duda de que la Dama cree que puede encontrar alguna información sobre su pasado que pueda servirle para rescatarlo de Azran. Tiene muy pocas posibilidades, pero en estos momentos actúa más guiada por los sentimientos que por la lógica. Tendría que habérmelo imaginado.

El capitán de Zuu lanzó una tosecilla ronca.

—¿Qué haremos ahora?

El Grifo clavó la mirada en la habitación. Las Brumas Grises se habían deslizado al interior de la ciudad, y todas las habitaciones estaban en penumbra, a pesar de que las utilizadas por los militares estaban iluminadas por más lámparas de lo acostumbrado.

—He oído a otros hombres con esa misma maldita tos tuya. Ahora me doy cuenta de que me resulta demasiado familiar.

—¿Qué es?

—Las Brumas Grises minan nuestras fuerzas. Nos debilitamos mientras los lochivaritas respiran a pleno pulmón. A mí no me afecta, pero el resto de la ciudad esta en peligro. —Se dirigió a una ventana y miró al interior de Penacles—. Será un asedio corto. O bien acabamos con ellos durante las próximas una o dos semanas o caeremos ante ellos como niños enfermos.

Blane esbozó una especie de mueca.

—Reuniré a mis hombres...

—No; sería una carnicería. La clave está en encontrar el origen de las Brumas Grises. Si por lo menos... —El Grifo se interrumpió—. ¡Podría ser! ¡Blane! ¡Por favor informa al general Toos de que estaré en las bibliotecas durante las próximas horas!

—¿Qué sucede?

—¡Puede que haya confundido el fuego con el aire! —exclamó el pájaro-león mientras abandonaba la habitación a toda prisa.

Solo en la habitación, Blane se encogió de hombros, tosió, y recogió el yelmo que se le había caído al suelo.

—¡Asegura que las Brumas Grises no lo afectan! ¡Más bien parece como si le hubieran afectado el cerebro, que Zuukala nos ayude!

El tapiz había sido trasladado a una de las zonas más profundas y seguras del palacio. Aunque en realidad atravesó el edificio casi corriendo, al Grifo le pareció que apenas se arrastraba. No era más que una corazonada, y probablemente equivocada. Pero, de todas formas, explicaba muchas cosas, como por ejemplo el porqué Lochivar había pasado de ser una tierra limpia y pacífica a un erial espectral y sombrío. Le sorprendió que la idea no se le hubiera ocurrido en todos aquellos años.

Esta vez, las bibliotecas estaban situadas en el centro de la ciudad. En su mismo corazón. Se preguntó si no sería por razones de seguridad.

Sin saber siquiera cómo había llegado allí, se encontró de pronto en uno de los pasillos de las bibliotecas. El gnomo —o un gnomo— aguardaba pacientemente. Al Grifo no le sorprendió, pero sí lo hizo ver lo que el hombrecillo sostenía en una mano. En ella, sin haberlo buscado, había un libro de cubiertas azules; estaba abierto, y una antigua escritura cubría ambas páginas. El pájaro-león miró con curiosidad al guardián de los volúmenes.

El gnomo le entregó el libro sin parpadear y sin la menor vacilación.

—Para ahorrar un tiempo precioso, Lord Grifo.

Había transcurrido un día, y Cabe seguía en la silla. Empezaba a resultar terriblemente incómoda, pero el hechizo de Azran para mantenerlo inmóvil habría sido mucho peor, de eso no tenía la menor duda. De cualquier modo, todo hubiera ido mejor si hubiera comido al menos, pero por lo que parecía su padre se había olvidado

por completo de él.

Ese no era el caso ahora. Azran y su sillón se materializaron a menos de un metro de Cabe dejando un pequeño rastro de olor a azufre. En el rostro del perverso hechicero brillaba una sonrisa que no animó precisamente al prisionero.

—Bien, hijo mío, ¿cómo te encuentras hoy?

—¿Puedo dejar esta silla?

—Supongo que sí.

Azran agitó una mano en el aire, y Cabe vio cómo la zona que lo rodeaba empezaba a relucir y centellear. Cuando todo volvió a la normalidad, se incorporó con cuidado. Le dolía el cuerpo entero. Se irguió muy despacio...

... Y se abalanzó sobre Azran.

Resulta muy difícil hacer cualquier cosa cuando se flota en el aire, y Cabe lo descubrió en su propia carne. Su padre frunció el entrecejo, hizo girar un dedo, y se quedó mirando cómo su desventurada víctima daba varias vueltas sobre sí misma.

—Me desilusionas, Cabe. La verdad es que pensé que sabrías comportarte. —El rostro de Azran se ensombreció—. Ya veo que no tengo muchas posibilidades de poder discutir nada contigo. Es una lástima. Tendré que utilizar medidas más drásticas.

Cabe se vio arrojado contra el suelo sin cumplidos. El siniestro hechicero se acarició la mitad negra de la barba mientras cavilaba que aquel muchacho era muy parecido a Nathan.

—Sabes, ayer, me resultó muy difícil enfrentarme contigo. La relación familiar nunca ha sido mi punto fuerte, pero me parece que eso ya te lo he contado.

Perdido por completo su sentido del equilibrio, Cabe intentaba por todos los medios de apartar el suelo de su rostro y no prestaba demasiada atención a las palabras de su padre. Azran, inmerso por completo en sus pensamientos, no se dio cuenta.

—Tras haberlo vuelto a intentar, no veo otra alternativa que introducirte de inmediato en la vertiente más oscura del espectro. Una vez que hayas comprobado que es mucho más efectiva y satisfactoria, dudo que quieras rechazarla. Te lo digo por experiencia. —Los ojos de Azran brillaban con una luz extraña.

Capaz por fin de diferenciar entre lo que estaba arriba y lo que estaba abajo, Cabe se puso de rodillas en el suelo. No había hecho caso a gran parte de las palabras de su padre, pero una cosa sí se le quedó grabada. Azran pensaba entregarlo a los poderes diabólicos. Intentó incorporarse, mas las piernas se le doblaban. La cabeza aún le daba vueltas.

—¡No! —La exclamación salió de forma involuntaria y en una voz que, a la vez, era y no era la suya.

La figura vestida de negro de su padre se vio lanzada hacia atrás, sillón incluido,

contra la pared de piedra. Sólo la rapidez de reflejos de Azran evitó que el malvado hechicero se abriera la cabeza. Justo antes del impacto desapareció. La madera se estrelló contra la piedra; el sillón cayó al suelo hecho añicos.

Cabe se desplomó también sobre el suelo.

Azran volvió a entrar a los pocos instantes. Potentes ráfagas de aire y brillantes relámpagos llenaron la habitación. El brujo iba envuelto en un reluciente caparazón, y andaba agazapado, listo para un combate a muerte. Al principio no vio la figura caída en el suelo, y giró la cabeza a un lado y otro, en espera de un nuevo ataque.

Pasado un tiempo y al ver que todo permanecía tranquilo, el malvado hechicero se tranquilizó por fin lo suficiente para darse cuenta de que su rival estaba inconsciente. Los hechizos de protección desaparecieron casi al instante, con gran alivio por parte de varios, indescriptibles y bastante trastornados sirvientes.

—Mi hijo... ¡Bah! ¡Pertenece a Nathan en cuerpo y alma, y por lo tanto no me sirves para nada!

Con un gruñido, Azran lanzó un rayo de energía pura contra la inerte figura. El rayo rebotó y abrió una nueva ventana en la pared opuesta. Sorprendido, el hechicero volvió a probar. El agujero que se abrió en el techo permitió a varias criaturas siniestras el acceso inmediato a partes más seguras del castillo. Azran se echó hacia atrás y empezó a tirarse de la parte plateada del bigote. Sabía que el muchacho poseía un potencial de poder inaudito, pero eso no explicaba su utilización de habilidades que muchos adeptos tardaban años en aprender. El ataque que casi había acabado con la carrera de Azran no había sido mera fuerza bruta. Estaba planeado para varias defensas antes de llegar al blanco en sí. Que él hubiera escapado no significaba más que, a diferencia de algunos hechiceros, siempre añadía un retorcido toque de efecto a sus conjuros de defensa personal. Sólo eso le había dado el tiempo suficiente de transportarse a otro lugar en lugar de estrellarse contra la pared atenazado en un apretón invisible e inquebrantable.

Resultaba evidente que Nathan era el responsable. El ataque llevaba su firma. Era un estilo que nadie se había atrevido a imitar; precisaba una gran habilidad y muchísimo poder.

Azran comprendió que todas aquellas reflexiones no lo conducían a ninguna parte. Su hijo estaba protegido por el Caparazón de la Tortuga, una poderosa barrera que podía invocarse en un instante, e intentar penetrarla representaría una pérdida de tiempo y de energía. Además, el muchacho... —¿muchacho?, ¿después de varias generaciones?...— estaba indefenso. No podía salir a menos que se quitara la barrera, y en ese punto la huida resultaría imposible ya que Azran colocaría hechizos que lo reducirían al instante. No, Cabe seguía siendo un prisionero, a pesar de estar a salvo por el momento.

Se escuchó un aleteo en la ventana que daba a la gran extensión de las Llanuras

Infernales. Era uno de los Rastreadores que actuaba de una forma extraña. Azran volvió su atención a la criatura, y le permitió la entrada con un movimiento de la mano. El ser penetró volando y aterrizó, de pie, en el suelo. Luego se arrodilló ante el hechicero, la cresta de su cabeza erizada a causa de la excitación. Curioso, Azran posó una mano sobre la cabeza del ave.

Una partida de dragones. Más de una, de hecho se trataba de un ejército segmentado en varios grupos que venía desde todas direcciones. ¡En dirección... al castillo del hechicero! Azran apartó la mano. El Dragón Rojo venía en su busca. De alguna forma, la ubicación de su fortaleza ya no era un secreto. Siempre había pensado que los hechizos de los antiguos serían bastante poderosos para ocultarlo, pero, al parecer, no era así. Alguien había informado a los Reyes Dragón, los cuales creían que lo encontrarían confiado y vulnerable. Les demostraría lo equivocados que estaban en ambos casos.

Despidió al Rastreador tras ordenarle que preparara a los suyos para la batalla. Era dudoso que los seres-pájaro pudieran estar a la altura de la situación. Poseían la voluntad y el poder, pero eran pocos. No, decidió Azran, tendría que tomar parte en la batalla y despachar rápidamente al Dragón Rojo. Para ello, necesitaría la espada.

El cuerpo caído no muy lejos de él permanecía inmóvil. Una vez se aseguró que su hijo no escaparía a los hechizos que había colocado alrededor del Caparazón de la Tortuga, el siniestro hechicero marchó a su habitación secreta. Esta batalla anunciaría al mundo que existía un poder que debía tenerse en cuenta. Azran demostraría que era invencible.

Abandonó la habitación con la cabeza llena de sueños de grandeza. Si... si Azran hubiera prestado atención, habría advertido el pequeño resplandor que surgió de la nada en medio de la habitación, a menos de un metro de Cabe. Un conjuro deflector desvió las diferentes trampas dispuestas contra la figura del suelo. Luego, como si surgiera de entre su misma capa, el misterioso hechicero llamado Sombra apareció en la habitación y se dedicó a estudiar lo que lo rodeaba.

Una sonrisa pareció brillar en sus labios por un segundo. Tal y como había planeado, los habitantes del viejo castillo estaban ahora ocupados en los preparativos para la batalla. En cualquier momento se avistarían las huestes del Dragón Rojo y, en cuanto empezara la lucha, Sombra cogería a Cabe y se marcharía. No le importaba quién saliera victorioso. Tanto los Reyes Dragón como Azran perderían efectivos, una contingencia más que satisfactoria.

Sombra se inclinó para despertar a Cabe, y se vio repelido al instante por el caparazón de energía. Una excepcional expresión de sorpresa apareció por una milésima de segundo en el rostro encapuchado del hechicero. Era algo totalmente inesperado, que los ponía a los dos en peligro. Era posible que Sombra sobreviviera, pero no tenía el menor deseo de sufrir a manos de Azran. En cuanto a Cabe, no habría

la menor esperanza para él.

En el exterior, por encima de su cabeza, el aire aullaba con los gritos de los Rastreadores que avistaban ya al enemigo. Tanto si se les ordenaba como si no, defenderían la fortaleza hasta la muerte. Existía una conexión con aquella tierra que era más fuerte que cualquier hechizo. Invadir el territorio de los seres-pájaro era buscarse la destrucción. Sólo la rapidez de pensamiento de Azran lo había salvado de un horrible destino. Las partidas de dragones no tendrían tanta suerte.

Un leve gemido informó a Sombra de que Cabe empezaba a recuperar el conocimiento. Esperó que la lucidez regresará con la misma rapidez.

—¡Cabe! —Incluso un suspiro parecía capaz de hacer temblar la tierra.

Cabe se frotó la cabeza, abrió los ojos con un gran esfuerzo y contempló desconcertado la extraña jaula de color que lo rodeaba. Era como un arco iris que se hubiera vuelto loco. Una serie de brillantes colores se entrecruzaban aquí y allá, envolviéndolo por completo. Se volvió y apenas si pudo ver con cierta claridad la figura situada a su lado. Cuando se dio cuenta de quién se trataba, estuvo a punto de intentar salir de la envoltura, pero una advertencia de Sombra le impidió que se arrojase inútilmente contra ella.

—Esa no es la forma de salir, Cabe. Tienes que retirar el hechizo.

—¿Retirar el hechizo? Azran...

El nebuloso hechicero lo interrumpió alzando una mano enguantada.

—Azran no es el responsable. El Caparazón de la Tortuga es simplemente un conjuro de defensa. Si alguien lo ha invocado, has debido de ser tú, ¡sólo tú!

—Az...

—¡Silencio! ¡Pronuncia su nombre demasiadas veces y puede que se dé cuenta, a pesar de la batalla que se avecina!

—¿Qué batalla?

—¡Ya te lo diré luego! —gruñó Sombra—. ¡Si es que consigues liberarte!

Cabe decidió no mencionar que no poseía experiencia ni conocimientos y que tenía pocas esperanzas de liberarse a menos que lo consiguiera a fuerza de desear que la envoltura desapareciese.

El Caparazón de la Tortuga se desvaneció.

Perplejo, Cabe se puso en pie. Aunque sus piernas parecían a punto de doblarse, esta vez consiguió mantenerse erguido.

—¿Era eso todo lo que tenía que hacer?

Su compañero vaciló antes de responder.

—Sí, eso era todo.

Los feroces rugidos de guerreros inhumanos enzarzados en violento combate los alertaron. Los grupos de dragones del señor de las Llanuras Infernales se habían encontrado con los Rastreadores y los demás sirvientes de Azran. No cesaban de

escucharse ruidos que helaban la sangre en las venas, y Cabe decidió que no deseaba en absoluto contemplar la carnicería que tenía lugar en el exterior.

—¡Ven! —Sombra extendió una mano.

Sin que se supiera de dónde, surgió una abertura en el aire que se fue ampliando hasta ser lo bastante grande para que pudieran pasar los dos. El hechicero sin rostro pasó primero. Cabe sintió la tentación de tocar el extremo de la abertura, pero aquello podía acarrearle la pérdida de un miembro. ¿Y si el agujero se cerraba mientras su mano seguía en la habitación? No era una idea muy agradable.

Se encontraban en un lugar que no era un lugar. Sombra se detuvo sólo el tiempo necesario para advertir a Cabe:

—Estamos en algo muy parecido a lo que los hombres podrían llamar condenación. ¡Debes sujetarte con fuerza y no hacer caso de nada de lo que oigas! ¡Si nos separamos, puede que jamás encuentres el camino de salida!

Siguieron andando. Cabe bajó la mirada a los pies en un intento por ver sobre qué andaban, pero era como mirar a la nada. Una brumosa extensión de nada. Se preguntó qué sucedería si se soltaba, ¿caería eternamente?

Las voces lo rodeaban. Lo llamaban. Le suplicaban. Reían y lloraban. No eran voces fuertes; era mucho peor, alcanzaban justo los límites mínimos de su capacidad auditiva. Se oían susurros por todas partes. Cada uno atrayendo su atención e intentando distraerlo.

Uno le resultó muy parecido a la estentórea voz de Caballo Oscuro y Cabe prestó atención para averiguar qué decía, pero su guía escogió aquel momento para tirar de él hacia adelante. La voz se perdió mientras otras nuevas ocupaban su lugar, y el muchacho esperó no volverse loco antes de que regresaran a la realidad.

Por toda la eternidad. Parecía como si llevaran andando una eternidad. Sombra se mostraba silencioso y extraordinariamente áspero. Al parecer las voces también lo afectaban, quizá mucho más a causa de la maldición. Estaba seguro, no había duda de que había pasado algún tiempo allí.

—¡Ahí!

La voz de Sombra sonó por encima de los susurros. Cabe echó un vistazo al lugar que indicaba su encapuchado camarada. Vio un diminuto, casi insignificante punto de luz. Insignificante hasta que uno se daba cuenta de que no existía ninguna otra forma de iluminación excepto un suave resplandor que había acompañado a los dos viajeros desde que penetraran en aquel no-mundo de pesadilla. Los dos avanzaron hacia el punto de luz con renovado entusiasmo.

Crecía con extraña intermitencia. La distancia no tenía auténtico significado en ese lugar. Lo que estaba lejos en un momento dado estaba cerca el siguiente, y así sucesivamente. Casi tropiezan con la zona iluminada sin darse cuenta.

Sombra introdujo la mano libre en la luz y se formó una abertura en ella. Situado

detrás de su compañero, Cabe vislumbró un paisaje rocoso. Fuera la región que fuese, centelleaba. Centelleaba como un diamante.

Penetraron a través de la abertura. Cabe se sentó en el suelo muy agradecido. Sombra selló la abertura en la realidad y se volvió hacia el joven hechicero. La expresión del rostro del encapuchado era, desde luego, indescifrable.

—Descansaremos un momento. —Se sentó frente a Cabe. El suelo era rocoso y desigual, pero consiguieron encontrar un lugar en el que pudieran acomodarse.

Ahora que las cosas se habían calmado, Cabe aprovechó para hacer al otro algunas preguntas.

—Simón... Sombra, ¿qué te sucedió? ¿Pensamos que habías muerto junto con el Rastreador!

—No soy fácil de matar. Aunque el conjuro era muy poderoso, mis defensas consiguieron salvarme en último momento. Fui arrojado al vacío que existe entre los universos. Podrías decir que fue como si muriera.

Cabe, recordando la maldición que pesaba sobre el nebuloso hechicero, se estremeció.

—¡Demos gracias a los dioses de que no fuera así!

Sombra pareció asentir con la cabeza.

—Sí; demos gracias a los dioses.

—¿Quién atacaba la fortaleza de Azran?

El otro lanzó una carcajada.

—Los Reyes Dragón. Les pasé información, sabiendo que me proporcionarían la cortina de humo que necesitaba para salvarte. Han sido muy serviciales.

—¿Cómo sabías dónde estaba Azran y que era él quien me tenía?

—Mis poderes son mucho más antiguos que los que los demás están utilizando en estos momentos, y eso me proporciona ciertas ventajas. Y desventajas, también.

Cabe no insistió en lo que evidentemente era un tema desagradable para su amigo.

—Caballo Oscuro desapareció al mismo tiempo que tú.

Su compañero vaciló antes de responder.

—Temo que se haya perdido el Caballo Oscuro.

—¿Perdido? ¿Cómo?

—El vacío entre los universos es enorme y, aunque ese temible corcel forma parte del lugar, podría ser desterrado a él indefinidamente, y transcurriría una eternidad sin que encontrara la forma de salir. A lo mejor ya no lo volveremos a ver. —Sombra inclinó la cabeza.

Cabe deseó haber podido conocer mejor a aquella criatura. A pesar de su infernal aspecto, estaba seguro de que el corazón del eternal —si es que el Caballo Oscuro poseía corazón— estaba en el lugar adecuado.

Un leve movimiento llamó su atención. La cosa —estaba demasiado lejos para ver con claridad— desapareció casi al instante. No podía estar seguro de si era un hombre o un animal, y Cabe llamó a su compañero en voz muy baja para asegurarse de que nadie más podía oírle.

—¡Sombra! ¡Se acerca algo!

El encapuchado hechicero levantó la cabeza despacio, como si no hubiera sucedido nada fuera de lo normal.

—¿Puedes describirlo?

Cabe negó con la cabeza.

—Era grande. Como un oso, pero no tan torpe. Aparte de eso, no era más que una forma. No pude verlo con claridad.

—Lo mejor será que tengamos cuidado. No tenía muchas posibilidades de escoger en cuestión de lugares.

—¿Por qué? ¿Dónde estamos? —La sensación de alivio empezaba a dar paso a la preocupación.

—En la Península Legar. El territorio del Dragón de Cristal.

La sensación de alivio se desvaneció. El Dragón de Cristal era uno de los pocos Reyes que no tenía ninguna clase de trato con los humanos. El Dragón de Hielo odiaba a la humanidad; el Verde sólo se relacionaba con los elfos de los bosques; en cuanto al de Cristal... el Dragón de Cristal no tenía otros súbditos que sus clanes. Al menos, eso era lo que se creía.

La cosa desde luego no era humana. Cabe miró a Sombra. El hechicero sin rostro permanecía sentado tranquilamente, al parecer meditando, muy concentrado, sobre la naturaleza del multiuniverso. Antes de que Cabe pudiera decir nada, Sombra agitó un dedo para que callara y en voz muy baja le susurró:

—Deja que se acerque. Confía en mí.

Cabe se dijo que era exigirle llevar al límite su confianza, pero se guardó de expresarlo. Su compañero pareció esbozar una sonrisa, mientras el joven hechicero devolvía su atención al intruso que se acercaba.

Ya no estaba.

Hizo intención de levantarse pero Sombra se lo impidió sujetándolo por el brazo. Cabe lo miró con gesto interrogativo. En respuesta, el otro señaló en silencio hacia la espalda de su joven camarada, quien se volvió en redondo.

Un armadillo. Un armadillo más alto que una persona, y en posición vertical. Estaba bien protegido por la espesa piel y un par de brazos terminados en afiladas garras largas como dedos. De un color marrón oscuro, carecía curiosamente de cola, un contraste con su similitud con el animal.

La criatura le devolvió la mirada.

Sombra se adelantó y empezó a emitir un curioso ulular. El acorazado monstruo

lo observó pacientemente y, cuando el hechicero terminó, le respondió con el mismo tipo de sonidos, pero mucho más profundos. Luego se alejó. Sombra asintió y se inclinó hacia Cabe.

—Dice que nos guiará hasta un lugar mejor. Las patrullas de los Reyes Dragón vienen muy a menudo por aquí. —Su voz carecía de inflexiones.

—¿Qué es eso?

—Un Quel. Hubo un tiempo en que vivían por casi todo el Reino de los Dragones. Ahora sólo queda la Península Legar de lo que en una ocasión fue un imperio que rivalizaba con los mismos dragones.

Cabe habría querido preguntar más cosas, pero el Quel regresó de forma brusca. Iba acompañado por otro de su especie, casi idéntico a él pero más ancho y un poco más corto. Sus ojos tenían una expresión malévola. Negra como el vacío, le pareció al joven.

Igual que la zona en que estaban, los Quel brillaban con fuerza. Cabe pensó en un principio que se trataba de algo natural, pero entonces le dieron una delgada capa de ropa cubierta de pequeños y centelleantes diamantes, por la que los comerciantes de Mito Pica o de Penacles hubieran pagado una fortuna. El primer Quel le indicó que se la pusiera. Sombra se estaba colocando también una tela similar sobre la capa y la capucha, y a Cabe le maravilló que el hechicero no se asfixiara de calor.

—¿De qué sirven?

—Los cristales desvían y rechazan la luz, y, lo que es más importante, los hechizos. También sirven como camuflaje. De esta forma los Quel se funden con lo que los rodea. Ni siquiera el Dragón de Cristal puede localizarlos. Nosotros, por ser humanos, necesitamos estas telas; los Quel llevan sus protecciones en el caparazón exterior; se la ponen durante el crecimiento. Las grietas del caparazón acaban por cubrir una parte, aunque no todo, de cada cristal.

La criatura de la mirada siniestra, enojada, les hizo señales, quería que se pusieran en marcha y ellos se apresuraron a obedecer. Cabe observó que el otro Quel se había colocado detrás de él, y no creía que fuera para protegerlos de los Reyes Dragón.

A pesar de ser criaturas tan pesadas, se movían con mucha rapidez, mientras que Cabe y Sombra, más ligeros que ellos, pero física y mentalmente agotados por su viaje a través del siniestro no-mundo, tenían dificultades para mantener el paso. Ninguno de los dos humanos hablaba para conservar energía.

Tras cruzar incontables y repetitivas colinas —Cabe estaba ya más que medio convencido de que los Quel les estaban haciendo dar vueltas en círculo— llegaron a un modesto agujero en un montículo. La criatura que iba a la cabeza señaló en dirección al agujero y luego a ellos dos. El mensaje estaba claro; Sombra entró primero y Cabe lo siguió.

Fue una sorpresa descubrir que los túneles y cavernas de los Quel distaban mucho

de ser las madrigueras que había supuesto el joven hechicero. Muy al contrario, apenas tuvieron que arrastrarse un poco antes de que el primer túnel diera paso a otro mucho más amplio que no sólo estaba enlosado sino que sus paredes eran mucho más lisas de lo que hubiera podido conseguir cualquier artesano. Un poco más allá, Cabe descubrió lo que consideró era el extremo de un enorme edificio en la cueva que se abría ante ellos, y se preguntó qué tamaño tendrían las edificaciones subterráneas de aquellas criaturas blindadas.

Sombra empezaba a impacientarse. Su paso se volvió más rápido, llegando incluso a alcanzar y adelantar al Quel que iba a la cabeza. La enorme bestia lo detuvo con una de sus acorazadas zarpas y el nebuloso hechicero redujo el paso hasta volver a ocupar su lugar en el grupo. Cuando llegaron a la ciudad subterránea, los cuatro se detuvieron.

El hogar de Gwen había sido en parte roca natural y en parte construcción e implantación. Era una obra épica, sin embargo no era nada comparada con la que Cabe tenía ahora ante él. Esto era una auténtica metrópolis excavada en la misma roca. Torres que se iniciaban en las más vastas profundidades se alzaban hasta llegar al elevado y plano techo de la cueva. No existía castillo ni fortaleza que fuera tan alto como la torre más cercana a ellos, pero incluso ésta resultaba pequeña comparada con las que se alzaban más allá. Piedras preciosas brillaban en cada estructura, una fortuna en joyas. Pero por extraño que parezca, no se veía la menor señal de vida en la centelleante ciudad.

El más grande de los dos Quel emitió un débil ulular, al que su camarada replicó con rapidez. Se produjo una especie de desacuerdo entre ambos; el más alto quería dirigirse directamente a la ciudad; el otro señaló un sendero que bordeaba la caverna, y que comunicaba a menudo con corredores excavados en la misma roca. Sombra dijo algo en tono airado en la extraña lengua de aquellas criaturas. Por fin ganó la más voluminosa de las dos. Cabe contempló la ciudad desilusionado, diciéndose que sin duda podría verla más tarde.

Siguieron andando durante lo que pareció una eternidad. Cabe estaba asombrado ante la energía demostrada por los otros; él, por su parte, sentía enormes deseos de dejarse caer en el suelo y quedarse allí. Además hacía mucho tiempo que no había comido nada. Tan sólo el orgullo, para no mencionar cierto temor, lo impulsaba a seguir adelante. Llegado un momento, Sombra, gracias a una reserva de energía, se puso a la cabeza del grupo y esta vez el Quel no protestó.

Aquellos túneles estaban deteriorados y polvorientos, como si hiciera algún tiempo que no se usaran, cosa que suscitó de nuevo la cuestión de cuántos de aquellos monstruos vivían aún. Ninguno había aparecido en la ciudad durante los pocos instantes que Cabe había podido contemplarla, pero eso no probaba que estuviera vacía.

El túnel por el que iban fue a parar a otra cámara, mucho menor en tamaño que la de la ciudad, pero enorme de todos modos. Las paredes de la cueva estaban salpicadas de miles de bloques de roca incrustados de cristal de la talla de un hombre. Olía a animales, a un gran número de animales. Sobresaltado, Cabe se dio cuenta de que era el mismo olor que despedían los dos Quel.

—¿Dónde estamos?

No esperaba respuesta, pero Sombra le facilitó una.

—En el lugar de descanso de los Quel.

—¿Aquí es donde guardan a sus muertos?

—No, aquí es donde guardan a su raza.

Cabe lo miró con curiosidad pero, como de costumbre, no servía de nada intentar leer en la expresión de su compañero. El hechicero sin rostro indicó las paredes a modo de explicación.

Lo que él había tomado por bloques y estrías eran, en realidad, miles y miles de Quels, enrollados y colgados de las paredes. Sus caparazones salpicados de cristales estaban apiñados unos contra otros. Apenas si se les veían las cabezas, y los brazos y piernas quedaban totalmente ocultos. Pero Cabe no creía que durmieran y, en efecto, un ligero movimiento de cada uno de ellos revelaba que estaban despiertos.

—Duermen, Cabe Bedlam. Aguardan el momento de alzarse de nuevo para enfrentarse a sus antiguos enemigos, los dragones. Sólo un puñado de centinelas permanece despierto durante cada período de guardia. Él resto duerme hasta que se rompa el hechizo que los mantiene así.

—¿Cómo sabes todo eso?

Sombra lanzó una carcajada, pero Cabe no le vio la gracia.

—Algunos recuerdos permanecen, a pesar de las muertes de innumerables personalidades pasadas. Durante algunas de mis vidas estudié mucho y muy a fondo, buscando a estas criaturas de la misma forma que Azran buscaba la fortaleza de los antiguos.

—¿Cómo los podemos despertar? Si podemos utilizarlos contra los Reyes Dragón...

—El poder que provoca su sopor está fuera del alcance de nuestra raza... hasta ahora. Tú, amigo mío, eres el único con potencial suficiente para conseguirlo.

Los dos Quel los observaban no muy lejos, aguardando pacientemente mientras los humanos hablaban. Por fin, uno lanzó un grito interrogativo.

—¿Qué significa eso?

Cabe empezaba a sentir cierto recelo; los Quel no parecían de naturaleza muy bondadosa. Sus rostros terminados en largos hocicos tenían una expresión rapaz, y los ojos del más voluminoso se habían entrecerrado como si desconfiara de los dos hechiceros.

—Está simplemente impaciente. Esto es a lo más que han llegado para romper el hechizo; claro está que ninguno de ellos esperaba que sus magos murieran al lanzarlo. Pero, a pesar de todo, con mi ayuda, podemos remediar su error.

Cabe no estaba satisfecho, pero no sabía por qué.

—Dime que hay que hacer.

—Excelente. Aguarda. —Sombra conversó con los Quel imitando el sonido de sus guías, y tras alguna discusión, el más alto se marchó a hacer algo.

Mientras esperaban —qué esperaban, Cabe no tenía ni la menor idea— Sombra examinó el recinto con lo que parecía franca admiración.

—Este es un lugar lleno de poder. Es el único lugar donde puede hacerse. —Las palabras eran apenas un susurro; el encapuchado hechicero hablaba entusiasmado, consigo mismo.

Algo en el comportamiento de su camarada desconcertaba a Cabe. Un insistente pensamiento intentó abrirse paso en su cabeza, pero se desvaneció cuando Sombra volvió su atención hacia el muchacho.

—¡Ven! ¡Tenemos poco tiempo!

El Quel que quedaba en la habitación los condujo hasta una losa de piedra situada en el centro de la sala. La losa recordaba horriblemente a los altares de sacrificios que Cabe había oído decir utilizaban algunas razas salvajes. Sombra acarició la piedra con algo que parecía pasión. Sin querer, Cabe retrocedió...

... Y chocó contra el enorme corpachón del otro Quel. Con sorprendente rapidez, la criatura rodeó con un brazo al desventurado humano y con la mano libre le colocó un amuleto alrededor del cuello. Una joya roja como la sangre en el centro de la pieza empezó a lanzar destellos intermitentes.

—¡Sombra... Simón! ¡Ayúdame! —gritó Cabe.

El nebuloso hechicero anteriormente llamado Simón se volvió... y lanzó una risa ahogada. Hizo una reverencia, blandiendo la capa.

—¡Ahora llámame Madrac...!

Capítulo 13

Mito Pica. Otro nombre para añadir a la historia de la destrucción.

Las hordas de dragones del Duque Toma arrasaron la confiada ciudad. Los centinelas murieron rápidamente mientras torpes y estúpidos dragones inferiores se lanzaban contra los muros hasta que éstos o ellos cedían.

Siempre había más dragones de casta inferior. Dragones-serpiente, dragones de fuego, dragones aéreos... todos hicieron estragos, mutilando y matando a aquellos que luchaban o huían. Los peores fueron los dragones de fuego que adoptaron forma humana; éstos no mataron con la ferocidad de la bestia salvaje sino con el sádico refinamiento de la mente capaz de razonar. Incluso los dragones inferiores y el resto los evitaron.

Se había producido cierta resistencia, y todavía persistía parte de ella. Las tropas estacionadas en el corazón de la ciudad habían ganado el tiempo necesario para prepararse y la primera oleada que alcanzó los barracones encontró sólo la muerte. Por desgracia, la fuerza numérica estaba del lado de los invasores. Los capitanes humanos que aún quedaban con vida optaron por retirarse a las zonas circundantes y, si era posible, dirigirse a Zuu, Wenslis, o Penacles, si es que esa ciudad no había caído aún. Los habitantes de Mito Pica hicieron lo que habrían hecho al ser atacados los habitantes de cualquier zona. Huyeron para salvar la vida si eran lo bastante rápidos y murieron si no lo eran. Murieron más civiles que soldados, pero siempre hay más civiles para matar que soldados. Así es la guerra.

Fue en medio del desastre cuando se materializó la Dama.

Aún no había recuperado al cien por cien sus poderes y se vio obligada a hacer dos paradas antes de llegar a los campos que rodeaban la moribunda ciudad. La denominación campo era más bien un eufemismo; gran parte del terreno había quedado deshecho bajo las zarpas, cascos y pies de los participantes en la batalla. Había muchos árboles arrancados de cuajo. La Dama había pasado un día explorando la zona; no deseaba encontrarse con ninguna patrulla ni, mucho menos, con el Duque Toma en persona. Se decía de él que era un poderoso hechicero, un salto atrás a épocas pasadas. Lo único que le había impedido unirse a las filas de los Reyes Dragón era el dibujo de su huevo. Sin embargo, sólo ellos lo superaban en poder y, con la autoridad del Dragón Dorado para respaldarlo y el poder que él mismo controlaba, podía incluso gobernarlos en ciertas ocasiones.

Las preguntas que la Dama había hecho a los expatriados le habían proporcionado una vaga idea del lugar al que debía dirigirse. Estaba lejos de la ciudad, cerca de un pueblo no afectado por la carnicería. Toma era inteligente y tortuoso, pero había fallado esta vez. No era Mito Pica donde se había criado Cabe —no en Mito Pica misma— sino más bien en aquel pueblo sin nombre. Su suerte dependía ahora de lo

próxima que estuviera la casa del cazador del pueblo. Si la distancia era corta quizá la habrían pasado por alto. Si no...

Un pequeño grupo de dragones de fuego, bajo la apariencia de hombres y a caballo, aparecieron de improviso. Perseguían a tres jinetes, una familia: un anciano y dos personas más jóvenes, quizás unos recién casados o los hijos de aquel hombre. Los fugitivos no podrían dejar atrás a los temibles corceles de los dragones, en realidad la distancia entre los dos grupos era cada vez menor.

Gwen estaba a cubierto. Había lanzado un hechizo de invisibilidad a su alrededor, de modo que si decidía ignorar la situación, estaría a salvo y los poderes de Toma no la detectarían. Si interfería, ponía en peligro sus posibilidades de salir con éxito de su misión.

Interfirió.

El sendero por el que iban los fugitivos conducía a un grupo de árboles que había sobrevivido a la lucha. La Dama sonrió. Las plantas eran sus amigas, sus sirvientes más dispuestos. Les habló, les dijo lo que deseaba y por qué. Los árboles se entusiasmaron ante la idea de servirla.

Los humanos y sus caballos atravesaron el bosquecillo sin el menor problema. Los dragones de fuego no tuvieron tanta suerte. El jefe, convencido de que ya tenía la presa en sus manos, se adelantó al resto. Una rama lo golpeó de lleno en el rostro; el dragón la apartó a un lado. Otra rama más gruesa estuvo a punto de derribarlo; esta vez apenas si pudo esquivarla.

La tercera le alcanzó en el cuello cuando acababa de evitar la segunda.

El jefe del grupo cayó del caballo con un agradable crujido, la cabeza torcida en un ángulo imposible. No había la menor duda de que estaba muerto. Uno de los jinetes intentó evitar a su caído camarada, y el dragón encantado que lo transportaba tropezó con una raíz que no estaba allí un momento antes. El desventurado jinete cayó al suelo con un golpe sordo. No volvió a moverse.

Dos de los dragones de fuego que quedaban desmontaron. Los otros retrocedieron, clavando los medio ocultos ojos en los árboles que los rodeaban. Gwen despidió entonces a sus aliados; ya había hecho sentir su presencia durante un tiempo excesivo y esperaba que Toma estuviera ocupado en demasiadas cosas y no se concentrara en sus poderes.

Los jinetes que seguían ilesos recogieron a sus camaradas caídos y los arrastraron fuera del peligroso sendero. Desde la seguridad que le proporcionaba su hechizo, la Dama comprobó que el segundo jinete también estaba muerto. Los dragones colocaron los cuerpos sobre uno de los dos animales que sobraban ahora, indicación de que los dragones de fuego habían abandonado la presa; tanto daba puesto que ya no los habrían podido atrapar habiendo perdido tanto tiempo. Lo que también estaba claro era que ninguno de ellos quería atravesar el pequeño, y aparentemente

inofensivo bosquecillo. La Dama sonrió.

El sentimiento de triunfo no le duró demasiado. No obstante, a partir de ahí, tendría que moverse a pie. No serviría de nada saltar de un sitio a otro en busca de una cabaña que podría o no estar allí. Si lo hacía Toma seguramente se daría cuenta de su presencia. Además, de esa forma también podía no encontrar jamás su destino.

Tras reforzar su hechizo de invisibilidad, la Dama siguió adelante a través de la desolación y la destrucción, y dio las gracias a Rheena —la diosa de los bosques— en nombre de los esporádicos pedazos de terreno que no se habían visto afectados por los horrores de los carniceros de Toma.

Transcurrió una hora. Allí el terreno estaba virtualmente indemne. Aquí y allá, algún que otro matorral destrozado mostraba el paso de un gran ejército, pero Gwen no poseía los conocimientos suficientes como para saber a qué bando pertenecía. El sendero parecía conducir más o menos hacia donde ella quería ir. La embargó un mal presentimiento.

Unos veinte minutos más tarde, divisó algo que desde luego había sido construido por la mano del hombre; lo que no podía confirmar era si se trataba de una cabaña ya que los invasores lo habían destruido. Al acercarse estuvo a punto de tropezar con un dragón de casta inferior cuyo hechizo había desaparecido. Ahora nadie lo hubiera confundido con un caballo. Ni con un dragón. Estaba carbonizado. Gwen tocó los restos y percibió algo terriblemente familiar.

No muy lejos había una segunda figura, y encontró una tercera a pocos metros. Las dos pertenecían a dragones de fuego muertos bajo su apariencia humana. Que sus armas siguieran enfundadas evidenciaba que habían sido cogidos por sorpresa.

¿Qué le había sucedido al resto de los atacantes? ¿Y dónde estaban los habitantes de la cabaña? La Dama recurrió al más potente de sus hechizos defensivos antes de avanzar cautelosamente en dirección a lo que quedaba de la casa.

Encontró más restos de dragones de fuego cerca de lo que había sido la puerta principal. Uno había estado en pleno proceso de metamorfosis en el momento de morir. Alas medio crecidas, brazos que eran demasiado largos, y pies en forma de zarpas. Estos dragones no estaban quemados. Estaban congelados, y habían muerto en el acto.

Aquel tipo de trabajo le recordaba cada vez más algo que seguía enterrado en su subconsciente.

Se oyó un gemido. Se detuvo en seco, esperando en cualquier momento el ataque del resto de los merodeadores, pero un segundo gemido borró por completo aquel temor; era una voz humana. La voz de un dragón habría sido áspera, siseante incluso. Esta era más aguda, como la de un trovador.

Pasó por encima de lo que había sido la base de la pared norte y penetró en las ruinas de la cabaña. Los gemidos se habían apagado, y empezó a pensar que había

llegado demasiado tarde. Con menos cautela que antes, la hechicera se dirigió hacia el lugar de donde provenían.

Estaba enterrado bajo los escombros de lo que fuera el tejado. Tiró de una de las vigas, pero ésta no se movió. De mala gana, hizo un gesto con la mano izquierda, sabedora de que cada nuevo hechizo que utilizara atraería más aún la atención del duque hacia ella.

Cuando todos los pedazos de madera hubieron quedado depositados a un lado, la Dama contempló a la figura que yacía a sus pies. Tenía el rostro vuelto hacia el otro lado, pero las ropas rústicas y los cabellos rizados le recordaron a alguien de su juventud. Le volvió la cabeza despacio, para no hacerle daño. Por fortuna no se había roto el cuello.

Había estado en lo cierto. Su rostro le resultaba más que familiar; el nombre que pertenecía a aquel rostro era Hadeen. Era medio elfo y también un elemental. Nathan Bedlam no habría confiado en ningún otro más que en aquel medio elfo. Algunos decían que Hadeen había sido tutor del mismo Nathan, y podría muy bien ser cierto.

Hadeen parpadeó y sus ojos se abrieron. Por un instante, la miró directamente al rostro, y una sonrisa cruzó su desfigurada cara. Musitó algo, pero Gwen no pudo oírlo y se inclinó mas sobre él.

—Dama del Ámbar, hija de la diosa del bosque. —Como si aquella declaración lo dejara satisfecho, el medio elfo expiró.

La hechicera lo contempló consternada. ¡Había estado tan cerca! Toma había conseguido destruir la única débil pista que poseía.

—Gwendolyn.

La mujer se sobresaltó. La voz era la de Hadeen, pero su origen no estaba en aquel cuerpo inerte.

—Aquí, Gwendolyn.

Un roble alto y poderoso sacudió su enorme tocado verde. La Dama asintió para sí; Hadeen seguía siendo uno de los habitantes del bosque, a pesar de su mitad humana. Esa parte de él que era elfa había escogido uno de los árboles como última morada; su esencia ayudaría al árbol y a la tierra circundante a desarrollarse. De esta forma el espíritu de los elfos permanecía siempre con su gente.

Pareció casi que el árbol sonreía.

—Agradecemos a Rheena que llegases antes de que yo muriera, Gwendolyn. Si no hubiera sido así, jamás habría luchado por conseguir una apariencia de personalidad. Durante un corto tiempo puedo comunicarme contigo.

—¿Qué sucedió aquí, Hadeen? ¿Dónde está el resto del grupo de dragones?

Las ramas del roble se estremecieron triunfantes.

—¡Tierra, aire, fuego y agua! ¡A un elemental no se lo vence fácilmente en su propio terreno! Al primero lo atrapé con la llama purificadora. Un tornado se ocupó

de los siguientes atacantes; deben de estar en alguna parte de los mares orientales. El agua, en forma de hielo congelador, ofreció a varios de los monstruos un avance de lo que es el otro mundo, y la tierra se tragó a la mayoría de los demás. Por desgracia no pude protegerme durante todo el tiempo, y uno de los que abrasé consiguió lanzar un conjuro antes de morir. Me alcanzó mientras mi atención estaba concentrada en otra cosa.

El espíritu arbóreo hablaba a toda velocidad. No pasaría mucho tiempo antes de que la conciencia diera paso a la auténtica naturaleza del roble y cuando eso sucediera, la Dama tendría que interpretar emociones. Aunque comprendía a las plantas, la información que necesitaba sería imposible de obtener de una cosa que pensaba mediante emociones, no palabras.

—Hadeen...

—No existe Hadeen; sólo existe el roble y el espíritu que se funde con él.

La Dama repitió la pregunta con otras palabras.

—Tú que fuiste Hadeen y cuidaste del joven Cabe Bedlam, nieto de Nathan, tu amigo.

—Lo hice.

—Lo estoy buscando, y creo que está en poder de Azran. Quisiera saber...

La incorpórea voz la interrumpió:

—Hadeen conocía la existencia de la fortaleza del hijo traidor. Aquellos a quienes buscas no están allí.

Gwen se dio cuenta de que el espíritu del medio-elfo se fundía con la esencia del árbol; se le agotaba el tiempo, y ahora ya no sabía dónde buscar.

—¿Dónde está Cabe ahora?

—Se acerca al principio y al fin. El fantasma de dos mentes busca su poder, poder que no es suyo sino de ellos y sólo de ellos. Si se transmite el poder, los Quel despertarán.

La Dama arrugó el ceño defraudada y volvió a intentarlo.

—Hadeen, escucha...

La voz se esforzó por retener la poca individualidad que le quedaba.

—Gwendolyn. El hechicero sin rostro tiene a Cabe. La balanza se inclina ahora hacia el mal por lo que se refiere al nebuloso brujo. Ve a Talak. Espera allí a tu amor de dos épocas.

—No...

La voz del espíritu se apagaba.

—El niño se moría. Nathan quiso asegurarse de que al menos su nieto sobreviviera. Si lo conseguía, sería por pura suerte. Sabía que los Reyes Dragón ganarían, pero esperaba que la semilla volviera a crecer.

La mujer aguardó. En un principio no le contestó más que el susurro de las ramas.

—Gwendolyn; sólo los dos que son uno pueden triunfar.

Eso fue todo. El medio-elfo Hadeen ya no existía, y se había ido dejando más confusión que respuestas. ¿Los dos que son uno? Suspiró. Si hubiera tenido tiempo habría enterrado el cuerpo mortal de Hadeen, pero tal y como estaban las cosas, cada segundo que perdiera la ponía en peligro. El gran número de hechizos empleados en una zona tan reducida atraería con seguridad la atención de Toma, aunque no lo hiciera la pérdida de su patrulla.

Algo se movió entre los matorrales a su derecha. Había retirado su hechizo para hablar con Hadeen y ahora, aunque volvió de inmediato a su invisibilidad, buscó refugio en el roble que contenía aquello que había formado parte de Hadeen. Siempre existía la posibilidad de que los dragones de fuego poseyeran alguna especie de encantamiento que pudiera contrarrestar su hechizo.

Un dragón de poca monta, bajo su auténtica apariencia, se abrió paso entre los arbustos. No le prestó demasiada atención al follaje, procediendo como procedía de las Montañas Tyber, y arrancó algunos arbolillos y plantas mientras avanzaba bamboleante hacia los restos de la cabaña. Dos criaturas similares aparecieron detrás de él. Sabuesos de los Reyes Dragón.

Sabía que no podían olería; no importaba si soplaba o no el viento. Aunque no era un elfo, la Dama estaba en su elemento en los bosques. No desprendía ningún olor que pudiera delatarla como ser humano.

Pero éstos no eran sabuesos en el sentido corriente de la palabra. Mientras que dos investigaban la matanza, el primero se dedicó a olfatear el aire, volviendo la cabeza en una dirección que se acercaba demasiado al lugar donde se ocultaba Gwen. Apuntaba hacia la energía que emanaba de ella. La Dama sabía que los Reyes Dragón habían acariciado la idea de un perseguidor capaz de ver el poder, pero ésta era la primera vez que veía la idea convertida en realidad. No era un descubrimiento muy agradable.

Del mismo sendero del que habían surgido los dragones menores salieron cinco figuras cubiertas por sendas armaduras. Que no demostraran el menor temor frente a los sabuesos los señaló como dragones de fuego incluso antes de que estuvieran lo bastante cerca como para identificarlos visualmente. Cuatro de ellos empuñaban espadas; el quinto tenía las manos vacías. La hechicera decidió que era el más peligroso de los cinco ya que si iba desarmado era porque debía de poseer otras habilidades para protegerse.

Los guerreros dragones hurgaron alrededor de la cabaña. El que iba desarmado era evidentemente el que estaba al mando, y se mostró más que interesado en el cadáver de Hadeen. Gwen intentó contener todo lo posible la respiración. Tres de los cinco dragones de fuego y el perseguidor estaban a pocos metros de distancia. Sin el hechicero, la Dama no habría tenido ninguna dificultad, pero la presencia de aquél

podía retrasarla el tiempo suficiente para que uno de los otros la encontrara.

Después de registrar la zona, los dragones de fuego parecieron decidir que no quedaban supervivientes, y, ya que no podían hacer nada más, el hechicero decidió que era hora de marchar. Los guerreros y dos de los dragones menores obedecieron al momento; el tercero continuó mirando fijamente en dirección al lugar donde se ocultaba la hechicera. No se acercó más, pero tampoco se dio por vencido.

El hechicero se aproximó al animal con grandes zancadas y le golpeó con fuerza el lomo con la mano. La gruesa y curtida piel del perseguidor protegió a su portador de sentir dolor, pero la acción fue suficiente para desviarlo de su deber. La bestia se dio la vuelta y avanzó pesadamente en dirección a sus compañeros. El dragón de fuego se quedó mirando al roble, como si percibiera su auténtica naturaleza. Entonces uno de los otros lo llamó. El hechicero parpadeó, sus ojos rojos y enfurecidos miraban directamente a la mujer encubierta y sacudió la cabeza. Gwen lanzó un suspiro de alivio al verlo darse la vuelta y reunirse con sus camaradas aunque no se atrevió a apartarse del árbol hasta que estuvieron lejos de su vista y oído.

Hería su amor propio tener que ocultarse como un animal indefenso, pero el secreto era de la mayor importancia. Hadeen le había dado un revoltijo de inconexos pedazos de información y fuera como fuere tenía que darle algún sentido a todo aquello. Sabía que Cabe estaba en peligro. También sabía que Sombra había quedado añadido a su lista de adversarios. Siempre fue moneda de dos caras, y lo mejor habría sido no involucrar en absoluto al nebuloso hechicero. Su nueva identidad conservaría algo de los recuerdos de la anterior, y sus arcanos poderes le facilitarían casi todo el resto.

Ahora que estaba sola, lo único que debía hacer era visualizar un lugar en el que materializarse en su siguiente salto. Talak no estaba lejos; sólo precisaría de una parada en el trayecto. Qué ganas tenía de que sus poderes volvieran a estar al cien por cien. Aquella forma de viajar le merecía muy poca confianza.

Recordó un sendero de tierra que doblaba a la izquierda. Era la única carretera a Mito Pica desde la ciudad cercana a las Montañas Tyber. A pesar del tiempo transcurrido, Gwen estaba segura de que seguiría virtualmente igual. La visualizó en su mente y se concentró. El aire a su alrededor empezó a brillar.

La Dama se desvaneció.

Y se materializó. En una esfera de fuerza. Un guerrero dragón, ataviado con ropas doradas y un yelmo casi tan elaborado como el de los mismos Reyes Dragón, estaba sentado frente a ella. Su mano izquierda sostenía una copa de vino que alzó en gesto de bienvenida.

—¡Bienvenida, Dama del Ámbar! —exclamó Lord Toma, tomando un sorbo de vino.

Era demasiado obvio.

Y demasiado peligroso además. Significaría enfrentarse con el Dragón Negro en persona. Era la única manera de detener las Brumas Grises; el Dragón Negro controlaba las Brumas Grises.

El Dragón Negro era las Brumas Grises.

La equivocación radicaba en poner etiquetas. No todos los Reyes Dragón eran dragones de fuego. El Dragón de Hielo era buena prueba de ello. ¿Por qué, pues, iba a serlo el señor de Lochivar? La respuesta era negativa; era un dragón aéreo, y el más poderoso de todos. ¿Qué otro podría propagar su mortífera presencia sobre una región entera?

Para destruir las Brumas Grises, el Grifo tendría que destruir al Dragón Negro.

No sería tarea fácil. El pájaro-león era un veterano de incontables batallas, pero ni siquiera él se había enfrentado cara a cara con ninguno de los Reyes. Nathan Bedlam era el único que había conseguido tener éxito en algo semejante y le costó la vida. Sin embargo, si el Grifo no conseguía detener la asfixiante parálisis de la niebla, Penacles caería ante el enemigo.

Empezó a considerar muy seriamente su retirada del mundo de la política.

Cerró el tomo y se lo devolvió al bibliotecario. El gnomo lo tomó con cuidado y los ojos brillantes de excitación. Cuando el monarca de la Ciudad del Conocimiento se marchara, el rechoncho hombrecillo se volcaría sobre las páginas leídas por su señor. Lo que estaba escrito no era tan importante como el hecho de que estuviera escrito. El gnomo no vivía más que para los libros.

Las bibliotecas desaparecieron de la vista del Grifo, pero él no le prestó atención. Claro y simple, pensó para sí. El libro le había dado su respuesta en palabras claras y simples; sin trucos. Ni versos, ni acertijos. Las preguntas hechas al gnomo habían resultado inútiles; el bibliotecario sólo declaraba saber que su señor necesitaba aquel tomo en concreto. De dónde había sacado la idea, era algo que el hombrecillo no sabía. Las bibliotecas actuaban así.

Se materializó en el palacio en el momento oportuno. A juzgar por los ruidos provenientes del exterior, era evidente que los lochivaritas habían reanudado el ataque. Aunque en general le disgustaba utilizar la magia, el tiempo era esencial, así que hizo un suave gesto con la mano y desapareció...

... Y reapareció cerca de la muralla oriental. La violencia casi lo abrumba. Figuras vestidas de negro intentaban escalar la muralla y algunas conseguían llegar a lo alto. Pero eran inmediatamente atajadas por los defensores. Aunque la zona situada al otro lado del muro estaba cubierta de innumerables cadáveres, a aquellos fanáticos no parecía importarles. Seguían viniendo y viniendo, una oleada interminable dispuesta a engullirlo todo. Era difícil creer que fueran realmente humanos.

El número de bajas no se contaba sólo en uno de los bandos. Aquellas fuerzas enemigas que conseguían subir las escalas de asedio hasta la parte superior de las

murallas dejaban su huella. Morían demasiados defensores y, aunque el número de enemigos muertos o heridos les superaba probablemente por diez a uno, sus legiones eran mucho más numerosas. En una guerra de desgaste, Penacles perdería.

—¿De dónde venían estos invasores?

Dragones aéreos y dragones de fuego sobrevolaban la ciudad y, aunque de cuando en cuando soltaban alguna andanada, su efectividad se había visto reducida por la puntería de los arqueros. Si aquellos hombres caían...

—¡Lord Grifo!

Un hombretón ataviado con una pesada armadura le dio un empujón, y ambos cayeron hacia un lado. Unos segundos más tarde, el lugar en el que había estado el Grifo se encontraba envuelto en llamas. Los arqueros de la torre más cercana se ocuparon de inmediato del osado reptil, y el dragón de fuego fue a estrellarse contra el suelo, aplastando algunos puestos vacíos del abandonado bazar situado no muy lejos de allí.

Con una mueca, más por el peso caído sobre él que por haberse encontrado tan cerca de la muerte, el señor de Penacles gruñó a la figura que lo había salvado:

—Te lo agradezco, Blane, pero si quieres que tu acción sirva de algo, debo pedirte que te apartes de encima de mí antes de que muera por falta de aire.

El hombretón sonrió.

—¡Mis disculpas, Lord Grifo! ¡Cuando aparecisteis, los dragones mostraron un repentino y nocivo interés en vos! ¡Es probable que hayan recibido órdenes de acabar con vos a cualquier precio!

—Es probable, sí. ¿Qué sucede aquí, Blane? ¿Podemos resistir?

—Eso creo. ¡Los zombis se están quedando sin escaleras aunque no sin alelados que quieran subirlas! ¡Por los dioses! ¿De dónde los han sacado?

—Ojalá lo supiera. Quizá... —Las palabras del Grifo se apagaron mientras contemplaba cómo las hordas de Lochivar empezaban a retirarse. Penacles había sobrevivido un día más.

—¿Quizá qué? ¿Lord Grifo?

—¿Dónde está el general?

—¿Ese zorro? Cerca de la puerta sur. Un grupo de esas cosas negras intentó escabullirse hacia el lado oeste. Me imagino que ya los habrá barrido.

El Grifo posó las manos sobre los hombros de Blane, y el capitán se estremeció sin querer; las zarpas del pájaro-león podrían haberle desgarrado el cuello con facilidad. El Grifo conservaba todavía algo del animal. Estaba probado.

—Blane; creo que tengo la clave para acabar con esta guerra antes de que perezcamos todos a manos del enemigo o de la niebla. —Como si aquello fuera una señal, el capitán dejó escapar una tos ronca—. No tenemos mucho tiempo. Tengo que hacerlo.

—Hacer... —volvió a toser—, ¿qué?

—Conozco el origen de las Brumas Grises. ¡Es el Dragón Negro en persona!

Blane abrió los ojos de par en par.

—¿Entonces para destruir la niebla, tendréis que matar al Dragón Negro?

El otro asintió en silencio. El capitán enrojeció violentamente.

—¡Y supongo que pensáis que vais a ir allí solo a acabar con él! ¡Es una locura!

—Un gran ejército jamás lo conseguiría. Los humanos sucumbirían a las brumas cuanto más se acercaran al Dragón Negro. Sin Cabe, la Dama o Sombra, sólo puedo recurrir a mí mismo.

—¡Es un suicidio! ¡No lo permitiré!

El Grifo tiró de él hacia adelante cogiéndolo por el cuello de su uniforme, y Blane se encontró peligrosamente cerca del pico rapaz del pájaro-león.

—¡No estás en situación de decirme qué debo hacer! ¡Perdóname, capitán, pero Penacles no sobrevivirá durante mucho más tiempo! ¡Los lochivaritas han estado a punto de conseguirlo esta vez! ¿No te has dado cuenta de que los arqueros se han vuelto mucho más lentos? ¡Además perdemos demasiados hombres con cada nuevo ataque! ¡No tengo elección!

Soltó al sudoroso soldado y se volvió para contemplar el terreno en dirección a las tierras del Dragón Negro. Masas oscuras corrían hacia aquella zona, los restos del ejército de fanáticos. Por primera vez desde que aquello empezara, el paisaje no aparecía tan cubierto por las huestes enemigas. Los lochivaritas habían sufrido pérdidas considerables; pero eso todavía dejaba indemnes a los clanes del Dragón Negro. Había muchos dragones que aún no habían tomado parte en el combate, pero no pasaría mucho tiempo antes de que lo hicieran.

También había que contar con Kyrg. Sin duda esperaba a que ambos bandos se debilitaran el uno al otro, momento que aprovecharía para intervenir e intentar apoderarse de las bibliotecas en nombre del Emperador Dragón. ¿Cuánto esperaría aún?

Con expresión algo avergonzada, Blane se inclinó ante el Grifo y le entregó su espada.

—Perdonad, señor, mis acciones y tomad mi espada. Si debéis enfrentaros al Dragón Negro, os servirá bien.

El Grifo sonrió lo mejor que le permitió su rostro de rapaz.

—Levántate, capitán. —Lo estudió con atención—. ¿De origen real?

—Sí.

—Ya lo pensé. El segundo o tercer hijo, sin duda. Ya he conocido a otros como tú. —Blane se ruborizó—. Guarda tu espada. Estoy seguro de que me serviría en muchas situaciones, pero pocas cosas pueden atravesar la armadura de un Rey Dragón. No, necesitaré otra cosa.

—Si su piel es tan dura, precisaréis de la magia. Esto atravesaría cualquier cosa normal.

Los ojos del Grifo centellearon.

—¡Sí! ¡Creo que lo tengo! ¡Dejaré que el juguete de Azran cumpla con su cometido!

Si Blane estaba pálido antes, su semblante adoptó ahora la lividez de un cadáver.

—¿ La Espada Negra? ¡Se dice que más bien fueron los Amos y no los Reyes Dragón los que murieron por culpa de esa maldita espada!

—No son cuentos, no —repuso el otro con voz severa e inmutable—. Al menos en tres casos. Provocó la destrucción de todo lo que habían planeado. ¡Proporcionó a esos condenados lagartos varias generaciones más de vida! Azran tiene muchos daños que pagar; ¡su creación liquidará una pequeña parte de la cuenta!

Entretanto, a su alrededor, los supervivientes de la última confrontación se apresuraban a llevar a cabo la ingrata tarea de localizar a los heridos, retirar a los muertos, y limpiar escombros y cascotes. Había de todo en grandes cantidades. Las murallas empezaban a quedarse cada vez más desguarnecidas. El Dragón Negro se daba prisa en acabar su obra para evitar que Toma o Kyrq reclamaran el premio antes que él.

El Grifo apartó los ojos con gran esfuerzo de la escena que los rodeaba y se dirigió de nuevo al capitán llegado e Zuu.

—Cuando llegue Toos, quiero que los dos os encontréis conmigo en los establos. Allí os daré el resto de las órdenes.

—Necesitaréis provisiones.

—Llevaré muy poca cosa conmigo. Debo moverme con rapidez si quiero tener una mínima esperanza de conseguirlo.

Blane se llevó la mano a la frente a modo de saludo y el Grifo se alejó, con sus pensamientos convertidos en un torbellino. La Espada Negra era un arma repugnante; había quien decía que podía hacer suyo a aquel que la empuñaba, pero, por lo que sabía el Grifo, no eran más que suposiciones. Sólo tres personas habían empuñado jamás la diabólica espada, los dos primeros habían sido Azran y el Dragón Pardo. Si la espada había tenido un efecto hipnótico sobre ellos, sus acciones no lo habían demostrado; en cuanto a Cabe, el Grifo deseó haber tenido la previsión de interrogarlo. Ahora era demasiado tarde...

¿Por qué estaba la espada allí? Azran la habría querido. El señor de Penacles no creía en el azar; todo tenía una razón de ser, en especial esto. No, decidió, la Espada Negra había sido dejada allí por algún motivo. ¿Una trampa? Quizá. ¿Por qué? Azran no podía basarse en la suposición de que alguien la utilizara. Igual de improbable era la idea de que los secuaces del hechicero lo hubieran traicionado.

Por fin se encontró ante la puerta de su habitación. Los dos golems de hierro

impasibles. Al dirigirles un ligero gesto con la cabeza, uno de ellos abrió la puerta y el Grifo penetró en el interior.

Receloso de la espada y reacio a dejarla en la habitación de Cabe, había ordenado a uno de los golems que la recogiera y la llevara allí. Esa misma criatura lo esperaba ahora, la siniestra espada en su mano metálica apuntando directamente al pájaro-león. El Grifo esperó que el arma no tuviera ningún control sobre las criaturas sin vida.

Extendió la palma de la mano y ordenó:

—Dame el arma.

El golem sujetó la hoja de una forma que habría dejado a cualquier humano con una mano menos, y dirigió la empuñadura hacia su señor. El Grifo tomó la Espada Negra sintiendo que la pelambrera y las plumas se le erizaban ligeramente.

Le produjo un hormigueo, pero eso fue todo. Por extraño que parezca, casi se sintió decepcionado. Casi. Aunque al Grifo le gustaban los desafíos, no tenía temperamento suicida. Los que se lanzaban a la batalla con intrepidez y entusiasmo disfrutaban de una vida muy corta; en el caso del Grifo era el sentido común quien le dictaba las decisiones que debía tomar. Al menos hasta ahora. Tenía que admitir que Blane estaba en lo cierto, esta misión podía muy bien acabar en el desastre.

La Espada Negra estaba ahora en su mano derecha aunque el pájaro-león era zurdo. Extendió la mano libre y se quitó su propia espada, que arrojó a un lado. Luego tomó la otra con la izquierda. Un último gesto colocó la negra hoja en la vaina vacía.

Se llevaría sólo una de las bolsas de emergencia almacenadas en los barracones de la guardia de palacio. Eso y un pellejo de agua le proporcionarían el sustento necesario. El Grifo se preparaba para ir de caza; ningún animal cazaba con el estómago lleno. A pesar de sus modales diplomáticos, siempre habría una parte de él que pertenecía al mundo animal.

La ensangrentada Styx y su hermana Hestia pasarían muy cerca la una de la otra esa noche. No era tan terrible como en las noches en que se encontraban, pero de todas formas había que tener cuidado.

Lanzó una amarga carcajada. ¿Cuándo había existido una noche en la que no se tuviera que ir con cuidado?

Capítulo 14

Madrac/Sombra se inclinó sobre él. Aunque el rostro del hechicero permaneció en la penumbra, la aureola de maldad que lo rodeaba era muy evidente, y que Cabe no la hubiera percibido antes decía mucho en favor de los poderes del nebuloso brujo.

—No es el momento exacto aún. Debemos esperar hasta el principio de la decimoprimer hora. —Puede que una sonrisa acompañara sus palabras—. Esto nos da algún tiempo para charlar, si lo deseas.

Cabe le dirigió una mirada furiosa.

—¿No? ¿Ni siquiera para hacer preguntas? ¿Qué te parece ésta? ¿Qué cómo lo averigüé todo sobre ti y la situación en que te encontrabas, hummm? Me parece que ya sabes que no retengo más que recuerdos parciales después de cada reencarnación.

A pesar de la cólera que sentía, Cabe descubrió que lo escuchaba con atención.

—Estamos a punto de entrar en una nueva era, Bedlam. El imperio de los Reyes Dragón se muere. Se desintegra. El Dragón Dorado es un emperador que fluctúa entre el razonamiento sereno y la paranoia desenfrenada. La mayoría de sus hermanos son traicioneros y belicosos; ya no son los eficientes y fríos señores de estas tierras. Han sido víctimas del arma definitiva de tu abuelo. Se han visto infectados por la enfermedad denominada humanidad, y con el tiempo, todos a excepción de los dragones menores perderán su derecho al título de auténticos dragones.

—¿Qué quieres decir?

El hechicero lanzó una risa sorda.

—¡Pero has recuperado el habla! Lo que quiero decir es esto. ¿No has observado cómo los dragones de fuego, en especial los duques y los mismos Reyes, se pasean por ahí casi siempre bajo su forma semihumana?

—Siempre lo han hecho.

—No es así. Los primeros Reyes Dragón nunca se metamorfosearon. Sólo después de que empezaran a hurgar en la magia de los humanos comenzaron a adoptar ese aspecto semihumano. Para las hembras fue muy fácil aunque no consiguieron dominar la mayoría de los demás hechizos. Llegó un momento en que fue tan común que esta habilidad acabó volviéndose algo inherente en ellos mientras, al mismo tiempo, se debilitaban aquellas habilidades que habían sido originalmente suyas.

Se acercó uno de los Quel con un cristal muy ornado entre los brazos. Cabe lo ignoró a propósito.

—¿Qué tiene eso que ver con lo que decías antes?

—¡Todo! —Aquel que ahora decía llamarse Madrac indicó con un gesto las interminables hileras de Quels dormidos—. Antes de que llegaran los Reyes Dragón, esta tierra estaba gobernada por los seres que ves ante ti. Su imperio, en su momento

culminante, era más extenso que el de los reptiles, pero a medida que su poderío se derrumbaba, los dragones penetraron en sus tierras y empezaron a crecer. Se produjo un cambio de poderes, unos se sumieron en el letargo, los otros se hicieron con mayor control.

Despidió con un gesto al Quel que había traído el cristal. El acorazado monstruo lanzó un chillido de irritación, y sus enormes zarpas se alzaron en un evidente gesto de amenaza. Sombra le replicó en voz aun más alta y no menos enojada, y el Quel acabó por darse por vencido en cualquiera que fuese la discusión que tenía lugar y se retiró. Sombra devolvió su atención al prisionero.

—El Quel estaba ansioso por cumplir con la ceremonia. No comprenden que debe realizarse a una hora concreta. —Se inclinó hacia adelante y le susurró a Cabe, aunque era muy probable que sus inhumanos aliados no pudieran comprenderlo—. Va a ser un momento trascendental para todos nosotros. Durante un corto tiempo, poseerás un poder inimaginable. Después, los Quel quedarán libres y yo conseguiré aquello que se me ha escapado durante indecibles años. ¡Liberación!

El hechicero chasqueó los dedos e hizo un gesto a la criatura. Cabe pasó la mirada del uno a la otra, sin gustarle nada lo que sucedía.

—¿Qué sucede?

—Se acerca el momento. Dentro de un instante empezaremos con los preliminares. Me temo que tendré que cortar en seco mi narración. Baste con decir que los poderes que me controlan son los que han llegado hasta nosotros desde aquellas épocas pasadas. Aquel que dominaba cuando Simón te encontró, preferiría dejar tranquilo este nuevo mundo, pero aquel que ahora controla mis acciones aguarda con fruición la nueva era. Ahora que los Reyes Dragón ven menguar su poder, los Quel y las costumbres de antaño recuperarán el control y el hombre no tomará las riendas de estas tierras. Vivirá sólo para servir.

—¿Como tú?

La palma de una mano se estrelló contra el rostro de Cabe. La cólera dominó al otro a pesar de que sus facciones no podían revelar nada.

—¡Cuando el poder se haga con el control, me libraré de esta ridícula maldición! ¡Seré Madrac! ¡Sólo Madrac! —Sombra alzó la mirada—. ¡Pero me temo que el resto seguirá siendo un misterio para ti! —Lanzó una carcajada.

Estaba loco, pensó Cabe. ¡Había pasado de las manos de un demente a las de otro! Volvió la cabeza y se encontró con la siniestra mirada del Quel. Enfrentarse a los Reyes Dragón ya era bastante arriesgado, pero ahora los hombres se encontrarían con que esta nueva amenaza pendía sobre ellos. Forcejeó para moverse, pero no le sirvió de nada.

Sombra se apartó de él. El encapuchado nigromante empezó a murmurar palabras curiosamente familiares al cautivo, aunque sabía que jamás había oído antes aquella

lengua. Unos inquietantes zarcillos de humo negro se materializaron alrededor de la cabeza de Sombra.

El Quel tenía los ojos clavados en el pequeño cristal situado sobre el pecho de Cabe. Había empezado a brillar, de una forma apenas visible al principio, pero que iba aumentando en intensidad a medida que se acercaba la hora.

La figura encapuchada estaba absorta en sus conjuros. Cabe no le prestó atención, que estaba fija en el objeto que tenía sobre el pecho. Todo lo demás dejó de tener significado.

Cuando faltaba poco para la hora decimoprimeras el cristal empezó a temblar. Peor aún, habría jurado que se hundía muy despacio en su pecho. Sin embargo no sentía dolor ni sangraba, sólo un cosquilleo.

El Quel se agitó inquieto. Era obvio que no estaba en absoluto preparado para aquel incidente; su largo rostro se volvió hacia Sombra, pero el hechicero seguía ocupado en su conjuro. El monstruo, más temeroso aún de perturbar la ceremonia, permaneció callado pero no dejó de observar el repentino acontecimiento con gran desasosiego.

Como una criatura atrapada en arenas movedizas, la joya se hundió más y más en el cuerpo de Cabe, y el horror se vio reemplazado por la fascinación... y algo más. Cabe comprendió que la joya no le haría daño, muy por el contrario, le ayudaría.

Sombra, que parecía ahora un espectro agitado por el viento, se movía con rapidez en medio de los poderes que empezaban a despertarse, y sus manos se agitaban de un lado a otro, aumentando con cada movimiento los remolinos de niebla. Los Quel dormidos se estremecieron a la vez y al centinela de Cabe lo distrajeran los movimientos de su gente.

Algo oscuro y nebuloso se formó en el rincón más lejano de la cámara. Estaba detrás de la criatura de guardia, de modo que sólo Cabe notó su presencia aunque le prestó poca atención; el cristal exigía y recibía casi toda su concentración.

Una carcajada procedente de la mismísima eternidad surgió de aquella ignorada oscuridad. Era una risa sorda, casi imperceptible. No obstante, el Quel de guardia se estremeció y dirigió una mirada a su alrededor, pero no se volvió en dirección a la oscuridad.

No obstante, Sombra sí lo hizo.

—¿Quién se ríe...? —Sus ojos se clavaron en aquel lugar que hasta ahora había pasado inadvertido. Lanzó un juramento, miró a Cabe, y empezó a gesticular.

En un instante pareció que las fuerzas de todos los avernos hubieran sido liberadas, y la risa aumentó súbitamente de intensidad, ahogando la mayoría de los demás ruidos. El encapuchado hechicero, alertado por sentidos más allá de lo normal, lanzó su hechizo. No era Cabe su blanco; más bien lanzaba todo su poder contra la oscuridad. Los dos poderes se encontraron y lucharon por obtener el control. Fue un

combate corto. La oscuridad absorbió el poderoso hechizo de Sombra como si hubiera estado compuesto de nada.

De entre la oscuridad surgió una criatura tan oscura y siniestra como el lugar del que procedía. Unos cascos enormes dejaron profundas marcas sobre el suelo de roca, y unos ojos gris acerado contemplaron a los que tenía delante. Las alborotadas crines se agitaron lanzando al aire pequeñas partículas de negra noche, mientras la boca formaba una mueca que dejaba entrever unos dientes afilados y nada propios de un caballo.

El Caballo Oscuro saltó sobre Sombra.

El Quel intentó cortar el paso a la enfurecida figura, pero todo lo que consiguió fue desvanecerse en el interior del vacío que era el Caballo Oscuro. La lustrosa figura del equino ni siquiera aminoró la velocidad y, al poco, el hechicero y el eternal se enzarzaban en violento combate.

La fascinación que el cristal ejercía sobre Cabe se vio bruscamente interrumpida por la aparición de su sobrenatural amigo. Se puso en pie, pasando por alto el hecho de que sus ligaduras hubiesen desaparecido de repente, consciente sólo de que el enfrentamiento de dos fuerzas tan poderosas creaba una situación de peligro grave.

El Caballo Oscuro pateó al mago con los cascos delanteros pero, aquello que en otras circunstancias habría agrietado montañas, no significó más que un empujón para el nebuloso hechicero. Sombra recuperó rápidamente el equilibrio y lanzó varias afiladas lanzas negras contra el corcel, mas la criatura consiguió maniobrar para esquivarlas al tiempo que cargaba contra su oponente.

—¡Cabe! ¡Talak! ¡Debes ir a Talak! ¡Vete!

No fue un mensaje verbal, más bien surgió de la mente de Cabe. Como si se tratara de una marioneta, su cuerpo se movió rápidamente en dirección a la entrada de la cámara; a su espalda podía oír los alaridos y explosiones de los poderes desatados. No tenía el menor deseo de esperar el resultado.

En medio de todo esto, el cristal enterrado profundamente en su pecho había quedado olvidado. No obstante algo había cambiado en él. El brillo había variado de color, y la joya era ahora tan azul como el cielo diurno aunque seguía centelleando de forma intermitente. Cabe no se dio cuenta, pero cuanto más esfuerzos realizaba, más palpitaba la piedra.

Puede que fuera la magia o quizá algún sexto sentido, pero alguna advertencia hizo que Cabe se agachara. Una enorme hacha de cuatro filos se hundió con fuerza en la roca a la altura del lugar donde debía de haber estado su cabeza. El Quel que la empuñaba lanzó un furioso chillido y levantó el arma para asestar un nuevo golpe.

Cabe apenas si tuvo tiempo de alejarse rodando por el suelo mientras aquella monstruosidad en forma de armadillo intentaba una vez más separarle la cabeza del resto del cuerpo; entretanto en el interior de la cámara dormitorio, el duelo de titanes

seguía adelante, y el desdichado joven tuvo que vérselas ahora también con gran cantidad de rocas que caían del techo además de su homicida adversario.

En un acto desesperado, extendió la mano izquierda en dirección al Quel. Al mismo tiempo, voces ininteligibles surgieron de su boca. Las puntas de sus dedos brillaron. Su color era idéntico al del cristal.

El Quel dio un paso atrás para tomar más impulso, su hacha se elevó en el aire a una altura anormal... y se clavó en el techo, levantando a su impotente propietario del suelo. La roca, medio suelta ya como resultado del combate que librarán Sombra y el Caballo Oscuro, se desplomó y empezó a derrumbarse. Cabe consiguió saltar hacia adelante; el Quel no tuvo tanta suerte y quedó enterrado bajo toneladas de tierra y piedra.

Poco dispuesto a quedarse para averiguar si el Quel estaba vivo o no, Cabe siguió adelante. Su magia había vuelto a salvarlo y, lo que era más importante, se sentía muy cómodo, más seguro de sí mismo. Por carecer de experiencia en la materia, no estaba familiarizado con el recorrido que se veían obligados a efectuar otros usuarios de las artes mágicas.

Pasó junto a la ciudad sin detener su carrera y sin que hiciera su aparición ningún otro Quel. ¿Había sólo dos? No podía creer que tuviera tanta suerte. Sin embargo, nada impidió su avance. La entrada por la que habían penetrado estaba apenas a unos segundos de distancia, y eso le hizo reflexionar. El Caballo Oscuro le había dicho que huyera a Talak, pero Talak estaba lejos, muy lejos, hacia el nordeste.

Salió a la superficie y escudriñó la zona. La Península Legar parecía engañosamente pacífica y hermosa. En cualquier otro momento habría sido fascinante explorarla, a pesar de tener que tomar en cuenta que estaba bajo el control del Dragón de Cristal.

Había anochecido. A Cabe no le gustaba la idea de viajar de noche, pero no se le ocurría otra alternativa. No tenía ninguna luz y quizá fuera lo más sensato no llevar ninguna; en aquella zona una antorcha se distinguiría a kilómetros de distancia. Esperó que no hubiera grandes depredadores por allí puesto que esta vez no tenía una espada mágica que le salvara el pellejo y tendría que confiar en sus propios poderes y habilidades.

Por las estrellas que podía ver, determinó la dirección general que debía tomar. El suelo bajo sus pies se estremecía, recordándole el terrible combate que se celebraba. Con redoblado esfuerzo, Cabe se alejó rápidamente de la entrada del túnel.

No le fue difícil ver por dónde iba. Con las dos lunas en el firmamento, el terreno relucía ligeramente alumbrado por su luz. Al poco rato, aminoró el paso. Seguir corriendo no le serviría de nada. El combate entre el Caballo Oscuro y Madrac/Sombra podía finalizar en cualquier momento y, si el encapuchado hechicero salía triunfante, no tardaría ni un minuto en pisarle los talones a su víctima. Cabe

deseó poderse transportar, volar o llamar a algo que pudiera llevárselo de allí, pero sus poderes no parecían estar preparados aún para aquella etapa.

No se movía ni un alma. ¿No había animales allí? Era extraño. No había oído ni un insecto ni un ave nocturna. ¿Se extendía la maldición de las Tierras Yermas más allá de lo que se creía? Hasta donde sabía, nadie había contado nunca haber viajado a esa remota zona de los Reinos de los Dragones. Eso quería decir o bien que nadie se atrevía a hablar de ello o que nadie había regresado jamás.

El tiempo se convirtió en algo borroso. Cabe sólo recordaba haber corrido, luego andado, y finalmente haber avanzado tambaleante por la Península Legar. En un momento dado, acabó por desplomarse en el suelo, totalmente agotado por la dura prueba. No había prestado la menor atención al cristal de su pecho, convertido ahora casi en parte integral de él. Tampoco sabía que se había efectuado una transformación en sus cabellos, debida en parte a la joya; ya no le quedaba ni rastro del color original. Las hebras plateadas lo cubrían por completo.

Durmió toda la noche, despertándose sólo una vez, y sólo por un instante. Lo que había perturbado su sueño podría haber sido un movimiento de la tierra o el interminable combate entre los dos seres inmortales, pero en aquellos momentos a Cabe no podía importarle menos. Volvió a dormirse de inmediato.

Aunque él no había visto ni rastro de ella, la vida sí abundaba en la península. Uno o dos pequeños herbívoros pasaron corriendo junto a su cuerpo inmóvil, y un ave voló por encima de su cabeza, pero ninguno de los animales peligrosos, en especial los lobos de las colinas que dominaban la zona, se acercó. De hecho, aquellos que decidieron hacerlo cambiaron de idea de improviso y se escabulleron a toda prisa hacia otros terrenos de caza, ignorantes de que había habido una alteración en sus planes. En cada ocasión, el cristal lanzó un fuerte destello.

Llegó la mañana, y con ella las sorpresas. La primera de todas fue el agradable olor a tocino friéndose en el fuego de un campamento. La segunda fue que su mente verificó que ya no estaba solo. Con una velocidad que lo sorprendió casi tanto como las otras circunstancias, Cabe se echó a rodar por el suelo para alejarse de las figuras que tenía cerca.

—Se mueve casi como un alce.

—¡Hum! Querrás decir que se mueve más bien como un alce recién nacido. Sus bonitas ropas se llenarán de manchas de hierba, ya verás.

Eran dos, y, como había vivido bastante cerca del Bosque de Dagora, Cabe reconoció enseguida lo que eran aunque jamás hubiera visto a ninguno de su especie. Era imposible confundir a los elfos del bosque con cualquier otra cosa.

Eran bajos, delgados y casi idénticos. Apenas si llegaban a la altura del hombro a Cabe a pesar de que el joven había oído hablar de la existencia de algunos más altos que a veces se infiltraban entre los humanos e incluso se casaban con ellos. Estos dos,

sin embargo, eran definitivamente elfos puros.

Estaban inmóviles el uno al lado del otro, y el de la izquierda sonrió burlonamente y dijo:

—Tiene algo del Pueblo. Puedo olerlo, ¿tú no?

Su mellizo afirmó con la cabeza a regañadientes.

—De todas formas apesta a humano, y a algo más.

Cabe decidió intervenir.

—¿Quién...?

—¡Y tanto que sí! Debe de ser el mago que buscamos.

—Pardo...

—Tiene que serlo. No parece gran cosa, ¿no crees?

—Yo...

—El aspecto puede engañar a veces. De todas formas, creo que tienes alguna razón. No tiene mucho aspecto de mago.

El enojo creció hasta llegar al punto de ebullición. Algo estalló.

—¡Es un mago, ya lo creo!

—¡Silencio! ¡Puede hacerlo otra vez!

—¿Por qué tiene que abrir agujeros en este paisaje tan bonito?

—¡Silencio! —Cabe apenas si podía contener una segunda explosión.

Los dos elfos del bosque salieron al instante. Inmóviles, parecían haberse convertido en un par de estatuas en la entrada principal de la mansión de algún gran señor. No obstante, para Cabe no eran más que dos grandes molestias.

—¿Quiénes sois?

—Allanard —respondió el de la izquierda.

—Morgyn —respondió el de la derecha.

—¿Me buscabais a mí? —inquirió Cabe cruzando los brazos.

Allanard se frotó el codo e hizo una mueca de dolor. Ambos elfos llevaban las mismas ropas: sencillos atuendos rústicos verdes con pequeñas manchas marrones aquí y allá. Las ropas armonizaban perfectamente con el paisaje que los rodeaba.

—¿Eres Bedlam?

—Sí.

Morgyn asintió y dijo:

—Lo veo en el rostro, ya lo creo. Eres como tu abuelo. —Hizo una mueca—. También como tu padre.

—¿Por qué me buscabais? ¿Qué queréis?

Los dos elfos se echaron a reír, pero callaron al ver el rostro de Cabe. Allanard sonrió.

—De ti no queremos nada. Esto es un favor que hacemos. Un favor para un medio pariente y para tu abuelo, el bueno de Nathan.

Morgyn descubrió entonces el cristal.

—Allanard, tiene una maldita piedra preciosa hundida en el pecho.

—¡Silencio!

Cabe no le había estado prestando atención.

—¿Quién es este medio pariente? —preguntó—. ¿Por qué iba a ayudarme?

—¿Por qué? ¡Simplemente presencié cómo rompías tu vínculo con la muerte y crecías! ¡Eso es todo! ¡Hablamos del hombre que tú creías era tu padre!

—Mi...

—Se llamaba Hadeen, y cuidó de ti por afecto a Nathan. Puede que también haya alguna cuestión de sangre involucrada.

—¿De sangre? —Cabe palideció. Allanard sacudió la cabeza. Incluso sus cabellos eran verdes.

—Estamos hablando de parentesco, ya lo creo. Puede que seas pariente nuestro, y eso hace que sea doblemente importante que te ayudemos. Además... —Por vez primera la amargura hizo su aparición en su alegre voz— ...los reptiles tendrán que pagar por Hadeen.

Cabe no oyó esta última parte, su mente había retrocedido al peligro situado bajo tierra. Esperó que aquellas dos criaturas poseyeran un buen medio de transporte. Cuanto más lejos estuviera de la Península Legar, mejor.

Como para hacer hincapié en ese punto, el suelo tembló con furia sobrenatural, derribando a Morgyn.

—¿Es que ha estallado la guerra entre los gnomos?

Cabe recuperó el equilibrio antes de responder:

—¡Peor aún! ¡Un hechicero llamado Sombra y una criatura llamada Caballo Oscuro luchan en alguna parte allá abajo!

Los elfos se quedaron boquiabiertos. Allanard fue el primero en recuperar la voz.

—¡El corcel negro y el hechicero de doble personalidad peleando! ¡No se nos dijo nada de esto! ¡Hay que darse prisa!

—¿A dónde vamos? ¿Tenéis caballos?

—¿Caballos? ¿No eres un mago y también uno de nuestra sangre?

—Eso es disc...

Allanard lo hizo callar con un gesto.

—¡Necesitamos velocidad, aunque no sé si es posible escapar de alguien como esos dos si uno de ellos te busca con artes diabólicas! ¡Morgyn! ¡Ésta es tu especialidad!

—¡Sí, hermano!

El terrible combate que se desarrollaba bajo la superficie quedó olvidado mientras Cabe observaba asombrado. Morgyn sacó un pedazo de tiza negra y empezó a bosquejar una figura en el aire. Literalmente. Donde fuera que dibujara, quedaba una

línea negra marcada a pesar de que no había nada que la sostuviera.

El joven hechicero tardó algunos instantes en reconocer la silueta del dibujo. Se trataba sin duda alguna de un pájaro, pero debía de ser uno de los pájaros más grandes que hubiera visto jamás. De haber sido real, la criatura habría podido transportarlos a todos ellos.

Morgyn finalizó la silueta y luego añadió rápidamente varios detalles tales como ojos y boca. El último y más curioso fueron tres sillas muy grandes sobre el lomo del pájaro. Cuando decidió que el ave estaba completa, Morgyn agitó la tiza y murmuró algo en lo que debía ser la lengua elfa.

Una masa amarronada rellenoó el dibujo. Los ojos del pájaro parpadearon. El pico se abrió y se cerró, mostrando por un instante su lengua rosada. Unas alas enormes se agitaron con fuerza en el aire. Parecían seguras. El gigantesco cóndor volvió la cabeza y contempló a su creador con uno de sus enormes ojos.

Y todo esto sucedió en menos de un minuto.

Allanard miró a Cabe.

—¿Y bien? ¿A qué esperas, a que ese hechicero de rostro borroso te dé un empujoncito?

Cabe se subió, cauteloso, sobre el lomo del pájaro y se acomodó en el asiento central que era el mayor de los tres. Los dos elfos ocuparon sus lugares, y Morgyn palmeó ligeramente la cabeza del cóndor. El joven hechicero lo miró horrorizado.

—¿No hay riendas?

El elfo acarició su creación y sonrió.

—¿Y para qué necesitamos riendas?

El cóndor despegó, y Cabe se sujetó con todas sus fuerzas. Le fastidiaba ver a Morgyn sentado delante de él, sujetándose sólo con las piernas al ave voladora. El elfo reía a grandes carcajadas, y lo mismo hacía Allanard. Ambos elfos estaban en su elemento en aquella clase de transporte, pero Cabe habría estado más a gusto con un vehículo bamboleante pero fácil de manejar como por ejemplo una carreta.

El cóndor se elevó más y más. Cabe hizo intención de mirar abajo pero se contuvo justo a tiempo. Allanard lanzó una risita.

—Puedes mirar abajo, claro que sí. No verás más que nubes a esta altura. —Su énfasis al hablar de la altura en que se encontraban sólo consiguió aumentar el grado de nerviosismo de Cabe. La voz de Morgyn se dejó oír desde la parte delantera.

—¡Cabezas arriba! ¡Vamos directos a una oscura!

La sorpresa del joven no duró ni un minuto antes de que una nube gris apareciera frente a ellos. El cóndor penetró en su interior sin preocupaciones, y los elfos, con gran enfado de Cabe, se echaron a reír de buena gana mientras se adentraban en la nube. Decidió que poseían un sentido muy curioso del humor.

Todo su cuerpo se vio cubierto de gotas de humedad, a pesar de que no tenía

ningún calor. El aire estaba impregnado de un olor peculiar que Cabe reconoció finalmente como el olor que queda después de una tormenta primaveral. Era un aroma limpio y le ayudó a tranquilizarse. Segundos más tarde, abandonaban la nube de tormenta. Los tres estaban completamente mojados, pero sus compañeros no parecían en absoluto preocupados por ello. El viento no tardó en secarlos mientras seguían adelante.

Cuanto más viajaban, más se acostumbraba Cabe a tan curioso medio de transporte. Incluso se atrevió a mirar hacia abajo de cuando en cuando. Fue la primera de estas ojeadas la que lo hizo maravillarse de la velocidad que llevaban.

Por miedo a soltarse, decidió hablar con Morgyn en lugar de hacerlo con Allanard.

—¿Esto que hay aquí abajo es el Bosque de Dagora?

Morgyn dirigió una fugaz mirada abajo.

—¡Sí, estamos en casa, claro que sí! ¡Cuando te hayamos llevado a tu destino, mi hermano y yo regresaremos aquí!

El exuberante bosque, con su riqueza de vida vegetal y animal, ocultaba perfectamente el hecho de ser el mismo bosque en el que Cabe había debido de enfrentar más de un peligro. Sabía que en alguna parte se encontraba la mansión de la Dama.

—¡No llevamos más que una hora volando! ¡Parece increíble!

A su espalda escuchó una risita de Allanard.

—¡No lo animes demasiado, Cabe Bedlam! ¡A lo mejor consigues que vayamos a tal velocidad que ni siquiera yo pueda sujetarme!

Su hermano se había vuelto para mirar al frente una vez más; el cóndor aumentó su velocidad sensiblemente, y Morgyn ahogó la risa.

Una siniestra figura verde se elevó desde el bosque en dirección a ellos. A pesar de la enorme distancia, Cabe se dio cuenta de que era al menos tan grande como el cóndor, y, a juzgar por su color y forma, no le cupo la menor duda de que se trataba de un dragón... a esa altura, probablemente un dragón aéreo.

Avisó a los elfos y señaló con el dedo la figura que se elevaba a gran velocidad. Iba derecha a su encuentro. Los dos elfos la observaron con atención pero no hicieron nada para impedir una confrontación. Cabe dejó de sujetarse con la mano izquierda y la levantó con la palma hacia adelante, en dirección al dragón. No estaba muy seguro de qué iba a hacer, ni tampoco muy convencido de conseguir hacer nada.

Allanard le pasó el brazo por delante y lo obligó a bajar la mano, al tiempo que le musitaba al oído:

—¡No hagas nada!

Las alas del dragón batieron el aire con fuerza mientras se elevaba más y más, y, en un momento dado, lanzó un rugido desafiante que el cóndor ignoró

ostensiblemente. Cabe se preguntó si el ave era capaz de reaccionar.

A unos cincuenta metros más o menos de ellos, el dragón se detuvo. Durante unos buenos treinta segundos, permaneció flotando allí donde estaba, observando sus movimientos. Luego, como si no sintiera el menor interés, ladeó el cuerpo y se lanzó en picado con aterradora velocidad en dirección al bosque, perdiéndose de vista casi al instante.

Cabe miró a sus dos compañeros mientras examinaba su posición lo mejor que podía. Morgyn siguió controlando el ave, pero Allanard asintió con la cabeza.

—¿Lo ves? Uno no puede precipitarse en sus juicios, ya lo creo que no.

Cabe giró el cuerpo todo lo que pudo, deseando poder volverse por completo, e inquirió:

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué va un dragón aéreo a subir volando hasta aquí para luego irse sin atacar?

—Hay humanos, incluso gente como tú, que viven cerca del Bosque de Dagora pero no en su interior. Nosotros pasamos casi toda nuestra vida en él, pero aun así, sabemos muy poco de nuestro soberano, el Dragón Verde. Cuando da una orden obedecemos, ya lo creo. Y cuando dice que tienes que pasar sin sufrir el menor daño, hasta el más fuerte de los dragones se guardará de desobedecerlo.

—¿El Dragón Verde nos permite pasar? —A Cabe le costaba aceptarlo. ¿Qué razón tendría uno de los Reyes Dragón para ayudarlo?

—No cuestiones tu propia buena suerte, Cabe Bedlam. Para ser más preciso, no intentes leer las mentes de los Reyes Dragón. Podrías acabar preguntándote quiénes son tus amigos de verdad y quiénes tus enemigos.

El cóndor descendió bruscamente, bien por alguna broma de Morgyn o debido a una ráfaga de aire, y Cabe se vio obligado a sujetarse con fuerza. Cuando el ave se hubo nivelado de nuevo, el hechicero no reanudó la conversación con Allanard. Estaba demasiado ocupado pensando en lo que le habían dicho.

Sombra, Caballo Oscuro, el Dragón Verde, el Grifo...

¿En quién confiar?

¿En quién arriesgarse a confiar?

Capítulo 15

Se dejó escuchar por vez primera en el corazón de las Llanuras Infernales. Hechiceros, brujas, sabios... todos aquellos que trataban con las otras realidades de la vida lo escucharon o sintieron, y si hubieran estado en la fortaleza de Azran lo habrían visto en todo su horror.

Las hordas del Dragón Rojo la contemplaron. La contemplaron y murieron. Aunque los sirvientes del siniestro hechicero morían a diestro y siniestro, los dragones de fuego no consiguieron ni siquiera rozar a su amo. Como el espectro de la Muerte, que siega sin cesar con su poderosa guadaña, Azran se abrió paso entre sus filas con la Innominada. Pocos dragones escaparon, a pesar de que el hechicero no era más que un hombre. Aparecía aquí y allí, con la espada aullando su sed de sangre, y acababa con sus adversarios antes de que pudieran darse cuenta de su presencia. La Innominada centelleaba, y el rostro de Azran aparecía desprovisto de todo trazo de humanidad; lanzaba grandes carcajadas mientras golpeaba una y otra vez.

Sólo el Dragón Rojo se mantuvo firme. Reunió todo el poder que podía controlar y su cuerpo se hinchó hasta alcanzar proporciones gigantescas. Una llamarada más ardiente que el núcleo de la tierra cubrió todo aquello a lo que apuntaba, pero Azran la atravesó con facilidad; apenas si sintió el calor.

El señor de las Llanuras Infernales convocó entonces a la esencia misma de su territorio. Aunque ligeramente menores en intensidad que su llamarada, el magma y el vapor lo arrollaron todo gracias a su fuerza y abundancia. Al Rey Dragón le importaba muy poco si sus clanes morían junto con los servidores de Azran mientras él consiguiera por fin destruir a aquel hechicero que iba armado con el mismísimo Caos.

La tierra y rocas derretidas obligaron a Azran a aminorar el paso sólo por un breve espacio de tiempo y más bien porque se vio obligado a vadear a través de ellas. La Innominada lo protegía de sus efectos y, al rato, avanzaba ya libremente. El agua hirviendo de los géiseres apenas lo mojaba.

Al ver que su magia le fallaba, el Dragón Rojo se lanzó en persona a la batalla. Enormes garras de un metro de longitud se proyectaron contra el arrogante humano; Azran se vio forzado a repeler el ataque. Su mortífera espada desvió las terribles zarpas, e incluso rebanó la parte superior de una de ellas, pero no bien lo hubo logrado cuando la otra lo atacó. El hechicero se echó hacia atrás. Aunque la Innominada era muy poderosa, no podía protegerlo por completo de sus flaquezas mortales. Azran no se dio cuenta de la contradicción que eso significaba. Aunque el origen del poder de la espada estaba en el mismo hechicero, había variado mucho de su intención original.

El rojo dragón de fuego lanzó sus enormes fauces contra el, de momento,

vacilante humano. Azran apenas si consiguió atacarlo de frente. La Innominada se abalanzó rasgando el aire contra el Rey Dragón, y el enorme reptil echó la cabeza hacia atrás lejos de su alcance, lanzando un alarido ante el ensangrentado corte que le atravesaba el hocico. Más furioso que herido, el Dragón Rojo se elevó rápidamente por los aires y su inmensa mole desapareció entre las nubes con increíble velocidad.

Impávido, el enlutado hechicero se elevó también por los aires y persiguió a su presa. No importaba que su fortaleza dejara mucho que desear ni que la mayoría de sus sirvientes estuvieran muertos o hubieran huido. Todo lo que importaba ahora era la muerte del otro. El rostro de Azran era la imagen de la furia incontrolada. Era la espada, no el hombre, quien dictaba entonces las acciones.

Tendría que haber sido imposible para una cosa tan enorme ocultarse completamente entre las nubes que flotaban sobre la masacre. Sin embargo, no podía ver a su adversario. Que el Dragón Rojo merodeaba aún por allí era evidente; ningún Rey Dragón huiría de un combate, en especial éste. Azran sonrió. Si debía cazar, cazaría.

Una sombra se proyectó sobre él, y la Innominada, por voluntad propia, describió un arco hacia arriba, hundiéndose profundamente en lo que flotaba sobre su cabeza. Con un alarido mortal, un dragón que había sobrevivido a la batalla inicial cayó en picado al suelo. El hechicero gruñó; le traía sin cuidado una criatura de tan poca importancia. Era al monarca de aquellas tierras a quien quería.

La humedad y el aire fresco lo calmaron un poco, y se dio cuenta de lo precario de su situación. El dragón estaba acostumbrado a desenvolverse tanto en la tierra como en el aire, mientras que Azran por su parte volaba muy de cuando en cuando y se sentía mucho más a gusto en tierra firme. La roja criatura sabía cómo moverse en aquella neblina aérea; el hechicero tenía que confiar en su suerte.

Cuanto más recuperaba el control de sí mismo, más inseguro se sentía. La Innominada, entretanto, centelleaba suavemente y se mantenía a la expectativa. Su manifiesta falta de poder podría haber significado un millar de cosas distintas.

Silencioso e implacable, el Dragón Rojo escogió aquel momento para atacar. Sus garras delanteras estaban abiertas para agarrarlo, las fauces listas para triturar. Cogió a Azran desprevenido por completo.

Pero no a la Innominada.

Con renovada energía, la siniestra espada obligó de un tirón a su portador a darse vuelta para enfrentarse a la bestia. La furia animal volvió a adueñarse del hechicero y con risa salvaje, Azran voló directamente al encuentro de los largos y afilados colmillos del Rey Dragón. Ninguno de los dos retrocedería ahora. El tiempo de ocultarse había finalizado.

Bajo el control del hipnótico hechizo de su propia creación, Azran se elevó por los aires cada vez más deprisa sin aparente intención de desviarse de su trayectoria

suicida. El Dragón Rojo abrió las fauces hasta el límite; no había forma de que el humano pudiera variar el rumbo a tiempo.

Los dientes del reptil se cerraron con fuerza unos sobre otros cuando la diminuta figura desapareció en su interior. Los ojos del dragón brillaron, resplandecieron con la alegría de la victoria, pero el brillo se vio reemplazado casi de inmediato por un peculiar tono vidrioso, como si algún pensamiento hubiera dejado estupefacta a la criatura.

Sin embargo, ningún pensamiento cruzó la mente del Dragón Rojo a menos, quizá, que fuera el descubrimiento de lo sucedido. El cuerpo del leviatán se estremeció, comprendiendo apenas que estaba muerto. El enorme ser se retorció una vez más y luego se precipitó hacia el suelo; mientras lo hacía, algo surgió con violencia de la parte posterior de su cabeza. Era Azran; la espada se había abierto paso hacia el interior y luego al exterior de la cabeza, y la rapidez del arma había sido tal que su víctima no tuvo tiempo de reaccionar.

Cubierto por los indescriptibles restos del cráneo de su caído oponente, el hechicero contempló cómo la enorme masa desaparecía hacia abajo. Se sintió invadido por el júbilo. Había demostrado ser el amo. Ni siquiera su nada llorado padre había conseguido destruir a un Rey Dragón y conservar la vida. En cambio aquí estaba Azran en pie —o más bien flotando— y casi sin un arañazo después de su enfrentamiento cuerpo a cuerpo con la más mortífera de las criaturas.

Corrigió esta última afirmación; era evidente que ahora la más mortífera era él.

Azran aspiró con fuerza el olor de la victoria, para no mencionar el olor de sus ropas y cuerpo en general. Se puso a toser. ¡He aquí el agradable perfume del éxito! Se encogió de hombros. Era un precio muy pequeño para una victoria más que satisfactoria. No tardaría mucho en limpiarse del todo.

En su euforia, no prestó ninguna atención a la Innominada. La diabólica espada centelleaba ligeramente, sin embargo parecía expresar una sensación de poder recién adquirido. Un poder que aumentaría con cada victoria...

... Sin importar quién la empuñara.

—¿Cómo esstamos hoy, hechicera?

La mujer casi esperaba ver aparecer de su boca una larga y roja lengua bífida. Había algo en el Duque Toma que la helaba más de lo que Kyrg o incluso los Reyes Dragón habían conseguido jamás. Tenía más de reptil frío e inhumano que cualquier otro de los dragones, excepto los inconscientes dragones menores y sus primos. Gwen decidió que ante ella tenía el exponente de lo que habían sido los primeros Reyes aunque Toma, por su nacimiento, jamás podría ser uno de ellos.

Al ver que la mujer no contestaba, el dragón de fuego se limitó a encogerse de hombros y sonreír.

¡Santo cielo! La hechicera no pudo evitar contemplarlo con asombro. Incluso sus

dientes eran mucho más parecidos a los afilados colmillos de un dragón que los de sus señores.

Toma rodeó despacio la burbuja, obligando a su prisionera a intentar volverse para no perder de vista al siniestro guerrero no fuera éste a intentar algún nuevo truco. El dragón era más que capaz de hacerlo; sus poderes eran al menos tan formidables como los de la Dama. Quizá mayores. ¿Por qué, pues, se preguntó por centésima vez, había permanecido siempre en segundo plano? No era propio de los Reyes Dragón desperdiciar un arma de semejante potencial.

El dragón de fuego se detuvo. Como si leyera sus pensamientos —era muy probable que pudiera hacerlo, a pesar de que Gwen siempre mantenía un escudo de protección— Toma le dijo:

—¿Se te ha ocurrido alguna vez preguntarte por qué un guerrero con mis... digamos habilidades... me muestro satisfecho de servir a aquellos que son evidentemente inferiores en poder y en dotes de mando?

—Di por sentado que eras en el fondo un cobarde, como ese sádico de Kyrg.

La burbuja se volvió desagradablemente calurosa y asfixiante. Gwen intentó lanzar un hechizo, pero sólo consiguió que le doliera la cabeza. Su respiración se volvió penosa.

Después de observarla sufrir durante algunos instantes, Toma hizo un gesto displicente con una mano en dirección a ella, y la circulación del aire y temperatura de la burbuja recuperaron condiciones más tolerables. La hechicera aspiró grandes bocanadas de aire y se secó el sudor de la frente.

Esta vez Toma no sonrió, y la Dama comprobó que sí poseía lengua de serpiente. Se sentó en la única silla de su tienda y se sirvió una copa de vino rojo como la sangre. La mujer comprendió que el dragón quería recordarle con sus lentos movimientos la sed que ella misma sentía y que, desde su captura, no había podido saciar.

—En el futuro evitaras tales arrebatos ofensivos. Dama del Ámbar. Podrían dejarte, por lo menos sin respiración. —Tomó un largo sorbo de vino con expresión burlona.

—Me has hecho una pregunta. Sí, me lo he preguntado. ¿Por qué obedeces a los Reyes? ¡Estoy segura de que ni siquiera el Dragón Dorado llega a tu altura!

Satisfecho con su comentario, Toma vertió un poco del rojo líquido en otra copa. Pasó una mano sobre ella, haciéndola desaparecer. Copa y vino se materializaron casi de inmediato en una de las manos de Gwen. La hechicera se obligó a demostrar cierta reserva mientras bebía, no fuera a ser que el dragón de fuego decidiera quitarle la copa para hacerle rabiar.

—¡Lo has expresado con mucha precisión, mi señora! De todos modos no busco destronar a mi padre todavía. Sus sueños son los míos aunque él fluctúa de la cordura

a la demencia sin previo aviso. Sólo la tradición le impide nombrarme como uno de sus sucesores. Si hay algo que podría unir a los otros Reyes contra él, es la tradición —El duque escupió al pronunciar esta última palabra y el suelo chisporroteó allí donde cayó su saliva.

—Pero sin duda con tu poder...

El dragón alzó una mano para interrumpirla.

—Intentas determinar la intensidad de mis habilidades. Te diré que es insuficiente para habérmelas con todos los Reyes Dragón. ¡Por eso es por lo que he emprendido la creación de la base de una nueva jefatura!

En un principio, la insinuación latente en el comentario le pasó desapercibida. Sólo después de que las palabras hubieran penetrado con fuerza comprendió con quién y a qué se enfrentaba. Muchas de las cosas que había llegado a creer en el corto espacio de tiempo transcurrido desde su liberación de la prisión de cristal, cambiaban con esa declaración. Habían sido todos unos estúpidos, incluso los temidos Reyes Dragón y —sintió una ligera punzada de satisfacción en este punto— el malévolo Azran que se había dejado atrapar tan fácilmente en aquella intriga.

—Tú. ¡Tú iniciaste todo esto! ¡Tú has traído esta nueva guerra al Reino de los Dragones!

Unos ojos de reptil brillaron bajo el amenazador yelmo de dragón que era, y a la vez no era, parte del dragón mismo. Alzó la copa en dirección a ella y bebió. Al terminar, le sonrió. Su sonrisa le pareció más aterradora que cualquier otra cosa que hubiera podido hacer.

—¡Sí! Mediante mis agentes, sembré la agitación entre varios de los Reyes. Azul fue el más fácil, el más dócil. Negro no dejaba de machacar sobre los Amos, aunque debo agradecerle que encontrara a tu compañero, el joven cachorro de Bedlam. ¡Eso fue un premio extraordinario! Me permitió convencer a Pardo de que aún poseía la Espada Negra. ¡El muy idiota! Puedes llamarlo previsión, pero sabía el resultado de ese encuentro con el nieto de Nathan. De todos modos, aunque el muchacho hubiera muerto, habría utilizado la posibilidad de que existieran otros. Podría incluso haberte liberado a ti, sabiendo perfectamente que te dedicarías de inmediato a revivir tu legión de magos.

Los alardes de Toma se vieron interrumpidos por la aparición de una cosa que no era exactamente un humanoide pero sí se le parecía lo suficiente para convertirla en la parodia de un hombre. Aguardó nervioso a que el duque lo admitiera a su presencia, cosa que Toma hizo con un apenas perceptible gesto de cabeza. La criatura avanzó hacia adelante arrastrando los pies, sostenida por unas piernas que parecían desiguales y demasiado cortas para su cuerpo. Le entregó a su señor un pequeño pergamino enrollado. Una vez que lo tuvo en la mano, el dragón de fuego despidió a su criado, y Gwen advirtió lo ansiosa que parecía estar aquella cosa por abandonar la

presencia de su señor.

Por primera vez, Toma mostró una expresión de desagrado. Desenrolló el pergamino y estudió con cuidado su contenido. Cuando hubo terminado, depositó el mensaje lentamente sobre la mesa en la que estaba el vino, y se quedó mirando al vacío, la mente temporalmente ocupada por las revelaciones que acababa de leer. La Dama se inclinó hacia adelante en un intento por echar un vistazo a lo que decía desde su celda mágica. Valía la pena saber cualquier cosa capaz de incomodar a Toma.

El duque se dio cuenta de que se esforzaba por ver el despacho y, como sin querer, lo echó a un lado y lo puso fuera de su vista.

—Asuntos en los que no puedes desempeñar ningún papel, mi señora. Ya me ocuparé de ellos si resultan molestos. Ahora, bien, ¿dónde estábamos?

Gwen no le contestó. Su mente estaba fija en el mensaje. ¿Qué decía? ¿Tendría que ver con Cabe?

Toma dejó de lado los intentos de la mujer por descifrar lo que había leído y siguió con su relato de autobiombo.

—Los Reyes padecen de un exceso de tradición. Creen que ellos y sólo ellos dominan poderes que les otorgan el mando. —Lanzó una carcajada que por una vez sonó perturbadoramente humana—. Yo me senté entre ellos, fingí ser uno de ellos, ¡incluso convencí a uno de que poseía el poder para resucitar su moribundo reino!

Además era capaz de alterar su aspecto. A la hechicera cada vez le gustaba menos lo que oía. Incluso los Reyes Dragón se veían limitados a dos formas, y, por lo que decía Toma, él había adoptado una tercera.

—¿No ha sospechado jamás este Rey Dragón?

—Difícilmente. El Dragón de Cristal no ha acudido nunca a ninguna convocatoria. A él no le preocupa si el resto de los territorios se destruyen entre sí. En una ocasión dijo al consejo que tenía cuestiones de mayor importancia que discutir con sus hermanos. Pero nadie ha averiguado jamás cuáles eran esas cuestiones. —Se encogió de hombros—. No es importante.

Se puso en pie de improviso.

—Hasta ahora he sido yo quien ha llevado todo el peso de la conversación. Aunque ha sido interesante hablar con alguien que no sea gentuza ignorante, la verdad es que tendría que recibir más información por tu parte. Por desgracia, eso deberá esperar un momento más halagüeño. ¿Si me perdonas?

Toma salió después de dedicarle una burlona reverencia. La Dama lo observó marchar, curiosa. Como no había podido leer la nota, no podía saber qué preocupación había surgido de repente en la mente del duque. La esfera en la que estaba prisionera no flotaba al azar, por el contrario, ciertos hechizos la mantenían fija en un lugar concreto.

No sabía si el capitán de las huestes imperiales regresaría de inmediato o no. Sin embargo, Gwen tenía que arriesgarse. Había reducido la zona ya bastante y en algún lugar debía de existir un punto débil de aquel hechizo que la mantenía prisionera. Una de las primeras cosas que le había enseñado Nathan había sido que cualquier mago podía contrarrestar un hechizo simplemente averiguando dónde estaba el punto débil propio de todos y cada uno de ellos. Hasta los hechizos más poderosos podían ser anulados por simples aprendices si conseguían localizar el punto exacto.

El problema era que cuanto más complejo era el hechizo más difícil era encontrar el punto débil a menos que ya se supiera dónde mirar. Eso fue una de las cosas que hicieron a Nathan Bedlam tan poderoso; urdía sus hechizos con mucho cuidado y estudiaba a fondo los de los demás.

Tocó la burbuja ligeramente con las manos. Se precisaba un tacto muy sensible para encontrar y mover las diferentes líneas y colores que conformaban los componentes «físicos» básicos del hechizo. Los gestos o palabras no eran tan importantes; servirían de ayuda, pero estaba segura de que podría deshacer la burbuja sin ellos.

Nada. Bajó las manos hacia otro punto. Nada aún. Se movió primero a la derecha, luego a la izquierda. A la izquierda percibió un ligero cosquilleo; no era demasiado pero era una señal. El fallo estaba cerca.

Gwen se secó el sudor de la frente. ¡Estaba tan cerca! Al detenerse para recuperar el aliento, se dio cuenta de que la temperatura había cambiado. Su respiración se volvió más laboriosa e, inmediatamente, la hechicera cesó toda actividad.

Esta vez apareció algo nuevo. Despacio pero de forma continuada, su cuerpo se volvía cada vez más pesado, hasta el punto de que se vio obligada a deslizarse hasta el suelo suave de la burbuja, el rostro apretado contra su superficie. Un peso varias veces superior al suyo amenazaba con aplastarla y su única posibilidad era permanecer inmóvil.

De repente, todo se normalizó. La Dama se volvió algo dolorida y se encontró con el Duque Toma. Éste sacudía la cabeza como un profesor regañando a un alumno travieso.

—La próxima vez será la última, amiga mía. Aunque tampoco conseguirías gran cosa. Mientras estabas... tumbada, me tomé la libertad de alterar la naturaleza del hechizo de la burbuja. Te garantizo que no podrás encontrar el fallo. Estaremos muy ocupados viajando.

—¿Viajando? ¿A Penacles?

El dragón de fuego la miró con una expresión de desconcierto casi convincente.

—¿Penacles? ¿Por qué voy a querer ir allí? No posee nada que yo quiera.

Ahora le tocó el turno a la Dama de mostrar perplejidad.

—¡Las bibliotecas! La Ciudad del Conocimiento...

Toma meneó la cabeza.

—¡Ciudad del Conocimiento! En estos momentos, el Grifo habrá averiguado sin duda lo útil que esos conocimientos son en realidad. He hecho un cuidadoso estudio de su pasado. —Se frotó la correosa barbilla—. ¿Sabes lo que descubrí? ¡Ningún monarca de Penacles ha podido jamás confiar realmente en las bibliotecas! ¡Es todo una mentira, Dama del Ámbar! ¡Un enorme engaño! El emperador, claro está, no lo cree, ni tampoco el Dragón Negro, que siempre ha ambicionado poseer la ciudad. Kyrg, que no es más que un necio obediente, estaba más que dispuesto a llevar a sus ejércitos allí y arrebatarse el lugar a quienquiera que hubiera sobrevivido. Espera que me reúna con él, pero yo ya le he enviado un mensaje cambiándole las órdenes.

—¿En qué forma? —inquirió Gwen entrecerrando los ojos.

—Tiene que unirse al asalto a Penacles. No de inmediato, pero pronto.

Era lo que ella había pensado. Penacles no podría resistir el ataque sumado de las huestes imperiales del Duque Kyrg. El dragón tenía muchos defectos, pero su capacidad para el mando rivalizaba casi con la de Toma. Sospechó que ninguno de los capitanes del Dragón Negro había conseguido acercarse siquiera a la ciudad, razón por la cual aún no habían tenido éxito.

Se le ocurrió también otra cosa. Siempre existía la posibilidad de que Kyrg, el señor de las Brumas Grises, y muchos de los otros dragones de fuego resultaran heridos o muertos, y eso le vendría muy bien a Toma para reducir la competencia.

El guerrero dragón agitó un dedo ante los ojos de Gwen y la burbuja flotó hacia él sin el menor sonido y sin que se apreciara ningún medio de propulsión.

—Ven conmigo.

«Como si pudiera elegir», pensó ella furiosa.

Las solapas de la tienda se apartaron por completo para dejar pasar la burbuja. Una vez en el exterior, la Dama descubrió con asombro que la mayoría de las fuerzas del dragón de fuego se habían preparado ya para la partida. Se movían con rapidez y en silencio, su inhumana velocidad reducía a la mitad el tiempo que habrían necesitado para hacerlo muchos ejércitos. Vio cómo se cargaban carromatos y se enganchaban a ellos dragones de casta inferior, y fue entonces cuando adivinó su nuevo destino. Después de todo era la única ciudad situada al norte de Mito Pica.

Se atrevió a interrumpir a Toma mientras éste dirigía los esfuerzos de sus tropas.

—¿Por qué a Talak, Duque Toma? ¿Por qué regresar por donde vinisteis?

La esfera refulgió por un instante con renovado calor, para volver a la normalidad escasos segundos más tarde. El hechicero estudió su rostro, descifró sus emociones.

—Supongo que no hay ningún peligro en que te lo diga, ya que difícilmente podrías hacer nada. Mi catalizador ha cumplido su propósito; permitirle que siga vivo podría poner en peligro mis planes. Así pues, regresamos a Talak para remediar la situación. Cabe Bedlam morirá antes de que sus poderes puedan desarrollarse por

completo. Su muerte significará el final de cualquier intento por resucitar a los Amos de los Dragones.

La Dama apenas si prestó atención a sus últimas palabras. ¡Cabe en Talak! ¿Cómo? Azran no viviría tan cerca de la civilización. Así pues, por difícil de creer que fuera, o bien Cabe había escapado o alguien se lo había arrebatado a su traicionero padre. Aún había esperanza si, en realidad, había conseguido escapar.

Toma le sonrió fríamente con ojos brillantes.

—¿Puedo dar por sentado, pues, que viajarás con nosotros? Yo diría que tendrías que sentirte agradecida por esta oportunidad de ver a tu amante.

—No es mi... —replicó ella enrojeciendo. El dragón acalló su protesta con un gesto.

—No pienso discutir las idiosincrasias del comportamiento humano. Ya estamos listos para partir, y creo que te haré flotar ligeramente detrás de mí, por si deseo hablar contigo.

Le dio la espalda con toda intención, antes de añadir:

—Puedes estar tranquila, tengo la mayor confianza en mi seguridad personal.

La Dama no le discutió aquella afirmación.

Toma ordenó a sus tropas humanoides que montaran, y se hizo avanzar al resto de las criaturas. Aquellas que parecieron reacias no tardaron en sentir el látigo de los dragones metamorfoseados en semihumanos. A Gwen le maravilló que los dragones inferiores no se rebelaran ya que sobrepasaban a sus amos en una proporción de ciento a uno; pero luego recordó las palabras del duque. Los dragones en su conjunto estaban atrapados en la tradición. Volverse contra sus señores era impensable; sólo las facciones reales se atreverían, pero evidentemente también iría contra la tradición, excepto si se refería a un dragón de fuego sin trono como Toma.

Podía ser asimismo que los dragones no se rebelaran porque eran demasiado estúpidos para hacerlo. La hechicera decidió que cualquiera de las dos teorías era igual de válida. Sin los Reyes Dragón y sus aliados para dirigirlos, la mayoría de los dragones inferiores no serían más peligrosos que los taimados dragones-serpiente y los basiliscos, y tales amenazas eran fáciles de aplastar.

El ejército se desplazaba con asombrosa velocidad si se tenía en cuenta el carácter de la mayoría de su fuerza ofensiva. En menos de una hora, toda la columna abandonaba lo que habían sido las afueras de Mito Pica. La Dama aprovechó aquel tiempo para observar cuanto pudo de la moribunda ciudad.

Toma había situado su campamento en la zona este de la urbe. Por eso no pudo ver gran cosa de la destrucción provocada aunque los sonidos y olores habían dibujado ya en su mente una imagen muy vivida. Si la burbuja no hubiera reducido sus poderes, los habría utilizado para ver lo que no estaba allí y descubrir así los daños causados.

No obstante, lo que la hechicera vio al partir fue más que suficiente; los ennegrecidos edificios seguían humeando; las murallas que habían rechazado incontables enemigos estaban reducidas a polvo y Gwen sospechó que el hechicero había jugado un importante papel en aquella parte de la batalla. Podía imaginar los rostros de los conjuradores de la ciudad al ver que sus murallas se derrumbaban a pesar de sus esfuerzos.

Había dado por sentado que Azran o el Dragón Dorado serían la amenaza más importante, pero se había equivocado. En aquellos momentos, se encontraba a pocos centímetros de la auténtica amenaza.

El terreno que rodeaba las ruinas permanecía curiosamente indemne, salvo allí donde alguna bestia guerrera se había lanzado en persecución de una víctima indefensa. Incluso los pueblos cercanos habían salido ilesos. El duque se había ocupado de que Mito Pica —y sólo Mito Pica— cayera. La cabaña de Hadeen era la única excepción que se le ocurría.

El hechicero-dragón enviaba así un mensaje a aquellos que pudieran desafiarle. Obedeced y viviréis. Desobedeced —y la desobediencia en este caso no estaba muy bien definida, observó— y sufriréis las consecuencias. La falta de información había salvado al pueblecito en el que se había criado Cabe de compartir el destino de la ciudad.

Las hordas de dragones siguieron adelante a buen ritmo. Gwen se preguntó que haría Talak al encontrarse ante aquella situación. ¿Intentarían luchar, o entregarían a Cabe con la esperanza de que se los dejara vivir? Por lo que había averiguado de su soberano, Rennek IV o algo así, no creía que el nieto de Nathan recibiera una bienvenida muy cordial.

Los últimos rescoldos humeantes de Mito Pica se extinguieron mientras las veloces tropas del Duque Toma dejaban atrás la ciudad.

Capítulo 16

—Será mejor que comas, Cabe Bedlam, si deseas conservar las fuerzas.

Cabe clavó la mirada en el revoltijo verde de su cuenco de madera —el mismo revoltijo verde que había comido durante los últimos cuatro días— y lo vertió muy despacio en el suelo. Estaba convencido de que la hierba que quedara bajo aquella masa moriría al instante.

—Yo paso, gracias. Ya he tenido más que suficiente de esto... esto... ¡lo que sea! ¡Hace demasiado tiempo que estamos aquí! Por lo que hemos averiguado de los caminantes, no creo que los Reyes Dragón tengan ningún aliado por esta zona.

Allanard se tragó un bocado de comida con gran satisfacción, y Cabe estuvo a punto de volverse del mismo color que las ropas de los elfos.

—Los Reyes Dragón tienen aliados allí dondequiera que haya humanos, si me excusas la expresión. Puede que seáis la más abundante de las razas, pero también sois la más variada.

Aquellas palabras trajeron a la mente de Cabe el recuerdo de su padre y asintió en voz baja.

—No obstante, Caballo Oscuro dijo que fuera a Talak. Yo confío en él. Recordad que me salvó de Sombra.

—Ese ser eterno actúa siempre según sus propias leyes —suspiró Morgyn—. Puede que tenga en mente algún proyecto siniestro.

El joven hechicero se puso en pie, enojado.

—Vosotros dos podéis buscar excusas para no ir hasta el fin del tiempo, pero yo voy a ir. Gracias por vuestra ayuda para llegar hasta aquí. Creo que de ahora en adelante podré arreglármelas solo.

Los dos elfos se incorporaron con los rostros más serios que les había visto jamás. Allanard extendió la mano.

—Ve con nuestras bendiciones, Cabe Bedlam. No es que no queramos ayudarte, pero piensa en nuestra gente. Nosotros no somos luchadores como los de tu raza. Si el Emperador Dragón piensa que tomamos parte activa en algo contra él, no hay la menor duda de que ordenará que nos aplasten igual que a Mito Pica, ya lo creo que lo hará.

—El Dragón Verde...

—... Puede o no puede cumplir lo que ordene su señor. Lo siento, de veras. No podemos hacer nada más. Tal y como están las cosas, espero y deseo que ninguno de esos pellejados centinelas voladores nos haya reconocido. Muy bien podría ser que nos encontrásemos a sus huestes saltando sobre nosotros en el momento en que lleguemos a casa.

El otro elfo también le tendió la mano.

—Buena suerte, muchacho. Encantado de haberte conocido y al padre de tu padre.

Cabe tomó las manos que se le tendían algo avergonzado de sus anteriores palabras.

—Siento lo que dije. Espero que tengáis un buen viaje de vuelta.

Allanard le dedicó una sombría sonrisa.

—No es a nosotros a quien le espera el viaje más duro.

Tras despedirse de ellos, Cabe se dio vuelta y enfiló directamente hacia la puerta principal. A su espalda, escuchó el sonido de un gran pájaro que cogía vuelo, pero no se molestó en volver la cabeza.

Aunque hacía más de una hora que había anochecido, la gente todavía cruzaba la entrada en uno y otro sentido. Los centinelas inspeccionaban a los caminantes de forma rutinaria al pasar, pero no parecía que se lo tomaran muy en serio.

Se colocó detrás del carromato de un comerciante y avanzó tranquilamente hasta llegar al primero de los soldados. El rostro del hombre hizo que Blane resultara atractivo en comparación. Al contrario que el capitán de Zuu, el centinela le pareció a Cabe una persona bastante desagradable. Decidió aguardar hasta estar dentro antes de revelar su identidad a nadie.

Una zarpa peluda se posó con fuerza sobre su pecho.

—¡Eh! ¡Soñar despierto no es una excusa para saltarse la inspección! ¿Quién eres y por qué viajas sin nada?

Cabe se inquietó. Estaba seguro de que su relato no sería comprendido por el soldado. Si hubiera llevado dinero, no habría habido ningún problema; el hechicero ya se había encontrado con aquel tipo de personas varias veces cuando trabajaba sirviendo. El joven contempló sus ropas y ofreció la única respuesta razonable que se le ocurrió.

—Venía solo hacia aquí, cuando me salieron al paso unos bandidos y me vi obligado a huir. Seis a uno es una proporción que no me gusta. En especial si tienen arcos. —Dio las gracias porque la joya quedara cubierta por su camisa. Allanard había sugerido que un poco de magia podría reemplazar por ropa nueva los jirones que lo cubrían y de esta forma tapar el cristal. Después de todo, había afirmado el elfo, no era mucha la gente que se paseaba por ahí con joyas en el pecho, y era muy probable que tal piedra incitara la codicia en más de uno.

El centinela meneó la cabeza.

—Sí, nos encontramos con eso de vez en cuando. Aunque, que me maten si voy a ir ahí afuera a buscar bandidos. Lo intentaron en una ocasión. ¡Perdieron siete hombres y no cogieron ni uno! ¡Son peores que los dragones-serpiente!

Agitó una mano despidiendo a Cabe mientras su mirada se posaba en los siguientes viajeros, entre los que se incluían varias jóvenes. Los ladrones y sus

víctimas dejaron de interesarle por completo. El joven hechicero lanzó un profundo suspiro y siguió adelante.

Se le ocurrió entonces que podría haber utilizado sus poderes para entrar en la ciudad en secreto, pero casi al momento se le ocurrió también que podría haber acabado colgado de una muralla o en el fondo de un pozo. Por el momento, lo mejor era usar los sistemas convencionales.

Como la mayoría de las ciudades, Talak estaba rodeada por una muralla nada decorativa, aunque Cabe sabía bien que tales murallas no servirían de gran cosa contra los Reyes Dragón. Penacles tuvo la suerte de que el Dragón Púrpura, un paranoico como todos los de su raza, había reconstruido por completo la muralla. Por una ironía del destino, probablemente aquello más que otra cosa había salvado a la Ciudad del Conocimiento.

Aunque la ciudad en sí no podía presumir de ser tan rica como Mito Pica o Penacles, no dejó por ello de impresionarle. En parte se debía a que, por estar muy lejos de la mayoría de las ciudades habitadas por humanos y demasiado cerca de las impresionantes Montañas Tyber, Talak se veía obligada a depender más de sí misma y, por lo tanto, estaba dotada de un estilo propio.

Mientras muchas ciudades estaban llenas de espiras, Talak estaba plagada de cientos de zigurats que iban desde pequeñas tiendas a imponentes edificios que parecían montañas a medio crecer. Ondeaban banderas por todas partes y disciplinados soldados, mucho más profesionales que los de la entrada, controlaban a la población. Todo habría sido más imponente de no haber sabido Cabe que los dragones de fuego habían entrado, exigido, y recibido grandes cantidades de carne sin el menor problema.

La sugerencia del Caballo Oscuro de que viniera aquí parecía cada vez más discutible.

Casi todos los bazares estaban cerrados, pero se veía mucha actividad en las diferentes tabernas y posadas que en apariencia dominaban las primeras calles que uno encontraba al penetrar en la ciudad. Algunas eran bastante elegantes, y todas estaban muy lejos del alcance de sus vacíos bolsillos. Sin querer, una de sus manos se introdujo en la bolsa en la que siempre llevaba su exiguo capital.

Parpadeó sorprendido cuando sus dedos acariciaron una moneda. La sacó rápidamente y la examinó. La iluminación allí en la calle no era la mejor, pero el destello del oro era inequívoco. Se asombró; no podía recordar dónde ni cuándo había conseguido tal moneda.

Una sería suficiente para obtener comida y alojamiento por una noche aunque no habría venido mal disponer de algunas más. Se encogió de hombros; era estúpido minimizar su suerte; disponer de una moneda de oro debía de ser más que suficiente, y se le ocurrió que quizás uno de los elfos podría haberla deslizado en su bolsa

cuando dormía o estaba ocupado en alguna cosa.

Cabe escogió una posada y dio un paso hacia ella. La bolsa tintineó contra su pierna y se detuvo en seco. Introdujo una mano indecisa en su interior, palpó unas formas redondas y metálicas, y la sacó a toda velocidad como si le hubieran mordido.

Había al menos una docena de monedas allí y, ni por un momento, puso en duda que no fueran todas idénticas a la que tenía en la mano. Eso no era cosa de los elfos. Más bien, los poderes de Cabe se volvían cada vez más activos, obedeciendo sus menores deseos. Tendría que tener cuidado con sus ensoñaciones.

La posada que escogió tenía más categoría que aquella en la que había trabajado, aunque no fuera ése el caso de sus parroquianos. Se sentó y pidió comida y cerveza a la madura camarera. Su mesa quedaba alejada de la mayoría de la gente, a excepción de cuatro hombres y dos mujeres sentados detrás de él. Cabe no les prestó la menor atención.

El centro de la sala estaba bien iluminado, y en esa zona de luz se hallaba instalada una banda de juglares que interpretaban melodías de las ciudades más importantes. Mientras tocaban, una joven bastante ligera de ropa conseguía danzar con movimientos eróticos, cualquiera fuera la melodía interpretada. El joven sospechó que la muchacha podría incluso haber bailado sin música y muy pocos se habrían dado cuenta. En aquellos momentos, apenas si se oía a los músicos por encima del griterío de la gente.

Le trajeron la comida, y Cabe atacó el plato con fruición. Observó que era casi por completo vegetariano. Los ejércitos de Kyrg y Toma habían dejado a Talak escasa de carne. Era probable que la ciudad enviara de cuando en cuando algún grupo de comerciantes a Wenslis o quizá compraran en las granjas del oeste. Pero a pesar de la ausencia de carne, Cabe encontró la comida más que satisfactoria.

Absorto como estaba en devorarla, no prestó demasiada atención al peso cada vez mayor que se dejaba notar junto a su pierna. En un momento dado, empujó la molesta bolsa a un lado de modo que quedó colgando casi a su espalda. Después de eso, se olvidó por completo de ella.

Pero el olvido no duró mucho. De repente se escucharon gritos y exclamaciones procedentes de la gente sentada tras él. Alguien lo golpeó por detrás y cuando Cabe se volvió se encontró con seis personas que se movían a gatas por el suelo intentando recoger lo mejor que podían la incesante lluvia de monedas que caía de un desgarrón de su bolsa. Cabe no había suspendido el conjuro formulado sin darse cuenta. Lo remedió en el acto, sólo deseándolo, pero el mal ya estaba hecho.

Sin pensar, se inclinó para recuperar algo de aquel oro. Uno de los hombres, un personaje grandullón con una barba enorme y una musculatura a tono con su tamaño levantó los ojos. Al verse cogido en el acto de tomar lo que evidentemente era el dinero de otro, su codicia inicial dio paso al pánico. Estiró la mano, dejó caer algunas

monedas y tiró a Cabe contra el suelo.

La barbilla del joven se detuvo a un centímetro del entarimado sin razón aparente, pero Cabe no tuvo tiempo de advertirlo. El hombre barbudo intentaba clavarlo contra el suelo, mas por suerte sus reflejos se despertaron en aquel momento y rodó a un lado justo antes de que el puño cayera sobre él.

Sin confiar demasiado en sus desordenados poderes, Cabe decidió salir corriendo en lugar de luchar. Por desgracia, estaba medio desorientado y avanzó en dirección a las figuras arrodilladas en lugar de alejarse. Tropezó con el hombre barbudo, que se sujetaba todavía la mano dolorida, y cayó de cabeza sobre una de las mujeres, a quién arrastró en su caída. Llegados a este punto, otros se habían dado cuenta ya de la existencia de las monedas y la parte posterior de la sala se había convertido en un campo de Agramante.

Cabe encontró su cabeza cómodamente instalada entre dos blandos montículos y se liberó rápidamente de la mujer quien pareció más decepcionada que herida. Encontró un lugar despejado y se arrastró lejos del cada vez mayor amontonamiento de gente.

Su mirada cayó casi de inmediato en dos piernas uniformadas. Su propietario era una figura gigantesca vestida con las ropas de la milicia de la ciudad. El rostro era semejante al de un bulldog, y su actitud no mucho más alentadora. También se encontraba situado frente a un grupo de varios hombres vestidos de forma parecida, la ronda de la ciudad, que por casualidad estaba cerca de allí en aquellos instantes.

El soldado levantó en vilo a Cabe, pero fue más bien para hacerlo a un lado que por otra razón; tras entregar al desventurado joven a uno de los otros guardias, inició una redada de todos aquellos que luchaban por la posesión de las monedas.

Fue una tarea cumplida con rapidez y eficiencia. En pocos minutos, casi todos los que se habían visto involucrados estaban divididos en dos grupos, uno de hombres, otro de mujeres. Cabe descubrió sorprendido que algunos de los soldados situados detrás no eran en realidad hombres; más tarde averiguó que el ejército de Talak estaba formado por hombres y mujeres en una proporción del cincuenta por ciento para cada sexo. Era una novedad, ya que no sabía de ningún otro lugar donde se hubiera sugerido siquiera tal idea.

Todo aquello quedó olvidado mientras los conducían fuera de la posada. Cabe ni pensó en utilizar sus habilidades; aún encontraba muy fácil considerarse una persona corriente. La magia no haría más que atraer la atención sobre su persona y, tan cerca de las Montañas Tyber, podía resultar peligroso.

A los hombres se los colocó en una misma celda de detención. De hecho, era la única del lugar. A las mujeres se las habían llevado a algún otro sitio.

Cabe se instaló sobre el heno sucio que cubría gran parte del suelo de la celda. Si Talak se regía por el mismo patrón que la mayoría de las demás ciudades, no había

duda de que los dejarían marchar a la mañana siguiente, siempre que pudieran pagar o supieran dónde obtener el importe de la multa. Cuando ese momento llegara, conjuraría con muchísimo cuidado el importe exacto.

Casi todos los demás prisioneros se habían vuelto a acomodar otra vez tras la aparición de los recién llegados. Eran un grupo variopinto, con la inclusión de algunos personajes de aspecto particularmente desagradable que parecían capaces de cometer cualquier crimen, pero ninguno aparentaba estar con humor para iniciar camorra. Cabe cerró los ojos e intentó dormir.

—¡Eh, tú! —Era una voz áspera y parecía proceder de un hombre que ya hubiera bebido más de la cuenta.

El hechicero levantó la cabeza. Se trataba del luchador barbudo, y con él estaban dos de sus compañeros; al cuarto hombre no se lo veía por ninguna parte y puede que hubiera escapado a la ronda. No obstante, estos tres ya parecían por demás violentos sin la ayuda del cuarto.

—¡Ponte en pie!

Clavó los ojos en el borracho. ¿No estaría planeando iniciar una pelea allí? La respuesta le llegó rápidamente cuando el Barbas se inclinó y tiró de Cabe para ponerlo en pie. El hechicero decidió que aquello empezaba a convertirse en una fastidiosa costumbre.

—Estamos aquí por tu culpa, ¿no es así? —Esto último fue dirigido a sus dos compañeros, uno bajo y con aspecto de comadreja y el otro un matón delgado de piel atezada con bigotes que le caían por debajo de los hombros.

—Ez ziertó —dijo la Comadreja que estaba tan borracho como el primero.

El de los bigotes se limitó a asentir, dirigió a Cabe una mueca asesina, y desde luego no parecía en absoluto embriagado. Lo cual lo convertía en el peor de los tres.

—¡Sujetádmelo! —El hombre barbudo aguardó hasta que sus compañeros hubieron saltado sobre Cabe desde ambos lados de modo que no pudiera escapar. Cada uno lo sujetaba por un brazo.

El hombretón echó hacia atrás el puño para asestar el golpe definitivo. Lanzó un gruñido a la vez que su brazo se dirigía hacia Cabe, pero debido en parte a su borrachera, el puño alcanzó a su víctima de lleno en el pecho.

El gruñido se transformó en un alarido ensordecedor. El talakiano no sólo había utilizado la misma mano que había estrellado contra el suelo de la posada, sino que de nuevo se había encontrado con una fuerte resistencia al chocar contra el pecho de Cabe. El crujido que acompañó el grito no procedía desde luego de la joya. Esta vez el hombre barbudo se había roto la mano, mientras el joven no había sentido nada.

El grito atrajo de inmediato a los centinelas. Uno de ellos abrió la puerta de la celda y se quedó allí, los ojos clavados en los prisioneros y la mano cerca de la espada. Otros seis centinelas se abrieron paso hasta donde la Comadreja y el Bigotes

habían soltado apresuradamente a su prisionero.

El capitán de la guardia los miró de arriba a abajo. El atacante de Cabe estaba de rodillas con el rostro contorsionado por el dolor. El oficial lanzó un gruñido y se volvió hacia Cabe.

—¡Tú pareces ser el centro de todo esto! ¿Qué ha pasado aquí?

—¡Intentó sal... saltar sobre mí! —Las palabras surgieron atropelladamente de los labios del presunto atacante de Cabe.

Una bota golpeó al hombre de la barba en el costado y lo hizo caer al suelo.

—Si quiero una respuesta de ti, te preguntaré.

Cabe captó de nuevo la atención del capitán, lo miró directamente a los ojos y dijo:

—Era mi oro el que intentaban coger en la posada. Por un motivo que desconozco, me culpan a mí por haber acabado aquí.

El soldado lo observó con suspicacia.

—¿Tu oro?

—¡Escuchad! ¡Tengo que ver al rey! —dijo Cabe cambiando de tema al momento—. ¿Podéis llevarme ante él?

—¡Claro! ¿Por qué no? —El capitán le dedicó una repentina sonrisa, que no mejoró en absoluto su aspecto perruno.

—¿Qué...? —El hechicero se quedó perplejo. ¿Así de fácil era? ¿Se pedía y ya está? Escuchó más de un murmullo de incredulidad, y el hombre del bigote murmuró irritado. El capitán de la guardia ordenó a sus hombres que mantuvieran a los demás prisioneros aparte y luego se volvió hacia Cabe.

—Seguidme.

Desconcertado pero muy satisfecho de perder de vista a sus compañeros de celda, Cabe hizo lo que le ordenaban. Los otros soldados miraron a su capitán con evidente sorpresa, pero ninguno se atrevió a poner en duda su decisión. A los pocos segundos, el joven salía del edificio con el capitán y cuatro escoltas.

—Supongo que os dais cuenta de que sólo puedo presentaros al Jefe de Protocolo. Él decidirá si podéis tener una audiencia con el rey o no. —Le volvió a sonreír; era una sonrisa totalmente vacía.

Un hechizo, comprendió Cabe. Sin quererlo había hechizado al soldado. Al parecer mediante contacto visual. Otra cosa que tendría que vigilar; si no iba con cuidado, podría empezar a lanzar hechizos a diestro y siniestro sin darse cuenta siquiera.

Tras andar un buen rato, llegaron ante la entrada del mayor de los zigurats. Era la residencia real de los reyes de Talak. Brillantes banderas ondeaban bajo la luz débil de las Gemelas, y figuras fantásticas de demonios, diablillos y otros seres decoraban la arquitectura aquí y allá. A la derecha podía entreverse un jardín florido, y Cabe se

preguntó qué aspecto tendría aquel lugar a la luz del día.

En la entrada les salieron al encuentro dos caballeros de recargadas vestiduras. Uno de ellos habló con el capitán mientras el otro no perdía de vista a Cabe, motivo evidente de aquel encuentro. La conversación no duró más que un minuto, transcurrido el cual el caballero les permitió pasar.

Una vez que estuvo en el interior de los jardines del palacio, Cabe vio a los arqueros y soldados de a pie. Una vez más era fácil comprobar que el palacio estaba muy bien defendido, y una vez más, era también muy preocupante que ni a Toma ni a Kyrge se les hubiera prohibido el acceso.

Tuvieron que detenerse cuatro veces. En cada ocasión el centinela de guardia inquirió el motivo de su visita, y, gracias a la reputación del capitán se les permitió pasar, cosa que Cabe agradeció para no tener que recurrir a la magia.

Todo esto, sólo para ver al Jefe de Protocolo. Era posible que a Cabe no le permitieran siquiera ver al rey; a menos, claro está, que consiguiera que aceptaran su punto de vista. Pero recordando que los monarcas generalmente tenían magos en sus cortes o poderes propios, decidió que no tenía el menor deseo de llamar la atención.

El capitán de rostro perruno se detuvo ante una gruesa y antigua puerta de madera y llamó con fuerza. No había ningún letrero que indicara qué era aquella habitación, pero Cabe confió en los conocimientos de su guía. Dadas las circunstancias, el hombre no podía mentir.

—Adelante.

La voz era cascada y terriblemente chirriante. Al joven hechicero le recordó a un viejo sacerdote que había pasado por su pueblo, dedicando cada momento libre a intentar convencer al joven sirviente de que los dioses del santón eran los únicos a los que valía la pena servir. Era evidente que veía en el joven a un sacerdote en potencia. Por suerte los guardias de Mito Pica vinieron en su busca; al parecer también sentía una especial afición por los jovencitos en general.

La puerta se abrió, y la figura encorvada tras la increíble altura de la mesa los miró desde su elevada posición. Cadavérico, tomó una pluma con mano huesuda y aguardó como si se tratara de uno de los jueces de los muertos.

El capitán se presentó:

—¡Capitán Enos Fontaine con un visitante para ver al rey!

El Jefe de Protocolo sacó un par de cristales graduados sujetos el uno junto al otro y se los colocó sobre los ojos. Otra innovación.

—¿Su nombre?

Todo el mundo miró a Cabe, y éste contestó lo mejor que pudo.

—Cabe... Cabe... Bedlam.

Las grisáceas cejas se enarcaron. Aparte de eso, el Jefe de Protocolo no demostró ninguna otra emoción. Los guardias empezaron a murmurar entre ellos.

—¿Pariente de Nathan Bedlam, el Amo de los Dragones?

—Humm... nieto.

—Claro. —La pluma se hundió en el recipiente de tinta y luego fue a posarse sobre un pergamino. El Jefe de Protocolo escribió durante unos segundos antes de volver su atención al joven hechicero—. ¿Cuál es el propósito de la audiencia?

¿Qué era lo que quería? ¿Deseaba ayuda para atacar al Emperador Dragón? No, eso era ridículo. ¿Qué podía decir? Caballo Oscuro le había dicho que fuera a Talak, pero no había dicho nada sobre qué hacer cuando llegara a la ciudad. Cabe había dado por supuesto que debía informarse a los gobernantes. ¿Se había equivocado?

El Jefe de Protocolo era un hombre increíblemente anciano que había visto y estado involucrado en mucho más de lo que nunca contara a los reyes a quienes había servido en un cargo u otro. Los orígenes de Cabe y su silencio le hicieron sacar conclusiones propias.

Agitó las manos en dirección a los guardias.

—¡Podéis iros! ¡Yo me encargaré a partir de ahora! ¡Marchad!

Los guardias agradecieron infinitamente poder irse, y Cabe se encontró a solas con aquel enigmático hombre en menos de lo que canta un gallo.

El funcionario se irguió en su asiento.

—Me llamo Drayfitt. En una ocasión, hace mucho tiempo, fui aprendiz de un hechicero llamado Ishmir el Señor de los Pájaros. Mi aprendizaje se vio interrumpido por la Guerra del Cambio. Nathan Bedlam convenció a Ishmir de que se uniera a la contienda.

Cabe se dijo que Drayfitt debía de haber sido un aprendiz muy poderoso para haber conseguido sobrevivir a tantas generaciones.

—Si vienes en busca de ayuda para una nueva campaña —siguió el anciano—, te diré que no recibirás ninguna. Talak es un fósil. La he visto consumirse bajo la siniestra mirada de los Emperadores Dragón. He visto al Rey Rennek reducido a un demente balbuceante. Es su hijo quien ocupa ahora el trono, pero Melicard es novato en el gobierno de un reino. No puede darse el lujo de enredarse con una nueva generación de Amos de los Dragones.

Cabe fue a decir algo, pero se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué. El Jefe de Protocolo lo contempló con ojos tristes y cansados.

—Este es nuestro hogar, a pesar de la presencia de dragones en las Montañas Tyber. Si tomamos parte en una campaña insensata, sentiremos el peso de sus zarpas.

Le tendió el pergamino en el que había estado escribiendo, pero Cabe no pudo descifrar la escritura a la débil luz de la habitación.

—Tengo aquí tu permiso para ver al Rey Melicard. Si deseas verlo, lo firmaré. Si no...

No serviría de nada ver al monarca de Talak y Cabe lo sabía. Drayfitt tenía razón.

La ciudad no tenía nada que ganar, a excepción de un castigo inmediato si se la descubriría ayudando a los enemigos de los Reyes Dragón. Mito Pica estaba mucho más lejos y, sin embargo, había sido arrasada por Toma sólo porque se sospechaba que había sido el hogar de Cabe durante su época de crecimiento. ¿Qué le pasaría pues a Talak si le ayudaba?

—No deseo ver al rey.

Drayfitt arrugó el pergamino que sostenía.

—No mencionaré tu presencia en la ciudad. Sólo te pido que te vayas lo antes posible.

Cabe asintió. El Jefe de Protocolo volvió a llamar a los guardias, y luego volvió su atención a su escritorio, sin levantar la cabeza hasta que Cabe hubo salido y la puerta se cerró tras él.

Entonces, el anciano sacó una estatuilla, un pájaro en pleno vuelo, y la acarició con cariño y dulzura, al tiempo que pensaba en su maestro, su hermano.

Cabe vagó por las calles de Talak durante más de dos horas. La oscuridad no le molestó, ni tampoco ninguno de sus menos hospitalarios ciudadanos. Su estado de ánimo era sombrío, y sus poderes lo reflejaban. Ni siquiera se dio cuenta del débil resplandor que emanaba de la joya que llevaba en el pecho; se había convertido tan en parte de él que ya ni se acordaba de ella a menos que sucediera algo que se la señalase.

¿Por qué estaba allí? ¿Qué pensaba conseguir el Caballo Oscuro? Ni siquiera estaba seguro de que el etéreo corcel existiera aún en esa dimensión. ¿Habría conseguido Sombra echarlo? La criatura había afirmado que la Dama tenía el poder para hacerlo y, sin duda, Sombra sería al menos igual de hábil y poderoso.

Cansado, irritado y al parecer confundido para siempre, Cabe penetró en la posada más cercana y pidió una habitación. Sin pensar, introdujo la mano en su bolsa y sacó una moneda de oro. Un obsequioso propietario lo condujo hasta una habitación bastante sórdida y mal iluminada.

Cuando el hombre se hubo ido, Cabe cerró la puerta con llave y se dejó caer sobre la cama. En otras circunstancias, habría examinado una cama como aquélla para ver si tenía chinches o piojos, tan asquerosa estaba, pero en esta ocasión, a pesar de que crujió bajo su peso, se limitó a darse la vuelta y se sumió poco a poco en un sueño inquieto en el que danzaban rostros conocidos que no podía alcanzar. Sólo hubo un rostro que no le era familiar, y sin embargo lo era.

Un rostro lleno de poder, muy parecido al suyo.

Justo al otro lado de la línea del horizonte, a menos de un día de viaje de Talak, las huestes de Toma se dispusieron a acampar.

Capítulo 17

No tenían ningún sitio a donde huir y por eso perecieron. Los más implacables guerreros, machos y hembras. Tanto si habían adoptado la forma humana como si conservaban la suya auténtica. Murieron, y muy pocos los llorarían, ni siquiera entre los de su raza.

La verde oleada de muerte no se detuvo hasta llegar a los límites de las Tierras Yermas. Entre aquellos límites, los cuerpos y esqueletos de los últimos miembros de los clanes del Dragón Pardo contribuyeron poco a poco a fertilizar aquel suelo nuevo, y la vida animal se hizo enseguida presente en las tierras, como atraída magnéticamente por la exuberante vida vegetal.

Se había lanzado el hechizo; el sacrificio estaba cumplido aunque de forma insospechada. Las Tierras Yermas habían dejado de ser Yermas.

El Duque Toma se hizo cargo del mando cuando su ejército llegó cerca de la ciudad, y obligó a la Dama a cabalgar junto a él, atrapada aún en la burbuja mágica. Ésta había aceptado la derrota en lo referente a su prisión, pero sabía que llegaría un momento en que el hechicero la sacaría de ella, y cuando sucediera, el dragón pagaría, y pagaría muy caro.

El dragón de fuego había escogido las primeras horas del amanecer para su llegada. Quería que los habitantes de la ciudad acabaran de despertarse y apenas hubieran iniciado su rutina diaria. Siempre es mejor coger a tu presa cuando inicia algo que la mantiene ocupada, se dijo a sí mismo. Existía una analogía humana sobre la conveniencia de atrapar a un hombre con una pierna en los pantalones y la otra desnuda todavía.

Se volvió hacia su prisionera.

—Bien, querida amiga, casi hemos llegado a nuestro destino. ¿No palpita con más fuerza tu corazón ante la idea de estar tan cerca de tu compañero?

—Preferiría que fuera tu corazón el que latiera más deprisa... ¡hasta explotar!

—¡Qué vocabulario! Será mejor que cuides tus modales, Dama del Ámbar. Con este tipo de comentarios sólo conseguirás acalorarte. —Toma aumentó la temperatura de la burbuja lo suficiente como para que Gwen empezara a sudar.

La Dama le dirigió una sonrisa forzada.

—¿Cuándo te cansarás de este truco de salón? Yo lo utilizaba para recalentar mis comidas cuando no era más que una aprendiz.

El duque se irguió ofendido, y Gwen observó que el calor desaparecía casi por ensalmo. Su captor se volvió hacia adelante. Su interés por la ciudad aumentó de repente. Esta vez ella no tuvo que forzar su sonrisa; Toma no era inmune a las emociones.

Al acercarse a las puertas de la ciudad, la Dama observó con asombro y desmayo

que éstas se abrían de par en par para recibir al dragón. Esperaba, a lo sumo, que el Duque Toma se encontrara con el soberano de Talak a través e algún intermediario. Penetrar en la ciudad misma, su ejército libre para la carga si ocurría algún incidente, mostraba el poder que los Reyes Dragón tenían sobre ella. En épocas normales, las puertas habrían estado abiertas para permitir a los viajeros entrar y salir de Talak. Hoy, la gente estaba curiosamente ausente de ellas. Todo ir y venir se había detenido. Nadie quería ni respirar siquiera cerca del reptiliano guerrero. Un solo movimiento en falso podía significar la muerte y la destrucción total.

El grueso del inhumano ejército de Toma permaneció fuera de las murallas de la ciudad, con gran alivio por parte de sus habitantes. Sólo una guardia personal, siniestra y capaz en apariencia, siguió al duque. Su único otro acompañante fue la Dama, quien escudriñó a la gente con nerviosismo en busca de alguna señal de Cabe. Ansiaba verlo, pero también rezaba para que no apareciera. Si caía en las garras de los Reyes Dragón, ya no habría esperanza.

El mismo comandante en jefe del ejército de Talak cabalgó al encuentro del jefe guerrero. Lo saludó con firmeza, como se haría con un superior, aunque Toma no se molestó en devolverle el saludo y fue al grano del asunto que lo traía.

—Me conducirás inmediatamente ante el Rey Melicard. ¿Entendido?

El general, que en aquellos momentos tenía una apariencia muy poco marcial, asintió nervioso.

—¡Sí, milord! ¡Seguidme, por favor!

Cuando reanudaron la marcha, Gwen no pudo resistir la tentación de preguntar:

—¿Melicard es rey? ¿Qué le ha sucedido a Rennek IV? Yo creía que era el rey de Talak.

La voz del dragón dejó entrever un ligero dejo de humor en su respuesta.

—Rennek tuvo el honor de cenar con Kyrq antes de que mi hermanastro siguiera camino hacia Penacles. Supongo que, siendo humano, lo perturbó bastante la forma en que consumimos nuestras comidas.

Fue más que suficiente para hacer palidecer a la hechicera.

No tardaron en llegar al elevado zigurat que constituía el palacio. Ni siquiera tuvieron que desmontar para penetrar en su interior; Melicard, con expresión sombría y sin poder casi disimular su temor, los aguardaba ante las puertas. Tenía media docena de guardias a cada lado, pero Gwen dudó de que pudieran servir de mucho ante los bien entrenados asesinos que componían la guardia de Toma. De todas formas, con sus habilidades, Toma ni siquiera necesitaba a sus soldados. Sus soldados estaban allí sólo para impresionar.

—¡Saludos, Duque Toma, Comandante en Jefe de los Ejércitos Imperiales del Emperador Dragón! —Melicard pronunció estas palabras con evidente disgusto.

—Saludos, Rey Melicard, que espero resulte un hombre más fuerte que su padre.

Estas palabras hirieron visiblemente al joven rey, quien, a pesar de su complexión atlética, su elevada estatura e incuestionable atractivo físico, apenas si había llegado a la edad adulta. Incluso Cabe parecía tener más experiencia en las cosas de la vida que este nuevo gobernante. El antiguo príncipe había llevado sin duda una vida bastante protegida antes de su ascensión al trono.

Melicard reprimió con dificultad una respuesta airada y después de dirigir una curiosa mirada a la prisionera de Toma, inquirió:

—¿Qué es lo que deseáis de nosotros? No tenemos gran cosa en cuanto a carne, pero haremos todo lo que podamos.

Toma descartó esa idea al momento.

—Mientras viva un solo hombre en Talak, siempre habrá carne. Pero no es eso lo que quiero. No, lo que quiero tiene que ver con mi remisa acompañante.

—¿A quién, si es que puedo atreverme a preguntarlo, tengo el placer de dirigirme? —Se atrevió el joven rey a preguntar directamente a la mujer.

—Soy Lady Gwendolyn de la Mansión. La Dama del Ámbar.

Los ojos del rey se abrieron de par en par; había escuchado tantas historias sobre la hechicera, pero jamás pensó conocerla en persona.

—Buscamos a un compañero de la dama —siguió el dragón—. Es un hechicero. Joven. Un forastero en esta ciudad. Su nombre es Cabe Bedlam. Lo quiero antes de que acabe el día.

Tardó algunos instantes en comprender. Melicard acababa de subir al trono; había presenciado cómo caía su padre en las garras de la locura, tenía frente a frente a un terrible dragón y a una hermosa y legendaria hechicera, y ahora se le ordenaba que localizara a un brujo forastero en algún lugar de la ciudad antes de la puesta de sol.

—¿Cómo voy a encontrar a ese brujo? ¿Tenéis una descripción?

La descripción que Toma hizo del joven lo único que reveló fue que podía tratarse de cualquiera de los innumerables varones de Talak. El rey se mordió el labio inferior, no sólo porque odiaba el entregar a un ser humano a aquel lagarto sino porque no veía la forma de localizar a este Cabe Bedlam antes de que expirara el tiempo límite.

Como si leyera la mente del joven monarca, el duque le hizo una sugerencia.

—Haz que tus sirvientes propaguen la orden por toda la ciudad. Asegúrate de que no se dejen ninguna zona. Creo que es muy probable que el hombre a quien busco te haga el mismo trabajo.

No muy seguro de la lógica de aquello, pero incapaz de ocurrírsele una idea propia, Melicard dedicó una cortés reverencia a su inhumano visitante y repuso:

—Se hará al momento.

—Eso espero, por el bien de tu gente. Ellos pagarán si fracasas. Dejaré a suficientes de una pieza para que puedan darte a conocer su frustración por haberles

fallado. —Parecía evidente que el duque era un estudioso de la psicología humana.

—¿Alguna otra cosa? —La voz del rey temblaba ligeramente.

—No por el momento. Harás que preparen una sección del palacio para mí y mi séquito, y harás que nos lleven comida a esas habitaciones. —Sonrió, mostrando sus afilados dientes de carnívoro—. Eso te evitará cualquier molestia que nuestras costumbres alimenticias puedan producir.

Melicard se excusó con una expresión de alivio casi obvia, y el dragón se volvió hacia su «invitada».

—Creo que antes de que acabe el día, tu compañero se presentará ante las puertas de palacio y se entregará. ¿No estás de acuerdo?

La hechicera sacudió los rojos cabellos.

—Creo que subestimas sus habilidades. Puede que descubras que es más de lo que puedes manejar.

—Mi querida Dama del Ámbar, no me importa lo sorprendentes que sean sus habilidades. Te tengo a ti y a esta ciudad en mis garras. Es en su naturaleza en lo que yo confío. Es su inherente bondad la que me lo entregará. Nada más.

Volvió la atención a sus hombres, permitiendo así a Gwen que meditara sobre lo que sabía de Cabe. El Duque Toma tenía razón; Cabe no permitiría que ningún daño le ocurriera a la ciudad, después de lo sucedido a Mito Pica y a lo que podría estar sucediéndole a Penacles.

Bajó los ojos con un sentimiento de culpabilidad. El Grifo creería sin duda que la Dama había abandonado a su gente, y por lo que ella sabía de los lochivaritas, podían lanzarse y lanzarse contra las murallas de la Ciudad del Conocimiento hasta que o bien fueran aniquilados por completo —cosa bastante improbable— o Penacles cayera en sus manos.

Era contrario a todo lo que Nathan le había enseñado abandonar a gente en peligro. Sin embargo, lo habría hecho por él igual que lo había hecho por Cabe. Por los mismos motivos, comprendió de repente.

Dos cosas desconcertaban ahora al Grifo quien tropezó con un árbol totalmente podrido. Una era, desde luego, el origen del inagotable suministro humano del Dragón Negro. Su intención era hacer algo sobre semejante fenómeno siempre y cuando, claro está, sobreviviera a su enfrentamiento con el Rey Dragón. El segundo punto en cuestión tenía que ver con el señor de las Brumas Grises en persona. Las brumas se extendían kilómetros y kilómetros, sin dejar de avanzar hacia la ciudad del pájaro-león. ¿Cómo, se preguntó, conseguía el Dragón Negro emitir tal cantidad de aquella neblina que corrompía la mente?

La confianza inicial en su idea y en los conocimientos de las bibliotecas empezaba a evaporarse. No era normal en aquellos volúmenes que se pudiera leer algo directa y claramente. Tendría que haber desconfiado desde el principio.

El pie consiguió soltarse de la rama que lo aprisionaba con un sonoro crujido. Lo que sí estaba claro, era que las tierras de Lochivar se habían vuelto aun más repulsivas y pegajosas desde su última visita. Deseó poder tener alas como la criatura cuyo nombre llevaba. En cambio, de todo lo que podía presumir era de sus muñones rudimentarios que normalmente mantenía ocultos bajo sus ropas. Era su punto sensible.

Al dar un nuevo paso, su extraordinaria capacidad auditiva captó el lejano sonido de agua que chocaba contra un terreno sólido. En un principio se preguntó lo profunda que podría ser aquella ciénaga, pero una ocurrencia mucho más razonable le hizo abandonar la idea.

Dos horas más de camino lento y dificultoso lo condujeron a la confirmación de su sospecha. De alguna forma, se había desviado por completo de su destino original. El agua que escuchaba era la de uno de los mares orientales. El Grifo se había desviado hasta la costa.

Al menos, decidió, el terreno había mejorado. Ni a su parte humana ni a la animal les gustaba demasiado la ciénaga que acababa de atravesar; sobre terreno firme podía moverse ahora con más rapidez y en silencio.

Había varias antorchas débiles ardiendo junto a lo que sólo podía presumir era el puerto. Bajo el obstinado resplandor que despedían a pesar de las brumas, pudo distinguir tres grandes barcos de vela y más de una docena de figuras que podían haber sido dragones guerreros, lochivaritas o cualquier otra cosa que remotamente se pareciese a un ser humano. La mayoría montaba guardia junto a los navíos, embarcaciones de estructura insólita, si es que las veía bien. Dos o tres de las figuras parecían dirigirse hacia un edificio algo apartado de los muelles.

Captó las pisadas del centinela mucho antes de poderlo ver. Una vez más, la ventaja era suya; por la forma en que aquel hombre lo ignoró, el Grifo comprendió que su agudeza visual era mucho mejor en medio de esa niebla espesa que la de cualquiera de sus adversarios humanos. Se agazapó tras un nudoso árbol que parecía intentar crecer de lado.

El centinela pasó a uno o dos metros del árbol y atisbo en vano en la niebla. Los ojos del pájaro-león se entrecerraron; aquél no era ningún zombi lochivarita. Las acciones del hombre se lo indicaron incluso antes de que su desconocido uniforme resultara obvio. El Grifo encontró aquello curioso y satisfactorio a la vez. Sabía que a este soldado podría cogerlo con vida, mientras que un lochivarita habría luchado hasta que uno de los dos estuviera muerto.

El soldado sostenía en las manos una lanza terminada en una afilada punta aserrada. De su costado pendía una ancha espada. La oscuridad hacía imposible verle el rostro, especialmente porque la mayor parte estaba cubierto por una especie de yelmo decorado. Sus movimientos lentos y torpes tenían gran importancia; el guardia

estaba cansado, y eso podría querer indicar que no tardarían en relevarlo. Si así era, las posibilidades del Grifo no eran muy alentadoras, aunque tampoco tuviera dónde escoger.

Esperó hasta que el guardia hubo dado la vuelta. Entonces, con un elegante salto que recordaba a sus primos los felinos, el Grifo saltó sobre él.

Fue casi más una sorpresa para él que para el soldado. Cansado o no, el hombre poseía la fuerza de un oso. Por suerte, el pájaro-león tenía una mano sobre la boca del centinela. Su intención era acabar deprisa, antes de que perdiera aquella pequeña victoria, pero el soldado debía permanecer con vida.

Siseando en uno de los oídos del hombre, el Grifo murmuró:

—¡Desiste o extenderé mis zarpas y te destrozaré el rostro!

No estaba muy seguro de si lo creería. Desde luego, podría hacer lo que había afirmado, pero también el centinela podría quitárselo de encima. Cuando el cuerpo del otro se relajó, el Grifo a duras penas pudo contener la tentación de lanzar un suspiro de alivio.

Desenvainó la espada del soldado y colocó la punta contra el cuerpo del prisionero, al tiempo que le retiraba la mano de la boca. El centinela no pareció dispuesto a actuar, aunque su cabeza sí se volvió por un instante en dirección a la lanza, que había ido a parar algo más allá durante la lucha.

El Grifo lo golpeó ligeramente con la espada.

—Date la vuelta.

El prisionero hizo lo que le decían. Era un hombre peludo y tenía más aspecto de oso de lo que el pájaro-león creyera. El hombre masculló algo que apenas si parecía la lengua Lands que utilizaban todos. Sonó ronco y más parecido al ladrido de un perro que a otra cosa; no obstante pudo reconocer la palabra.

—Sí, soy el Grifo —asintió—. En cuanto a quién eres tú, eso tendrá que esperar. ¿Sabemos a qué distancia estamos de la guarida del Dragón Negro?

El hombre sacudió la cabeza.

El Grifo colocó la punta de la espada contra la garganta del guardia y volvió a hacer su pregunta. Esta vez, recibió una respuesta mejor. Se alegró de que el hombre resultara tan fácil de predecir. La primera respuesta casi había aullado su falta de veracidad por la forma en que los ojos del soldado lo habían mirado y también por sus envarados movimientos.

Ordenó al guardia que se arrodillara de espaldas a él y, sacando una cuerda que llevaba arrollada a la cintura, la cortó en dos. Una de las partes terminaba en un nudo corredizo, que colocó alrededor del cuello del hombre; la otra se la ató a los tobillos, permitiéndole andar pero no correr. Luego le ordenó al prisionero que se levantara.

Con voz casi inaudible el Grifo dijo:

—Dejo tus manos libres para engañar a los demás. Nadie verá la cuerda que te

rodea las piernas en medio de esta niebla. ¡Pero si intentas gritar, correr o luchar, te partiré el cuello antes de que el primer sonido consiga escapar de tus labios! ¡No pienses ni por un momento que no tengo la fuerza suficiente para hacerlo! ¿Comprendido?

El guardia asintió con cautela. Satisfecho, el pájaro-león dio un empujoncito a su prisionero para que se pusiera en marcha. Había considerado la posibilidad de tirar la espada del prisionero y utilizar la Espada Negra que pendía de su costado, pero al fin decidió que no deseaba atraer excesiva atención sobre su persona utilizando los poderes de la siniestra espada demasiado pronto.

Anduvieron casi por espacio de una hora. El soldado no hizo el menor intento por despistarlo; estaba claro que creía todo lo que el Grifo había dicho, en especial lo referente al nudo corredizo. Era una buena medida, ya que todo era verdad.

Tuvieron que detenerse tres veces por culpa de las patrullas. Estaban compuestas de lochivaritas que avanzaban con enloquecida determinación por entre la cegadora neblina. Por fortuna, las agudas orejas del Grifo las detectaron siempre justo a tiempo. Era mucho más difícil que cuando había acechado a su prisionero; los lochivaritas eran casi tan silenciosos como los espectros a los que tanto se parecían.

Se le ocurrió que la tremenda envergadura de aquel ejército de fanáticos se debía al continuo flujo de esclavos y prisioneros procedentes de los desconocidos navíos. El uniforme de su prisionero le resultaba vagamente familiar, pero, por mucho que lo intentaba, no podía localizarlo. Si tenía tiempo, interrogaría a aquel hombre. En esos momentos, el silencio era esencial.

La visibilidad era casi nula. El Grifo apoyó la punta de la espada que había tomado prestada en la espalda de su compañero. Sabía que la guarida del Dragón Negro no podía estar ya muy lejos. También sabía que ninguno de ellos podría encontrarla si la bruma se espesaba más. A ello había que añadir que su prisionero empezaba a toser y que su propia garganta empezaba a escocerle. Por lo visto, después de todo, no era inmune a las Brumas Grises.

Algo grande y pesado pasó corriendo junto a ellos. Del siseo que aquello dejó escapar el Grifo dedujo que por fin había llegado a su destino, y dio un tironcito a la cuerda que sujetaba al prisionero.

—Date la vuelta —ordenó.

El hombre se desplomó sobre el suelo. El señor de Penacles se frotó la mano, atisbo en la niebla para encontrar un lugar donde ocultar al inconsciente guardia y, por fin, arrastró el cuerpo hasta un enorme matorral lleno de maleza. También dejó allí la espada. A partir de ahora, tendría que confiar en el juguetito de Azran.

Lo que faltaba por ver era si las envolventes brumas eran o no una ventaja. Sabía que los lochivaritas se movían con bastante precisión entre la niebla, y no dudaba de que los clanes del Dragón Negro estuviesen también acostumbrados a ella. No

obstante, las brumas le ofrecerían cierta protección y, realmente, no podía pedir más.

Sus pies se movieron sin hacer el menor ruido sobre el rocoso terreno. El Grifo dio las gracias a varias deidades diferentes de que las guaridas estuviesen en terreno firme. Habría resultado bastante difícil deslizarse en silencio a través de las ciénagas.

Al acercarse a la entrada de la caverna, la débil luz procedente de seis antorchas fue suficiente para revelar lo que le aguardaba allí. Una docena de dragones de fuego montaban guardia a caballo de los más grandes y despreciables dragones de menor categoría que el Grifo hubiera visto jamás. No dejaban de olfatear el aire, y el pájaro-león agradeció que el viento soplara hacia él. Era curioso, pero las brumas seguían flotando en dirección a Penacles como si el aire estuviera inmóvil. Con toda evidencia la magia del Dragón Negro le permitía controlar sus vampíricas brumas.

Impávido, el Grifo avanzó a tientas hasta la ladera de la colina que conformaba la parte visible del hogar del Dragón Negro. Tras asegurarse de que la Espada Negra estaba bien sujeta en su vaina, sacó por completo las afiladas uñas y hundió las manos en la roca. Sus pies encontraron puntos de apoyo que pocos humanos hubieran podido utilizar, y, despacio al principio y luego más deprisa a medida que ganaba confianza, el Grifo empezó a subir.

Mientras intentaba ignorar la idea de que se había convertido en un blanco muy tentador para cualquiera que lo descubriera, escudriñó la colina por encima de su cabeza. No encontró lo que buscaba y se obligó a seguir un poco más. Maldecía cada segundo que perdía, no por su propio bien sino por el de aquellos que lo habían escogido como jefe. No podía fracasar si quería que la ciudad sobreviviese.

Una mano que se cerró sobre el vacío, casi hizo que el Grifo perdiera pie por completo. Con mucho cuidado, palpó alrededor de la abertura. Su anchura le satisfizo. Las cavernas tan grandes como las utilizadas por los Reyes Dragón tenían que tener pozos de ventilación para que el aire pudiera circular. Tales agujeros casi nunca tenían protección ya que muy pocos podían llegar hasta ellos sin peligro, y mucho menos caber en su interior. El Grifo no lo conseguiría más que a fuerza de muchas contorsiones, y sin embargo, no le preocupaba en absoluto la idea de poder quedar atrapado allí. No pensaba permitir que sucediera.

Se introdujo con suavidad en el agujero, con los pies por delante, y tuvo que apretar la funda de la espada contra su pierna para poder deslizarse. Cuando se hubo metido hasta la cintura, levantó los brazos y se dejó resbalar muy despacio hacia abajo en dirección al corazón de la colina.

No era un descenso penoso. El uso prolongado había erosionado poco a poco los costados, de modo que a veces tenía que sujetarse en ambos lados para evitar bajar demasiado deprisa. Su peor momento fue cuando de repente el pozo torció casi noventa grados, y sólo mediante inauditas contorsiones de su cuerpo consiguió evitar quedar atrapado en la curva.

La temperatura había aumentado varios grados, y el Grifo deseó no haberse equivocado y escogido el pozo que conducía a la sala de incubación. Si sobrevivía a la caída en dirección al pozo de magma, tendría que vérselas con una o más hembras furiosas. Se trataría de morir escaldado o devorado. Aunque sobreviviera, toda la caverna estaría en alerta.

La suerte estaba de su lado, no obstante. El pozo terminaba en una cámara menor que parecía no haber sido utilizada demasiado a menudo durante muchos años. El Grifo consideró que se encontraba a varios niveles por debajo de la superficie y, probablemente, a unos dos o tres de distancia de la cámara principal en la que el señor de las Brumas Grises mantenía su versión de una corte. Sacó la Espada Negra de la vaina. El arma vibró expectante, y el pájaro-león tuvo que resistir un repentino impulso de lanzarse a la carga por los túneles. No permitiría que la espada corrompiera y dominara sus pensamientos.

Las cavernas estaban sorprendentemente libres de toda bruma gris, pero aquella falta de niebla no le preocupó. Si lo hacía más visible a él, también hacía lo mismo con sus enemigos. Descubrió asimismo que sus energías aumentaban, pero si se debía al aire puro o a los efectos hechizantes de la espada que empuñaba era cuestión para dilucidar en otro momento.

Escuchó y sintió el retumbar que era la voz del Dragón Negro mucho antes de llegar cerca de la cámara principal. El rey estaba furioso. De cuando en cuando se producía un prolongado silencio, como si algún otro hablase.

No había encontrado ninguna resistencia, ni siquiera la menor señal de un centinela. Pero aunque el Grifo sabía que el reptiliano monarca había lanzado al grueso de sus fuerzas a la batalla, también conocía bien a los Reyes Dragón. El Dragón Negro nunca se quedaría sin protección; era el más paranoico de aquellos tiranos.

Con la espada en la mano, el Grifo avanzó en silencio hacia su destino. Las otras voces se fueron haciendo menos confusas; hombres o, como los Reyes Dragón, seres que se metamorfoseaban en tales. Uno nunca podía estar seguro. Tal y como había supuesto, discutían. Se acercó más al lugar de donde procedían las voces y se encontró en un pequeño túnel lateral que le permitía una buena visión de los acontecimientos.

Ambos hombres y el horrendo monarca al que se enfrentaban estaban situados de lado. Al igual que el guardia, llevaban una oscura armadura peluda, las cabezas cubiertas por feroces yelmos en forma de cabeza de lobo. Uno de los hombres hablaba.

—¡He dicho todo lo que puedo, mi señor! ¡No habrá más por lo menos durante tres temporadas!

El azabachado leviatán retorció la gigantesca cabeza para bajarla a la altura del

orador. Una humareda tórrida y fétida surgió de su boca y narices. De todas formas; se dio cuenta el Grifo, el Dragón Negro ya había estado lanzando humo antes de eso.

Se escuchó un siseo. La larga lengua apareció por un instante.

—¡No creo que comprendas, D'Shay! ¡El tiempo es esencial! ¡En otra semana, habré aplastado a Penacles y a ese maldito inadapto que la gobierna!

D'Shay se acarició la punta de su bien cuidada perilla. La parte de su rostro que quedaba visible tenía un aspecto netamente zorruno.

—Aunque eso nos complacería muchísimo, me temo que no podemos suministraros los prisioneros necesarios. Los que recibisteis tendrían que haber sido suficientes.

—¿Suficientes? ¡Nunca habéis intentado derribar las murallas de Penacles! — Esta declaración fue seguida por un rápido e irritado movimiento hacia atrás de la cabeza.

—No obstante, nosotros os facilitamos la mano de obra que solicitasteis, y aún no hemos recibido nada por vuestra parte.

—¡Cuando la Ciudad del Conocimiento sea mía, la seguirá el poder de mi hermano! ¡Entonces, recibirás las tierras, ser de sangre caliente!

—Nosotros hemos cumplido con nuestra parte, el resto es cosa vuestra.

La gigantesca cabeza se alzó para contemplar el techo. Meditó unos segundos antes de efectuar su siguiente declaración. Algo parecido a una sonrisa apareció en su rostro.

—Me pregunto... ¿no será que los magníficos aramitas están encontrando a sus vecinos más fuertes de lo que en un principio suponían? —La cabeza descendió de nuevo—. ¿Es eso, D'Shay? ¿Has encontrado resistencia a la expansión de tu imperio?

El compañero de D'Shay se removió incómodo, pero éste se mantuvo impassible.

—Debo admitir que aún no han encontrado la forma de unirse a nosotros, pero se están quedando sin tiempo aun más de prisa que vos. En menos de un año, los habremos empujado hasta los mares del norte.

—¡No puedo esperar un año! —Pareció que el Dragón Negro fuera a aplastar a sus invitados, pero se contuvo. D'Shay ignoró la exhibición, aunque no las palabras.

—Hemos hecho lo que hemos podido, señor. El resto es cosa vuestra.

—¿Qué hay de vuestros hechiceros?

—No podemos prescindir de ellos. Ni tampoco de nuestras tropas.

El señor de las Brumas Grises extendió las alas y agitó la cola a uno y otro lado. Sus ojos centelleaban furiosos mientras intentaba controlar su rabia.

—¡Entonces vete! ¡Aplastaré a Penacles sin tu ayuda! ¡Pero no temas; cuando haya acabado, tendrás tus tierras!

El enlutado orador hizo una reverencia.

—Eso es todo lo que necesitamos saber. ¿Puedo suponer pues que nuestra

conversación ha terminado?

—¡Puff! ¿Qué te parece, sangre caliente?

D'Shay hizo un gesto con la cabeza a su compañero, y ambos se dieron vuelta y salieron sin la menor ceremonia. El Dragón Negro los contempló marchar sin poder apenas controlar la rabia. Las brumas siguieron surgiendo de su boca y narices. Una pequeña joya, azul oscuro y centelleante, estaba sujeta a su monstruoso cuello.

No habría mejor momento que el presente, comprendió el Grifo. Esperar más significaría atraer el desastre. Con la Espada Negra vibrando con fuerza, saltó en dirección a la enorme figura del Rey Dragón...

... Y se encontró atrapado en una telaraña invisible.

El dragón aéreo giró la cabeza despacio y seguro de sí mismo en dirección a su prisionero.

—¡Sabía que vendrías! ¡No sabía cuándo, pero sabía que lo harías! ¡Ahora te tengo!

«Qué estúpido soy», se maldijo interiormente el Grifo. No era extraño, pues, que hubiera tan pocos guardias.

La enorme masa del Rey Dragón ocupaba todo el espacio delante de él, mientras que el pájaro-león colgaba indefenso de la nada, con la mortífera espada vibrando enloquecida en su mano. El Dragón Negro se echó a reír.

—¡Debería hacer venir otra vez a D'Shay! El placer de tu muerte le daría sin duda el incentivo necesario para reabastecer mis diezmadas filas! ¡Aunque, de todas formas, con tu destrucción, Penacles caerá con toda seguridad!

Las fauces abiertas se dirigieron hacia él. Desesperado, el Grifo añadió toda su fuerza de voluntad a la de la Espada Negra. Había probado la sangre de un Rey Dragón y ansiaba más. No cejaría en su empeño.

Brazo y espada quedaron libres justo un instante antes de que las abiertas fauces lo alcanzaran. La hoja silbó en el aire, y el Dragón Negro lanzó un discordante y gutural alarido. El gigantesco dragón aéreo se echó hacia atrás, mientras un líquido rojo manaba del interior de su boca. La expresión de triunfo y odio de sus ojos había sido reemplazada por una nueva emoción: el temor. El Dragón Negro retrocedió mientras su supuesta víctima se liberaba y avanzaba hacia él.

Las Brumas Grises habían dejado de formarse. El Grifo sospechó que el corte había sido profundo y que la sangre manaba hacia el interior de la bestia. Una tos monstruosa confirmó su suposición. El Rey Dragón corría el riesgo de ahogarse en sus propios fluidos vitales.

El señor de Penacles sabía perfectamente que no debía permitir que lo dominase su admiración por la espada. Hacerlo podía muy bien ponerlo bajo el hechizante poder del arma. Además, aún tenía que demostrar que podía terminar el trabajo.

El reptil seguía tosiendo sangre. El Grifo descubrió una enorme cuchillada en la

parte posterior de la boca del dragón. La Espada Negra había cortado sin tocar; su alcance físico no habría sido suficiente. Azran no era un estúpido. El hechicero había encontrado la forma de luchar sin arriesgarse más de lo estrictamente necesario.

De todas formas, la espada tenía una manera de salvar tales medidas de seguridad, y no dudaba de que pudiera intentar atraerlo a la refriega sólo por saciar su sed de sangre. Las espadas diabólicas eran famosas por esa tendencia.

El Dragón Negro empezaba a recuperarse pero las Brumas Grises seguían curiosamente ausentes. A los pies del dragón yacían los desmenuzados restos de la joya que llevaba alrededor del cuello. Esos restos facilitaron al Grifo cierto número de rápidas hipótesis.

De diferentes entradas a la cámara surgieron varias figuras. Entre los primeros en llegar se encontraban el misterioso D'Shay y su silencioso compañero. Los otros eran guardias, tanto humanos como de los otros. El Grifo se sintió a la vez irritado por su presencia y ansioso por tener más blancos para atacar, pero descartó este último pensamiento al instante. Olía a los deseos de la Espada Negra.

D'Shay hizo aparecer una amenazadora hacha doble de la nada y empezó a gritar el nombre del pájaro-león junto con un cierto número de palabras apenas inteligibles. Su compañero había sacado otra hacha guerrera igual de mortífera. Soldados y criaturas ocupaban todas las salidas cercanas. El Grifo había perdido cualquier posibilidad de huir, pero estaba decidido a que sus últimos momentos dejaran huella. Hizo caso omiso de los demás y se lanzó contra la mole del Rey Dragón.

Los alaridos y gritos que llenaron la habitación en ese punto fueron ignorados en su mayor parte por el Grifo; dio por sentado que se referían a él. No escuchó el sonido del acero chocando contra la piedra ni tampoco la atronadora risa hasta que ésta consiguió abrirse paso en su enloquecida mente.

Entre los dos enemigos surgió un destello azabache, una momentánea visión del vacío. Tenía la forma de un caballo, pero era fácil darse cuenta de que era mucho más que eso. Ambos retrocedieron ante ella, pero sólo el Grifo la reconoció de inmediato, y por eso retrocedió aún más.

Los gélidos ojos azules se clavaron en él.

—¡Mi Lord Grifo! ¡Es a ti a quien busco!

Dicho esto, el siniestro corcel cargó contra él.

—¡No! —Alzó la espada para defenderse, aunque sabía que era inútil, pero la Espada Negra estaba quieta y fría. Ni siquiera tuvo tiempo de correr antes de que el espectro lo alcanzara, arrastrándolo... a otro lugar.

Una burlona carcajada dijo adiós a los moradores de las cavernas, y a través de un portal que en la realidad no existía, el Caballo Oscuro desapareció, regresando de nuevo al Vacío.

Capítulo 18

La luz penetraba entre las rendijas de los postigos de la única ventana de la habitación de Cabe. Qué hora era, no podía decirlo. El cuerpo aún le dolía, y el único motivo por el que estaba despierto era el escándalo que resonaba en sus oídos. Alguien discutía al otro lado de la puerta. Cabe se levantó. Sintiéndose curiosamente ajeno a todo. Parpadeó, atónito de momento ante el casi palaciego decorado que no había aparecido allí hasta poco después de quedarse dormido. El mobiliario original, incluida la desvencijada y apolillada cama, había desaparecido.

A medida que la conciencia disipaba los últimos vestigios del sueño, Cabe empezó a sonreír, porque ahora recordaba, lo recordaba todo. Que no era el mismo Cabe que se había ido a dormir la noche anterior no se le ocurrió. Todo le parecía natural, incluso la razón de su cambio. La joya que había llevado incrustada en su pecho, yacía sobre la lujosa alfombra azul, brillando como cualquier pedazo de cuarzo.

La tomó y se quedó mirándola, pensando para sí qué poco había comprendido Sombra realmente lo que hacía. La joya había cumplido su propósito, liberando el poder contenido en su interior, pero no en la forma que esperaba el siniestro hechicero. Había servido como foco, o quizá como catalizador, para los propósitos del mismo poder, no para los de Sombra. No se podía culpar en verdad al terrible mago; ¿acaso podía él saber que el secreto de Cabe poseía mente propia?

Cabe dejó que el cristal resbalara de su mano.

Recuerdos de una época muy anterior se superpusieron a los de las últimas semanas. Cabe, con la expresión de un rostro totalmente distinto al suyo, murmuró:

—¡Azran! ¡Gwen!

La puerta tembló golpeada con algo muy pesado, y los recuerdos pasaron a un segundo plano. El nuevo Cabe se dirigió hacia la puerta y extendió la mano hasta el pomo.

Abrió y se encontró cara a cara con seis o siete hombres, entre ellos el propietario del establecimiento. Tardaron algunos segundos en darse cuenta de que la puerta estaba abierta y algunos más en recuperarse de la sorpresa.

—¡Cogedlo! —Las palabras surgieron precipitadamente de la boca del posadero.

Para Cabe, la escena que siguió rayaba en lo hilarante. En su impaciencia por saltar sobre él, el grupo de hombres actuó como uno solo, pero, por desgracia, la puerta no permitía el paso más que de una persona. Los dos grupos más gruesos del grupo quedaron atascados y no pudieron retroceder por culpa del celo de sus compañeros. Tras denodados forcejeos consiguieron pasar, pero sin atrapar a Cabe, quien prudentemente se había echado atrás. El resto del grupo, excepto el hombre que estaba en último lugar, entró en tropel, tropezando y cayendo sobre los dos primeros.

Cabe contempló con expresión divertida cómo sus supuestos atacantes intentaban inútilmente ponerse en pie, provocando cada uno la caída de sus compañeros. El único atacante que seguía erguido sacó una larga daga e intentó saltar por encima de sus camaradas. Lo consiguió, pero una mirada del hechicero lo mantuvo flotando en el aire sin poder hacer nada.

Con éste bajo control, el joven hechicero volvió su atención hacia los demás. Inmovilizó a cada uno de ellos contra las paredes de la habitación y seleccionó al más asustado del grupo. El rostro del rufián palideció mientras el hechicero lo atraía hacia sí para interrogarlo.

—¿Por qué me habéis atacado? No hice nada.

El desgraciado recuperó una pizca de valor y repuso:

—¿Nada? ¡Por Hestia, has atraído la cólera de los Reyes Dragón sobre nosotros!

El flemático sentido del humor que formaba parte integral del nuevo Cabe desapareció por el momento.

—¿Qué queréis decir?

—¡Ese lagarto, el Duque Toma, dice que hará pedazos la ciudad si no te entregamos a él hoy!

La mención del nombre del jefe guerrero ensombreció aún más la expresión del joven.

—Pensaba que Toma iba en dirección a Penacles. ¿Por qué venir aquí?

—¡Dice que te quiere a ti! —replicó el hombre.

—Y a vosotros se os ocurrió que podíais ayudarme a llegar ¿no? Sois muy amables.

—¿Qué otra cosa podíamos hacer?

Cabe asintió, recordando las palabras del Jefe de Protocolo. La verdad es que no podía echarles nada en cara, siempre habían vivido atemorizados por el Emperador Dragón. Además, ¿qué era un solo hombre cuando estaba en juego la vida de toda una ciudad?

Con una torva sonrisa, liberó a sus prisioneros. Estos lo miraron fijamente pero no hicieron ningún movimiento contra él.

—Olvidaos de que esto haya sucedido. Incluso, si queréis, podéis repartiros eso... —Utilizó el pulgar para indicar la joya— ...Entre todos. A mí ya no me sirve.

Sin decir nada más, avanzó en dirección a la puerta, mientras los que tenía más cerca se apartaban para dejarle paso. Nadie intentó atacarlo por la espalda aunque de todas formas no les habría servido de nada. Al poco rato de haber abandonado la posada, Cabe había recobrado ya el buen humor.

Unos cuantos ciudadanos lo observaron con atención, pero Cabe apartó de sus mentes toda idea de atacarlo. No quería retrasos en el momento de enfrentarse con la realidad de su situación ni cuando los Reyes Dragón amenazaban las vidas de todos.

Mientras avanzaba decidido hacia la puerta principal de la ciudad, la noticia de que se aproximaba lo precedió por todas partes, ya que, por su forma de actuar y su aspecto, no podía existir la menor duda acerca de su personalidad. No fue pues, sorprendente que le saliera al paso el nuevo rey de Talak junto con varios soldados, todos a caballo.

—¡Te saludo, forastero! —dijo Melicard—. ¿Puedo suponer que eres el hechicero que esa abominación con escamas desea?

—Soy Cabe Bedlam, sí.

El rey estudió su plateada cabellera.

—Debes de ser un hechicero muy poderoso, Amo Bedlam. Creo que bastante poderoso como para eliminar a un ejército de esas sabandijas metamorfoseantes.

Cabe le dedicó una leve sonrisa.

—Quizá. ¿Qué queréis de mí, mi señor?

—¡Deseo ver muertas a todas esas criaturas! Kyrg está muy lejos pero su amo te aguarda. ¡La ciudad lo pagará si no compareces!

El hechicero volvió a ponerse en marcha.

—Entonces lo mejor será que vaya.

Melicard hizo maniobrar a su montura en un esfuerzo por bloquearle el paso a Cabe.

—¿Ir? ¿Los atacarás? ¿Debo reunir a mis tropas?

Sin detenerse, Cabe clavó los ojos en el caballo, que retrocedió en un intento por evitar su mirada.

—No; sólo os acarrearía el mismo destino que a Pagras durante la Guerra del Cambio.

El rey se detuvo, sus estudios le recordaron el significado de las palabras del hechicero. Pagras estaba situada al este de Talak. Una poderosa y orgullosa hermana de su propio reino reducida a ruinas que jamás habían vuelto a ser habitadas excepto por animales salvajes.

—¿Qué harás?

—Me entregaré.

El monarca enrojeció y replicó con una voz chillona que era casi un alarido:

—¡Entregarte! ¿Eres un cobarde?

—No soy ningún estúpido —respondió Cabe sin mirar atrás—, si es eso lo que queréis decir, mi señor.

Melicard hizo intención de seguirlo, pero su corcel no se movió. No porque no quisiera, sino porque no podía avanzar. Como si jinete y montura hubieran chocado contra una pared de ladrillo. El rey se volvió hacia sus hombres, que permanecían montados observándolo.

—¡No os quedéis ahí con la boca abierta! —les espetó furioso—, ¡Seguidlo!

El capitán vaciló antes de responder.

—¡Lo... lo hemos intentado, señor! ¡Pero ni nosotros ni nuestros animales podemos movernos para ayudaros a atrapar al hechicero!

El joven monarca se dejó caer pesadamente sobre su silla. Toda la agresividad que sentía se había evaporado. Lanzó un suspiro. Las cosas eran mucho más sencillas cuando era príncipe. Al menos entonces no tenía que vérselas con hechiceros ni dragones guerreros.

El Duque Toma encontraba el palacio irritante. Demasiado civilizado, demasiado elegante. El jefe guerrero era un soldado por naturaleza y un poderoso nigromante. Sus propias cuevas lo reflejaban; las cabezas de enemigos y de animales decoraban las paredes, y su laboratorio personal ocupaba casi la mitad de la residencia. Aquí, gran parte del decorado se componía de pinturas y esculturas en medio de una variedad de muebles lujosos. Sólo alguna que otra estatua o armadura consiguieron despertar su interés por un breve instante. Ni siquiera la excelente comida que acababa de engullir había conseguido relajarlo. Casi se había desperdiciado un magnífico buey recién sacrificado. Por lo que él recordaba, tanto podría haber estado asado como crudo.

Meditó sobre los movimientos de su adversario. El nieto de Nathan había demostrado ser el comodín de la baraja, y aquellos que sabían jugar como era debido sabían también que el comodín no era tal comodín. Podía derribar a oponentes situados en las posiciones más privilegiadas. Si aquel maldito hechicero llamado Sombra no hubiera interferido... Tanto bajo su aspecto bondadoso como maligno, el hechicero había evitado que Toma supiera demasiado sobre el joven hechicero por razones que sólo él conocía. Motivos que, al parecer, tenían poco que ver con la situación de ese momento.

En su deambular llegó jumo a la sala de baile donde se había visto obligado a dejar a la hechicera: la burbuja no pasaba por los pasillos, y no sentía el menor deseo de retirar el hechizo, de modo que abrió la puerta y entró.

La Dama estaba tranquilamente sentada en su burbuja, pero la escena no apaciguó al dragón de fuego. Sabía que la mente de la mujer, aunque no su cuerpo, había estado trabajando para desentrañar las fuerzas que formaban el hechizo. El dragón aumentó la temperatura bruscamente en varios grados y contempló con sádica satisfacción que Gwen se movía de un lado a otro en un inútil intento por evitar abrasarse. Cuando hubo conseguido que se retorciera durante unos segundos, devolvió a la esfera su temperatura normal.

—¡Un día de éstos pagarás muy caro lo que haces, oo... duque!

La hechicera se interrumpió justo a tiempo de evitar llamarlo por el nombre de uno de sus más lejanos parientes, un reptil habitante de las ciénagas que construía su madriguera con sus propios excrementos. El Duque Toma le dedicó una fría sonrisa

mientras meneaba la cabeza como un instructor satisfecho de ver que su pupilo aprende.

—Si esa palabra hubiera escapado de tus labios, señora mía, el calor habría aumentado mucho más. No te habría matado, eres útil como rehén, pero tus sufrimientos se habrían prolongado enormemente.

—¿Cuánto tiempo tendré que seguir dentro de esto?

—Eso depende de tu compañero. No se ha presentado aún. Me siento más que tentado de arrasar esta ciudad ahora mismo.

—Puede que no esté aquí. ¿No lo has pensado?

Toma le mostró los afilados dientes.

—Tú y yo sabemos que no está muy lejos, mi señora. Estamos demasiado bien entrenados como para no dejar de percibir su presencia, en especial con todo ese poder que lleva consigo.

—¿Conociendo su poder, sigues pensando en detenerlo? —sonrió la Dama.

—Es inexperto. Mucho de lo que sabe es sólo la parte instintiva de la hechicería. No lo salvará cuando se le lleve ante el emperador.

Se escuchó un cuerno, y Toma se precipitó a la ventana para mirar al exterior. Gwen deseó fervientemente poder arrojar el resto de él por la abertura. El dragón se apartó de la ventana y se volvió para mirar a su prisionera.

—¡Tu compañero ha llegado! ¡Ven! ¡Quiero que estés ahí para darle la bienvenida! —Salió corriendo de la habitación, y la esférica celda de la Dama voló tras él, arrojando a su remisa inquilina contra uno de los costados. La hechicera masculló unas palabras que normalmente estaban reservadas a los elementos más indeseables de la ciudad.

El duque pasó corriendo junto a sus ayudantes que habían venido a comunicarle la noticia. Uno de éstos estuvo a punto incluso de verse derribado por la burbuja, cosa que causó a Gwen una momentánea satisfacción. A los pocos instantes el jefe guerrero y su cautiva estaban en el exterior del palacio.

El objeto de la atención general penetraba en aquellos momentos a través de las puertas de acceso. Ataviado con ropas azul oscuro de corte perfecto, la plateada cabellera refulgente, Cabe avanzó con tranquilidad hacia el dragón.

Toma arrugó la frente y masculló algo que la Dama no consiguió entender. Percibió el tirón dado a la porción más oscura del espectro, cuando el dragón hizo uso de ella. Un ligero resplandor rojizo envolvió al dragón de fuego.

—¡Detente justo ahí, Bedlam!

Cabe se detuvo. Sus ojos se clavaron en la prisionera del dragón, y la sorpresa y la preocupación se reflejaron en su rostro. Toma recuperó su confianza.

—¡Ssssí, humano! ¡Tengo a tu hembra! ¡Una maniobra por mi parte más acertada de lo que imaginaba ahora que te vuelvo a ver!

El joven hechicero apenas pudo reprimir su cólera.

—¡Ya me tienes a mí! ¡Déjala ir!

—Me parece que no. ¡Su presencia me asegura tu buen comportamiento durante nuestro viaje!

—¿Viaje? ¿A dónde se supone que vamos?

El duque sonrió, mostrando los afilados y blancos dientes en una teatral expresión de triunfo.

—¿A dónde? ¡Pues a las Montañas Tyber, desde luego! ¡Pensamos acabar de una vez con la dinastía de los Bedlam!

—¿No olvidas a mi padre?

—Azran es de los que se sientan a planear conspiraciones insensatas. No nos causará muchas molestias en lo que se refiere a mis proyectos.

—¿Tus proyectos? —inquirió Cabe, despertada su curiosidad.

—Como ya le he contado a tu compañera, muchos de los acontecimientos acaecidos últimamente se deben a mis esfuerzos. —Su tono de voz distaba mucho de ser modesto.

—Ya veo —asintió Cabe—. El repudiado será el que gobernará. Eso explica muchas de las luchas internas entre los Reyes Dragón.

Una expresión de placer casi humana apareció en el rostro de Toma.

—¡Comprendes las cosas con mucha rapidez! ¡Yo instigué a Pardo y a los otros, bien entre bastidores, bien bajo la apariencia del Dragón de Cristal! —La satisfacción dio paso a la desconfianza—. Pareces más inteligente y enterado de lo que indicaban mis espías. Me alegro de haberte buscado ahora y no después. —Se volvió hacia un ayudante y ordenó—: ¡Prepara nuestras monturas!

Los dos rivales se miraron fijamente.

—¿He de ir a pie, Duque Toma? No tengo caballo.

—Aunque es una idea que me agrada, me temo que retrasaría las cosas demasiado. La velocidad es primordial para mí.

El dragón señaló a su adversario la mano, murmurando unas palabras que no se utilizaban desde hacía mucho tiempo, excepto por quienes comerciaban con aquellas artes; al instante, una burbuja como la que encerraba a Gwen rodeó a Cabe, que la observó con interés pero no dijo nada.

—¡Así es como viajarás hasta los aposentos del emperador! La Dama te podrá informar sobre las ventajas y desventajas de este sistema, y te sugiero que tengas en cuenta las desventajas más que las ha tenido ella. —Toma movió una mano y el globo en el que se encontraba Cabe se elevó por el aire hasta quedar flotando junto al otro.

El duque los contempló de pies a cabeza.

—Un curioso par de pisapapeles. De la misma especie.

Toma se dedicó entonces a organizar su marcha, momento que Gwen aprovechó

para hablar con Cabe, pero éste la hizo callar llevándose el dedo a los labios y moviendo negativamente la cabeza. La hechicera lo miró con perplejidad, preguntándose cómo podía el joven, que carecía de experiencia, tomar el mando. Cabe no dijo nada pero le hizo una señal antes de darse vuelta para observar lo que hacían los soldados dragones.

La señal no la tranquilizó. Mas bien sirvió para acabar de confundirla. Comprendía su significado pero no su origen. Sólo dos personas habían conocido aquel particular lenguaje de signos. Ella era una; lo había estudiado en un viejo volumen mohoso muchísimos años atrás; la otra era el propietario de aquel libro, el hombre, el maestro, el amante. Sólo Nathan, que había recuperado el volumen del lugar donde había descansado durante siglos, podría haber conocido aquella señal.

Los preparativos para abandonar Talak no exigieron mucho tiempo. El grueso del ejército esperaba aún fuera de la ciudad y no se había molestado en acampar siquiera; por otra parte, el séquito del Duque Toma llevaba muy poco consigo en lo que se refería a equipo y provisiones. Así pues, el grupo llegó ante las puertas de la ciudad sólo media hora después de la confrontación.

El jefe guerrero miró a su alrededor mientras abandonaba Talak.

—Parece que Melicard no va a despedirse de nosotros. Curioso.

Ante la mención del joven rey, Cabe irguió la cabeza y sus ojos se cerraron por un instante. Gwen reconoció el gesto pero fingió no darse cuenta de nada aunque su perplejidad iba en aumento. Se atrevió a dedicar una rápida mirada a Toma, esperando que los pensamientos y ojos de éste estuvieran ocupados en otras cosas. Por fortuna para ambos humanos, el duque había dejado de utilizar su poder mental y se concentraba ahora en que el ejército se moviera.

La enorme masa empezó a desplazarse, despacio primero, para ir tomando luego más velocidad a medida que transcurrían los segundos. El duque, su séquito, y los dos humanos ocuparon sus lugares al frente de la gigantesca columna, mientras los ciudadanos de Talak se agolpaban en las murallas para verlos marchar. Cabe echó una ojeada a la multitud y le pareció descubrir a Melicard. No pudo ver el rostro del joven rey, pero no dudó de cuáles serían sus sentimientos.

Las Montañas Tyber se alzaban ya sobre sus cabezas como otros tantos titanes de leyenda. Más alto que las demás, Kivan Grath se elevaba orgulloso sobre sus súbditos y casi parecía desafiar a las insignificantes criaturas que se atrevían a penetrar en sus dominios. Cuanto más cerca se estaba de la cordillera montañosa, más imponente parecía el Buscador de Dioses.

No había animales en los senderos que conducían al interior de las montañas aunque Cabe descubrió en un lugar lo que parecía ser el cráneo de un caballo. Algunas criaturas volaban perezosamente en lo alto, pero sus pieles eran correosas, lo cual las señalaba como sirvientes y parientes lejanos de los dragones de fuego.

Nadie habló durante el camino. Toma estaba demasiado absorto en su autoglorificación; se regodeaba en las alabanzas que creía le prodigaría su padre. No se opondría demasiado a su transformación en uno de los Reyes Dragón, en especial ahora que la mayoría de los otros habían muerto. Una vez convertido en rey, podría reestructurar abiertamente el imperio para asegurar su supremacía sobre los seres de sangre caliente durante los próximos milenios.

Lady Gwen contemplaba la distancia que se iba desvaneciendo con gran inquietud. Según su punto de vista, de situaciones como ésta estaban hechas las pesadillas. He aquí un lugar que había conocido desde la infancia como el bastión del mal, un lugar no apto para los hombres. Sus estudios con Nathan no habían cambiado su imagen de la cordillera; más bien sirvieron para definir la naturaleza de aquel mal. Miró a Cabe en busca de algún gesto que la tranquilizara, como había hecho con el abuelo del joven tantos años atrás, pero el muchacho estaba absorto en el estudio de la esfera y tenía el rostro vuelto de espaldas a ella. Permaneció en silencio, pues, ya que no deseaba atraer accidentalmente la atención del dragón.

Cabe había descubierto que la esfera era una creación muy compleja que alteraba constantemente su diseño general. Le dio la impresión de que la suya era mucho más sofisticada que la que encerraba a la Dama, parecía que el duque estuviera más preocupado por su presencia que por la de la Hechicera. No obstante, no era difícil identificar el patrón que regía los cambios. Cabe no pensó ni por un minuto que otro mago hubiera sido incapaz de hacer esto y mucho menos con tanta celeridad. Lo que le preocupaba era poder escapar a toda prisa si era necesario.

Una vez convencido de que la huida sería sencilla, se apoyó contra un costado de la burbuja y, ante el asombro de Gwen, cerró los ojos. En aquellos momentos, lo mejor era que conservara las energías. A pesar de su nueva sensación de confianza en cuanto a sus habilidades, el hechicero sabía que penetrar en la guarida del emperador era aun más peligroso que caer en un pozo de serpiente tras haber perdido el sentido. Pretendía llegar en plenas condiciones. Por fortuna, la esfera parecía anular cualquier acoso de hambre y sed, de modo que eso no constituiría un problema.

Kivan Grath se alzó gigantesco, por encima de sus cabezas.

A causa del enorme tamaño del ejército y de que el camino era casi todo cuesta arriba, tardarían varias horas en atravesar la cordillera. Gwen se estremeció, pero no de frío. Sentía y veía los colores de los poderes que habitaban allí; también percibía otras fuerzas, menores, iguales y mayores a las que conocía, tanto pertenecientes a las tinieblas como a la luz. Eran muy antiguas, mucho más antiguas, y llenas del contacto de criaturas que no eran humanos, dragones ni ninguna otra que ella hubiese conocido. Algunas emitían una total indiferencia hacia cuanto las rodeaba, mientras otras parecían casi benévolas. La hechicera intentó ponerse en contacto con estas últimas, pero sin resultado. La comunicación con tales fuerzas estaba fuera de su

alcance.

Decidió que posiblemente era una suerte de todos modos ya que también existían poderes de naturaleza perversa. Poderes que parecían querer introducirse en su mente y obligarla a obedecer su voluntad. Rehuyó cualquier contacto mental con ellos. Unos pocos intentaron penetrar, pero al parecer les faltaba la energía suficiente.

Observó que ni a Toma ni a Cabe parecían afectarles esos espectros de la antigüedad. No obstante Cabe no tenía ningún motivo para permanecer tan tranquilo; la Dama sabía que los aprendices y los magos inexpertos estaban más expuestos al contacto que aquellos que habían aprendido a cerrar sus mentes a cualquier intrusión. Sin embargo su compañero dormía como si estuviera en su propia cama. De mala gana, se vio obligada a achacarlo a otro misterio relativo a la personalidad del nieto de Nathan. Esperaba poder vivir lo suficiente para resolver alguno de esos misterios.

Se dio cuenta de que todo parecía que iba a ser en balde. Cuando se vio liberada de su prisión de ámbar, Gwen creyó que ésa sería su oportunidad para cumplir los sueños de Nathan y liberar a aquellas tierras de los Reyes Dragón. Había conocido a Cabe y descubierto en él los inicios de un hechicero al menos tan poderoso como lo fuera su amante. Además, con la adición de Caballo Oscuro, del Grifo, y, sí, incluso de Sombra, la hechicera acabó creyendo en el éxito de todo cuanto los Amos de los Dragones habían planeado.

Su rostro se ensombreció. De nuevo, había sido Azran quien había destruido las esperanzas de la humanidad. Podrían haber rechazado a los fanáticos de Lochivar con su esfuerzo combinado, incluso sin los enigmáticos pero tremendos poderes de Sombra. Pero Azran, en su mezquina búsqueda del dominio sobre hombres y dragones, había secuestrado a Cabe por motivos que aún no podía comprender. No por paternal preocupación, de eso estaba segura.

Ni ella ni ninguno de los que iban al frente de la columna vieron la solitaria figura que volaba por los aires a una velocidad de vértigo. El intruso se les acercaba directamente por detrás. La cola del ejército estaba a pocos minutos de distancia. La figura no parecía en absoluto preocupada por el enorme tamaño de las fuerzas que avanzaban allá abajo. Más bien parecía haber aumentado su velocidad.

Un explorador que volaba efectuando una comprobación de rutina, descubrió la figura. Curioso y totalmente seguro de que no podía existir ninguna amenaza en las Montañas Tyber, agitó las pesadas alas y se acercó para verla bien de cerca.

Al reconocerla, el explorador emitió un sorprendido graznido, pero ya era muy tarde. Con una sonrisa diabólica y dominado por completo por su espada, Azran acuchilló el aire. Aunque estaba lejos, muy lejos del alcance de la Innominada, el dragón aéreo se contorsionó y se precipitó inerte hacia el lejano suelo, con una enorme herida en el cuello.

A pesar de que la diabólica espada del hechicero había probado ya la sangre y las

vidas de incontables criaturas, no se sentía saciada. Al contrario, su anhelo aumentaba y, a medida que esto sucedía, también se consolidaba su dominio sobre Azran. La larga, sinuosa y atestada columna presentaba un blanco que no podía pasarse por alto.

Azran se lanzó en picado sobre ella, la espada extendida hacia adelante para atacar a las huestes del Emperador Dragón.

Se escuchó un grito procedente de la parte posterior de la columna. El Duque Toma y la Dama giraron en redondo, mientras Cabe salía bruscamente de su sopor.

Gwen fue la primera en reconocer al que empuñaba la espada, y casi escupió su nombre.

—¡Azran!

Toma hizo girar su montura para hacer frente a la acción, y sus ojos brillaron furiosos.

—¡La mayoría de los que están allá atrás o no pueden volar o son unos idiotas! ¡Además están demasiado apelotonados! —Sus ojos se clavaron en el merodeador hechicero—. ¡De todas formas, jamás habría creído que Azran se atreviera a hacer algo así! Quisiera saber...

Se escuchó un susurró que sólo Gwen pudo captar.

—¡La espada! ¡Ha creado otra espada!

La Dama miró a Cabe, luego volvió a mirar a aquel ser enloquecido que se precipitaba sobre las filas del ejército del duque, moviéndose de un lado a otro. Incluso desde donde ella estaba podía percibir, notablemente, su maligna presencia.

El jefe guerrero había llegado a la misma conclusión. Sus ojos despedían un fulgor terrible mientras observaba. Había visto la Espada Negra, aunque el Dragón Pardo no había permitido jamás que nadie más la tocara, y algunos de los otros Reyes sospechaban que el señor de las Tierras Yermas no era el mismo de siempre. Eso no preocupaba a Toma en absoluto, ya que consideraba a los demás mucho más débiles que él. Si no podía poseer aquella espada, tendría ésta.

No podía confiar en sus fuerzas; de eso el duque estaba seguro. Muchos de sus miembros ya se habían dejado llevar por el pánico, y aparte de los que formaban la clase dirigente, había muy pocos hechiceros competentes entre los clanes de dragones inteligentes. Fue entonces cuando recordó que el Dragón Rojo había marchado con sus fuerzas contra el hechicero. No cabía duda de que las filas de los Reyes Dragón estaban ahora más diezmadas que nunca.

Dirigió una rápida mirada a sus prisioneros y ordenó a las esferas que siguieran adelante. Su padre se ocuparía de eliminarlos y aún le prodigaría más alabanzas cuando Toma le mostrara su nuevo trofeo. Con la espada encantada, ninguno de los reyes que hubieran sobrevivido podría poner en duda el derecho del duque a gobernar.

La repentina puesta en marcha de sus celdas en forma de burbuja zarandeo

violentamente a ambos hechiceros. Gwen fue la primera en recuperar el equilibrio y volvió la cabeza para ver cómo le iba a su compañero. Cabe rodó durante unos segundos más y luego se quedó inmóvil en el suelo con una mano sobre la cabeza. El joven le dedicó una socarrona sonrisa. La Dama no le encontraba ninguna gracia a su situación y así se lo hizo saber sin palabras.

Ante su sorpresa, Cabe siguió sonriendo e indicó hacia arriba como diciéndole que aguardara. La Dama lo contempló con atención. Éste no era el mismo hombre que había conocido; era una persona por completo distinta, que utilizaba muchas expresiones perturbadoramente familiares.

El joven hizo que cesara todo movimiento, dejándola atónita ante la evidencia de su experto control. Las dos esferas se detuvieron fuera del campo de visión de Toma, pero demasiado cerca de su destino. Cabe colocó entonces la mano izquierda sobre la superficie interior de su burbuja y la deslizó muy despacio sobre ella. De pronto extendió la mano derecha y tocó otra zona, en un sitio totalmente opuesto al elegido en primer lugar. La celda-burbuja dejó escapar un leve siseo y flotó hasta el suelo. Una vez allí, la esfera se evaporó.

Cabe repitió el proceso con la celda de Gwen, pero tardó el doble de tiempo en conseguirlo ya que se vio obligado a rodearla y luego volver a encontrar el punto débil exacto. Una vez que la burbuja se hubo disuelto, se arrojaron uno en brazos del otro impulsivamente y permanecieron así durante algunos instantes.

Fue él quien, con cierto apuro, rompió al fin el abrazo.

—Tenemos que seguir.

Contemplan lo que los rodeaba. El terreno descendía de forma bastante abrupta frente a ellos. Aunque empedregada por la cercana presencia del Kivan Grath, la montaña donde se encontraba el arrecife también parecía un gigante por derecho propio. El suelo a sus pies era un lugar desolado e inquietante, en el que no vivían más que escasos matorrales de un verde desvaído y uno o dos abetos retorcidos. El lado de la montaña no era mucho más alentador. Las Montañas Tyber eran tan poco hospitalarias como quienes vivían en ellas.

Gwen había perdido por completo el sentido de la orientación.

—¿Cómo saldremos de aquí?

—No vamos a hacerlo. Tenemos que penetrar en las cavernas que hay en Kivan Grath.

La Dama palideció.

—Entrar... Sí, tienes razón. Puede que nunca tengamos otra oportunidad.

—No es tan malo como parece. Si el Dragón Dorado nos espera, nos espera como prisioneros, no como seres libres dispuestos a luchar.

Eso la animó, y también la hizo recapacitar.

—Sí, y eso me recuerda... ¿Cómo has conseguido liberarnos? —Lo miró

exigiendo una respuesta. Cabe se retorció incómodo.

—Lo explicaré luego. No me atrevo a alterar el equilibrio que existe ahora en mí.

—¿Qué?

El joven se volvió hacia el Buscador de Dioses.

—Será mejor que nos pongamos en marcha si queremos conservar el elemento sorpresa.

—¡Aguarda! Quieres decir que tú vas a entrar ahí...

La Dama se interrumpió al ver que Cabe le daba la espalda y se dirigía a buen paso hacia la guarida del Emperador Dragón. Furiosa, corrió tras él, pidiendo a su diosa protectora que le prestara toda la ayuda que pudiera...

... Y dudando de que fuera suficiente.

Capítulo 19

En la ciudad de Penacles reinaba una prudente esperanza. Las Brumas Grises habían perdido intensidad, tanto que la luz del sol penetraba sin tropiezo. Los exploradores regresaban informando que entre las legiones de Lochivar que quedaban cundía el desorden y que muchos de los fanáticos parecían visiblemente agotados, ya que sólo se habían estado alimentando de droga. Para muchos de los ciudadanos, las noticias significaban la victoria. Para Blane, significaba que lo peor aún no había llegado.

—¿Qué creéis?

Sus palabras iban dirigidas al general Toos. El general, de facciones zorrunas, observaba a las fuerzas enemigas a través de su catalejo.

—Creo que intentan organizarse para un ataque. Cada minuto que pierden absorbe parte de sus energías y restablece las nuestras. Además, si se mueven con rapidez, aún pueden atrapar a la ciudad mientras está desprevenida.

Blane movió la cabeza afirmativamente.

—He ordenado a todos los hombres que estén alerta para otro ataque en masa. Creo que estarán en guardia.

—Será mejor que lo estén. —Toos bajó el catalejo y miró de frente a su capitán—. Los lochivaritas ya se están moviendo.

—¡Maldita sea!

—Exacto.

Blane estaba a punto de regresar con sus soldados cuando Toos lo detuvo alzando una mano. El general tomó de nuevo el prismático y se volvió para mirar más hacia el norte. Su atención se clavó en una enorme masa que no se había movido desde su llegada unos días antes.

Ahora se movía.

—Llamad a todos los hombres aptos... y a las mujeres, capitán Blane.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Ese sádico de Kyrg está lanzando a su inhumano ejército contra nosotros. Según parece, la espera ha terminado. ¡Éste va a ser el asalto definitivo!

En todas las murallas, excepto en las del sur, sonaban ya las trompas, y la ciudad regresó a su sepulcral silencio, que es el sonido más terrible de cualquier guerra, a la espera del horror.

Los dos jefes habían ido a reunirse con sus hombres. Toos se enfrentaría a las fuerzas más numerosas, pero Blane tendría que vérselas con tropas frescas y ansiosas por entrar en combate que odiaban todo lo que fuera humano. La suya sería una tarea casi imposible. En las murallas que daban al norte y al oeste había menos hombres que en las demás porque los ataques más fuertes habían sido siempre lanzados por el lado este. No había duda de que ése era el motivo de que Kyrg atacase ahora.

También podría ser que supieran que el Grifo no estaba. A pesar de todas sus virtudes, ninguno de los dos comandantes podía elevar la moral del ejército como conseguía hacerlo el señor de la ciudad. El Grifo poseía enorme fuerza de espíritu.

Como una sola, las fuerzas invasoras avanzaron implacables sobre Penacles. Para los defensores, la oleada parecía tan interminable como al principio. Todo el terreno estaba cubierto de figuras en movimiento.

Los primeros lochivaritas quedaron a tiro, y los arqueros hicieron volar las flechas, llenando el aire con una mortífera lluvia. El primer golpe lo había asestado la ciudad, pero el enemigo no tardaría en contestar violentamente.

La borrosa forma de lo que podría haber sido un corcel negro como la pez se materializó en el abrupto borde que dividía la Península Legar de lo que una vez fueran las Tierras Yermas, mientras sus ojos escudriñaban el terreno en busca de indicios de la presencia de forasteros no deseados. Satisfecho al ver que todo estaba tranquilo, Caballo Oscuro alzó la cabeza y lanzó un rugido que jamás habría podido brotar de la garganta de un auténtico animal.

Una pequeña mancha apareció surgiendo de aquello que contenía la esencia del ser y a la vez estaba contenido en él. Empezó a crecer y a crecer, como un sarpullido que se extendiera por el costado de la criatura. Cuando fue lo bastante grande cayó del corcel en lugar de desprenderse y fue a dar contra el suelo con un feroz e irritado gruñido.

El Grifo se incorporó tambaleante, la espada hechizada bien sujeta en su mano. Rugió como lo haría cualquier felino de gran tamaño, pero su rugido terminó en algo parecido al graznido de un ave. Extendió la Espada Negra ante él como advertencia al eternal.

Si Caballo Oscuro hubiera podido poner los ojos en blanco, habría cuadrado muy bien con su estentórea voz.

—¡Por favor! ¡No te he traído aquí para que intentes inútilmente ensartarme! ¡Se nos acaba el tiempo!

Sin confiarse demasiado, el Grifo bajó un poco la espada.

—¿De qué hablas, demonio? ¿Por qué me has apartado de lo que debe hacerse para salvar a mi gente?

—¿Demonio? Vaya, pues... ¡No importa! ¡Necesito tu ayuda! ¡La tuya y la de la espada!

—¿Con qué fin?

Caballo Oscuro lanzó un furioso resoplido.

—¡Con el de evitar el nuestro... o el tuyo al menos, si no te puedo convencer! ¡Sólo con tu ayuda puedo desterrar a Sombra!

—Desterrar a So... ¿Está vivo?

—¡En la medida en que estos términos pueden utilizarse con alguien como él! ¡Ya

no utiliza el nombre de Simón! ¡Ahora debes llamarle Madrac y dar mucho énfasis a la primera mitad de su nuevo título^[1]!

La punta de la espada bajó hacia el suelo, no sin alguna oposición por parte del arma en sí.

—Ya me lo temía. ¡Al ver que no se encontraba la menor huella de él tras su combate con el Rastreador, me convencí de que había ocurrido lo peor!

—¡Bien haces en temer! ¡Este Madrac es la encarnación más rápida y poderosa de las que he visto desde que conozco a ese hechicero! ¡Apenas si pude contenerlo, y no sé cuánto tiempo podré retenerlo! ¡Lo recuerda casi todo de sus anteriores vidas, en especial lo que concierne a Cabe! ¡Si no me hubiera liberado de la trampa que me puso al reencarnarse, nuestro joven hechicero habría sido utilizado como fuente de energía para librarlo de su maldición!

El Grifo acabó asintiendo.

—Sería mejor dejar que los Reyes Dragón continuaran con su tiranía. ¡De acuerdo, pero debes llevarme de vuelta a Lochivar en cuanto hayamos acabado!

—Puede que no sea necesario. El Dragón Negro no podrá emitir sus horribles brumas durante algún tiempo y ha perdido el cristal que las amplificaba y controlaba. Para empezar era una idea muy precaria y sólo sirvió para debilitarlo y corromper su mente. ¡Era tan amo de su vida como sus fanáticos humanos! —Sus revueltas crines se agitaron violentamente al sacudir la cabeza—. ¡Vamos! ¡Estamos perdiendo tiempo!

Tras aquel brusco cambio en la conversación, Caballo Oscuro se alzó sobre los cuartos traseros, se dio vuelta, y trotó hacia el interior de las tierras de cristal. El pájaro-león envainó la superflua espada y corrió en pos del corcel. Esperaba que la criatura no pensara hacerle recorrer todo aquel territorio que el Dragón de Cristal reivindicaba como suyo. No serviría de gran cosa después, y no tenía el menor deseo de quedarse solo en aquella parte del Reino de los Dragones que era una de las menos conocidas a excepción de los territorios del norte del Dragón de Hielo.

Por fortuna, o por desgracia, el corcel negro se detuvo ante lo que parecía ser un pequeño cráter que se hundía en las profundidades del mundo subterráneo. El Grifo se acercó por detrás de su guía y miró abajo. Pelaje y plumas se le erizaron de enojo.

—¿Esperas que baje hasta allá abajo? ¡Las paredes son tan lisas como el cristal! —Se interrumpió al darse cuenta de lo que sus palabras podían significar—. ¿Hizo esto uno de vosotros?

—Sombra. ¡Todo lo que puedo decir es que en este caso tuve la suerte de mi parte! ¡Aunque no muriera, habría sentido un gran dolor! ¡El hechicero me conoce mejor que nadie y ahora puede hacer resurgir casi todos los recuerdos de sus vidas anteriores! ¡De momento ya he averiguado que recuerda algunos de mis puntos flacos!

El Grifo no pudo imaginar qué puntos débiles podría tener el espectral corcel, pero se abstuvo de preguntar.

—¡En cuanto a lo de bajar ahí, tienes razón! —siguió el Caballo Oscuro—. ¡Aunque fuera posible, tardarías unas horas que no podemos malgastar! ¡Por eso montarás sobre mí!

—¿Montar sobre ti? —Su valor no podía ponerse en duda, pero incluso el Grifo tuvo la tentación de negarse ante la idea de tener que subir sobre aquel animal más bien etéreo. De todas formas, no se atrevió a desobedecer.

Montar en él no fue más difícil que montar sobre cualquier caballo auténtico, puesto que el eternal no deseaba perder a su pasajero por ningún motivo. Una vez bien asentado, el pájaro-león dio vía libre a su fantasmal compañero.

El Caballo Oscuro saltó al interior del agujero y se precipitó hacia las profundidades.

El Grifo se aferró con ambos brazos al enorme cuello; en su ingenuidad, había dado por sentado que volarían hacia abajo. Sólo ahora recordaba que el Caballo Oscuro, a pesar de su poder, se veía confinado a la tierra cuando se encontraba en esta dimensión.

Cuatro cascos de acero se estrellaron contra el suelo con una fuerza que tendría que haberle quebrado cada una de las patas. El Caballo Oscuro pateó el suelo durante unos instantes para orientarse, luego salió disparado por uno de los túneles que cruzaban la zona en todas direcciones, echando rápidas miradas a derecha e izquierda mientras se sujetaba con fuerza. El Grifo no tardó en darse cuenta de que esos túneles no eran naturales. En ellos había algo que hablaba de épocas anteriores a los dragones. Una sensación de antigüedad. Eso lo tranquilizó; sin duda, sus habitantes habían muerto hacía tiempo y no había que preocuparse por ellos.

Sin advertencia previa, el Caballo Oscuro se detuvo en seco. El Grifo parpadeó ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos y su montura tuvo que recordarle que aún había cosas que hacer. Sin apartar ni un instante la mirada, desmontó de un salto y desenvainó la Espada Negra, que vibraba ansiosa.

—¿Qué es eso?

Una gota de arcilla en constante fluctuación, una masa de líquida negrura, que se retorció y reformaba sin cesar. El Grifo hizo una mueca de disgusto de la mejor forma que le permitió su rostro. La nebulosa forma despedía un olor tan repelente como su aspecto.

—Es la prisión que he creado para encerrar al hechicero loco. Está hecha de la esencia que contengo y que me contiene a mí. No me atreví a soltar nada más en esta dimensión, por temor a que hiciera pedazos la textura de la realidad.

—¿Cómo sabes que todavía sigue ahí? —El señor de Penacles no podía distinguir nada que pareciera humano.

—Lo sé.

—Ya entiendo. —No era cierto, pero de nada servía decirlo. El Caballo Oscuro se acercó a aquella cosa.

—La Espada Negra carece del poder para matarlo a menos que lo toque directamente en el corazón. Por lo tanto sólo podemos conseguir su expulsión. Si él fuera su otra personalidad, Sombra lo querría así.

—¿Qué debo hacer?

—Húndela en medio de esta masa. La espada hará el resto. Lo habría hecho yo mismo, pero también habría significado mi expulsión.

El Grifo, que se había estado preparando para asestar la estocada, se detuvo.

—¿Qué?

—No te preocupes. Es sólo debido a que no estoy totalmente ligado a este plano. Tú formas parte de esta realidad; ¡yo pertenezco al vacío! ¡Hazlo!

Los gélidos ojos centellearon. El pájaro-león volvió a levantar la diabólica espada y se preparó.

«¿Qué es?»

Las palabras no fueron pronunciadas sino sentidas. El Grifo se volvió e hizo intención de decir algo al Caballo Oscuro, pero la voz lo interrumpió, esta vez con más decisión.

«¡Grifo! ¡Amigo! ¡Ayúdame!»

Sus ojos se clavaron en la gota que tenía delante. Podría ser...

—¿Sombra?

«¡Eres tú! ¡Cuidado! ¡El Caballo Oscuro planea algo diabólico!»

—¿Diabólico? ¡No, Sombra... o más bien, Madrac! ¡Sé lo que eres!

«¡Madrac ha muerto! Soy Benedict... ahora.»

—¿Benedict? —La mano que empuñaba la espada vaciló.

—¡El Caballo Oscuro liberará antiguos demonios que todavía viven en esta región! ¡Debes soltarme antes de que se dé cuenta!

El Grifo vaciló. No confiaba demasiado en el corcel. Sombra siempre había sido un amigo, tan íntimo como era posible con alguien como él. Y también un consejero. Sin embargo siempre había hablado de su fe en el Caballo Oscuro, quien comprendía al hechicero mejor que cualquier otro.

—¿Por qué vacilas? —Esto fue dicho en voz alta y autoritaria, a pesar de haber sido formulado como una pregunta.

Dirigió una rápida mirada al eternal, no muy seguro de si debía o no confiar en él.

«¡Grifo!»

En un momento de pánico, el tono había cambiado. Ya no se trataba del Sombra que había conocido.

Una mano surgió entre la negra masa, intentando aferrarse a algo, y tras ella

siguió parte del brazo.

—¡Se ha liberado! —rugió el Caballo Oscuro.

Con una velocidad que estaba fuera del alcance de cualquier hombre, el negro corcel dio un salto hacia adelante y se tragó la masa negra, brazo incluido. Sólo quedó el Caballo Oscuro, pero se tambaleaba, como si una parte de él no existiera.

—¡Atraviésame el costado con la espada!

—¿Pero no serás expulsado?

—¡No hay otra elección! ¡No puedo sujetarlo así y expulsarlo al mismo tiempo! ¡Escaparía! ¡No puedo dar más explicaciones! ¡Atraviésame!

Sin más vacilaciones, el Grifo hundió la Espada Negra en lo que era el Caballo Oscuro. Se escuchó un alarido de dolor, pero no provenía del eternal. El pájaro-león soltó la espada y dio un paso atrás mientras el túnel se estremecía bajo la violencia de dos realidades contrapuestas.

El Caballo Oscuro lanzó una carcajada mientras su figura empezaba a desvanecerse, aunque se trataba de una risa teñida de alguna otra clase de emoción. El espectral caballo miró con ansiedad en dirección al cielo. Su voz era tensa cuando musitó:

—¡Ahora cabalgaremos juntos para siempre, mi único amigo verdadero!

Las paredes y el techo se agrietaron, y el Grifo temió verse aplastado bajo toneladas de tierra; no obstante, el túnel aguantó ya que había sido diseñado para soportar los terremotos más violentos.

Poco quedaba ya del Caballo Oscuro. A cada segundo que pasaba se volvía menos visible, y ya sólo sus penetrantes ojos parecían poseer alguna sustancia. Se clavaron por un instante en el Grifo antes de desvanecerse con el resto de la borrosa figura. Su risa permaneció unos segundos más en forma de eco.

La espada temblorosa era la única evidencia que quedaba de lo sucedido. El Grifo se sacudió la tierra seca color marrón de su cuerpo y se inclinó hacia adelante para recoger la espada. Su mente captó el claro grito del arma. Su poder se había doblado casi. Así pues, como no deseaba convertirse en esclavo de la Espada Negra, decidió envainarla, pero incluso entonces, ésta siguió temblando.

No tenía la menor intención de explorar aquellos túneles. Ahora que el Caballo Oscuro no estaba, el lugar había asumido una nueva atmósfera, de maldad vigilante. La presencia del corcel azabachado la había disimulado o quizá mantenido bajo control. Fuera como fuese, se dio cuenta de que no sería prudente permanecer allí mucho más tiempo.

El sistema de túneles no le presentó ninguna dificultad. Igual que los animales de los que tomaba el nombre, su destreza en el arte de la caza y el rastreo estaba siempre muy por encima de la de los hombres. En cuanto al tiempo, tardó más de lo que había calculado en un principio, lo cual, no era extraño ya que el Caballo Oscuro había

viajado a gran velocidad.

Una vez en el fondo del agujero, el Grifo miró hacia arriba con desaliento. Los costados eran casi como de cristal. No distinguía gran cosa que pudiera servirle de apoyo a manos y pies, sin embargo, comprendió que si no lo intentaba su única opción sería volver atrás. Era mejor arriesgarse a romperse el cuello.

Las afiladas y marfileñas garras se hundieron en aquella tierra dura como la piedra. Pensó en utilizar la Espada Negra, pero resultaría demasiado incómoda y tampoco quería depender de ella más de lo realmente necesario. Soltó una de las garras, la extendió por encima de su cabeza y taladró un nuevo agujero. De esta guisa, empezó a avanzar despacio pero de forma continuada y segura hacia la superficie.

A unos dos o tres metros del final, pasó su peor momento. La tierra era allí más blanda y cedió con más facilidad de lo que hubiera deseado. Al extender uno de los brazos hacia arriba, sintió que la otra garra resbalaba de su punto de apoyo y se quedaba sólo con un montón de tierra en la mano. Lo salvó su rapidez de reflejos. Mientras resbalaba, el pájaro-león desplazó el cuerpo y consiguió asirse al punto de apoyo anterior. Se columpió un poco, pero el asidero aguantó. El resto del trayecto lo recorrió con mucho más cuidado. Una vez arriba, se dejó caer en el suelo y aspiró con fuerza.

Cuando se recupero lo suficiente para levantar la cabeza, sus ojos se abrieron de par en par al tiempo que ladeaba la cabeza. La línea del horizonte estaba teñida de verde. El Grifo no se había dado cuenta antes. Con una mezcla de interés y desasosiego, se dirigió tambaleante hacia la exuberante vegetación.

Una vez cerca, se confirmó lo que había adivinado. Estas fueron las Tierras Yermas. Era el término correcto. Si algún lugar contradecía su nombre, no podía ser otro que este salvaje pero pacífico prado. Había aves en abundancia, y los árboles salpicaban el terreno aquí y allá, además de formar un bosque al nordeste. Algún movimiento esporádico entre los matorrales daba fe de la presencia de vida animal, probablemente conejos y otros animales de pequeño tamaño.

Fascinado, el pájaro-león empezó a pasear por aquellos campos. Se había producido tal cambio en la región... Era incluso más bonita ahora de lo que lo había sido hacía tantos años, antes de la Guerra del Cambio.

Su pie golpeó contra algo duro. Apartó a un lado la maleza crecida y descubrió una espada ancha medio sepultada en la tierra; estaba decorada con serpientes, detalle que la identificaba como el arma de un dragón de fuego. El Grifo intentó sacarla, pero el terreno no quiso entregarle su trofeo, se dio por vencido y siguió su camino.

El siguiente descubrimiento lo conmocionó. Desde lejos, no había podido identificar aquellos objetos. Sólo al acercarse se dio cuenta de que se trataba de los huesos de un dragón adulto. El esqueleto, lo que quedaba de él, estaba

completamente enredado en la hierba de aspecto inocente que se extendía hasta donde llegaba la vista. El lomo del dragón de fuego estaba partido, y gran parte de él ya enterrado en la tierra. No le quedaba ni pizca de carne.

Ahora que sabía qué buscar, se encontró con varios otros en su recorrido. Lo que más lo trastornó fue el descubrimiento de cinco guerreros con sus armaduras, dos montados todavía sobre sus dragones corcel, asfixiados por la vegetación. Todos habían iniciado ya el proceso de devolver sus componentes básicos a la tierra y habrían desaparecido antes de que llegara el invierno. Cada uno de los cadáveres llevaba la marca de los clanes del Dragón Pardo.

El Grifo no tuvo necesidad de preguntarse qué habría sucedido: había escuchado la historia del combate de Cabe con el Dragón Pardo. No la encontró alentadora. Le gustaba poco la magia, incluso la que él mismo poseía. La espada que pendía de su costado le causaba más que un malestar físico, pero, en aquellos instantes, no se atrevía a dejar la Espada Negra en ninguna parte. No debía caer en las manos de alguien con una mente más fácil de influir.

Un temblor en el estómago le recordó que no había comido desde hacía bastante tiempo. Sopesó el posible peligro de buscar comida en un lugar como aquél. Ninguno de los animales parecía estar en peligro, aunque no había duda de que habían hecho todo lo posible por reducir la cantidad de vida vegetal. ¿Se vería atacado tal y como había sucedido con los dragones si se atrevía a robar alguna fruta o mataba a uno de los conejos? El límite más occidental de su reino estaba a varios días de viaje, y no podía esperar recorrer aquella distancia sin comida. Sin embargo, a pesar del hambre, no hizo el menor intento de cazar. No tenía ninguna intención de acabar como los desventurados clanes del Dragón Pardo.

Los jinetes aparecieron poco después.

Eran seis. La capacidad visual de ave rapaz del Grifo los identificó incluso a gran distancia; el destello del sol sobre sus armaduras o los rostros cubiertos casi por completo por yelmos resultaban inconfundibles. Las monturas no eran caballos sino dragones menores. Aquí, en medio de ninguna parte, no había demasiado motivo para que los guerreros dragones camuflaran a sus parientes aunque, por lo general, lo hacían por la fuerza de la costumbre, un hábito que habían adoptado con entusiasmo de esos seres de sangre caliente que tanto despreciaban.

La hierba era alta y espesa, y lo ocultaría de los guerreros aunque, a lo mejor, sus monturas estaban adiestradas para olfatear al enemigo. De momento, la mano del Grifo no hizo el menor movimiento en dirección a la diabólica espada que pendía de su costado. No la utilizaría más que en casos extremos.

Cabalgaban decididos, pero no lo habían visto. Su trayectoria los llevaría muy cerca de donde se ocultaba, y el viento arrastraba su olor en dirección a los dragones. Con mucha cautela y sin hacer el menor ruido, el pájaro-león se deslizó a una zona

más segura. No tenía el menor deseo de luchar; el retraso le costaría más tiempo a sus amigos y a Penacles, y no era tiempo lo que les sobraba.

El jefe del grupo iba engalanado con un recargado yelmo de dragón, y cabalgaba directamente hacia el sitio exacto que había escogido el Grifo. No cabía la menor duda en cuanto a la identidad del jinete; la sensación de poder que fluía de él, aumentada por su identificación con el reino vegetal, lo señalaba como el guardián del Bosque de Dagora, el Dragón Verde en persona.

El Grifo sacó el temible juguete de Azran aunque eso alertaría al Rey Dragón como si de un faro se tratase.

Los seis jinetes detuvieron sus monturas de repente. Tras una breve pausa, el jefe avanzó despacio, y con ojos rojos como el fuego, miró directamente hacia la oculta figura.

—¡Guárdate tu maldita arma, Lord Grifo! ¡He venido a hablar, no a cazar humanos!

Carecía de sentido permanecer entre la maleza cuando todos sabían dónde estaba. Con la Espada Negra lista para atacar en cualquier momento, el pájaro-león se alzó para enfrentarse al reptiliano monarca.

—¿Qué tiene que decirme un Rey Dragón? Yo no me rindo ante las palabras. —Habló con voz baja y monótona para subrayar su incredulidad y desprecio.

Algunos de los guerreros se agitaron incómodos en sus monturas, pero el Dragón Verde alzó una mano de cuatro dedos para acallarlos.

—No pido tu rendición. Más bien busco una alianza.

La idea resultaba tan increíble que el Grifo estuvo a punto de dar un cabezazo de sorpresa. Por fortuna, consiguió mantener la compostura y se limitó a enarcar las cejas.

—¿Una alianza? ¿Con un Rey Dragón? ¿Por qué?

Las flamígeras órbitas se apagaron al tiempo que una expresión de cansancio se apoderaba del dragón de fuego.

—Soy un realista, Lord Grifo. Los Reyes son cosa del pasado. La Era de la Humanidad ha llegado. ¡Yo preferiría que algunos de los míos sobrevivieran en lugar de ser víctimas de una raza de humanos en busca de merecida venganza! ¡Ya no pienso seguir la locura del emperador y de los míos!

La punta de la espada apuntó directamente a la garganta del Rey Dragón.

—Un repentino cambio de parecer. ¿Por qué voy a creerte?

—Si quieres una prueba, medita sobre esto. El nieto de Bedlam se vio obligado a viajar sobre el Bosque de Dagora de camino hacia Talak...

—¿Talak? —interrumpió el Grifo.

—Talak. No lo intercepté, a pesar de que tenía órdenes concretas de hacerlo. De hecho, fui yo quien le facilitó el medio de transporte.

Podría ser cierto. El Grifo no recordaba haber oído decir jamás nada malo sobre el Dragón Verde. El señor del Bosque de Dagora era uno de los pocos Reyes que no interfería en las vidas de sus súbditos si podía evitarlo. En general permanecía neutral, dejando que la naturaleza y sus hijos siguieran su curso normal.

—Digamos que acepto tu palabra; ahora, dime, ¿qué propones?

—La mayor amenaza a vuestra rebelión no proviene de mis hermanos. Lo sé. Entre nosotros hay alguien que es un maestro de las artes más oscuras del espectro aunque él no puede gobernar.

—¿Toma? He oído las historias...

El Dragón Verde dejó escapar un siseo.

—¡No son historias, sangre caliente! He observado y estudiado. ¡Tengo razones para creer que Toma ha estado entre nosotros en nuestros consejos, encubierto bajo la forma de un Rey Dragón! —No necesitó dar más detalles al respecto. Un dragón de fuego que pudiera metamorfosearse en más de una forma debía de poseer un control tremendo sobre los poderes.

Atento a cada palabra que escuchaba, el Grifo estudió al Dragón Verde con insistencia.

—Me parece que gran parte de tu recién hallado entusiasmo procede del temor a que Toma pueda gobernar. Contra los humanos podrías luchar, si fuese necesario. Pero Toma podría eliminarte cuando estuviera seguro de que ya no te necesitaba. —Uno de los guerreros hizo intención de tomar su espada—. ¡Yo no lo haría a menos que desees un nuevo monarca!

La mano se apartó de la espada. El Dragón Verde se inclinó hacia adelante.

—Si eso no es suficiente, entonces te diré que Azran también anda suelto por ahí y destruyendo todo lo que encuentra. ¡No tengo que decirte lo que sería ser gobernados por alguien como él! ¡Si la información que poseo es correcta, puede resultar un peligro aun mayor que Toma!

—¿Qué información? —Lo primero que pensó el Grifo fue en Cabe y la Dama.

Como respuesta, el otro señaló la negra espada diabólica que el pájaro-león sujetaba.

—Tú empuñas la Espada Negra, la maldición de Azran, pero corre el rumor de que él lleva una nueva que hace que ésta sea menos peligrosa que un cuchillo de caza.

La espada empezó a vibrar, como ofendida ante aquel insulto. Entretanto, el Grifo intentaba evaluar las posibilidades de que el hechicero hubiera podido crear tan demoníaco instrumento. Por desgracia, era muy probable. Azran poseía habilidades que superaban en mucho a la mayoría de los de su clase. Eso explicaría su inactividad durante todos aquellos años.

Suspiró, una curiosa mezcla de ronroneo y graznido.

—De acuerdo, aceptaré tu palabra... ¡de momento!

—Qué amable. Qué afortunado también. Entérate también de esto: soy uno de los protectores de la Dama aunque no poseía el poder necesario para destruir el maldito hechizo de Azran, pero no permitiré que le ocurra nada malo.

—¿Sabes dónde está? —El Grifo no se molestó en preguntar por Cabe; estaba seguro de que ambos estaban juntos. No se equivocaba. El Dragón Verde señaló hacia el nordeste.

—Allí. En las Montañas Tyber. Todo se acerca a su final.

—Supongo que tienes algo en mente, ya que te has alejado tanto de tus territorios.

—Lo tengo. De todos modos, estas tierras no están fuera de mi territorio; ahora forman parte de él... A menos que desees reclamarlas...

El Grifo recordó los desperdigados restos de los clanes del Dragón Pardo y negó con la cabeza.

—Ya lo pensé. Muy bien, te explicaré lo que tengo en mente.

Las facciones del Dragón Verde se contorsionaron en una sonrisa de rapaz.

Capítulo 20

La puerta de bronce no podía ser una entrada más apropiada para lo que, a todos los propósitos, era una visita al mundo subterráneo. Su increíble antigüedad se advertía desde el principio, una reliquia de una era muy anterior a la de los Reyes Dragón. Esta antigüedad, sin embargo, no le impedía ser una auténtica barrera para los dos magos.

Gwen levantó la cabeza para contemplar la extensión de la puerta.

—¿Ahora qué? Toma estaba decidido a enviarnos aquí solos. Debe de haber una forma de entrar.

—¿Y si llamamos?

La Dama no supo decir si el joven bromeaba o sencillamente no sabía qué hacer. Se decidió por la segunda posibilidad al ver que de repente éste extendía una mano y golpeaba con todas sus fuerzas. El estruendo los envolvió por completo.

Ambos esperaron ver una oleada de criaturas diabólicas y cosas indescriptibles precipitarse sobre ellos. Nada de ello sucedió. La enorme puerta giró lentamente sobre sus goznes. No había nadie junto a ella. Todo lo que se veía era una inmensa oscuridad.

Puesto que no podían hacer otra cosa, entraron. Casi instintivamente, la Dama se rodeó de un suave resplandor verde que le permitía ver sin despedir una luz excesiva. Para otros, habría resultado invisible. Lo amplió para que rodeara también a Cabe.

Sobre sus cabezas, criaturas que no debieran existir revoloteaban de un lado a otro, perturbadas por aquellos dos seres a los que no se atrevían a enfrentarse. Se trataba de criados de poca monta, de espías y mensajeros. Cabe alteró su sentido de la realidad de una forma que ni él mismo comprendió, pero las sombras se tranquilizaron, dejando de advertir que eran intrusos.

Algo se agitó bajo la tenue luz de las escasas antorchas encendidas. La hechicera lo buscó con el resplandor, extendiéndolo delante de ellos. La parodia de una figura, bastante parecida a un humanoide, intentó escabullirse de una luz que sentía más que veía. Pero no estaba concebida para la velocidad, y Gwen consiguió expulsarla de esa dimensión antes de que pudiera escapar a las grietas y pasillos que surcaban las cavernas.

Cabe tomó la mano que tenía más cerca, la apretó, y se inclinó para murmurar:

—Estamos allí, ¿no es así?

Ella pensó lo mismo que él y asintió con la cabeza. No se podía ocultar un lugar de tanto poder como la cámara principal del Emperador Dragón.

De nuevo notaron aquella sensación de una antigüedad increíble al penetrar en ella. Amenazadores guardianes de piedra los contemplaban desde lo alto, algunos conocidos, otros con un poco de suerte no serían más que el producto de pesadillas.

Era difícil decir cuántas eras habían pasado desde que aquel lugar fuera excavado por primera vez. Quienes lo construyeron seguramente habían desaparecido de la memoria del mundo.

Sentada en el centro estaba la enorme y salvaje figura del Dragón Dorado.

—Bienvenido, Bedlam. Ha ssido una reunión posspuessta durante demasssiado tiempo. Demasssiadass décadasss.

Las gigantescas alas se desplegaron por completo, tocando casi las paredes de cada lado. El Emperador Dragón se levantó sobre las patas traseras, las garras delanteras listas para atacar, la cabeza cerca del techo. Lanzó un rugido sarcástico.

Gwen no pudo evitar retroceder espantada. Incluso el nuevo Cabe parecía intimidado, y su cuerpo se estremeció por un instante.

—¿Bien? ¿No tienesss nada que decir, Amo de los Dragonessss?

La Dama miró a Cabe.

—¡Cree que eres Nathan!

—¿Cree? ¡Hechicera, precisamente tú de entre todos deberías conocer a tu amante, a pesar de su nuevo aspecto! ¡Quizá eso te ayude!

Se produjo un tirón a las partes más oscuras del espectro. Cabe sintió que algo lo cubría, pero como no era con intención de hacerle daño, dejó que siguiera adelante.

La Dama lanzó una exclamación ahogada, y el joven bajó la mirada para contemplarse, ligeramente interesado en la túnica azul con capucha que ahora llevaba. Se volvió para mirar a Gwen. Ésta tenía la boca abierta y había palidecido por el sobresalto. Cabe sonrió para tranquilizarla.

Luego se volvió hacia la bestia.

—Estás en lo cierto y no lo estás.

Las enormes fauces abiertas se precipitaron sobre él. Cabe empujó a Gwen a un lado y dio un salto atrás, pudiendo apenas esquivar la enorme cabeza. Con un gruñido, el dragón levantó la testuz y dio rienda suelta a su poder. El gigantesco adversario de Cabe podía ser de color dorado, pero su magia era tenebrosa.

Mientras repelía una demoledora pared de energía, el hechicero comprendió que todo el mundo había subestimado al Emperador Dragón. La Dama se le unió en sus esfuerzos, fusionando su poder con el del joven, y el gran leviatán se vio obligado a retroceder hasta su trono. Rugió dejando escapar un torrente de llamas. Cabe alzó un escudo mágico que los protegiera a los dos, pero el calor resultaba casi insoportable y perdieron la ventaja que habían conseguido. El dragón atacó de nuevo, y esta vez añadió la amenaza física a su ataque mágico.

Unas afiladas garras cayeron sobre los dos humanos. La punta de una alcanzó a Cabe en el brazo, pero no lo hirió. En respuesta, el hechicero lanzó una ráfaga de luz que, a la vez, sorprendió y cegó al dragón de fuego. El monstruo rugió enfurecido y agitó frenético las garras con la esperanza de coger desprevenido a uno de sus

oponentes. Cabe y su compañera se vieron obligados a retroceder hasta una de las paredes.

La visión del Dragón Dorado se aclaró. Descubrió a los dos diminutos humanos y les dedicó la sonrisa que los de su raza acostumbraban a mostrar justo antes de lanzarse de cabeza al ataque. Dos o tres estatuas que habían estado allí durante innumerables siglos, se desplomaron a su paso. Los dos magos se prepararon para el ataque.

La estratagema fue tan inesperada, que casi tuvo éxito. El cambio fue tan repentino, que casi podría decirse que había sido instantáneo. En una décima de segundo, la bestia pasó de enorme monstruo a guerrero listo para el combate. Una mano enguantada fue directa hacia la garganta de Cabe en el mismo instante en que éste lanzaba un hechizo contra la bestia que ya no estaba allí. La otra mano, que empuñaba una reluciente y afilada espada, apartó violentamente a un lado a la hechicera.

Una risa inhumana resonó en sus oídos al tiempo que el Rey Dragón hundía la espada. El hechicero a duras penas pudo echarse a un lado y la espada no le hizo más que un corte superficial, pero bastante doloroso. Los llameantes ojos del dragón brillaron coléricos por debajo de su yelmo mientras intentaba asestarle una nueva estocada.

Aunque conseguía mantener la punta de la espada apartada de su cuerpo, Cabe empezaba a quedarse sin aliento, y la mano que lo sujetaba por el cuello amenazaba con partirlo en dos. Le resultaba muy difícil concentrarse, sin embargo tenía que intentarlo.

Lanzó su mente y tiró de los colores más brillantes, atrayéndolos hacia él; una vez que se hubieron fusionado, Cabe arrojó toda aquella energía pura a la mente del Dragón Dorado y rezó para que su cuello no se rompiera antes.

El reptil se estremeció. Intentaba rechazar el ataque, pero era demasiado insólito y su rival estaba demasiado bien atrincherado. Con la boca abierta, mostrando los blancos colmillos, el Emperador Dragón se llevó ambas manos a la cabeza y medio se desplomó en el suelo. Sus ojos perdieron todo rastro de cordura. La retorcida mente del Dragón Dorado no podía soportar aquella avalancha. Cabe permaneció donde estaba mientras, con una mano, se masajeaba el cuello y recuperaba el aliento.

El Dragón Dorado acabó caído en el suelo, retorciéndose violentamente. Su rostro estaba paralizado en medio de un grito silencioso, y sólo con un tremendo esfuerzo consiguió lanzar una llamada. Sus palabras, sin embargo, no tuvieron ningún sentido para Cabe.

Algo chilló encolerizado, y una criatura con un remoto parecido a un dragón surgió de uno de los múltiples corredores que salpicaban la cámara. Tenía la cabeza demasiado grande en proporción al cuerpo y los brazos muy largos, delgados y del

todo inútiles. Su rostro estaba parcialmente cubierto por lo que parecían ser bigotes que caían en vertical.

La Dama cubrió aquella cosa con una nube de oscuridad, pero ésta lanzó un grito aun más potente y la oscuridad se disipó. Cabe la rodeó con un campo de frío, y la cosa se debatió con sorprendente energía. Ambos magos sintieron que algo tiraba de sus mentes, pero el frío nebuloso se mantuvo.

Aterrorizada, aquella monstruosidad se dio vuelta. La acción cogió desprevenido a Cabe, y la criatura se liberó, perdiéndose con pasos rápidos en el interior de las interminables cavernas para enterrarse debajo de Kivan Grath. Al desaparecer la criatura, el Dragón Dorado cayó en una semiinconsciencia.

Cabe se secó el sudor del rostro.

—¿Qué era eso?

—Un Jabberwock. Son raros y peligrosos. Una mutación que puede ocurrir sólo en una de cada cien generaciones... si es que ocurre. En una ocasión estudié un antiguo relato que hablaba de uno de ellos.

—¿Es peligroso?

—Si nos hubiera visto con claridad, habríamos ardido en llamas.

El joven enarcó una ceja.

—¿Ardido?

—A menos que seas un hombre de nieve, contienes cierta cantidad de calor. No me preguntes cómo, ¡pero la mirada del Jabberwock aumenta la intensidad de ese calor al menos mil veces! ¡Puf! ¡Combustión espontánea!

—¿Por qué el grito?

—Probablemente para desorientar a su víctima. De momento yo ya tengo un terrible dolor de cabeza.

El joven se señaló las sienes, mientras su rostro se transformaba cada vez más en el de otra persona, aunque todavía retenía parte de sus facciones originales. Gwen tuvo intención de decir algo, pero él hizo que fijara su mirada en la temblorosa figura caída a sus pies.

—Me cuesta creer que todo haya terminado tan deprisa. —Meneó la cabeza.

—Casi acaba contigo.

—Una idea brillante. Nos cogió a los dos por sorpresa.

La Dama asintió con expresión suspicaz.

—Sí, pero te recuperaste muy bien. Como si hubieras recibido una buena preparación. —Se detuvo, los ojos húmedos—. ¿Cómo, Nathan? ¿Cómo y por qué regresaste?

El hechicero se volvió para mirarla con una torva sonrisa. Era Nathan... pero también era Cabe.

—Como dije a nuestro escamoso amigo, estás en lo cierto y no lo estás.

—No...

—Soy Nathan, como los dos sospechasteis, pero tengo mucho de Cabe. La verdad es que tengo más de Cabe. Considera una parte de mí como un ángel de la guarda de Cabe. Es más de lo que tenía intención que fuese.

—¿De lo que tenías intención que fuese?

El joven cerró los ojos. Eran recuerdos dolorosos.

—Gran parte de esto ya lo sabes, pero lo relataré todo. Tres semanas antes del asalto a Penacles y de lo que yo creía eran los conocimientos que nos conducirían a la victoria, descubrí, bueno lo descubrió Nathan, que la mujer que estaba con Azran en aquella época acababa de tener un hijo. Cómo se llamaba esa mujer, no lo sé. Murió al dar a luz.

Su cuerpo se estremeció, al darse cuenta una parte de él de lo que había perdido.

—El niño se moría, debido principalmente a la falta de atención. Su única posibilidad estaba en un hechizo hallado algunos años antes en un montón de manuscritos. Había una posibilidad y sólo una de que funcionase.

Por la mente de Gwen pasaron unas rápidas imágenes. De Nathan transportando un pequeño bulto y encerrándose en su estudio, sin permitir que nadie, ni siquiera la mujer que amaba, pudiera entrar. Del mago algunos días más tarde, saliendo ojeroso y cansado, llevando el mismo bulto y llamando a un fantasmal sirviente para que lo transportara lejos de allí porque a él ya no le quedaban fuerzas. Y por fin el recuerdo de Nathan preparándose para la batalla, pálido aún. Si no hubiera salvado al niño...

—La Guerra del Cambio podría haber tenido un desenlace diferente —asintió Cabe—. No obstante, el egoísmo es una característica de los humanos. ¡No podía, es decir Nathan no podía permitir que su nieto muriera! También existía una probabilidad, una probabilidad de que algo pudiera preservarse de todo aquello en caso de que la batalla acabara mal. Así pues Nathan, por amor y también por un sentido del deber, dio a su nieto más de la mitad de su energía vital, de la esencia de su espíritu. Hasta ahora, no me... no se había dado cuenta de lo que significaría. Tú conoces el resto mejor de lo que lo recordamos nosotros. —El hechicero arrugó la frente, la mezcla de pronombres personales era sólo una señal de la profunda confusión que lo abrumaba sobre su auténtica personalidad.

—Hadeen se cuidó de Cabe, de ti, y fingió ser tu padre. Nathan y él deben de haber previsto que llegaría un día como el de hoy.

—Quizá. Gran parte del asunto está tan confuso en mi mente... Pero eso no importa ahora. —Cabe se irguió y examinó la zona—. Aún tenemos cosas que hacer.

El sonido de movimientos inhumanos había ido aumentando sin cesar aunque ninguno de ellos se había dado cuenta hasta entonces. El hechicero impuso silencio, y, convocando a los poderes, miró allí donde la visión mortal no podía traspasar.

—No tenemos nada que temer de los habitantes de estas cavernas. Son pocos

ahora, saben que su amo ha sido derrotado, y huyen a la seguridad de esta sinuosa cordillera. Sin él, no tienen valor. —Contempló la figura caída junto a sus pies; el Emperador de los Reyes Dragón yacía inmóvil, y sólo su respiración evidenciaba que seguía vivo. Gwen hizo una mueca de disgusto.

—Azran y el dragón Toma deben de estar combatiendo aún en el exterior. Ojalá se maten el uno al otro.

—Dudo mucho que Toma pueda vencer a Azran. Esa nueva espada que empuña lleva una mácula más tenebrosa aún que la de la Espada Negra, si es que tal cosa es posible. Dudo mucho incluso de que siga controlando su propia mente.

La Dama palideció. Cabe se volvió hacia uno de los innumerables pasillos que se hundían en la tierra.

—Aún tenemos una cosa que hacer. Gwen volvió la cabeza con brusquedad.

—Ahí abajo, en algún lugar, está la sala de incubación.

—¡Allá abajo, en algún lugar, hay una bestia que sólo necesita vernos para matarnos! —repuso la Dama poniéndose en jarras.

Cabe le dirigió una sonrisa sombría.

—¿Preferirías arriesgarte a tener que luchar contra toda una nueva generación de Reyes Dragón en el futuro?

—¡Eso dependerá de si tenemos futuro o no! ¡Qué hacemos con él! —Indicó el cuerpo todavía inerte del Dragón Dorado.

—Déjalo. Dudo que pueda siquiera ponerse en pie. — Su voz tenía casi un tono de tristeza, como si Cabe hubiera preferido que su combate terminara de otra forma.

De mala gana, la hechicera fue hacia el joven. Al encontrarse frente a frente junto a uno de los túneles, la mujer lo rodeó impulsivamente con los brazos y lo besó. Cuando por fin se separaron, clavó sus ojos en los de él.

—Antes de que ocurra nada más, quiero que sepas que te amo, quienquiera que seas.

—Sigo siendo el mismo hombre que te ha admirado desde que te sacó de entre el ámbar. Sólo que ahora conozco la verdad sobre mí mismo.

—Sí, ésa es una de las cosas sobre las que pienso hablar contigo. ¿Cómo conseguiste saber quién eras en el momento preciso?

El joven lanzó una risita mientras la conducía al interior del pasillo.

—¡Buena planificación y una suerte mayúscula.

Las cuevas parecían decididas a seguir indefinidamente, quizás hasta llegar al centro de la tierra, cuando no al más profundo de los infiernos. El olor fétido de generación tras generación de dragones amenazaba a veces con asfixiarlos. La Dama, irritada ante su propia estupidez, acabó por envolverlos a los dos con un hechizo que alteraba el sentido del olfato e hizo que los túneles olieran, aunque parezca mentira, a lilas. Cabe no dijo nada pero el detalle le hizo sonreír.

Sólo se encontraron con un guerrero. Cada especie posee sus carroñeros, y los dragones de fuego no eran una excepción. Éste estaba inclinado sobre un precioso tesoro abandonado por un pariente fallecido o huido. Lo que el carroñero planeaba hacer con él una vez que lo hubiera reunido todo era una incógnita, ya que saco un hacha afilada y cargó contra los dos humanos.

Cabe ya no tenía paciencia para más retrasos. El guerrero dragón quedó paralizado a medio camino. Su figura se retorció y empequeñeció, y las facciones reptilíneas se convirtieron en las dominantes aunque ya no era un dragón de ninguna clase. La diminuta lagartija se escabulló sin saber a dónde iba y sin que el hechicero se detuviera siquiera para verla marchar.

No se veía ninguna señal del Jabberwock. Para mantener a tal criatura lejos de los ojos de los Reyes, el Dragón Dorado debía de haberla escondido en lo más profundo de su guarida. Pocos seres visitaban los túneles inferiores, ya que se rumoreaba que todavía vagaban por allí cosas de épocas pasadas.

Que desde un principio habían tomado el pasillo equivocado era obvio. La cámara de incubación debía de estar normalmente situada más arriba de donde estaban y más cerca de la actividad volcánica subterránea. No obstante, empezaban a percibir un aumento de la temperatura, indicio de que, después de todo, aquel camino acabaría por llevarlos a su destino. Era la pérdida de tiempo lo que preocupaba a Cabe. No podían esperar que Azran y Toma lucharan eternamente.

La repentina aparición de la entrada del criadero no los sorprendió tanto como el hallazgo del cuerpo quemado y destrozado de un dragón de fuego justo ante ella. Avanzaron con gran cautela y atisbaron en su interior.

Unos llameantes ojos rojos se encontraron con los suyos.

La vieja hembra que custodiaba las crías era demasiado corpulenta para abandonar la sala. Parecía casi tan grande como lo fuera el Dragón Dorado y de aspecto mucho más salvaje. Cabe sospechó que no podía cambiar de forma, lo cual podía ser importante si se veían obligados a correr.

—¡No desss un passso másss, sssangre caliente! ¡Ya he protegido a las críasss de un carroñero, y ssse trataba de uno de mi essspecie! —Sus enormes alas protegían varios dragones de fuego, tres de los cuales mostraban claramente las marcas que los señalaban como nuevos Reyes. Había incluso algunos dragones menores, situados delante, silbando ante los recién llegados; pero eran demasiado pequeños para ser otra cosa que una molestia.

Los dos humanos intercambiaron una mirada, y luego Cabe penetró muy despacio en el interior. Se vio envuelto en llamas al instante.

Cuando el fuego hubo cesado y el humo se hubo evaporado, alzó ambas manos con gesto apaciguador.

—No vamos a hacer daño a las crías. Sólo pretendo llevarlas a otro sitio. Se las

alimentará y educará como es debido.

—¡Para ssser utilizadasss como esssclavoss por loss tuyoss!

—No; les concederé los mismos derechos que damos a nuestros hijos. Al menos entonces, tendrán la posibilidad de vivir en paz. Aquí no les espera más que la muerte.

La hembra levantó la arrugada cabeza y miró con ferocidad a la diminuta figura.

—¡Loss criaré como he criado a tantoss otros!

—¿Con qué? ¡Ya no habrá más comida! ¡El Dragón Dorado ha sido vencido; lo que quedaba de sus clanes ha huido ante el combate que tiene lugar entre el Duque Toma y el hechicero Azran!

—¡Toma alimentará a las crías! El...

—... ¡No puede ganar! ¿Por qué habrían huido si no los demás? ¡Su ejército ya ha sido diezmado! ¿Quieres que el próximo que venga por las crías sea el hechicero?

Eso le dio qué pensar. La hembra se estremeció. Era como si a una niñera humana se le hubiera dicho que sus pupilos iban a servir de alimento a un animal salvaje. Sus ojos lo miraron llenos de dolor, pero por fin cedió.

—¡Tómalos!

Desplegó las alas y los empujó hacia adelante. Las crías avanzaron tambaleantes no muy seguras de si debían moverse hasta que ella les canturreó algo con una voz sorprendentemente dulce. Incluso los pequeños dragones menores la obedecieron aunque no dejaron de sisear a los dos humanos.

—Por alguna razón confío en ti, sssangre caliente. Parecesss honrado, algo de lo que carecen la mayoría de loss de tu essspecie, y también los de la mía últimamente.

—Plegó las enormes alas alrededor de su cabeza como si fuera a dormir—. Déjame ahora.

—¿Qué harás?

Alzó la cabeza un instante para contemplarlo con uno de sus ojos. Era más vieja de lo que parecía en un primer momento.

—Mi función ya no esss necesssaria. Las otrasss hembrasss han huido. Pero yo, voy a echarme a dormir. Creo que ssserá un sssueño muy largo.

La hembra se negó a decir nada más, y con una última mirada a sus pupilos, se cubrió la cabeza otra vez. Los dos humanos permanecieron en silencio y empezaron a conducir a las diferentes crías al interior de los túneles.

Mientras empujaba a un dragón de fuego descarriado para que se reuniera con el grupo otra vez, Gwen masculló:

—¿Ahora qué hacemos? ¡No tenía la menor intención de hacer de niñera!

Cabe se detuvo. Sus oídos escucharon algo que su compañera no podía captar. Los jóvenes dragones se agitaron nerviosos, y la Dama se irritó ante la idea de que ellos tuvieran alguna idea de lo que Cabe hacía mientras ella no lo comprendía.

—Me temo que tendrás que seguir haciendo de niñera un poco más.

Gwen fue a decir algo pero no tuvo la menor oportunidad. El hechicero no hacía más que sorprenderla. Con una habilidad que hablaba de años de aprendizaje, el joven los rodeó a todos, excepto a sí mismo, con una esfera transparente de color azul. Lo último que vio fue la expresión indignada del rostro de la Dama. Se limitó a sonreírle con tristeza.

La esfera centelleó y desapareció.

Esta vez, la voz sonó lo bastante fuerte como para que todo el mundo la oyera. Resonó por los túneles, arrastrada por una ola de energía para que pudiera llegar a todas partes. Cabe ni siquiera había tenido que oírla la primera vez; podía sentir perfectamente la presencia del otro. Era tan parte de él como nadie podría serlo. No obstante, la escuchó una docena de veces antes de moverse.

—¡Cabe! ¡Hijo mío! ¡Ven con tu padre!

Capítulo 21

Con regocijo casi infantil, destrozó con la espada uno de los antiguos varanos de piedra que decoraban la sala. La Innominada los atravesó sin tocarlos y sus fragmentos volaron por todas partes.

Azran volvió a gritar, su conjuro transportaba su voz hasta los túneles más profundos, ¡pero su impertinente hijo seguía sin contestar! En un arrebato de furor, destruyó un relieve de una de las paredes, atravesando medio metro de roca al hacerlo.

El Duque Toma, que se retorció a su lado, lo contemplaba con una mezcla de odio y fascinación. Las ataduras que lo retenían no eran físicas. Azran trataba con especial cuidado a aquel que, de momento, era el más importante de sus trofeos. El dragón había estado a punto de vencer al hechicero a pesar de la presencia de la espada, y Azran no tenía muy claro el porqué exactamente mantenía al duque prisionero. Cada vez que intentaba recordar, experimentaba un terrible dolor de cabeza.

La diabólica espada refulgía con fuerza en esas ocasiones.

Había sido una terrible desilusión encontrar al emperador de todos los dragones caído en el suelo como un bebé indefenso. Ni siquiera la espada se había molestado en ocuparse de él. No obstante, el estado en que se encontraba el Dragón Dorado era una prueba definitiva de que Cabe había pasado por allí. Así, pues, era sólo cuestión de tiempo que los dos se volvieran a encontrar.

La Innominada vibraba ansiosa. Ni las hordas del Duque Toma habían sido suficientes para aplacarla. Además, muchos habían escapado durante el combate con el duque.

Una parte de la mente de Azran sentía un deseo casi irresistible de lanzarse a la carga por aquellos laberintos, pero la parte que aún conservaba un ligero dejo de cordura sabía el riesgo que implicaba. La llegada de aquel a quien tanto deseaba ver el hechicero convirtió en irrelevante la discusión.

La figura que salió del corredor lo sobresaltó. La túnica le pareció por demás conocida y el parecido físico era tan notable como para dejarle muy mal sabor de boca.

—Te saludo, Azran.

Lanzó un gruñido, cediendo casi al impulso de la espada de saltar hacia adelante y acabar con ese... ese...

—¡El llevar esas ropas no conseguirá precisamente granjearte mis simpatías, hijo! Una sonrisa, demasiado familiar, saludó sus palabras.

—No tengo la menor intención de granjearme tus simpatías. Al menos hasta que te haya devuelto a la realidad.

Toma se vio arrojado al suelo sin cumplidos. El dragón de fuego observó con

atención a los dos humanos, sabiendo muy bien que su destino dependía de quién de los dos venciese.

La voz de Azran rezumaba intenciones diabólicas.

—Deberías mostrar más respeto hacia tus mayores, hijo. Tendré que reprenderte.

Los ojos de Cabe se volvieron de un gris nebuloso.

—Siempre fuiste una criatura arrogante, Azran. Nada te conmovía. Fui negligente; tendrías que haber recibido tu castigo hace mucho tiempo.

A pesar de su dominio sobre la mente y el cuerpo de Azran, la Innominada estuvo a punto de caer de su mano.

Su rostro perdió toda expresión cuando la verdad penetró muy despacio en la retorcida mente del hijo de Nathan y padre de Cabe. La batalla casi se ganó en aquel momento. Casi.

El siniestro hechicero se recuperó. La arrogancia había dado paso a un odio total y... a un atisbo de temor.

—Padre —Susurró la palabra como si aquello fuera la más terrible de las maldiciones del averno. La mano que sujetaba la hipnotizante espada se cerró sobre ella con desesperación.

Cabe suspiró. Fue un suspiro doble. La parte que era Nathan suspiró por una familia destrozada, mientras Cabe suspiraba ante la idea de un nuevo e inútil derramamiento de sangre. Ambas partes llegaron a un acuerdo.

—Ya se ha vertido demasiada sangre. Esto se decidirá de otra forma. —Hizo un rápido movimiento con la mano que cogió a Azran por sorpresa.

Al cabo de un momento, los dos hechiceros habían desaparecido de la sala.

—¿Dónde estamos?

El grito procedía de Azran, pero la pregunta tenía su origen en la espada que empuñaba. Vibraba de forma irregular, atrapada en una situación que no podía comprender del todo.

Cabe/Nathan extendió los brazos en actitud solemne.

—Esto es la nada. Eso es a lo que comúnmente se le llama «el Vacío». El equivalente a la muerte, según se dice.

—¡Llévanos de vuelta! —Blandió la espada con violencia.

—No. De una forma u otra, esto se decidirá aquí y ahora.

—¡Puedo matarte tan fácilmente! —La espada se movió de un lado a otro como acuchillando a un enemigo imaginario.

La parte que era Nathan consultó con Cabe. Cómo separar lo que todavía era Azran de lo que en realidad era la Innominada parecía discutible. La diabólica espada era su creación; gran parte de ella era el mismo hechicero.

—Azran, hijo... mío, ¿recuerdas cuando te fuiste de mi lado?

El rostro cambió de expresión. Los recuerdos se impusieron.

—¡Desde luego! ¡Me enviabas lejos! ¡Nunca confiaste en mí en la forma en que confiaste en Dayn! ¡No podías enseñarme esto o aquello porque yo siempre iba muy lejos, quería aprender las dos vertientes!

—En especial la más tenebrosa.

—Pues claro. Es mucho más efectiva. Intenté decírtelo. —Azran le dedicó una sonrisa infantil de satisfacción.

—Has hecho cosas sorprendentes con ella.

La Innominada se estremeció.

—¡He hecho cosas que muy pocos hechiceros podían concebir! ¡He demostrado que te equivocabas! ¡No hay peligro!

—¿Ni siquiera de algo como la espada que empuñas?

—¿Esto? ¿Te gusta, padre? La he llamado la Innominada. ¿Quieres saber por qué?

—Creo que sé el porqué —repuso Cabe/Nathan con un estremecimiento.

Como una criatura en busca de las alabanzas de su padre, Azran continuó:

—¡Tendrías que haberla visto, padre! ¡Nada podía resistir su poder! ¡Mató al Dragón Rojo! ¡Destruyó dos ejércitos, incluso derrotó al mejor hechicero de esos lagartos! ¡Nada puede detenerla!

—Ni siquiera tú.

La frase dejó estupefacto a Azran.

—¿Qué?

—¿Estás seguro de que puedes controlarla? ¿Cómo sé que, en realidad, no te controla ella a ti?

La Innominada vibró con violencia, y el rostro de Azran se despojó de casi todo vestigio de emoción.

—Claro que puedo controlar la espada. Yo la creé lo mismo que creé la Espada Negra, la diferencia es que ésta es mucho mejor.

La parte que era Cabe preguntó a la otra: «¿Qué haces?»

«¡Hay que separar a la espada del hechicero si queremos vencer!», respondió la otra parte.

Había que aplicar una nueva táctica.

—Jamás pensé en dejarte de lado Azran.

El control de la espada disminuyó al fluir de nuevo las emociones por el siniestro nigromante.

—¡Me odiabas! ¡Dayn fue siempre el favorito! ¡Dayn lo hacía todo bien! ¡Dayn era tan perfecto! ¡Yo os di una lección!

La tristeza se insinuó levemente en la voz de Cabe/Nathan.

—¿Dayn te miraba con desdén? ¿Se mofaba de ti?

Se produjo un silencio.

—No; Dayn nunca lo hizo —respondió al fin.

—¿Presumía delante de ti? ¿Se burlaba de tus intentos?

—No —Parecía un niño enfurruñado.

—¿No te ayudó nunca, no intentó enseñarte cuando yo ya no tuve tiempo?

—El... él me enseñó muchos de los hechizos elementales. Intentó animarme cuando tú no estabas.

—Por eso lo mataste.

—... Lo maté. — La Innominada tembló en su mano. Aún tenía que aprender cómo controlar los altibajos de las emociones. El cambio de Azran la había dejado desprevenida.

Cabe/Nathan se preguntó si no sería acaso más parte de su creador de lo que se imaginaban ¿Será que no puede enfrentarse a lo que decimos lo mismo que no puede enfrentarse Azran?

—¿Qué me dices de tus instructores? ¿Eran altaneros, represivos?

Sus ojos se abrieron de par en par llenos de rabia.

—¡Sí! ¡Siempre exigentes! ¡Nunca me dejaban tranquilo!

—Así debe ser cuando se aprende magia. Muchas veces me contaron lo poderoso que eras y el gran potencial que poseías. Si no hubiera sido por sus enseñanzas, jamás habrías sobrevivido a tu exploración del lado más oscuro del espectro.

—¡Lo hice yo solo! —exclamó con orgullo.

—¿Sí? ¿No utilizaste nunca las protecciones que te enseñaron ni los conjuros de protección que te habían hecho memorizar durante interminables horas? Yo he estudiado las dos vertientes, ya lo sabes.

Esta vez no recibió más respuesta que el silencio.

—¿Por qué los mataste?

Cabe/Nathan apenas si pudo esquivar el hechizo lanzado por Azran. Su silencio tenía una doble intención; el hechicero se había retirado a alguna zona secreta de su mente, aturdido, mientras la Innominada aprovechaba la oportunidad para recuperar el control del cuerpo de su anfitrión.

Una nebulosa nube verde se perdió en la eterna nada del Vacío. Cabe dirigió una mano hacia Azran antes de que el poseído hechicero pudiera intentar ningún otro ataque. El hechicero flotó impotente por los aires, los brazos inmovilizados junto a los costados y su figura rodeada por un resplandor azul.

«Ha estado muy cerca», dijo la parte que era Nathan. «Gracias por estar alerta, Cabe.»

«Se trata también de mi cuerpo.»

Azran se debatía, aunque su rostro permanecía impassible. Aún no era posible controlarlo del todo; la espada perdía otra vez, pero cada enfrentamiento la acercaba más al dominio total del cuerpo.

«¿Ahora qué?»

«Buena pregunta.»

El inmovilizado hechicero parpadeó. Se debatió con violencia hasta que comprendió que no podría liberarse.

—¿Padre?

Cabe/Nathan no pudo reprimir la sorpresa.

—¿Sí, Azran?

—Si... siento lo de Dayn... y también lo de mis instructores.

—Estupendo.

Ni Cabe ni su abuelo sabían cómo interpretar aquello. Si se trataba de una estratagema de la Innominada, era un brusco cambio de estrategia. Si se trataba de Azran, también podía tratarse de una estratagema. O la diabólica espada había acabado con la poca cordura que le quedaba.

Bajó la guardia de forma casi imperceptible.

—¡Padre! —Azran se desvaneció.

Cabe giró en redondo. A pesar del enorme vacío, no se veía rastro del otro. Tampoco una mirada utilizando otros sentidos pudo descubrir el menor rastro. Azran estaba lejos, muy lejos.

«¿Podemos arriesgarnos a dejarlo aquí?»

«Con las habilidades combinadas de espada y cuerpo anfitrión, acabarían encontrando la forma de salir. Podrían volver a nuestro plano de existencia o ir a parar a otro. Ninguna de las dos alternativas es aceptable a menos que controlemos a Azran.» Se produjo una pausa. «¡Estábamos tan cerca! Me temo que ha acabado perdiendo en su combate contra la espada.»

«¿Y qué vamos a hacer?»

«Dejarnos flotar sin rumbo.»

«¿Dejarnos flotar?»

Que es exactamente lo que Cabe hizo. Con un ligero impulso por parte de sus poderes, el hechicero se perdió en la confusión del Vacío.

Mucho más tarde, si es que podía contarse el tiempo en un lugar como ése, seguían buscando todavía. A su alrededor, la nada se extendía interminable.

Ninguna de las dos personalidades había hablado mucho durante el vuelo. El Vacío no era un lugar que propiciara la conversación. Más bien para mitigar la creciente tensión Nathan habló a Cabe.

«Me entristece lo de Sombra. Lo conocí en una ocasión cuando era un hombre bueno, aunque luego cambió de una forma parecida a la de no hace mucho. Es un castigo más terrible de lo que la mayoría piensa.»

«¿Qué sucedió en la ciudad subterránea? ¿Por qué nos ayudó el cristal que el Quel colocó sobre mi cuerpo? Sé que ésa no era la intención de Sombra.»

«Aunque comprende muchas cosas que nosotros no comprendemos, Sombra no se había encontrado jamás con la clase de hechizo que yo utilicé. No sabía que su catalizador también funcionaría con mi magia. Podemos darle las gracias; seguirías siendo un joven inexperto si no hubiera sido por eso. Mi intención era que crecieras en un ambiente más tranquilo.»

«¿Qué significa esto?» Cabe sentía curiosidad por su larga infancia.

«El hechizo precisaba de... un período de incubación. Hadeen te vigiló durante muchos años mientras dormías. Cuando todo hubo acabado, te liberó. Sólo a partir de ese momento empezarías a crecer. Yo esperaba que para entonces todo estaría más tranquilo. Me equivoqué. Le costó la vida a Hadeen y casi te cuesta a ti la tuya.»

Un pequeño objeto desconocido pasó flotando. Cabe interrumpió la conversación interna que mantenía para mirarlo. En su vagabundeo se había encontrado de cuando en cuando con objetos. Hasta ahora todos habían sido artilugios parecidos a ése.

«El Vacío está tan cerca del corazón del multiuniverso como es posible que esté cualquier cosa que no sea el Caos. De vez en cuando encontrarás escombros. Hay puertas de acceso por todas partes.»

«Si eso es cierto, ¿por qué no está más atestado?»

«El Vacío es infinito. No está gobernado por las leyes del Orden ni tampoco por el azar del Caos.»

«¿Qué es?»

«El Vacío. Algo con identidad propia.»

«Caballo Oscuro procede de aquí.»

«Existen algunas criaturas originarias de las zonas periféricas. Pero estarían tan perdidas como nosotros si se vieran arrojadas al corazón de este lugar. Nosotros estamos anclados firmemente a un sitio. El único medio es encontrar una puerta. Se podría tardar desde un segundo hasta toda la eternidad en lograrlo.»

«¡Hay algo!»

Ambas partes gritaron al unísono, un acto que provocó en el cuerpo de Cabe un terrible dolor de cabeza que, sin embargo, se disipó con rapidez. Entrecerró los ojos en un intento por ver mejor la lejana figura. No parecía ser Azran. La verdad es que no parecía en absoluto humana cuando se hizo más visible.

«¿Qué es?»

La cosa tenía cuatro brazos y un rostro semejante al de un búho. Vestía relucientes ropas plateadas y no existía la menor duda de que estaba muerta.

«Un viajero procedente de algún otro plano o universo. O bien estaba muerto al entrar o no pudo resistir el impacto. A veces sucede.»

La criatura era de un color marrón oscuro y mediría casi dos metros de estatura. Cabe se preguntó cómo habría sido su hogar y por qué había ido a parar allí. La contempló mientras se alejaba flotando y pensó en lo precaria que era su propia

posición.

«No deja de ser atractivo que nos encontremos con tantos objetos.»

«¿Por qué?»

«Uno podría vagar por aquí durante siglos sin encontrarse con nada. Debemos de estar cerca de algún punto focal.»

«¿Punto focal?»

«Una zona —si es que podemos utilizar esa definición— en la que existan una o más puertas de acceso, eso explicaría el gran número de cosas y personas que nos cruzamos. ¡Debemos encontrar a Azran antes de que atraviese o descubra una de esas puertas!»

Cabe aumentó un poco la velocidad y avanzó en dirección opuesta a la del cadáver flotante.

«¡Ahí!»

El brazo de Cabe salió despedido hacia adelante para indicar un pequeño punto situado a su derecha. Viró hacia él, avanzando con cuidado. Era humanoide, aunque uno de sus apéndices parecía más largo que los demás y algo distorsionado. Al examinarlo con más atención, el apéndice resultó ser una espada aferrada por una mano.

Azran.

Flotaba sin sentido, pero a pesar del curioso ángulo que mostraba el resto de su cuerpo, el brazo que empuñaba la espada parecía listo para atacar en cualquier momento.

«Acércate más, Cabe.»

«¿Más cerca?»

«¡Más cerca, pero por debajo!»

Así lo hizo. Lo que vio cortó la respiración a ambas personalidades. El rostro de Azran era la imagen distorsionada y enloquecida del terror. Los ojos miraban al Vacío sin ver. Cabe dirigió una rápida mirada a la Innominada y observó que la espada vibraba muy débilmente.

«Conmoción extrema.»

«¿Producida por qué?»

«El Vacío es peligroso para aquellos que no están preparados.»

Nathan no quiso decir más.

«¿Ahora qué?»

Un suspiro.

«Nos llevaremos a mi hijo y padre tuyo de regreso con nosotros.»

«¿Y la espada?»

«A menos que decidamos cortarle la mano, tendremos que llevarla con nosotros.»

Cabe no pudo percibir casi nada procedente de la Innominada. Al parecer se había

agotado en sus intentos por escapar. La decisión fue regresar a las cavernas y luego de allí a un lugar seguro donde pudieran ocuparse del hechicero y del arma con un riesgo mínimo.

Tras echar una última mirada a su alrededor, que por supuesto no le descubrió nada, Cabe tiró mentalmente de su otro yo. Ambos hechiceros desaparecieron del Vacío.

Desorientación.

Cabe dio primero un traspiés y luego cayó hacia adelante sujetándose la cabeza con ambas manos. En su mente sólo estaba él, y el repentino vacío le hizo sentirse aún más mareado, Todo le daba vueltas. Apenas discernible a sus ojos había una grieta situada enfrente. El joven serpenteó para evitar una caída mortal.

Lo que después vio no fue mucho más alentador. Azran, el rostro paralizado todavía por la conmoción, estaba junto a él con el brazo levantado.

La Innominada, vibrando con fuerza, se abalanzó triunfante contra Cabe.

Una mancha blanca le cerró el paso. La espada diabólica se vio obligada a desviarse en un intento por evitar el ataque sobre el cuerpo de su anfitrión, pero fracasó. Una hoja negra atravesó el pecho de Azran y acabó con su vida mientras su cuerpo se convulsionaba.

Las dos espadas se encontraron. La Innominada hizo pedazos a su adversaria, pero salió disparada fuera de una mano que de todas formas ya no podía sujetarla. Rebotó de forma curiosa, zigzagueando de una manera que desafiaba toda lógica, y fue a caer en el interior de la grieta. Se perdió de vista casi al instante.

Cabe levantó la vista hacia su salvador. El Grifo lo contemplaba con sus ojos de ave.

—Si no te importa, hechicero, me gustaría muchísimo irme a casa.

Capítulo 22

Cabe contempló el cuerpo inerte y retorcido. Estaba solo en su mente. Al parecer Nathan se había ido para siempre bien a causa de las maquinaciones de la Innominada o porque así lo había decidido. Los conocimientos y la habilidad seguían allí, ya eran tan parte de Cabe como el resto de su personalidad. No obstante, ni siquiera esa sabiduría parecía suficiente en aquel momento.

—Quería evitar el derramamiento de sangre.

—No podías hacer nada. Vi a Azran. Ya no quedaba de él más que la misma espada. Se había convertido sólo en un instrumento de ésta. —El Grifo tiró al suelo la empuñadura, que era todo lo que quedaba de la otra espada diabólica de Azran—. Lo siento.

El hechicero se dio vuelta, sus pensamientos fijos ahora en la Innominada. Atisbo el interior de la grieta, intentando descubrir la presencia de la demoníaca espada, pero otros poderes, cuyos orígenes y utilidad habían sido olvidados desde hacía mucho tiempo, impidieron cualquier posibilidad de encontrarla. Cabe se irguió con expresión preocupada. De nada serviría buscarla.

Lanzó un suspiro, con la esperanza de que la Innominada se hubiera perdido para siempre.

—Esperaba poder eliminar a ese parásito, pero ni mis poderes podrían encontrarla ahí abajo.

El Grifo lo observaba con la peculiar forma de mirar de un rapaz. Su rostro no podía disimular la curiosidad que sentía. Se había producido un cambio en Cabe del cual le interesaba saber mucho más.

Cabe examinó la sala. Dos nuevos problemas se hicieron evidentes de inmediato.

Tanto Toma como el enloquecido emperador habían desaparecido. Cuando le preguntó al Grifo, éste respondió:

—No había nada en esta sala cuando yo llegué. Me escondí, dando por supuesto que la Dama y tú estaríais por alguna parte. Cuando Azran y tú os materializasteis juntos y vi que la espada estaba a punto de atacarte, cargué contra ella.

—Justo a tiempo. Gracias.

—Si se me permite preguntarlo, ¿dónde está la Dama?

El rostro de Cabe palideció al recordar.

—¡La transporté a ella y a varias crías de dragón de regreso a Penacles! ¡Vos estáis aquí! ¿Significa eso...?

El Grifo lo interrumpió.

—No puedo explicarlo ahora, pero he hecho un trato con el Dragón Verde. Sin embargo no tuve tiempo de averiguar cuál era la situación de la ciudad. Puede que el dragón llegue demasiado tarde. Ya fue bastante molestia para él transportarme hasta

aquí.

—¡Entonces puede que yo haya enviado a Gwen al centro de la destrucción! — Empezó a gesticular aparatosamente con las manos—. ¡No tenemos que perder ni un segundo!

Su compañero tuvo el tiempo justo de lanzar un grito de protesta antes de que ambos desapareciesen.

Se materializaron en medio del caos. Había soldados por doquier y todos corrían. Algunos eran guerreros dragones, aunque la mayoría eran humanos. Pero no luchaban unos contra otros, más bien perseguían a un enemigo común.

Éstas, comprendieron con gran sorpresa, eran las fuerzas combinadas de Penacles y del Dragón Verde, y el objeto de su persecución los restos de las huestes lochivaritas y los pocos miembros supervivientes del ejército de Kyrg.

Las Brumas Grises habían desaparecido por completo. Los lochivaritas, andrajosos y exhaustos huían tambaleantes, mientras los dragones de fuego de Kyrg, sobrepasados ampliamente en número por los del guardián del Bosque de Dagora, intentaban plantar cara, aunque era sólo cuestión de minutos que fueran aplastados por completo.

Un estandarte desconocido, llevado por un miembro de un grupo de jinetes, pasó junto a ellos. Con cierto retraso, Cabe lo reconoció como el emblema de Mito Pica. Eran supervivientes de la arrasada ciudad, llegados allí para asegurarse de que los servidores de los Reyes Dragón no olvidasen fácilmente a su ciudad. Eran estos hombres los que se mostraban más sanguinarios. No tenían casi razón alguna para querer regresar a su tierra.

El Grifo lanzó una risa ahogada. Sonó parecida a una tosecilla.

—¡No hay que confiar nunca en un Rey Dragón! ¡Mientras hacía tratos conmigo, su ejército ya venía de camino en mi ayuda junto con otros refuerzos!

Cabe asintió, su mente sólo parcialmente ocupada en los soldados que avanzaban. Miraba las murallas de la ciudad y descubría que faltaban algunas partes. Lo poco que podía ver del interior revelaba que el enemigo había conseguido abrirse paso en algún momento.

Dio una palmada al Grifo en el hombro.

—Sujetaos con fuerza. Nos vamos al interior de la ciudad.

—... eeé?

La inspección de cerca no fue más consoladora. Un sendero de destrucción conducía directamente hasta el palacio. Muchos edificios situados en el extremo izquierdo y derecho ni siquiera habían sido tocados. Los atacantes perseguían un solo objetivo: capturar las bibliotecas. Al Grifo le habría gustado poder decirles lo estúpidos que habían sido. Nervioso, Cabe ni siquiera le advirtió el siguiente salto.

—¡Ya era hora de que llegaras!

El Grifo recorrió el palacio para evaluar los daños mientras esperaba a que los dos se separaran. Había algunas grietas en las paredes y manchas en el suelo. Los cuerpos de varios soldados caídos de ambos bandos yacían aquí y allá unidos en la muerte. Uno de los golems estaba hecho pedazos y a otro le faltaba un brazo y estaba cubierto de hendiduras. La ausencia de auténticos daños indicaba que la lucha había sido esporádica en aquel punto.

Gwen fue la primera en hablar.

—¡Temía que Azran te hubiese matado!

—No; es él quien está muerto. El Grifo tuvo que matarlo.

La Dama bajó la mirada.

—Lo siento por ti, pero no por él.

—Lo comprendo. Otra cosa. —Aspiró con fuerza antes de continuar—. A partir de ahora, soy sólo Cabe.

Se produjo un silencio, luego:

—Magnífico. Lo de Nathan y yo... es algo del pasado. Me di cuenta cuando pensé que Azran podría haberte matado.

Se besaron de nuevo. El señor de Penacles carraspeó con fuerza.

—Excusadme, los dos, pero me preguntaba si la Dama podría darme información sobre el alcance de los daños.

El tono de voz del pájaro-león lo único que consiguió fue que los rostros de ambos enrojecieran aún más. La Dama se quedó después silenciosa.

—¿Tan graves son?

—Las murallas norte y este necesitarán importantes reparaciones. También el lado norte de la muralla oeste. ¿Habéis visto el sendero que conduce hasta aquí?

Asintieron.

—Casi toda la carnicería tuvo lugar en ese sendero. Por suerte, eso significa que la mayoría de los habitantes no sufrieron daño. No obstante, las bajas son muy altas entre los soldados.

—Me ocuparé de que nada falte a sus familias. Nadie sufrirá mientras yo gobierne. ¿Has visto al general Toos o al capitán Blane? Me gustaría hablar con ellos.

Gwen tardó un poco en contestar y tanto Cabe como el Grifo se estremecieron embargados por la ansiedad.

—Toos se ocupa de la operación final de limpieza en estos momentos. Blane... Blane murió defendiendo las bibliotecas.

Cabe meneó la cabeza entristecido. El pájaro-león lanzó un agudo silbido. No habían tratado al capitán de Zuu durante mucho tiempo, pero siempre fue amable y servicial. Sin su ayuda, seguramente la ciudad habría caído.

—¿Cómo?

—Esa lagartija de Kyrg escogió un pelotón de asesinos y se abrieron paso a través

de las calles con un único propósito. Al parecer, Blane consiguió reunir a sus propios hombres y les cortó el paso. Sufrieron grandes pérdidas y unos cuantos consiguieron penetrar en el interior. No sé qué pensaban hacer si tenían éxito y encontraban las bibliotecas.

—Kyrg cree en la conveniencia de aplastar todo lo que se interponga entre su objetivo y él, tanto si puede alcanzarlo como si no. —La voz del Grifo no denotaba más que desprecio por el guerrero dragón.

—Blane y los pocos hombres que le quedaban hicieron frente aquí a Kyrg y los suyos. El capitán en persona acabó con el reptil antes de caer víctima de un hachazo.

Eso era todo, pues. Lo más trágico a su modo de ver es que tantos hubieran muerto luchando por algo que muy pocos podían siquiera comprender. ¿De qué les habría servido a los Reyes Dragón? Al fin y al cabo, no se habían esforzado en exceso para salvar al Dragón Púrpura. Y él las había estudiado durante mucho más tiempo que cualquier otro. Ni siquiera el Grifo había conseguido gran cosa de ellas durante todos los años de su gobierno, y eso que había durado más que una vida humana.

Las bibliotecas poseían ahora una importancia secundaria. Sus secretos seguirían allí mucho después de que los muertos hubieran sido enterrados.

El Grifo llamó a un criado y le ordenó que trajera comida.

—Mañana iniciaremos la reconstrucción de la ciudad. Por ahora, creo que no nos vendría mal un poco de descanso.

Nadie se lo discutió.

Gracias a un hechizo preservador, los cuerpos de Blane y del resto de los muertos de Zuu pudieron ser trasladados a su tierra. Los supervivientes del grupo junto con escoltas procedentes de Penacles los acompañaron para evitar que sufrieran ningún daño. También marchaban en la caravana duques del Dragón Verde que habían jurado abiertamente ponerse del lado de la humanidad a partir de aquel momento. Eso por sí mismo retrasaría los planes de Toma en el caso de que intentara conseguir apoyo de los suyos.

A los muertos de Penacles se los incineró tal y como había marcado siempre el ritual. El Grifo concedió honores a cada uno de los difuntos, tanto soldados como civiles. Cabe se dedicó a la tarea de facilitar la reconstrucción de la ciudad, mientras Gwen ayudaba en lo relativo al tratamiento de los heridos y al aprovisionamiento de víveres. Ambos eran seres humanos y tenían sus limitaciones; colaboraron pero no pudieron eliminar los problemas.

Cuando no trabajaban con la gente, ocupaban la mayor parte del tiempo en educar a las crías que les había entregado la hembra de dragón. Los pequeños dragones de fuego demostraron ser tan capaces e indisciplinados como los niños humanos; en cuanto a los dragones menores resultaron no ser más inteligentes que los perros o los

caballos, y, finalmente, se los envió a los establos, medida que provocó la petición inmediata de que se les construyera un establo aparte: los animales domésticos no conseguían dormir tan cerca de aquellos depredadores.

El Dragón Verde aportó sugerencias pero rehusó cuando se le pidió que se ocupara de su educación. En su opinión a las crías se las debía educar como a humanos hasta donde fuera posible. Sólo así tendrían posibilidad de sobrevivir en la nueva era.

Los exploradores enviados a investigar regresaron con la noticia de que las Brumas Grises habían desaparecido por completo de Lochivar, junto con el Dragón Negro y los pocos fanáticos y dragones que le quedaban. El Grifo se dedicó a estudiar exploraciones realizadas en los mares orientales. Algo le preocupaba con respecto a los siniestros agentes del yelmo de cabeza de lobo procedentes de los territorios situados al otro lado. Era una cuestión que le parecía debía saber. Parte de su pasado era un enigma incluso para él mismo.

Animado por Lady Gwen, Cabe acabó por hacer venir junto a él el arco del Lancero Solar. Era ahora evidente que su subconsciente, quizá a través del mismo Nathan, fue el responsable de que se hubiera librado por los pelos del Dragón Pardo. El arco era el legado definitivo de Nathan y para Cabe significaba que estaba preparado y podría seguir los pasos de su abuelo. Eso le satisfizo casi tanto como la presencia a su lado de la Dama.

Mientras supervisaba su reino, el pájaro-león se vio interrumpido por los dos magos. Sabía por qué estaban allí. Buscaban una oportunidad para escaparse durante un corto período de tiempo. Para estar solos. El Grifo rió para sí. Era lo menos que podía concederles. La ciudad funcionaría por sí sola.

Cabe le tendió la mano.

—¿Tenéis un minuto?

—Creo que los asuntos de Estado podrán esperar mientras hablo con dos buenos amigos.

Los dos jóvenes le sonrieron. Cabe vaciló antes de seguir.

—Nos preguntábamos si podríais prescindir de nosotros por una temporada. Nos gustaría dedicar algún tiempo a nosotros mismos.

El Grifo se acarició la barbilla como si meditase.

—El abastecimiento de comida está estabilizado. Los centros sanitarios empiezan a vaciarse. Las murallas están reparadas en un setenta y cinco por ciento. Creo que puedo prescindir de vosotros durante un día... —La expresión de sus rostros le recordó la de niños que acaban de quedarse sin postre— ...incluso un mes o más.

Ambos le dieron las gracias en el acto. Cabe le estrechó la mano al tiempo que le palmeaba la espalda, y Gwen lo obligó a bajar ligeramente la cabeza y lo besó en uno de los lados del pico, gesto que erizó su pelaje y plumas más de lo que estaba

dispuesto a admitir. Se disculpó apresuradamente ante ambos y regresó a su tarea de gobernar la ciudad.

Fuera de la habitación del Grifo volvieron a besarse.

—Bien. ¿Adonde vamos? —inquirió Cabe sonriente.

—He pensado que la mansión sería un buen lugar. Me gustaría convertirla de nuevo en lo que fue.

El joven fingió una mueca de disgusto.

—¡Yo creía que esto iban a ser unas vacaciones!

Gwen lo abrazó durante largo rato antes de responder.

—Lo serán.

Un repentino y terrible escalofrío les recorrió mente y cuerpo. Cuando hubo pasado. Cabe la miró arrugando el ceño.

—¿Qué ha sido eso?

Aunque todavía la estremecía su recuerdo, Gwen rechazó todo sentimiento que no fuera de felicidad.

—No lo sé y no me importa. Al menos en estos momentos. Ahora vamos a divertirnos y a descansar para variar un poco. Después de eso...

—¿Después de eso?

—Después de eso —la apretó con fuerza—, tendremos que volver a salvar el Reino de los Dragones. Eso es todo. Esta vez, nada perturbó su abrazo.

Notas

[1] Si dividimos en dos el nombre de Madrac se nos conviene en Madrac, y mad en inglés significa «loco». (N. de la t.) <<

[2] Nulla facilisi. Nulla libero. Vivamus pharetra posuere sapien. Nam consectetur. Sed aliquam, nunc eget euismod ullamcorper, lectus nunc ullamcorper orci, fermentum bibendum enim nibh eget ipsum. Donec porttitor ligula eu dolor. Maecenas vitae nulla consequat libero cursus venenatis. Nam magna enim, accumsan eu, blandit sed, blandit a, eros. <<